13
DÍAS A
MEDIANOCHE
LEO HUNT
LUKE ACABA DE HEREDAR
SEIS MILLONES DE DÓLARES... Y OCHO
FANTASMAS QUE LO QUIEREN VER MUERTO

13 DÍAS
A MEDIANOCHE

Leo Hunt

Título original:
13 Days of Midnight

Para mis abuelos

1

EL CÍRCULO SE ABRE

Lo primero que sucede es abrir un sobre y ver cómo la muerte de mi padre cae sobre la mesa de la cocina. Siempre pensé que me enteraría de ello por los periódicos, o que quizá esa clase de noticias las transmitiría un ángel, sosteniendo un pergamino dorado, con su rostro perfecto ensombrecido por la tristeza. Pero en lugar de eso estoy sentado con el pelo revuelto propio de quien se acaba de levantar, con el pijama del revés, leyendo una carta impresa con tinta negra corriente sobre papel de oficina blanco. En el encabezado pone «Berkley & Cía.», es una breve notificación para informarnos de su muerte. Me convocan a una reunión con su abogado esta tarde, «para tratar la cuestión de la herencia».

No incluye ninguna mención a mi madre, lo cual me extraña. Sólo está dirigida a mí. No sé muy bien cómo sentirme. Iba por la mitad de un cuenco de cereales cuando abrí la carta, y los copos de trigo se han deshecho hasta convertirse en algo que parece tierra pastosa de color marrón. Afuera, en el jardín trasero, Ham está gimoteando y golpeando la puerta. Fui yo quien lo dejó ahí fuera, y me olvidé de él; ahora debe de estar empapado. Tras dejar el cuenco en la pila, cruzo la cocina y lo dejo pasar. Nada más abrir, entra disparado como si estuviera poseído, dejando un reguero de huellas pringosas en el suelo.

No he visto a mi padre, salvo en la televisión, desde que tenía seis años. No es —no era— lo que se dice muy famoso, pero es probable que la mayoría de la gente pudiera reconocerlo. Su rostro aparece a menudo si te pones a indagar en la sección de libros de saldo de los supermercados, o si ves las reposiciones nocturnas de sus diversos programas paranormales. Me llegaba una tarjeta por mi cumpleaños hasta hace unos años, y desde entonces ni siquiera eso. Creo que habría podido hablar con él por teléfono si me hubiera tomado la molestia suficiente, si le hubiera dejado un montón de mensajes en su despacho, pero nunca lo intenté. Ya había dejado claro que no quería tener nada que ver con nosotros. Siempre pensé que habríamos tenido algún encuentro incómodo cuando me hiciera más mayor, pero ahora parece que ni siquiera conseguiré eso. Me asomo al jardín, veo las manzanas rojas que penden del árbol con la llegada del otoño. Al otro lado de los árboles hay un muro de piedra, y al otro lado, pastos y ovejas. El cielo está gris, las nubes rechonchas y en baja forma.

Oigo a mamá en el piso de arriba, y antes de darme cuenta siquiera

he vuelto a cruzar corriendo la cocina y me he escondido la carta del abogado en el bolsillo. Debería contárselo, por supuesto. Debería ser lo primero que saliera por mi boca: «Papá ha muerto», tres simples palabras, pero no las pronuncio. Me quedo inmóvil y finjo examinar mi zumo de naranja cuando ella entra, ataviada con esa especie de poncho que lleva todas las mañanas, y empieza a hurgar por todos lados en busca de huevos. ¿Ya estará enterada? No lo parece. Apenas pudo soportar la separación; si supiera que está muerto dudo que estuviera tan tranquila. Me preocupa la reacción que pueda tener. Mi padre era lo bastante famoso como para aparecer en las noticias de algún medio. Mi madre se enterará. Debería contárselo ya.

—Buenos días —le digo con tono desenfadado, como si no ocurriera nada inusual.

—Buenos días, cielo —me responde, girándose lentamente para ofrecerme una sonrisa soñolienta.

Mamá casca los huevos en un costado de la sartén. Es evidente que no está pasando por una fase vegana. El momento de contárselo se está acabando, y yo me quedo plantado sin hacer nada. Ham aparece de nuevo, sus pezuñas repiquetean sobre las baldosas con cada paso que da. Es un perro de caza, un muelle comprimido hecho de tendones y pelo gris. Tiene el hocico alargado y regio, pero tiene la cabeza coronada por una pelusilla pálida, que hace que me recuerde a un pollo recién salido del cascarón. Ham restriega su cabeza empapada contra mi mano. A pesar de todas las fechorías que he cometido contra él —las visitas al veterinario, las pastillas antiparasitarias y los paseos forzados bajo la lluvia—, Ham me considera una buena persona. Refunfuña un poco mientras le acaricio los hombros.

Mamá se llama Perséfone, aunque tiene tendencia a reinventarse, así que es posible que en su partida de nacimiento ponga otra cosa. No está muy unida a mi abuelo. Mamá es alta y espigada, con una melena rubia que parece una cuerda deshilachada. Creo que la mejor forma de describirla es decir que no hace gran cosa, o, mejor dicho, que empieza cosas y luego no las termina, ya sea una carta, un libro, un almuerzo o su eterno plan de montar una tienda de cristales. Le interesa el poder vigorizante de los cristales. También le interesan las cartas del tarot, la numerología, la regresión por medio de la hipnosis, la teoría de los antiguos astronautas, el reiki y los libros escritos por gente que ha entablado contacto con ángeles o que ha cambiado su vida a través del pensamiento positivo. Vamos, la pareja ideal para un experto en fantasmas profesional como mi padre. O, al menos, así debería haber sido. A mamá le interesa bastante menos buscar trabajo, limpiar la casa o ir a las reuniones de padres en el colegio. Sospecho que papá ha debido de seguir ocupándose del tema económico, a pesar de la ruptura, así que no penséis que lo he pasado mal: cortes de

luz, cajas vacías por Navidad o cosas de esas. Somos clientes habituales en las tiendas de comida orgánica, y desde que empecé el instituto siempre he tenido las zapatillas apropiadas, el corte de pelo apropiado y ropa de las marcas apropiadas, lo cual es importante si quiero seguir saliendo con Kirk, Mark y el resto de la panda. No sé qué va a pasar con el dinero, ahora que papá se ha ido. Mamá está contemplando el jardín con una expresión vidriosa, lo que me induce a pensar que ya se ha tomado una de sus pastillas para el dolor.

Resulta que mi madre padece una dolencia que se llama cefalea en racimos. En mi caso ya las paso bastante canutas cuando tengo un dolor de cabeza corriente, como si alguien me estuviera anudando una soga alrededor del cráneo, pero la cefalea en racimos es lo más de lo más en cuestión de dolores de cabeza. Es tan horrible como si alguien te estuviera clavando una pica al rojo vivo en la cabeza, según dicen los folletos que dan a los familiares de los enfermos para ayudarnos a entender su condición. Cuando a mamá le entra un ataque tiene que meterse en su dormitorio con las cortinas bien cerradas y quedarse allí durante días y días, con una venda en los ojos y hielo sobre la frente.

Y así son las cosas con mi madre. No es mala gente, la verdad. Nos llevamos bastante bien porque no le interesa demasiado qué tal me va en el colegio, ni con quién me junto, ni cuánto tiempo estoy por ahí con ellos, que es la clase de cosas por las que mis amigos discuten con sus padres. Es rara, pero al menos no se dedica a beber por las noches como la madre de Kirk, ni fuerza la sonrisa mientras te somete a un interrogatorio completo como la madre de Mark, que sospecho que es una madre androide que su padre construyó a partir de un kit encargado por correo.

—Parece que el día va a ser despejado —dice mamá. No hay ningún indicio que invite a describir este día como despejado, ni de lejos; pero el comentario es la prueba de que aún no ha recibido la noticia. No tengo ni idea de cómo sacar el tema.

—Sí —digo mientras acaricio con saña los hombros y el lomo de Ham.

He comprendido que tengo que saltarme las clases. Ya llego tarde por culpa de la carta, aunque mamá no se haya dado ni cuenta. La reunión con el abogado de papá es a primera hora de la tarde, pero los autobuses que van a la ciudad toman el camino largo, así que resultará más fácil no ir al instituto que intentar escabullirme a la hora de comer. Si alguien me pregunta dónde estaba, tengo una baza infalible. Los profesores se quedarán comiendo de mi mano cuando descubran lo que ha pasado. Tendré por delante un par de meses en los que podré hacer lo que quiera con ellos.

—Ojalá podamos ver hoy unos cuantos pájaros —dice mamá, señalando hacia el comedero que colgó de uno de los manzanos. Es su

última ocurrencia.

—Seguro que se ponen más contentos que unas castañuelas —digo.

Mamá rebaña el huevo para ponerlo en un plato.

—Porque... ya sabes, el comedero está lleno de castañas.

Mamá tarda un poco en sonreír. No se da la vuelta, pero puedo atisbar el contorno de su sonrisa en su reflejo. Apenas dura unos instantes.

Me acerco hasta ella. Ham me sigue, resoplando y embistiendo contra mis piernas.

—Tengo que prepararme para ir a clase —digo—. Hoy me retrasaré un poco. Esta noche tengo entrenamiento de rugby.

No es verdad, pero no sé cuánto durará la reunión.

—Pórtate bien —dice mamá—. Eres una persona especial.

Cuando la abrazo, puedo notar todos los huesos de su espalda.

Me llamo Luke Manchett y tengo dieciséis años. Vivo en un pueblo que se llama Dunbarrow, en lo alto de las colinas del nordeste de Inglaterra. Nací en la región central del país, pero mi madre, cuando comenzó a fraguarse la separación, tuvo la ocurrencia novelesca de escaparse a una casa en el campo, una idea que resultó ser mucho menos novelesca después de diez años de chubascos incesantes y chismorreos de pueblo. No me malinterpretéis: estoy seguro de que este lugar es genial para venir de excursión en autobús un día festivo, si tienes sesenta años. Hay un montón de iglesias históricas, túmulos funerarios, piedras rituales célticas y cosas de esas. Pero cuando tienes dieciséis años, Dunbarrow se limita a una calle mayor cutre, un garito en el que a lo mejor no te piden el carné, pastos húmedos repletos de ovejas y un laberinto de viviendas sociales de ladrillo rojo, donde más te vale no cruzarte con los chicos de la zona a no ser que te conozcan. Vivo en Wormwood Drive con mi madre, una zona bastante pija porque tenemos un jardín delantero y otro en la parte de atrás. Estamos a las afueras del pueblo y el muro del jardín nos separa de los pastos de las ovejas, que se extienden desde allí hasta prácticamente el fin del mundo. A mamá le entusiasma el sitio porque todo es muy natural y muy orgánico, y qué puede haber más rural y más orgánico que las ovejas, aunque luego te puedan entrar ganas de suicidarte si te topas por error con sus miradas huecas e inertes.

El único consuelo de que en Dunbarrow nunca pase nada es que estamos más cerca de la única ciudad de la región —Brackford— que Throgdown, Sheepwallow y todos esos poblachos de mala muerte que se encuentran adentrados en los páramos. Brackford es un gigante de hierro, caído y herrumbroso, que lleva décadas intentando ponerse en pie después de que clausurasen las minas y cerrasen los astilleros. El cielo es siempre gris y el viento llega con energía desde el mar, que

tiene el color del hormigón, soplando con todas sus fuerzas entre las hileras de casas adosadas.

Sea como fuere, lo que sucede a continuación es que voy descendiendo por la colina como de costumbre, con la mochila y todo lo demás, y después me dirijo a la estación de autobuses y allí me quito el uniforme en los lavabos. Tardo cuarenta y cinco minutos en llegar a Brackford. Una vez allí, almuerzo (hamburguesa con patatas) y deambulo por varias tiendas de discos, ojeo unos DVD y contemplo un precioso par de botas de fútbol. El pueblo entero está emperifollado, listo para Halloween: hay esqueletos de papel, manchas de sangre de colores chillones y brujas de plástico colgados en los escaparates de las tiendas. Normalmente, cuando nos saltamos las clases es porque la casa de Kirk está libre y podemos pimplarnos las birras de su madre y jugar a la Xbox. Preferiría eso a tener que reunirme con los abogados de mi padre. La verdad es que debería habérselo contado a mamá. Debería haberme acompañado. Me digo a mí mismo que debería volver a casa, contárselo y después concertar la cita para otro día, pero dan las 13:45 y me encuentro en la sala de espera de Berkley & Cía. En el escritorio que tengo enfrente hay una secretaria rubia, que escruta la pantalla de su ordenador con los compulsivos movimientos de cabeza propios de un pájaro enjaulado. Al cabo de media hora me hace un gesto de agobio con la cabeza para indicarme que pase.

El despacho del señor Berkley es tal y como esperaba: sobrio y profesional. El único mobiliario está compuesto por un aparatoso escritorio negro, varios archivadores y un calendario de pared repleto de anotaciones. Su escritorio está desierto salvo por una estilográfica y un viejo reloj de oro con un péndulo brillante que no para de traquetear. No hay ninguna foto familiar.

El señor Berkley tiene el rostro muy arrugado, pero conserva un aspecto bastante imponente: es una de esas personas mayores que se ve que fueron muy atractivas en su época, con el cabello color ceniza peinado hacia atrás como el protagonista de una peli de los años treinta. Tiene una barba bien cuidada, y unos dientes largos y uniformes que parecen haber costado más que el coche de mucha gente. Va vestido con un traje de color gris claro y una camisa rosa, sin corbata, y está anotando algo en un cuadernito, que guarda en el cajón de su escritorio en cuanto entro en la estancia. Se pone en pie y me dirige una sonrisa cegadora, después se inclina sobre su escritorio para estrecharme la mano con firmeza e indicarme el asiento que se encuentra frente a él, todo al mismo tiempo. Despide un pestazo tremendo a loción para el afeitado. Resulta un poco cargante.

—Luke —dice, sonriendo como si a los dos nos acabara de tocar la lotería—. El señorito Luke A. Manchett, ¿no es así? Hijo y heredero

del difunto doctor Horatio Manchett.

—Eh... hola —digo. Tiene los ojos tan azules que los iris parecen artificiales, como si estuvieran hechos de plástico. Es amigable, pero me siento como si me estuviera evaluando. Me revuelvo en mi asiento.

—Te pido disculpas por la espera —prosigue—. Hoy he tenido un montón de asuntos que tratar. Peticiones inesperadas, viejos amigos que pedían la revisión de unos acuerdos... He estado liadísimo. Espero que me perdones.

—No pasa nada, en serio.

—Gracias, muchacho. La clemencia es una gran virtud, ¿no te parece? Las almas que no soportan carga alguna flotan mejor en el río helado.

—¿Eso es de un poema o algo así? —pregunto.

—No —responde—, en realidad no. Es un consejo, supongo. Pero no recuerdo quién lo dijo. ¡En fin! Me gustaría decir, antes de que entremos en detalles, que considero que estaba bastante unido a tu difunto padre. Horatio era un gran hombre. Todos sentimos tu pérdida como si fuera nuestra.

No estoy seguro de que presentar en la tele un programa cursi de temática paranormal te acredite como «un gran hombre», pero no parece el momento apropiado para discutirlo.

—En realidad no lo conocía demasiado —respondo.

—Y él lamentó vuestro distanciamiento. Eso te lo puedo asegurar.

—Preferiría... En fin. No le conozco, señor. Preferiría no hablar de ello. Lo siento.

—Mis disculpas, mis disculpas. En fin, Luke, como ya sabes, te hemos pedido que vinieras con cierta urgencia para tratar el tema de tu herencia. Fue deseo expreso de tu padre que contactáramos contigo lo antes posible. Soy consciente de que avisarte con tan poca antelación ha podido causarte algún inconveniente. Confío en que tus profesores se mostrasen comprensivos.

Me encojo de hombros.

—Está bien. Pongámonos manos a la obra. Luke, te he hecho venir hoy para informarte de que eres el único heredero legal de Horatio. Está en disposición de heredar sus propiedades, tanto nacionales como foráneas, así como los futuros derechos de autor procedentes de las ventas de libros y vídeos digitales. También debemos hablar de una cuenta bancaria dispuesta para tu uso personal inmediato, que contiene una suma que supera los seis millones de dólares, los cuales, al convertirlos en libras...

Sigue hablando, pero su voz se ha convertido en un susurro comparada con la atronadora exhibición de fuegos artificiales que acaba de iluminar mi cabeza. Me siento como si la silla me acabara de descargar mil voltios en el cuerpo. Suponía que papá vivía bastante

bien gracias a su programa de la tele, pero no sabía que tanto. Soy millonario. Más que eso: multimillonario. Una serie de fotografías que parecen sacadas de una revista comienzan a proyectarse en mi cabeza: salas VIP, barras libres, suites de lujo... No me puedo creer que ayer mismo estuviera preocupado por mis exámenes. ¿A quién le importa eso? Y ya no tendré que suplicarle a mamá que me compre un coche, lo cual es genial porque se ha hecho la sueca ante mis indirectas, y nunca se fija en las revistas de coches que he ido dejando por el salón durante los últimos seis meses. Me imagino al volante de un reluciente Ferrari naranja, con Holiday Simmon en el asiento del copiloto, con la melena centelleando a la luz de un atardecer tropical mientras...

—¿Luke?

—¿Sí? —digo, sin haber escuchado una sola palabra de lo que estaba diciendo el señor Berkley.

—¿Entiendes entonces por qué te estoy contando esto?

—Ajá. La herencia de papá. Seis millones de dólares. Nacionales y foráneas. Ventas de DVD.

—Ese es el resumen general, sí. El caso es que, como único beneficiario de su testamento, es necesario que cumplas ciertos pasos para poder heredar...

—¿No le ha dejado algo a nadie más? Siempre pensé que debía de haber al menos otra mujer: rubia, delgada, con la mitad de años que él...

—Ya te lo he dicho, Luke. Eres el único beneficiario. Tu padre solicitó que contactáramos sólo contigo en lo relativo a este asunto, ni con tu madre ni con nadie más. Fue muy claro a ese respecto. Y ahora, lo primero que debes hacer es firmar unos cuantos documentos, donde manifiestas que entiendes lo que te estoy contando y que aceptas la responsabilidad total derivada de la herencia de tu padre.

«¡Venga, dale!», me entran ganas de gritarle. «Lo que sea. Enséñame la pasta». Vine con la expectativa de heredar unos gemelos o un reloj de pulsera. Berkley se pone a hurgar en un cajón del escritorio durante unos instantes. Me quedo contemplando el balanceo del péndulo del reloj.

—Aquí está —dice, mientras despliega varias hojas de papel sobre el escritorio. Me pongo a hojearlas. Las primeras de arriba son documentos legales estándar, redactados a ordenador, impresos en papel Din-A4. Los firmo con la estilográfica de Berkley. Las últimas son diferentes, y me detengo. Es un fajo de pergaminos ásperos y amarillentos, y el texto está escrito a mano con una extraña tinta marrón. La caligrafía es diminuta y está llena de florituras, un amasijo total de caracteres góticos. Entorno los ojos para ver mejor, pero no consigo leer nada.

—¿Qué es esto? ¿Está escrito en inglés? —le pregunto a Berkley.

—Es latín, muchacho. ¿Hay algún problema?

Deslizo los dedos sobre el pergamino. Tiene un tacto áspero, fibroso.

—Vitela —dice el señor Berkley—. Está hecho con piel de cabra. No es fácil encontrarlo hoy en día, como supongo que podrás imaginar. Tenemos un proveedor en Cumbria.

Apoyo la pluma sobre el espacio en blanco situado al final de la página. Berkley se inclina hacia adelante sobre su asiento. Aparto la punta de la pluma. Se oye el tictac del reloj, que emite un sonido leve y constante.

—¿Qué estoy firmando? —pregunto.

—Tal y como te he explicado, Luke, tu padre...

—¿Qué estoy firmando ahora mismo? ¿Por qué está escrito en latín sobre piel de cabra?

Berkley se desliza una mano por el pelo engominado. Deja escapar el aire por la nariz.

—Luke, ya sé que esto parece un poco... inusual, pero es obvio que Horatio no era un hombre corriente. Existe una serie de requisitos antes de que puedas disponer de su dinero o de sus propiedades. El primero de ellos es que tu padre dejó dicho que firmaras este documento concreto, hoy mismo. Se trata de una petición muy específica, expresada a través de una última voluntad y un testamento coercitivos desde el punto de vista legal. A no ser que firmes este documento, aquí y ahora, tengo instrucciones de dividir la herencia del difunto doctor Manchett y repartir las ganancias entre diversas organizaciones caritativas. Tu madre y tú no recibiríais un solo penique. Sería un gesto muy noble, sin duda, pero no creo que sea el resultado que te gustaría y, francamente, tampoco sería el resultado que espero obtener hoy. Si quieres leer las indicaciones que me dejó tu padre al respecto, tengo aquí los papeles.

Berkley mete la mano en otro cajón y me entrega una nueva serie de documentos encuadernados con anillas. Contiene más párrafos y cláusulas de los que sería capaz de leer aunque me quedara allí todo el día, pero sin duda la firma que hay en cada uno de ellos es de mi padre. La reconozco por las tarjetas de cumpleaños que solía enviarme.

Bajo la mirada hacia mis zapatillas. Todo este asunto huele raro. ¿Mi padre se lo lega todo, hasta su última posesión, a un hijo con el que no habla desde hace una década? ¿Y por qué no a mi madre? ¿No confiaba en el uso que le daría al dinero? ¿Esa es una de las razones por las que rompieron? ¿Así que decide, sin pensárselo dos veces, convertirme en un multimillonario? Si no supiera que es imposible, pensaría que hay una cámara oculta observando lo que hago, como si se tratara de una broma de un programa de televisión. Y el señor

Berkley está empezando a darme mal rollo, con sus sonrisas desmedidas y su insistencia para que escriba mi nombre sobre un trozo de piel de cabra...

Decido que no tengo otra elección. La imagen en la que salimos Holiday y yo conduciendo por los Alpes es demasiado intensa. Me están ofreciendo más de lo que jamás pensaría que llegaría a ganar en mi vida, y eso es sólo el comienzo. Librarme de los exámenes, de tener que buscar trabajo, librarme incluso de mamá... ¿Quién podría negarse? Presiono la pluma de Berkley sobre la vitela y ejecuto una versión bastante aceptable de mi firma. La punta se atasca con las fibras y necesito hacer más fuerza. Cuando levanto la pluma, el reloj parece prolongar su tictac durante un instante más de lo normal; el péndulo dorado se queda paralizado a mitad de su movimiento, como si la habitación hubiera decidido detener el tiempo.

El señor Berkley se relaja y vuelve a recostarse en su asiento. Por primera vez, su sonrisa se extiende hasta sus ojos.

—Creo que has tomado la decisión correcta —dice Berkley—. Debo avisarte de que existen algunas condiciones más que debemos abordar antes de que pueda realizarse la transmisión de la cuenta y las propiedades, que en estos momentos no estoy en disposición de revelar. Me pondré en contacto contigo en el plazo de dos semanas para concretar los detalles. Ah, también has heredado una serie de artículos que tengo instrucciones de entregarte de inmediato.

Mete la mano en otro cajón y saca un fajo de papeles atados con un lazo, un estuche metálico similar a los que se utilizan para guardar las gafas, y un libro verde.

—¿Qué es esto? —pregunto, al tiempo que cojo el libro. Es pequeño y grueso, apenas un poco más grande que las Biblias que dejan en las mesillas de los hoteles. Huele a viejo, un olor casi agrio, y el papel está tan amarilleado como los dientes de un fumador. Está encuadernado con unas tapas de piel de color verde claro, sin ninguna mención visible al título ni al autor. Hay una estrella de ocho puntas grabada en oro en la portada. El libro tiene un par de cierres metálicos. Intento abrirlo, pero parecen estar atascados y se me clavan en los dedos, haciéndome daño.

—Una antigüedad, según tengo entendido —dice Berkley—. No tengo muy claro qué significaba para tu padre, pero insistió mucho en que te lo entregara de inmediato. Es bastante valioso, así que cuídalo bien. Te sugiero que lo trates con cuidado.

Dejo el libro sobre la mesa y cojo el estuche metálico. Traquetea al moverlo, suena como si tuviera un montón de objetos pequeños sueltos en su interior. Se abre por un extremo. Inclino el estuche y cae una lluvia de anillos sobre la oscura madera del escritorio: anillos dorados y otros con piedras incrustadas de color rojo, azul y negro. Un

anillo con forma de león, otro con un cráneo sonriente incrustado. Cuento nueve en total. Cojo algunos de ellos al azar, los hago girar entre mis manos. Tienen un tacto frío, pesado. Nunca he visto a mi padre sin ellos, eran algo así como su marca personal. Alguien debió de quitárselos de los dedos después de su muerte.

Vuelvo a dejar los anillos en la mesa.

—Mi padre no esperaría que me los pusiera, ¿verdad? —digo.

—Su intención era que los tuvieras —responde Berkley—. Lo que hagas con ellos es decisión tuya.

—¿Y esto qué es? —pregunto, señalando hacia los papeles.

—Objetos extraídos del escritorio de tu padre, diría yo. Correspondencia y cosas así. Él quería que los leyeras.

Me quedo contemplando el andrajoso fajo de papeles.

—Tengo el Certificado General de Educación Secundaria, ¿sabe? —le digo.

—Y estoy convencido de que a tu padre le encantaría saber lo entregado que estás a tus estudios —dice, sonriendo, sin el menor atisbo de sarcasmo, al menos que yo haya visto—. Tal y como están ahora, resultan un poco incómodos de transportar... Espera, deja que te busque una carpeta.

El señor Berkley se pone en pie y se dirige hacia una vitrina situada al fondo de la habitación. Regresa con un aparatoso archivador marrón.

—Nunca puede faltar uno de estos en un trabajo como el mío. Nunca se sabe cuándo necesitarás un lugar donde guardar un contrato... Ya está. Todo bien guardadito.

El abogado guarda los papeles de papá en el archivador, después deja el libro verde y el estuche de los anillos a su lado. Lo desliza todo hacia mí.

—¿Eso es todo? —pregunto. En mi mente vuelve a aparecer la imagen del dinero, y entonces me pregunto de nuevo si será alguna especie de broma. En el fondo tengo la esperanza de que saque un maletín repleto de billetes de cincuenta.

—Por ahora. Como te dije antes, no recibirás el dinero de inmediato. Existen otras condiciones que hay que cumplir, impuestos que negociar, esa clase de cosas. Detalles y más detalles. Me pondré en contacto contigo en cuanto esté todo arreglado.

—Vale —digo, mientras vuelvo a guardar la colección de anillos de papá en el estuche. Me levanto y me guardo el libro y los anillos en el bolsillo de la cazadora. Los documentos me los meto bajo el brazo. El señor Berkley se pone en pie y me tiende la mano. Se la estrecho.

—Deja que te diga una vez más que lamento mucho tu pérdida, Luke. Sentía mucho aprecio por Horatio. Ha sido una experiencia muy interesante conocer al fin a su heredero. Confío en que si alguna vez

necesitas algo, si alguna vez puedo ayudarte en lo que sea, no dudes en contactar conmigo.

—Yo también me alegro de conocerle —digo, retirando a duras penas la mano que me está estrechando. En cuanto consiga el dinero de papá no volveré a hablar con este tipo, bajo ningún concepto. Nunca he estado tan seguro de algo. Quiero estar lo más lejos posible de los traqueteos de su reloj dorado y de su inquietante mirada. Retrocedo unos pasos, alejándome de él, mientras le digo adiós con el brazo libre.

—Ha sido un placer —dice el señor Berkley—, un placer, Luke. Tengo la certeza de que volveremos a vernos.

Después de eso dedico un rato más a deambular por Brackford, para que así parezca que he estado entrenando después de clase, y me subo al autobús que regresa a Dunbarrow a las seis. Tras tomar asiento en el piso superior, contemplando el cielo oscurecido que despliega su manto infinito sobre la autopista, varias imágenes del día rebotan por mi cabeza como si fueran las bolas de un *pinball*. Sueños dorados de opulencia, de zapatillas, vaqueros nuevos, coches, casas, mezclados con pensamientos más siniestros: la carta, mi madre plantada ante la pila diciendo que hoy hacía un «día despejado». La forma que tuvo Berkley de evaluarme, de observarme sin rastro de afecto con esos ojos azules tan vívidos. El pergamino en el que puse mi nombre, el libro verde que llevo en el bolsillo del chubasquero. Tengo la sensación de que me han ofrecido algo que no podía rechazar, y que a cambio he accedido a algo que no alcanzo a comprender. ¿Por qué papá sólo me incluyó a mí en su testamento? ¿Qué pasa con mamá? ¿Cómo murió y por qué nadie, salvo Berkley y yo, parece haberse enterado? ¿Qué le ocurrió a papá, exactamente?

La última vez que lo vi —aparte del día que nos abandonó, aparte de ver su rostro de pasada en las portadas de los libros de saldo— tenía quince años, una gripe me había librado de ir al instituto, y estaba tirado delante de la tele. Tenía la frente empapada en sudor, y el cuerpo hinchado y dolorido, como si alguien me hubiera enchufado a una bomba para inflar las ruedas de la bici. Me dediqué a pasar de un canal a otro, hasta que el rostro de papá apareció en la pantalla.

No pasaba hambre, eso resultaba evidente, y daba la impresión de que al traje blanco que llevaba le faltaba una talla más. Su barba parecía algo recién sacado de un desagüe, y tenía los dedos repletos de anillos.

Papá estaba enfrascado en una conversación con una anciana que estaba convencida de que su difunto esposo seguía rondando por su casa. Lo había visto en su butaca favorita, según dijo, o quizá no lo hubiera visto exactamente, sino que lo había percibido. Había olido su

aroma, la loción para el afeitado que utilizaba siempre, desde sus años de servicio en el ejército. La anciana mencionó este punto varias veces, que había estado en el ejército, dándole más importancia que al hecho de que estuviera muerto. Un hombre de costumbres, dijo papá, bondadoso, y la anciana estuvo de acuerdo. La mujer aseguró que había visto unos cojines aplastados, como por el peso de una cabeza invisible. Y todas las mañanas, añadió, los zapatos de su marido aparecían junto al felpudo de la entrada, por mucho que ella volviera a guardarlos siempre en el ático. Esto último lo dijo susurrando, con la convicción propia de quien está mal de la azotea.

Mi padre asintió y dijo que le gustaría echar un vistazo a la butaca, si era posible. La cámara lo siguió hasta el salón. La anciana indicó con un gesto solemne la butaca que seguía siendo la preferida de su marido, papá se sacó del traje un enorme amuleto de oro unido a una cadena y empezó a menearlo sobre la butaca mientras decía: «Sí, sí, percibo que su espíritu todavía merodea por aquí. Aún no ha cruzado al otro lado». Tomó la mano de la viuda entre las suyas y, mirándola a los ojos, le dijo a aquella anciana plañidera que su esposo necesitaba ayuda para poder acceder a la otra vida, y que él sería el encargado de proporcionársela.

Reconocer esa expresión de afecto y preocupación fingidos en su rostro —mi padre me miraba igual antes de que nos abandonara, cuando me caía en el parque o cuando hablaba de los monstruos que había en la alacena bajo el hueco de las escaleras— me dolió de una forma sorprendente, como si me hubieran apuñalado, así que cambié de canal y me aseguré de no volver a ver nunca su programa.

Ha oscurecido del todo y comienza a chispear mientras recorro el camino de acceso a mi casa y entro por la puerta principal. Con un gesto de fastidio, caigo en la cuenta de que no estoy manchado de barro ni llevo mi bolsa de deporte, lo cual pone en duda la coartada del rugby, pero mamá no se da ni cuenta. Está sentada en el sofá, con una máscara facial rellena de hielo pegada a la cara, algo que siempre es una mala señal. No está haciendo ni caso al culebrón que están echando en la tele. Ham está tirado a sus pies, como una alfombra viviente.

—Hola, cielo.

—Qué hay, mamá. —Le agarro la mano.

—Hoy han pasado unos gorriones por el jardín. Siempre he sabido que habíamos hecho bien viniendo aquí. Pájaros de verdad, ¿me oyes? No unas simples palomas. ¿Qué tal el día, cielo?

He descubierto que el padre que nos abandonó, tu exmarido, está muerto. Me he reunido con el abogado de papá, un bicho raro, y he firmado por seis millones de dólares, a condición de vete a saber qué.

No sé si hice lo correcto.

—Las clases han ido bien. No ha ocurrido nada especial.

Mamá sonríe con gesto distante.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—He visto unas cuantas luciérnagas esta última hora. No te preocupes.

Esas «luciérnagas» son los destellos y chiribitas que mamá empieza a ver en los extremos de su campo de visión cuando se avecina un enorme dolor de cabeza. Debería haberle dicho algo esta mañana. Apenas podrá tenerse en pie durante el resto de la semana. No obtendré ninguna ayuda por su parte. Decido que ya hablaremos de papá cuando se encuentre mejor. Tiene un aspecto extraño con esa máscara de hielo de color azul neón, como si fuera una figurante en una peli cutre de superhéroes.

—Descansa un poco, mamá. Voy a prepararme un té.

—Buen chico. Me alegra oírlo. Sé bueno y dale de comer a Ham, ¿vale? Me ha traído de cabeza todo el día, con sus gemidos y sus arañazos.

—Está bien.

Le doy a Ham una lata de «Alimento especial del Sr. Zarpas» antes de sacarlo a la calle. Echo un poco de pasta encima y, cuando lo dejo listo, mamá se levanta a duras penas del sofá para irse a la cama. Si por ella fuera, seguramente se habría ido hace horas, pero sé que le gusta esperar hasta que vuelvo a casa, para que así no me la encuentre vacía. Se está preparando una tormenta de las buenas, y cuando vuelvo a dejar entrar, Ham está calado hasta los huesos, el suave pelaje gris se le pega a las patas y a su lomo flacucho. Me lanza una mirada lastimera cuando me río, y se aleja para tumbarse debajo del radiador. Reviso mis mensajes. Kirk me envió uno esta tarde para contarme que Mark y él prendieron fuego a la corbata de Nick Alsip con un mechero Bunsen en clase de química. Kirk dice que fue «legendario». Está claro que me he perdido un gran día en el instituto de Dunbarrow. Friego los platos y después, por impulso, salgo al pasillo y saco el libro verde de papá del bolsillo de mi chubasquero. El viento arrecia en el exterior. Examino el libro bajo la tenue luz del vestíbulo. Berkley dijo que era valioso. ¿Qué lo hace tan especial? Deslizo un dedo sobre la estrella de ocho puntas de la cubierta. La piel tiene un tacto suave y frío.

Voy a sentarme al sofá del salón, mientras la tele sigue balbuceando de fondo. Quito el sonido e intento abrir los cierres del libro. Están atascados, rígidos como cadáveres. No hay forma de abrirlos. Intento pensar una manera de forzarlos, pero no quiero estropear el libro. Parece muy antiguo. Decido no intentar abrirlo por la fuerza, puesto que reduciría su valor en caso de que decida

venderlo. Lo dejo a un lado y me pongo a ver el fútbol en la tele. La pelota es una mancha blanca y diminuta sobre la hierba.

* * *

No sé qué hora es. Las ventanas son unos ojos negros en la pared. La tele está en reposo, proyectando una luz azulada y macilenta. Ham está tumbado frente a ella, dormido, su pecho peludo se expande y se contrae mientras gimotea en sueños. El viento, con su ajetreo, provoca un murmullo ahogado desde el exterior, y puedo oír algo —una cañería, tal vez— que traquetea en las paredes. Estoy tendido en el sofá. Tengo el libro verde de papá apoyado encima del pecho, con los cierres puestos.

Me incorporo despacio, con la sensación de estar todavía dormido. Me quito el libro de encima y lo coloco sobre el reposabrazos del sofá. La caldera debe de haberse desconectado, porque mi aliento emerge en forma de vaho. Me pongo de pie y cruzo el salón sin hacer ruido en dirección a la cocina. No hay ninguna luz salvo el destello fluorescente del panel de control del microondas. ¿No estaban encendidas las luces cuando me senté en el sofá? ¿Habrá bajado mamá para apagarlas? A medida que mis ojos se dilatan, la oscuridad se filtra en mi interior y veo con más claridad, con la visión típica de la ausencia de luz, la cocina se despliega ante mí en una escala de grises. Al otro lado de la ventana, en el jardín, los manzanos se mecen de un lado a otro. Aquí el viento retumba con más fuerza. El cielo es un remolino de nubes negras, a lo lejos las farolas tiñen el horizonte con un sucio tono anaranjado.

El frío que emerge de las baldosas de piedra me está trepando por las piernas, se me mete en las entrañas. Decido encender las luces, pero algo me detiene, alegando que si las enciendo lo que quiera que esté ahí fuera podrá verme.

Es una estupidez. Me he asustado porque está oscuro y hace frío, y el cerebro de mono que tengo encerrado en las profundidades de mi ser ha sido programado por millones de años de evolución para morirse de miedo en lugares oscuros porque mis ojos no están tan preparados para ver en la oscuridad como los de nuestros antiguos depredadores. Esa es la razón por la que estoy asustado. No hay nada ahí fuera. Presto atención a ver si oigo a mamá toser o moverse, pero no escucho ningún ruido procedente del piso de arriba.

Caminando con cautela, salgo de la cocina y me detengo en el pasillo. Aquí no hay ventanas, y aunque eso provoca que esté más oscuro que la cocina, me tranquilizo. Esto es ridículo. Tengo dieciséis años, no soy un niño de seis al que le tienen que dejar una luz encendida por la noche.

Sin darme tiempo para pensar, vuelvo corriendo a la cocina y

enciendo todas las luces. En un gesto todavía más desafiante, enciendo la caldera. Por la casa resuenan los ecos del burbujeo del agua y el furor del vapor. Me relajo del todo, me acerco al frigo y saco un paquete de fiambre de pavo. Mientras devoro una de las deliciosas rodajas, si bien algo correosas, me felicito. Es normal sentirse incómodo cuando estás a solas en un lugar oscuro, lo malo es dejarse llevar por esos miedos irracionales. Soy un faro de luz en este mundo atestado de demonios y esas cosas que se dicen.

Mis pensamientos quedan interrumpidos por un tremendo estruendo procedente del piso de arriba, como si alguien acabara de atravesar el tejado con una bola de los bolos. Ham empieza a aullar. Entra corriendo en la cocina y se acurruca contra mi pierna.

Vuelvo a guardar el pavo en el frigo —me gustaría aclarar que lo hago sin que me tiemblen las manos lo más mínimo—, meto la mano en el cajón de la cubertería y saco el cuchillo de carne más afilado que tenemos. Sintiéndome más valiente ahora que he encontrado un arma, me obligo a cruzar la cocina y a salir al oscuro pasillo. Ham me sigue con la cabeza gacha, gimiendo con suavidad.

—Cállate —le digo, y me obedece.

Trato de ignorar la desagradable sensación que tengo en el estómago, como si acabara de saltar por un puente y estuviera cayendo en picado hacia las aguas oscuras y congeladas. Me concentro en el cuchillo. Soy un macho alfa que exuda testosterona por sus glándulas sudoríparas. Ham, mi leal y subordinado compañero de la manada, me mira en busca de consejo para saber qué hacer en esta situación.

—¿Mamá? —pregunto, proyectando mi voz hacia el piso de arriba.

Los árboles crujen.

—¡Mamá!

Ham aprieta la cabeza más fuerte contra mis piernas. Es muy propio de ella seguir durmiendo entre tanto ruido, pero la quietud del piso de arriba me está poniendo los pelos de punta. Necesito comprobar que está bien.

Inspiro hondo, enderezo el espinazo, y sin hacer ruido coloco un pie y después el otro sobre los escalones, hasta que llego al descansillo. Es difícil determinar de dónde procede el ruido. ¿Fue en el baño? Ham pasa a mi lado sin hacer ruido y señala con el hocico hacia el cuarto de mamá.

—¿Estás seguro? —susurro. Ham suelta un gemido.

Me quedo mirando la superficie blanca de la puerta, con el aliento entrecortado.

No hay nada dentro de casa...

Acerco una mano a la puerta.

Ham se inclina hacia adelante y gimotea.

Cierro los ojos e imagino que Holiday Simmon, tan rubia y tan hermosa, me está observando de alguna manera, tal vez a través de la tele. Quiere verme triunfar. Este es el momento en que debo demostrar mi valía.

Aprieto el cuchillo con más fuerza, y entonces, sin darme tiempo para pensarlo, irrumpo en la habitación de mamá, dispuesto a apuñalar con el cuchillo de carne a tantos ladrones como pueda antes de que me reduzcan.

No hay nadie en la habitación.

Me doy la vuelta por si acaso se han escondido detrás de la puerta, pero sencillamente no hay nadie.

Tampoco puedo evitar reparar en que Ham no me ha acompañado al campo de batalla. Sigue plantado en el descansillo, asomando su cabeza greñuda por el marco de la puerta.

—Judas —le espeto, ondeando el cuchillo—. Pequeño Judas peludo.

Ham entra en la habitación y me lame la mano.

Cobardías aparte, parece que Ham acertó al querer que entrásemos aquí. Las ventanas están abiertas de par en par, y el viento sopla con fuerza en el dormitorio de mamá. Esa debió de ser la causa del estruendo. Las cortinas verdes y naranjas de mamá están revoloteando, pero aparte de eso, no parece que haya nada fuera de lugar. Sus máscaras tribales siguen colgadas de la pared, y su mapa de constelaciones sigue ocupando una posición destacada. Mamá está tendida en la cama, con el pelo enmarañado sobre la almohada.

—¿Mamá?

Mamá levanta la cabeza como si fuera un nadador, toma aire.

—¿Sí, cielo...?

—Mamá, tu ventana se acaba de abrir de golpe. ¿No has oído nada?

—No, no. Ay, dios..., qué desastre...

—¿No te has...?

—Luke, cielo..., por favor. Necesito descansar.

—Vale —digo, incapaz de creer que no se haya enterado de que su ventana se ha abierto de golpe en mitad de una tormenta. Sus médicos no se cortan con las prescripciones.

Mamá ya ha vuelto a desplomarse sobre la cama.

Cierro la ventana, asegurándome de echar bien el pestillo. Me asomo al jardín, que está iluminado por las luces que siguen encendidas en la cocina. La respiración de mamá se torna más lenta y profunda. No hay nadie ahí fuera, o mejor dicho, no hay pruebas de que allí afuera haya nadie. No sé qué estaba buscando, si es que acaso esperaba ver al señor Berkley en el jardín o qué. Empieza a llover y las gotas de aguas asemejan diamantes diminutos sobre el cristal.

Enseguida hay tantos que no puedo ver el exterior.

—Seguramente habrá sido el... —le empiezo a decir a Ham, y entonces me callo. Cuando alguien dice en una peli «habrá sido el viento», le asesinan de inmediato.

—Mejor no bajemos la guardia.

Ham restriega la cabeza contra mi muslo. Afuera, la tormenta ruge. Mamá suspira y se da la vuelta. Dos pastillas de las suyas y se queda fuera de combate. Sin remedio.

—Oye —le digo a Ham, mientras salimos—, sin que sirva de precedente, ¿qué te parece si te quedas a dormir en mi cuarto esta noche? En el suelo, claro.

2

HUEVOS ESTRELLADOS

Me despierto un poco atontado, tengo dolor de cabeza y la boca pastosa. Siento un peso cálido sobre la espalda, que resulta ser Ham, que en algún momento dado decidió que pasarse la noche en el suelo era una injusticia. Gimotea amargamente cuando lo echo de la cama.

Bajo la luz del sol, los acontecimientos de la noche anterior parecen producto de un sueño extraño. El libro verde de papá está encima de mi mesilla. Recuerdo que intenté abrirlo, y después dormirme, despertarme, la ventana de mamá... Me quedo inmóvil, mirando al techo, y me pongo a pensar en papá. Decido tomármelo lo mejor posible. ¿Qué esperaba, que fuera a regresar y a disculparse, a rogar que le perdonara? Si me he perdido alguna humillación final, seguramente ha sido para bien. Ahora se ha ido y me ha dejado su dinero, y eso es lo único en lo que debo pensar. Mamá y yo nos las arreglaremos.

Me entretengo más tiempo de lo normal en la ducha para que no me queden rastros de Ham en el pelo, después me envuelto en una toalla y examino mi rostro con detenimiento: es el rostro de un millonario, me recuerdo con exquisito entusiasmo. Aunque no tengo aspecto de millonario, todo hay que decirlo. Mi aventura nocturna me ha pasado factura. Tengo los párpados oscurecidos e hinchados, y los dientes ásperos porque se me olvidó cepillármelos. Me enjuago la boca dos veces en vez de una, y después dedico cinco minutos a domarme el pelo con la gomina. Estoy trabajando en un nuevo tipo de flequillo arremolinado hacia la derecha en lugar de hacia la izquierda, pero aún no lo tengo dominado.

Cuando doy el visto bueno a mi aspecto, regreso a mi habitación y me pongo el uniforme —pantalones negros, jersey gris— y las deportivas nuevas. Son de Lacoste, con un tono verde que resalta sobre el cuero blanco. No se pueden llevar deportivas a clase, obviamente, pero no es apropiado presentarse en el instituto llevando los zapatos del uniforme. Lo suyo es ir al instituto en deportivas y darse una vuelta para que las vea todo el mundo. En mi caso, tengo los zapatos del uniforme guardados en la taquilla. Como me he despertado con tiempo, observo las deportivas desde distintos ángulos a través de mi espejo de cuerpo entero, antes de bajar al piso abajo para alimentar y apaciguar a Ham. Pienso una vez más en el dinero que me ha dejado papá. Podré estrenar zapatillas todos los días de mi vida si me apetece.

Entro en la cocina y mi buen humor se desvanece como si alguien hubiera puesto en equilibrio, sobre la puerta, un cubo repleto de temores. La cocina está vacía. El sol está empezando a iluminar las nubes de tormenta más próximas al horizonte. Todo está tranquilo.

La razón por la que me he puesto tan nervioso es porque hay un desayuno inglés completo sobre la mesa de la cocina, en mi sitio. No debería haber ningún desayuno inglés encima de la mesa. No debería haber un desayuno inglés en ninguna parte de esta casa porque acabo de despertarme, y Ham, que yo sepa, no sabe utilizar el fogón ni el abrelatas. Mamá apenas podrá ponerse hoy en pie, y además, nunca me prepara nada que lleve carne, así que es imposible que esto sea obra suya. Me acerco con cautela al desayuno, como si estuviera conectado a una cuerda que activara una bomba. Examino los huevos, el beicon, la taza de té. Hay incluso un plato con tostadas, una servilleta doblada en forma de triángulo y un vaso de zumo de naranja.

Hipótesis: he empezado a cocinar sonámbulo.

Me alejo de ese desayuno inverosímil e intento localizar a Ham, que es la otra pieza de este puzle. ¿Por qué no se ha comido el desayuno? Salvo que la comida esté bien vigilada, Ham se la zampa sin pensárselo dos veces. Y hace ya más de media hora que está en el piso de abajo.

Lo encuentro en su camita, en el cuarto de la colada. Gira los ojos hacia mí cuando me ve entrar, pero no se levanta para saludarme. Está temblando, de forma incluso compulsiva, a causa del frío.

—¿Ham?

Sigue sin moverse. Subo corriendo al piso de arriba y vuelvo a sacar el cuchillo de carne. Reviso rápidamente las habitaciones de ambos pisos, pero no parece que falte nada o que algo esté fuera de lugar. No lo entiendo. ¿Quién iba a colarse en mi casa para prepararme el desayuno? ¿Alguna especie de mayordomo a domicilio no consensuado?

Hipótesis: no hay ningún desayuno. Estoy perdiendo la chaveta.

Vuelvo corriendo a la habitación, pero el desayuno sigue ahí, humeando, el té tiene el punto de color exacto que me gusta.

Me planteo la posibilidad de avisar a alguien, pero no sé qué podría decirle. ¿Se puede denunciar un desayuno no autorizado? Me saco el móvil del bolsillo. No pienso ser una víctima, aunque ni siquiera sepa qué clase de víctima sería. Marco el nueve tres veces y dejo quieto el dedo sobre el botón de llamada. Imagino varias conversaciones con la policía, ninguna de ellas demasiado productiva. ¿Y si me limito a decirles que se ha colado alguien en casa? Pero en ese caso me preguntarán qué se han llevado y tendré que explicarles lo ocurrido, y entonces se reirán en mi cara.

La comida misteriosa está empezando a enfriarse. No sé qué hacer. Subo al piso de arriba y abro la puerta del cuarto de mamá. Aún está dormida, recostada entre la maraña que forma su edredón. Me agacho para agarrarle la pálida muñeca.

—¿Me has preparado tú desayuno? ¿Hola?

Mamá abre los ojos, pero no mueve la cabeza.

—Luke —dice—, no es buen momento para que me ponga a...

—Mamá, lo sé, pero...

—Me cuesta entender lo que dices, cielo —dice, tapándose la cara con las manos.

—En serio —insisto.

—Si pudieras traerme un poco de agua... —dice, y vuelve a cerrar los ojos.

No voy a conseguir nada más de ella. Cierro la boca.

Se supone que es ella la que debe ayudarme a mí, y no al revés.

Al final decido no llamar a la policía. ¿Qué podrían hacer, después de todo? Me harían unas cuantas preguntas y mi nombre quedaría apuntado en un ordenador en alguna parte, después guardarían el archivo, lo etiquetarían como CHIFLADO y se olvidarían de mí.

En vez de eso, tiro el desayuno a la basura y después meto los platos en el lavavajillas, con la temperatura al máximo por si acaso alguien los ha impregnado realmente con cianuro. Me como un par de lonchas de pavo más que saco de la nevera y riego el conjunto con un poco de zumo de mango directamente del cartón. Paso por un breve episodio de pánico al pensar que el intruso también ha podido envenenar todo lo que hay en el frigo, pero no siento ningún calambre en el estómago, así que supongo que todo va bien. Subo al piso de arriba para coger mi mochila y después salgo por la puerta, hacia el abrazo gris de la mañana.

Pasados cuarenta años desde su construcción, el instituto de Dunbarrow se está desmigajando como una galleta rancia. Las vigorosas puertas verdes se han ido demacrando hasta adoptar un desagradable color guisante. La cantidad de estudiantes que acoge es cinco veces superior a la que estaba prevista cuando se construyó el centro, y el profesorado está compuesto, como no podía ser de otro modo, por un hatajo de dictadores y divorciados.

Mis colegas están en el patio trasero, como todas las mañanas, haciendo el chorra con una pelota. El centro del patio está dominado por los peloteos de los alumnos de bachillerato, y los parásitos de los cursos inferiores tienen que irse a jugar a los extremos del patio, cerca de los cubos de basura y del suelo embarrado. Kirk Danknott voltea la pelota con destreza sirviéndose de la puntera y el balón traza un arco en el aire, para aterrizar justo a los pies de Mark Ellsmith. Mark

retiene la pelota con el talón y me lanza un pase raso.

—Manchett —dice Mark.

—Qué hay, colegas —digo.

Kirk me saluda con un gruñido.

Mark es alto y corpulento, con los ojos del color de una piscina. Es el capitán del equipo de rugby, lo que significa que tengo que reírle las gracias.

Le doy un toque a la bola para pasársela a Kirk.

—¿Viste el partido? —me pregunta.

—Na, estaba ocupado. Vi el resumen por la noche.

Kirk y yo llevamos jugando juntos al fútbol desde que teníamos ocho años. Kirk está fuerte, y tiene el pelo rapado de tal forma que apenas deja un rastro de pelusilla sobre su cráneo. Lleva unas deportivas sucias de color naranja con los cordones desatados.

—¿Dónde te metiste ayer? —pregunta Mark.

—Tuve movidas familiares —digo, consciente de que eso reprimirá cualquier posible pregunta al respecto.

Siempre he seguido la misma estrategia: cuanto menos sepan Mark, Kirk y los demás sobre la situación con mis padres, mejor. Una cosa buena que tiene el hecho de que papá se distanciara tanto de nosotros es que así nadie descubrirá que estoy emparentado con ese tipo de la tele del traje blanco y el amuleto de oro. Ni siquiera se parece a mí, gracias a su sobrepeso. Y mejor que así sea. Para sobrevivir en el instituto de Dunbarrow tienes que ser lo más normal posible, y eso implica no tener una madre enferma ni un padre cazador de fantasmas, sino ser un Luke Manchett convencional al que le gusta el fútbol, el rugby, y que odia hacer los deberes. Juego en los equipos apropiados, llevo las zapatillas apropiadas y tengo los amigos apropiados.

Mark responde a mi excusa asintiendo con la cabeza y se da la vuelta.

—Oye, ¿te vienes al parque esta noche? —me pregunta Kirk. El martes es el único día que a ninguno nos toca entrenar, así que solemos aprovechar para salir.

Pienso en los abogados, en el testamento de papá, y en mi madre, tirada en la cama como si se hubiera ahogado. Pienso en los desconocidos que prepararon un desayuno tradicional inglés en mi cocina y en cómo se las pudieron arreglar para largarse antes de que me despertara.

—No sé, macho —replico.

—¿Estás de coña? Casi no te he visto. Además, Holiday va a venir seguro.

Holiday Simmon es, de lejos, la chica más cotizada de nuestro curso. Tiene el pelo rubio color miel y la clase de cara y de cuerpo que

sólo se ven en las revistas. Recientemente volvió al mercado después de romper con su novio, que por lo visto estudiaba el último curso de bachillerato en una escuela de Brackford. Desde entonces la he visto varias veces en nuestros partidos de rugby, plantada en el borde del campo vestida como una diosa. Kirk notó enseguida que me había fijado en ella, y desde entonces no para de sacar el tema.

—¿Y qué? —le digo a Kirk, sin perder de vista la cara de Mark. Parece estar a lo suyo.

—Es que no quiero que te lo pierdas, tronco.

—Tengo... deberes —digo, y al momento me arrepiento de poner una excusa tan mala. Mark y Kirk me dirigen una sonrisa burlona, como queriendo decir: «¿Quién eres y qué has hecho con Luke?».

—¿Seguro que estás bien? —pregunta Mark—. La directora no te habrá comido el tarro con todo eso de que es «el año más importante de nuestras vidas», ¿verdad?

—El instituto es una mofa —añade Kirk—. No te enseñan nada de lo que necesitas saber para encontrar trabajo. ¿De qué nos servirá todo esto cuando salgamos de aquí?

—Kirk —digo, en un intento por aplacar los ánimos—, ¿es cierto que al señor Richmont le dieron arcadas con tu último trabajo de historia?

—Oye —replica—, puedo ganar mil pavos a la semana vendiendo líneas de banda ancha de puerta en puerta, ¿vale? Esa gente va a comisión. Yo soy un vendedor nato. No hace falta ir a la uni para encontrar curro. Pasa la bola.

Le lanzo un pase bombeado a Kirk. Él lo recibe y después, con un solo movimiento, se pasa la pierna por detrás y manda la bola disparada por el patio, hacia la cristalera de la zona de dirección. La pelota golpea en la espalda a Elza Moss, la Rarita Número Uno, con tanta fuerza que casi me duele a mí. Elza se da la vuelta, formando una ola con el pelo.

Elza Moss es la clase de chica a la que habrían quemado en la hoguera hace unos pocos siglos. Sé que suena cruel, pero es verdad. Sólo tienes que echarle un vistazo para ver que no encaja: alta, pálida, con un reguero de pecas bajo los ojos. Tiene la complexión de una pelirroja pero se tiñe el pelo de negro oscuro, y el contraste provoca que su rostro parezca tan blanco como el de un muñeco de cera. Se carda el pelo con laca hasta desplegarlo a modo de torre, como si fuera una nube de tormenta apresada sobre su cabeza.

No se puede decir que odie a Elza, pero en el instituto de Dunbarrow hay unas reglas muy estrictas, al menos entre los alumnos. Se supone que las chicas deben tener el pelo arreglado y brillante, y no nubarrones de treinta centímetros de altura. Pueden llevar bisutería, pero no demasiada. No puedes comprarte ropa en

mercadillos benéficos ni ponerte ropa que hayas heredado de un pariente o que te hayas encontrado en la buhardilla de tu casa del pueblo, que son precisamente las vibraciones que me transmite el vestuario de Elza. Las chicas pueden —de hecho, se les anima a ello— llevar maquillaje, pero siempre que no se pinten como una puerta.

Elza podría tener un pase si se esforzara un poco más por adaptarse, pero se niega a cumplir siquiera las directrices menos estrictas. Lleva botas militares al instituto, lee demasiados libros, utiliza demasiadas palabras y se sale a fumar al otro lado de la verja, ella sola. Apostaría lo que fuera a que tiene la habitación repleta de libros de poesía, y que son de esos poemas que no riman.

—¡Por toda la escuadra! —exclama Kirk.

Los alumnos de clases inferiores sueltan una risita, ansiosos por recibir la aprobación de alguien de bachillerato. Yo no me río, porque Elza tiene fama de tener la lengua muy larga, pero cuando está a punto de ponerse a gritar, se fija en mí y se le cambia la cara. Adopta un gesto apacible y casi curioso, mientras me escruta con su mirada. Lo que me faltaba: que una marginada se quede pillada por mí en plan psicópata. La miro con el ceño fruncido y ella se encoge de hombros para después restregar nuestra pelota por el lodazal que pretende ser un jardín y la pisa con fuerza con su bota militar, hundiéndola hasta dejarla sumergida casi por completo en el barro. Me mira una última vez con una ceja enarcada y se marcha.

—Bah, venga —dice Mark—. Kirk, te toca sacarla de ahí, tronco.

—Menuda pirada...

El cielo está tan encapotado que todas las aulas tienen las luces encendidas. Estoy en clase de mates, recostado sobre mi pupitre, observando cómo el profesor escribe hileras de números en la pizarra. Normalmente se me dan bien, pero hoy no me entero de nada. Cada columna de cifras me hace pensar en mi herencia, en los seis millones, en el señor Berkley. Por no mencionar que hay un detalle de anoche que no me consigo explicar. Estoy convencido de que dejé el libro de papá en el sofá, en el piso de abajo. Subí arriba con Ham, irrumpí en la habitación de mamá y luego me fui a dormir. El libro estaba sobre mi mesilla esta mañana. Normalmente habría pensado que subí el libro yo mismo y que luego lo olvidé, pero la aparición del desayuno misterioso esta mañana sugiere que alguien se está dedicando a mover las cosas de sitio en mi casa.

Me estremezco. Que un desconocido irrumpa en casa para hacer algo así resulta tan absurdo que estoy empezando a pensar que o mamá o yo somos sonámbulos. Se oyen historias de gente que hace toda clase de locuras mientras duerme. Algunos incluso cometen asesinatos.

Intento reconducir mi atención hacia los problemas de álgebra, pero el torrente de pensamientos no cesa: el dinero, el desayuno misterioso, y a partir de ahí empiezo a pensar en papá.

No sé gran cosa sobre su juventud. Conoció a mi madre en una convención de temas paranormales, durante la época en la que mamá vivía en una caravana y siempre iba descalza. La madre de mi padre murió cuando él era muy joven, y su padre, el abuelo Archie, empezó a beber como un descosido. El abuelo murió más o menos un año después de que yo naciera, así que no me acuerdo de él. Papá trabajaba de albañil desde que era muy joven, antes de decidir dedicarse a la parapsicología y los exorcismos por razones que mamá nunca me explicó. Consiguió un programa en la tele, que tuvo bastante éxito para los temas que trataba, se casó con mamá, me tuvieron, y después nos abandonó cuando yo tenía seis años.

Si papá nunca hubiera estado ahí, todo habría sido mucho más fácil de digerir. Habríamos sido mamá y yo, a lo nuestro. Pero los recuerdos que tengo de él son buenos. Le tenía mucho cariño. Por aquel entonces vivíamos en el centro del país, y nuestra casa era bonita, mucho más que la que compartimos mamá y yo ahora. El programa de papá (no me permitían verlo: «da mucho miedo», decían) apenas llevaba un par de años de emisión en esa época, pero estaba empezando a ganar bastante pasta con él, y mamá también estaba trabajando. Papá se pasaba mucho tiempo encerrado en su despacho, preparando movidas para su programa, pero siempre tenía tiempo para mí: en invierno hacía muñecos de nieve conmigo, y en verano llenábamos la piscina hinchable y jugábamos con el cocodrilo de plástico que tanto me gustaba. Hacíamos esa clase de cosas. Recuerdo un día que fuimos a la playa y papá y yo echamos a correr detrás de las gaviotas, que se dispersaron por el cielo como si fuera una tormenta de nieve al revés.

No sé cuándo se torcieron las cosas. Yo era muy pequeño, así que supongo que las cosas ya estaban mal mucho antes de que me diera cuenta de que pasaba algo. Recuerdo que mamá se puso muy enferma; la primera vez que tuvo uno de sus dolores de cabeza, se puso tan mala que se tiró unos días en el hospital, y luego se pasó varias semanas en la cama. Mucho más tarde me contó que se había puesto tan enferma que pensaron, durante unas horas, que se podría morir. Sea como sea, papá se vino abajo mientras ocurría esto. Se pasaba toda la noche en su despacho, hablaba por teléfono durante todo el día, diciendo cosas que yo no podía comprender, en idiomas que nunca le había oído emplear a nadie. También bebía un montón. Tengo el recuerdo nítido, una noche, de despertarme y escuchar unos gritos en el jardín. Me asomé por la ventana y vi a papá dando vueltas de un lado a otro en mangas de camisa, cerca del estanque. Había luna

llena, eso lo recuerdo, y la cara y las manos de papá tenían un color muy pálido y vívido entre la penumbra. No conseguí entender lo que estaba haciendo, pero recuerdo que gritaba como si estuviera discutiendo con alguien, pero allí no había nadie más. Daba vueltas, se detenía y parecía quedarse escuchando en mitad del oscuro jardín, y entonces se daba la vuelta y empezaba a ondear los brazos y a gritar de nuevo. Recuerdo que no supe qué hacer. No quería que se enterase bajo ningún concepto de que le había visto hablando solo. Volví a meterme en la cama y cerré los ojos.

En cuanto mamá pudo levantarse de la cama, empezaron a discutir; no a gritos, sino susurrando a altas horas de la noche. Recuerdo que los dos hablaban mucho por teléfono. Más o menos por esa época hubo un fin de semana en el que se suponía que íbamos a ir a alguna parte, y que mamá estaba tardando muchísimo en prepararse, y cuando fue a bajar por las escaleras, empezó a llorar y se sentó. Nada de lo que le dijo papá sirvió para hacerla reaccionar, y luego mamá volvió a subir a su habitación y cerró la puerta con pestillo. Fue en ese momento cuando papá se sentó también en las escaleras y me dijo que mamá y él no iban a seguir viviendo en la misma casa.

Papá se marchó poco después de ese día, y mamá y yo nos mudamos a Dunbarrow. Mamá buscó trabajo, pero no había forma de que encontrara ninguno, y empezó a darle por el pensamiento positivo y por leer libros en plan *Cambia tu vida en sólo diez días,* pero no sirvió de nada. Todo siguió igual. Pensé que papá volvería, pero no fue así, y las cosas siguieron sin cambios hasta que se murió.

Estoy de los nervios cuando vuelvo a casa después de clase, ya está oscureciendo, pero la casa conserva su temperatura normal y no se ha movido nada desde que me marché por la mañana. Ham se alegra de verme, se pone a brincar por el pasillo, y oigo que mamá ha puesto uno de sus CD con sonidos de ballenas en el piso de arriba. Me preparo un té y cuando me lo termino saco de paseo a Ham hasta el final del prado más cercano a casa y vuelvo. Decido que me apetece mucho salir de fiesta, hacer cosas normales con Mark y Kirk, quizá conocer a Holiday un poco mejor, y dejar de pensar en desayunos, en libros y en papá, así que al final decido tomar el autobús hacia el parque.

Me siento en la primera fila, en el segundo piso, para así poder disfrutar de la escasa vista que me permite la oscuridad. El interior del bus está iluminado y las ventanas son negras, así que puedo ver bastante bien a los demás pasajeros por el reflejo, sin tener que girarme. Sólo hay dos personas más, que ya estaban montadas en el bus cuando subí por las escaleras, las dos tienen una aspecto tan extravagante que me llaman la atención. Son dos tipos, mayores que

yo. Están sentados al fondo. Me parece que están hablando entre ellos, pero el ronroneo del motor me impide escuchar lo que dicen.

El tipo que está sentado en el lado izquierdo es alto y corpulento, con la cabeza rapada y rasgos achatados. Tres pendientes de oro centellean en su oreja, y tiene los brazos y el cuello cubiertos de tatuajes, aunque no puedo verlos bien desde aquí. Se recuesta en su asiento, con los pies apoyados sobre el reposacabezas que tiene delante. Lleva una camisa roja de cuadros, abotonada hasta el pescuezo, con unos vaqueros lavados a la piedra y unas Doc Martens color cereza. Lleva unos tirantes blancos y relucientes encima del pecho. No sabía que siguiera habiendo *skinheads,* al menos, no en el campo.

Su amigo es aún más extraño, está sentado en una posición muy rígida, como si estuviera a punto de iniciar un recital de piano. Tiene el pelo negro y grasiento, y lleva un bigote negro que acaba en punta. Se le podría considerar atractivo de no ser por las erupciones coloradas que tiene en la frente y en la mandíbula. Lleva un traje de color azul marino y una pañoleta morada llena de arrugas. No es el atuendo más aconsejable para salir a beber por Dunbarrow, salvo que tengas muchas ganas de que te estampen vasos de pinta en la cara.

Debo de haberme quedado mirándolos durante demasiado tiempo, porque dejan de hablar y me miran. El *skinhead* se pone en pie. Debe de medir por lo menos dos metros y se le marcan los músculos del pecho. Las mangas de su camisa apenas logran contener sus brazos. Da tres largas zancadas por el pasillo central, sus botas rojas retumban al tocar el suelo.

¿Debería darme la vuelta y decir algo? El tipo se detiene en mitad del pasillo, agarrado a los asientos, mirándome. Kirk dice que si te toca pelearte con alguien más grande que tú, tienes que intentar pegarle una patada en las pelotas y echar a correr. Si el *skinhead* se acerca un poco más, descargaré un pie directamente contra su entrepierna, cubierta por unos Levis desteñidos. Me niego a enfrentarme con alguien que se ha quedado estancado en la cultura juvenil de hace treinta años.

El tipo da otro paso adelante.

Me doy la vuelta y lo miro directamente. Sin esbozar la más mínima sonrisa, con la mandíbula apretada, en un intento por demostrarle que no soy ningún pelele. Establecemos contacto visual, y me doy cuenta de que he cometido un error.

En carne y hueso resulta todavía más feo, con el rostro sin afeitar y la tonalidad propia de un queso. Tiene una cruz tatuada en la frente, y una larga cicatriz blanquecina en el pómulo izquierdo. Tiene los ojos grises como estanques. Sea lo que sea lo que tiene la gente normal, que sugiere que son personas decentes, cuerdas y capaces de razonar,

este tipo no lo tiene.

Le sostengo la mirada, incapaz de mirar para otro lado.

En cuestión de segundos va a abalanzarse sobre mí y me va a arrancar la cabeza como si fuera el corcho de una botella de champán. Ya puedo oír cómo darían la noticia en la asamblea del instituto: «Me entristece decir que uno de nuestros alumnos más queridos fue desmembrado en el piso superior del autobús X45 el martes por la noche...».

El *skinhead* me sonríe, mostrándome una boca llena de dientes torcidos y amarillentos, después me guiña un ojo y regresa junto a su amigo.

Me parece que le he oído decir algo así:

—Perdona, jefe.

Debo de haber cogido, no sé, un trébol de siete hojas esta mañana, sin darme cuenta.

Aún me tiemblan las piernas a causa del subidón de adrenalina cuando me apeo del bus en el centro de Dunbarrow. La plaza no está concurrida, pero aun siendo un día de diario hay unos cuantos grupos de chavales fumando en las puertas de los garitos. Paso de largo, evitando el contacto visual, y cruzo el puente sobre el río, en dirección al parque.

Aquí todo está oscuro y tranquilo, la única luz proviene de las farolas, pero sé dónde encontrar a mis colegas. Están los de siempre: Mark y el resto del equipo, alguien que está lanzando una pelota, Kirk y un par de tipos de su urbanización, que llevan la cabeza rapada y quemaduras de cigarro en los pantalones del chándal. Están todos sentados alrededor de la zona infantil: hay gente subida al laberinto de hierro, y varias chicas se ríen mientras uno de los amigos de Kirk las empuja en el carrusel. Por la tarde ha llovido, y mientras me dirijo hacia el parque de juegos veo que las briznas de hierba relucen bajo la luz de una farola cercana, como si alguien hubiera barnizado la ladera. Kirk me ve, se acerca dando bandazos, ya borracho, tendiéndome una enorme botella de sidra de plástico.

—Luke, tronco, ¿cómo vas?

—Todo bien, Kirk —digo. Se desploma sobre mí y me abraza con una efusividad excesiva.

—Luke, te veo de lujo, colega.

—Estoy bien.

—No, estás de lujo, de lujo.

—Vale, estoy de lujo —repito.

Pero no me siento así. Tengo demasiados secretos. Y más dinero del que seguramente llegarán a reunir los padres de Kirk en toda su vida, y no sé si debería contárselo o no. ¿Qué pensaría? ¿Y si le contara

quién era mi padre? Hace ocho años que conozco a Kirk, y no se me ocurre cómo puedo darle a entender lo que me ha pasado desde ayer por la mañana. Me está ofreciendo la botella de sidra. La acepto, le pego el trago más grande que puedo, después se la devuelvo.

—Está Holiday —dice, después le pega también un lingotazo a la botella.

—¿En serio? —pregunto.

Sinceramente, cuando Kirk aseguró que Holiday iba a venir, no me lo creí del todo. Di por hecho que Holiday Simmon tendría algo mejor que hacer un martes por la noche que beber sidra en el parque, pero por lo visto estaba equivocado. Alcanzo a ver su melena rubia, está de espaldas, sentada en la base del tobogán en el parque de juegos, al lado de otra chica.

—A por ella —dice Kirk—, adelante.

—¿Estás seguro?

—No lo... no lo pienses demasiado. Tú hazlo y ya está.

—Está bien —digo, y pego otro trago enorme de sidra.

No entiendo por qué Kirk sigue pillando este mejunje. Paga a un sintecho para que nos compre la priva, así que supongo que será lo que está acostumbrado a coger del estante. Me dirijo hacia Holiday. La he visto en la línea de banda durante nuestros partidos y hemos coincidido en algunas, la conozco lo suficiente como para saludarla, pero apenas he intercambiado más de dos palabras con ella. Holiday tiene su propio círculo de amigos, que son diferentes de los míos, y su novio era de Brackford, sin olvidar el hecho de que en el fondo siempre me ha intimidado. Estoy nervioso, mientras observo cómo su melena rubia se va aproximando a medida que cruzo la zona infantil. No sé muy bien lo que voy a decir. Me repito que soy millonario. Los millonarios no tienen problemas con las chicas, ni mucho menos. Intento adoptar una actitud de millonario, recorro los últimos pasos con andares de millonetis. Hay una ristra de modelos de ropa interior y actrices francesas esperando a ocupar su lugar si ella me rechaza. Es decir, si quienquiera que me dejara el desayuno preparado esta mañana no me destripa antes de que Berkley pueda transferirme el dinero... Ahora que lo pienso, esos tipos del autobús me estaban mirando, no hay duda... sabían algo... No, deja de pensar en eso..., ahora estás hablando con Holiday... y ella me está diciendo algo. Tengo que responder. Tengo que dejar de pensar en hipotéticas mujeres francesas y en hipotéticas muertes violentas y responder a Holiday.

—¡Hola! —digo, y parezco más aturdido que contento de verla.

—Bueno, te había preguntado qué tal el día —dice Holiday—, pero un hola también vale.

Sonríe. Ya me había quedado como un pasmarote, pero su sonrisa

termina de rematarme.

No es que vaya precisamente de gala, lleva unos vaqueros y un abrigo North Face, pero tiene un aspecto increíble, irradia esa clase de belleza innata que es un don y no se puede adquirir. Lleva el pelo recogido en un moño, y unas gafas de pasta que no le había visto antes. Sigue sonriendo, expectante.

—Soy Luke Manchett —digo al fin—. Estoy en el equipo... en el equipo de rugby.

Que alguien me dispare. Y me mate.

—Ya sabemos quién eres —dice la chica que está sentada al lado de Holiday. Se llama Anna o algo parecido... Es delgada y tiene cara de ajo, sólo con verla ya sabes que todo el mundo la conoce como «la amiga de Holiday».

—Alice —dice Holiday—. Luke, ¿conoces a Alice Waltham?

—No —respondo—. Hola.

—Hola. —Alice me mira con una falta absoluta de interés, y después se saca un paquete de tabaco del abrigo y empieza a juguetear con él sin prestarme más atención.

—¿Fumas, Luke? —me pregunta Holiday con voz alegre.

—No —respondo—, entreno. Es decir, no puedo... por los entrenamientos.

—Yo tampoco fumo —dice—. Mi madre tiene un olfato de sabueso. Aunque quisiera fumar, jamás lograría ocultárselo. Aunque me parece que mi hermano pequeño sí fuma, y tiene doce años. ¿No te parece raro? ¿Fumar teniendo doce años? A ver, no tengo pruebas, pero estoy casi segura de que fuma. Y mi madre no dice ni pío.

—Ni siquiera los niños de doce años saben lo que debería hacer un niño de doce años —digo, y la verdad es que no tiene mucho sentido, pero Holiday se ríe de todas formas. No me puedo creer que estemos manteniendo una conversación. No era tan complicado. Sólo tenía que acercarme y hablar con ella.

—¿Tú tienes hermanos? —me pregunta Holiday.

—No, soy hijo único.

—Debería haberlo sabido —dice Holiday—, después de todo mi madre conoce a la tuya. Estuvieron juntas en un retiro para hacer reiki o algo así. Mi madre anda metida en cosas de esas.

—Ah —digo—, no lo sabía.

Me sorprende mucho oír a alguien de Dunbarrow hablar de mi madre. Nunca se ha molestado demasiado en relacionarse con la gente del pueblo. Le gusta vivir en el campo, y con eso le basta. No creo que sepa ni cómo se llama el matrimonio de la casa de al lado. Siento un escalofrío repentino cuando me pregunto si mamá le habrá hablado a la madre de Holiday sobre papá y la separación, si Holiday sabrá que soy el hijo del doctor Horatio Manchett. De ser así, no da muestras de

ello.

Hablamos un poco más, del instituto, de los exámenes y los amigos comunes, y en algún punto de la conversación, Alice resopla con desdén como si fuera un caballo, se levanta y nos deja solos, así que me siento en el tobogán al lado de Holiday. Las cosas marchan bien y nuestras rodillas están empezando a rozarse cuando miro hacia arriba y veo algo entre los árboles, a la altura de la ladera, que provoca que se me pare el corazón.

Los dos tipos del autobús, el *skinhead* y el de las erupciones en la cara, están plantados bajo la farola del fondo. El *skinhead* está apoyado en un árbol, envuelto casi por completo entre las sombras. Puedo ver el destello de un cigarro en su rostro. El tipo de las erupciones en la cara está tan tieso como un palo, justo debajo de la farola, y me observa sin disimulo, como si quisiera que me dé cuenta de que me está mirando.

—¿Luke? —dice Holiday.

—¿Sí?

—¿Te encuentras bien? Estás temblando.

Tiene razón: mi mano se agita sobre mi rodilla. Me la sujeto con la otra mano, en un intento por mantener las dos bajo control.

—Creo... —Intento encontrar la mejor forma de explicarlo—. Creo que alguien me está siguiendo.

Holiday enarca una ceja.

—Dos tipos... Dos tíos raros. Están justo ahí, en lo alto de la cuesta. No mires aún. Mira despacio. Junto a la farola. Me estuvieron observando en el bus y ahora están aquí. Hablo en serio.

—¿Qué tipos? —dice Holiday, sonriendo.

—Esos de ahí —digo—. No puedo señalar hacia ellos. Son los que están junto a la farola.

—¡Pero si ahí no hay nadie! —Holiday me pega un puñetazo en la pierna—. ¡Ya sé que queda poco para Halloween, pero deja de intentar asustarme! Mi padre siempre intenta gastarme alguna broma, pero yo no pico nunca.

—Holiday —digo, mirándola fijamente a los ojos—, hablo en serio. Hay dos tipos observándonos. Justo en lo alto de la cuesta.

—Allí no hay nadie —repite Holiday—. ¡Ya sé que me estás tomando el pelo!

Holiday está mirando directamente hacia ellos. ¿Necesitará revisarse las gafas? El tipo de las erupciones en la cara sigue justo donde estaba antes, mirándonos fijamente a los dos. Debe de medir un metro ochenta de alto y está debajo de la farola, es imposible no verlo. Mientras los observo, el *skinhead* emerge de entre las sombras y le dice algo al oído al tipo de las erupciones en la cara.

—¿No serás tú la que me está tomando el pelo a mí? —le pregunto

—. ¿Cómo es posible que no los veas?

—¿A quién tiene que ver? —La voz de Mark aparece por detrás de nosotros. Me da una palmada en el hombro, sobresaltándose como si alguien hubiera disparado una pistola junto a mi oído. Holiday también se sobresalta, después se ríe.

—Luke está haciendo el tonto —dice—. Pretende asustarme.

Lo dice con un tono ligero, desenfadado, pero en sus ojos aparece un indicio de algo más, como si estuviera empezando a comprender que estoy asustado de verdad.

—¿Estoy loco? —le pregunto a Mark—. Hay dos tipos observándonos desde lo alto de la ladera. Mira.

—Ya —dice—. Bueno, si estaban ahí, ya se han marchado.

Tiene razón. Ya no hay nadie en lo alto de la ladera; sólo una solitaria farola envuelta en un halo naranja, y un roble oscuro e inmenso, cuyas ramas ondean por efecto del viento que empieza a levantarse.

La noche ya no se encarrila después de eso. Lo que fuera que estaba surgiendo entre Holiday y yo se ha perdido, y Mark se queda plantado detrás de nosotros mientras habla, así que tengo que girar mucho el cuello, hasta casi dislocármelo, para poder verlo. Estoy deseando que se marche, pero no lo hace. No consigo relajarme, sigo pensando en esos dos tipos y en el desayuno, preguntándome si fueron ellos quienes lo dejaron allí, preguntándome si conocerían a papá. Al cabo de un rato empieza a llover y lo utilizo como excusa para marcharme. Holiday dice algo sobre una fiesta de Halloween en su casa y yo asiento con la cabeza sin prestar atención. Los autobuses no pasan a estas horas, así que me voy a pata a Wormwood Drive. La lluvia burbujea sobre los hombros y la capucha de mi impermeable, una centelleante corriente de agua corre por la alcantarilla. A cada paso que doy sigo pensando en el *skinhead* y en el tipo de las erupciones en la cara, intentando buscar una explicación. ¿Quizá saben lo del dinero y quieren apropiarse de él de alguna manera? ¿Cuáles eran esas complicaciones de las que habló el señor Berkley? A Kirk le robaron veinte pavos una vez, no quiero ni pensar lo que me podrían llegar a hacer por varios millones. Necesito un guardaespaldas o algo así. Cuando llego a lo alto de la colina, cada vez que paso junto a una sombra estoy convencido de que el *skinhead* se va a abalanzar sobre mí, y cuando pasa un coche me pego contra una verja, preguntándome si se detendrá y descargará una banda de secuestradores con pasamontañas. Cuando llego a mi calle me empiezo a preguntar si ya estarán en mi casa. Mamá está sola y Ham es un cobarde: seguro que se escondería en el cuarto de la colada.

El viento ha amainado y los árboles de Wormwood Drive están

quietos, pero sólo sirve para acrecentar mi inquietud. Parece como si la calle entera estuviera conteniendo el aliento. Me dirijo hacia mi casa, atento a cualquier ruido inusual. Ojalá llevara el cuchillo encima. Las ventanas oscuras me recuerdan a cuencas de ojos vacías. Estoy a la expectativa de que algo se mueva en cualquier instante. El miedo se intensifica cuando abro la puerta principal y me encojo de pavor ante la oscuridad que reina en nuestra casa, totalmente convencido de que va a aparecer la silueta de un hombre por el pasillo.

Oigo un ruido procedente de la cocina y está a punto de darme un infarto, entonces la silueta gris de Ham emerge de entre la negrura, empieza a restregar su cabeza cálida contra mis piernas para que lo acaricie. Me echo a reír a carcajadas y lo aparto a un lado.

La casa está como siempre. No hay ningún almuerzo misterioso esperándome sobre la mesa. El mando de la tele, las zapatillas de deporte, la mochila del colegio, las llaves de mamá, las sartenes, el cuenco de fruta de la sala de estar, los papeles de papá sobre mi escritorio: cada objeto se encuentra en su lugar apropiado. Mamá está dormida en la cama, al parecer no se ha movido de ahí en todo el día. Si alguien ha entrado, ya sea el *skinhead,* el tipo de las erupciones en la cara o cualquier otra persona, no hay ningún indicio. Reviso cada habitación y me aseguro de que todas las ventanas estén cerradas. Voy al cuarto de baño, lleno un vaso y me lo bebo, me meto en mi habitación, cierro los ojos.

3

LA HUESTE

Miércoles por la mañana, cielo color gris pizarra. Cuando salgo de mi cuarto, Ham está tirado en el suelo como si fuera el tope de la puerta. No debí dejarle dormir aquí la otra noche. He sentado un peligroso precedente.

—Vete abajo —le ordeno, pero se niega a moverse.

El frío que noté ayer ha vuelto, se me está metiendo por los dedos de los pies. El alivio que sentí anoche cuando llegué a casa ha desaparecido por completo, reemplazado por una inquietante sensación de fatalidad. Soy consciente de que aún no me he librado de esos tipos. Tengo que revisar la cocina. Bajo las escaleras con el máximo sigilo posible, abro suavemente la puerta, usando un solo dedo.

Alguien me ha vuelto a preparar el desayuno. Me quedo mirándolo, con el estómago revuelto. El chef misterioso ha regresado. El despliegue es menos sofisticado esta vez: lonchas de fiambre de pavo y un vaso de zumo de mango. La carne está dispuesta en forma de abanico sobre un plato azul. El ambiente en el interior de la cocina es gélido. Juro que hay escarcha en el vaso de zumo y en las ventanas de la cocina. Me niego a creer que esto esté ocurriendo. Agarro el plato con las lonchas de pavo y lo lanzo contra la pared con todas mis fuerzas. Al estrellarse forma una cascada de fragmentos azulados y lonchas de carne revoloteantes. Me siento más sereno. Vuelvo a salir al pasillo, cojo el teléfono inalámbrico y marco el nueve tres veces.

—¿Hola? Con la policía, por favor. Quiero informar de un allanamiento. En el número siete de Wormwood Drive.

—¿Se trata de una emergencia? —pregunta el operador.

—Creo que todavía puede haber alguien en casa.

—¿Cree que el ladrón puede seguir en su propiedad?

—Por favor, envíen a alguien —digo—. Tengo miedo.

Cuelgo el teléfono y después regreso a la cocina, allí examino cada rincón dos veces. Me acerco al cajón de la cubertería y saco mi fiel cuchillo. Subo por las escaleras haciendo el menor ruido posible, reviso el baño, mi dormitorio y la habitación de mamá, que sigue dormida, con las cortinas echadas y el cuerpo envuelto en el edredón. Cuando cierro la puerta de su dormitorio escucho un ruidito, que sin lugar a dudas procede de la cocina. Ham sigue tumbado ante la puerta de mi cuarto. Sé que él también ha escuchado el ruido. Le hago un gesto para que me siga, pero se queda inmóvil. El miedo me produce

un cosquilleo en la piel, picores y hormigueos en brazos y piernas, como si los tuviera plagados de insectos invisibles. Cada paso que doy por las escaleras parece alargarse una eternidad, cada crujido diminuto de la madera bajo mis pies resuena con la potencia de un cañonazo.

Cruzo el pasillo sin pensármelo dos veces y abro de golpe la puerta de la cocina.

El tipo de las erupciones en la cara está agachado, haciendo algo en el suelo. Comprendo, con una creciente sensación de irrealidad, que está recogiendo los restos del plato que he roto, barriendo con una escoba y un recogedor. Las erupciones parecen más bien pústulas; nadie en el instituto de Dunbarrow tiene la piel tan mal. Nos quedamos mirándonos, él con una escoba en la mano, yo con un cuchillo en la mía.

Alguien tose a mi izquierda.

El *skinhead* está sentado a la mesa de la cocina, mirándome fijamente. Casi me da un síncope por el terror. No había reparado en su presencia. Agarro el cuchillo con tanta fuerza que se me blanquean los nudillos. El *skinhead* está fumando un cigarrillo liado a mano, con sus gruesos brazos apoyados sobre la mesa. Va vestido con una camisa a cuadros.

—Si mueves un solo músculo, te acuchillo —le digo, sin que me tiemble la voz—. Va en serio. La policía está de camino.

El *skinhead* se limita a encogerse de hombros, no dice nada, da otra calada a su cigarrillo.

—He llamado a la policía —le digo. Mi voz empieza a flaquear.

—Debo admitir —dice el tipo de las erupciones en la cara, mientras se pone en pie— que me siento desconcertado.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —pregunto—. ¡Esta es mi casa!

—Te pido mil disculpas, señorito —responde el tipo de las erupciones en la cara, haciendo una ligera reverencia. Habla con la dicción propia de un presentador del telediario—. ¿Te hemos provocado alguna molestia? Pareces un poco... enojado.

—¿Quiénes sois?

—Ya empezamos —dice el *skinhead*.

—Yo soy el Siervo —dice el tipo de las erupciones en la cara—, un guía cuando el camino es oscuro.

—¿Cómo?

—Este es mi compañero, el Juez —prosigue el tipo de las erupciones en la cara, ondeando una mano hacia el *skinhead*.

—Qué hay, jefe —dice el *skinhead*.

—¿Quiénes sois? —vuelvo a preguntar. El *skinhead* no se parece a ningún juez que haya visto en mi vida.

—¿Te ha resultado insuficiente mi explicación? Podemos ahondar

en nuestras biografías si fuera necesario, pero consideré que sería mejor hacer un resumen. Los demás deberían llegar en los próximos días, si no me equivoco.

—¿Los demás?

—El resto de tu hueste, señorito —dice el tipo de las erupciones en la cara, el Siervo.

—Estás mal de la cabeza. ¿Una hueste?

—¿Es por lo de anoche? —pregunta el *skinhead,* el Juez, con inquietud. Si no supiera que es imposible, pensaría que me tiene miedo—. Porque si es así, te pedimos nuestras más sinceras disculpas. No debimos aparecernos de esa manera.

—¿Apareceros?

—En circunstancias normales, jamás nos habríamos atrevido a presentarnos ante ti sin que hubieras solicitado expresamente nuestra presencia —dice el Siervo—. La cuestión es que mi compañero y yo nos pusimos nerviosos debido a la falta de instrucciones posteriores a la transferencia.

—Por lo visto mi cocina no ha sido de tu agrado —dice el Juez—. Tal vez debí preguntarme qué te apetecía comer.

—¿Transferencia? Por favor, con el menor número posible de palabras, explicadme quiénes sois y qué estáis haciendo en mi casa.

—Me parece —dice el Siervo— que hemos dado demasiadas cosas por sentadas.

—Y que lo digas —resopla el Juez.

—Eres el señorito Luke A. Manchett, ¿correcto? —me pregunta el Siervo.

—Sí —respondo sin soltar el cuchillo, por si lo necesito para defenderme—. Así me llamo.

—Tu padre es el doctor Horatio Manchett —prosigue.

—Era —replico—. Ha muerto. ¿Esto es por lo del dinero? Porque no lo tengo. Los abogados aún no me lo han dado, todavía sigo esperando. No tengo el dinero.

Los dos hombres se miran, desconcertados.

—De poco nos sirve el dinero en nuestra situación —dice el Siervo, alargando las palabras—. Formamos parte de la hueste de tu padre. ¿Debo entender que no estás familiarizado con este término?

—Es evidente que no.

—Somos su hueste —dice el Juez—, su equipo, su gente, la fuente de su poder.

—Somos... éramos... los sirvientes de tu padre —añade el Siervo—. Y en caso de deceso, el dominio sobre su hueste se transfiere a su heredero universal. Lo cual, según tenemos entendido, se refiere a ti, Luke. ¿Acaso no te lo explicó?

—Me legó unos documentos. Aún no los he leído.

—Estoy convencido de que explicarán este asunto mejor de lo que lo podamos hacer nosotros —dice el Siervo—. No soy un experto en cuestiones sucesorias.

—Sigo sin comprender nada de lo que estáis diciendo —digo—. ¿Sois sus sirvientes?

—Sus esclavos, más bien —recalca el Juez. El Siervo lo fulmina con la mirada.

—Mi compañero y yo tenemos opiniones encontradas al respecto —me explica—, pero sí, somos sirvientes. Hemos sido vinculados y ahora estamos bajo tu mandado hasta el día de tu muerte.

—Así que soy... ¿vuestro dueño?

—Sí —responde, haciendo otra reverencia. El Juez también inclina su cabeza rapada—. Somos tu hueste, somos tuyos para que hagas con nosotros lo que creas conveniente.

—¿Me pertenecéis? Existen leyes que prohíben esas cosas. ¿Mi padre tenía esclavos? ¿Cuántos?

—La hueste Manchett está compuesta por ocho almas —dice el Siervo—. No todas son tan... razonables como el Juez y yo. Sin embargo, se presentarán cuando sean invocados.

—Pero... ¡no se puede tener esclavos! ¡Es ilegal! ¿Qué se supone que voy a decirle a mamá? ¿Que a partir de ahora habrá ocho personas más viviendo en nuestra casa? ¿Que no se preocupe? ¿Que me las ha legado papá?

—Es ilegal tomar cuerpos vivientes como esclavos, sí —dice el Siervo—. Por desgracia, tales leyes no afectan al alma. Dado que..., en fin, se trata de una cuestión delicada para nosotros dos... Dado que el Juez y yo ya no estamos vivos, no existe ninguna ley que nos libre de la servidumbre sin remuneración.

—¿Que no estáis... qué?

—¿De verdad no lo sabe? —pregunta el Juez—. ¿O nos está tomando el pelo?

—¿Estáis muertos? —pregunto—. ¿Me estáis diciendo que los dos estáis muertos? ¿Estoy hablando con personas muertas en este momento?

—Bueno, sí —dice el Juez—, es un tema espinoso. Prefiero no ahondar mucho en ello.

—Sois fantasmas —digo.

—Somos espíritus —replica el Siervo—. Tu difunto padre era nigromante, uno de esos que emplean ritos ancestrales para despertar a los muertos y ponerlos a su servicio.

Durante un instante nos quedamos mirándonos, y entonces me echo a reír a carcajadas. Esto es demasiado. El Siervo y el Juez cruzan una sonrisa sombría.

—Eres un cachondo —le digo—, esto es ridículo.

Alguien llama con fuerza a la puerta principal. Gracias, cuerpo de policía de Dunbarrow, habéis llegado justo a tiempo.

—Muy bien —digo—, quedaos aquí. Es la policía. Los haré pasar y podréis contarles todo eso de los «ritos ancestrales» y que sois unos fantasmas que mi padre me legó en su testamento, y cuando se lo hayáis contado, vendrán unos tipos con batas blancas y camisas de fuerza para llevaros a los dos.

—Que pasen, por supuesto —dice el Siervo—. Ninguno de nosotros osaría decirte qué debes o no debes hacer. Pero no creo que puedan proporcionarte la ayuda que crees necesitar.

No me molesto en responder. Cuanto antes saquen a estos chiflados de mi cocina y los metan esposados en la parte de atrás de una furgoneta, mejor. Me doy cuenta de que recibir a la policía en la puerta empuñando un arma puede provocar una mala impresión, así que escondo el cuchillo en el paragüero y al abrir la puerta me encuentro ante dos hombres ataviados con chalecos reflectantes. Los policías tienen pinta de ser sensatos, tienen las mejillas sonrosadas y son anchos de espaldas.

—Buenos días, caballero. ¿Cuál es el problema exactamente? —me pregunta el más alto mientras accede al vestíbulo.

—Hay dos hombres en mi cocina —le explico—. Dicen que son amigos de mi padre. Entraron en mi casa sin permiso y ahora no quieren marcharse.

—Entiendo —dice—, entiendo.

—Por favor, ¿puede pedirles que se marchen? —pregunto—. No puedo contar con nadie más.

—Vamos a ver qué está pasando —dice—. Seguro que podemos arreglarlo.

Pasa caminando junto a mí, tuerce por el estrecho vestíbulo tratando de orientarse y entra en la cocina. Suspiro aliviado. Su compañero se queda conmigo en el pasillo. Todo va a salir bien.

—¿Dijiste en la cocina? —pregunta desde lejos.

—Estaban justo ahí —respondo.

—Aquí no hay nadie, hijo.

—¿En serio? —digo—. Es posible que se hayan ido a otra habitación.

Lo sigo hasta la cocina y vuelvo a quedarme paralizado. No. No. Esto no puede estar pasando.

El policía avanza despacio hacia la nevera. Examina las hileras de sartenes plateadas, el tostador, los restos del plato azul en el recogedor. No se fija en lo más importante de la habitación, que son los dos chiflados.

—¿Te encuentras bien, hijo? —pregunta el policía—. Estás un poco pálido.

—Al parecer no puede vernos. Es curioso cómo son estas cosas —recalca el Juez.

—Están a... estaban justo aquí.

—Echaré un vistazo por las demás habitaciones —dice—. Mi compañero inspeccionará el piso de arriba. Quédate aquí y pega un grito si me necesitas. ¿Hay alguien más en casa?

—Mi perro —digo—, mi perro está en el piso de arriba. Y mi madre. Pero está... está enferma.

—Muy bien —dice el policía, que se adentra en el salón mientras su compañero se dirige al piso de arriba.

—Esto no está pasando —digo en voz baja.

—Intentamos explicártelo, señorito Luke —dice el Siervo—. Lo lamento mucho. Estaba convencido de que alguien te habría explicado ya la situación. Confío en que esto no te resulte demasiado perturbador.

—Sois... —Me esfuerzo por decir las palabras—, sois fantasmas de verdad. Estáis muertos.

—En cierto sentido, sí —dice el Siervo—. En otros, no.

—Entonces... ¿qué sois? —pregunto—. Yo no... Esto no tiene ninguna base científica. No tiene sentido, es absurdo.

—La ciencia no tiene nada que ver con esto —dice el Juez—. No hemos cruzado al otro lado, nos hemos quedado. Eso es todo.

—¿Así que sois... sois consciencias humanas? Algo que ha sobrevivido a la muerte. Hay una parte en el ser humano que no es física, algo que sobrevive a la muerte del cuerpo y de la mente. Una especie de energía o...

—Si me permites —dice el Siervo—, te recomendaría que no pienses demasiado en ello. A mí nunca me ha hecho ningún bien, te lo aseguro. Mentes más brillantes que la tuya o la mía se han devanado los sesos sin éxito durante generaciones para intentar resolver estas cuestiones.

—Creo que necesito sentarme —digo.

—¿Qué decías, muchacho? —pregunta el policía por detrás de mí.

—No, nada —respondo.

—Tienes un perro muy majo —dice—. ¿Cómo se llama?

—Ham.

—Pues es muy majo, sí. En fin, hijo, hemos echado un vistazo y no hemos visto a nadie. Tu madre está dormida, según parece. Puede que esos tipos se marcharan cuando me oyeron entrar.

Percibo algo en su forma de hablar que me hace pensar que no se cree que hubiera alguien en casa, y que está a punto de soltarme un sermón sobre las llamadas de emergencia falsas, pero creo que también tiene la sensación de que algo me inquieta de verdad.

—Será eso —coincido.

—En cualquier caso —dice el policía—, sé que has debido de pasar un mal rato, con dos desconocidos en tu casa. ¿Dices que eran amigos de tu padre?

—Eso me dijeron —digo—. Eran un poco... raros.

—Bueno, dame sus descripciones y estaremos atentos por si los vemos. Y asegúrate de llamar si vuelven a aparecer. ¿Te han amenazado?

—No —respondo—, simplemente eran muy raros.

Le doy al policía una descripción bastante precisa del Juez y del Siervo, y debo decir a su favor que la apunta sin poner cara rara, después cierra su cuaderno y me dice que vaya con cuidado y me deja a solas con los muertos.

—Eres un poco chivato, ¿no? —dice el Juez—. Cómo te gusta hablar con los polis.

—¿No se supone que eres mi sirviente? —le replico entre dientes.

—Es que no tengo pelos en la lengua. —Se encoge de hombros. Los policías cierran la puerta de golpe. Su coche ruge por la carretera. Los fantasmas me miran, expectantes. Me tapo los ojos con las manos durante unos instantes, pero cuando los destapo, los fantasmas siguen ahí. Afuera, los árboles se mecen con el viento.

—Tengo un montón de preguntas —les digo al cabo de un rato—. Me parece que hoy tampoco iré a clase.

—Es comprensible —dice el Siervo.

—¿Podríais... podríais prepararme alguno una taza de té?

Por desgracia, la pregunta candente —qué se siente al morir— se queda sin respuesta. Los fantasmas no recuerdan el momento de su muerte, y al parecer, una vez que estás muerto cuesta incluso comprender qué fue lo que te ocurrió. Algunos fantasmas no lo descubren nunca. No todos los muertos, según me explica el Siervo, son iguales. Las almas humanas son tan diversas entre los muertos como entre los vivos.

—El Juez y yo —me cuenta— hemos conservado la mayor parte de nuestras almas, de nuestros animus. Seguimos teniendo una notable conciencia del tiempo, el espacio y de nosotros mismos. Sabemos que existimos sólo en forma de espíritu. No todos nuestros compañeros tuvieron tanta suerte.

—¿Cuántos miembros dijiste que había en la hueste?

—Ocho. Una hueste completa de ocho miembros.

—¿Y todos tienen nombres como vosotros? ¿Todos son «el Algo»? ¿No tenéis nombres reales?

—Perdí mi nombre original al morir —me cuenta el Juez—. No logro recordarlo.

—Como ya he dicho, no soy ningún experto —dice el Siervo—. Por

lo que alcanzo a comprender del proceso, cuando un espíritu es invocado hay que darle un título, un nombre que lo vincule, para así poder transmitirle órdenes a las que no pueda resistirse. Existen ciertos puestos dentro de una hueste que siempre deben ser ocupados. El Juez y yo ostentamos dos de esos cargos.

—¿Así que siempre hay un Siervo y un Juez? ¿Por qué?

—El propósito que hay tras nuestros títulos se explica en el libro.

—¿Qué libro?

—El *Libro de los ocho*. Un tomo infernal. El libro contiene los rituales necesarios para la vinculación, entre muchas otras cosas.

Mantengo una expresión inmutable. Me parece que empiezo a adivinar el contenido del libro verde que me legó papá.

—¿Qué son los demás? —pregunto—. ¿Por qué no están aquí?

—Son unos holgazanes —dice el Juez.

Me está preparando un té, apoyado sobre la encimera mientras espera a que la tetera rompa a hervir. Me entra una sensación de vértigo cuando veo cómo el vapor se condensa en la ventana que está junto a la tetera. La tetera está encendida de verdad, ¡está hirviendo de verdad! Si esto es una alucinación, es de las buenas.

—Lo que quiero decir es que están dispersos por aquí y por allá —continúa el Juez—. La mayoría están en Los Ángeles.

—¿En Los Ángeles? ¿Por qué?

—Por ciertos asuntos relacionados con tu padre.

—Una película —añade el Siervo.

—¿En serio? Pensé que había muerto en Inglaterra.

—En suelo extranjero, me temo —dice el Siervo, haciendo una reverencia con la cabeza.

La tetera hierve y el Juez la coge y vierte el agua en mi taza. Si miro por el rabillo del ojo puedo ver la tetera flotando en el aire. Cuando lo miro fijamente, la silueta del Juez comienza a ser visible, borrosa al principio, antes de convertirse en una silueta sólida y brillante.

—Así que estabais todos en Los Ángeles y mi padre se murió. ¿Y los demás se quedaron allí? ¿Piensan regresar?

—Si los llamas —dice el Siervo—, vendrán. Todos.

—¿Cuánto tiempo tardarían?

—¿Si los llamas ahora? Un día, tal vez —dice el Juez.

—Pero... sois fantasmas. ¿Desde cuándo los muertos tardan tiempo en ir de un sitio a otro?

—No sabías que tú también estuvieras muerto, jefe. Tampoco sabía que fueras un experto en esto de estar muerto. ¿Que si nos lleva tiempo ir de un sitio a otro? Pues igual que a ti, hombre.

—Vale, lo siento —replico.

—Disfrutamos de ciertas ventajas a raíz de nuestro estado

incorpóreo —dice el Siervo—. Podemos desplazarnos en línea recta de un punto a otro, por decirlo así. Hay ciertas limitaciones relativas a dónde y cuándo podemos viajar, pero no son las mismas que tienen los vivos. Los muros y las llamas, las montañas y los océanos: tales cosas no suponen ningún obstáculo para nosotros. Nuestras restricciones proceden de los movimientos de las estrellas, de la armonía de las esferas. Cuando la alineación de los planetas no es la adecuada, hay muy poco que podamos hacer al respecto.

—Así que no podéis regresar, digamos a Estados Unidos, en este momento.

—Sólo hay uno que puede estar en todos los lugares al mismo tiempo, y nosotros no somos como Él.

—¿Te refieres a Dios? —pregunto—. ¿Me estás diciendo que existe Dios?

—¿Eso te gustaría, jefe? —pregunta el Juez, que deposita el té junto a mi codo derecho.

—Yo sé que lo hay —dice el Siervo—, aunque este pagano te diga lo contrario.

—No parece muy probable —dice el Juez—. Llevo muerto casi treinta años y no he visto las puertas del cielo ni de lejos.

—¿Y desde cuándo eso es una evidencia? —pregunta el Siervo—. No has pasado al otro lado, compañero. Ninguno de nosotros lo ha hecho.

—El Pastor sí estuvo —dice el Juez—. Pasó al otro lado y después regresó. Me lo contó.

El Siervo se queda mirando al techo.

—¿El Pastor? —pregunto.

—Otro miembro de la hueste —responde al fin el Siervo.

—Nosotros no hablamos mal de los muertos —dice el Juez.

Está empezando a dolerme la cabeza.

—Escuchad —les digo—, ¿puedo, no sé, daros alguna orden más?

—Por supuesto —dice el Siervo.

—Tomaos el día libre. Estoy seguro de que el servicio normal, sea lo que sea, se reanudará... pronto. O eso creo. Pero por ahora, os podéis tomar el resto del día libre. Daos una vuelta por el pueblo o lo que sea.

—Nuestra gratitud es infinita —dice el Siervo.

El Juez me dirige una sonrisa torcida y asiente con la cabeza.

—¿Quieres que te prepare el almuerzo? —pregunta.

—Tomaré una *pizza.* Vosotros... salid a divertiros. O lo que sea.

Por primera vez los fantasmas sonríen de verdad. Los dos me hacen una reverencia y después salen al jardín a través de la pared. El Siervo sigue caminando, en dirección al centro del pueblo. El Juez se queda rezagado, como si estuviera pensando qué hacer. Cuando se da cuenta

de que lo sigo mirando, sonríe antes de desvanecerse, como si alguien lo hubiera desenchufado.

Inspiro hondo y subo al piso de arriba con la taza de té. Ham está en mi cuarto, envuelto en mi edredón. Gruñe, alterado.

—Tranquilo, chico —le digo—. Ya se han ido.

Me siento y le acaricio la cabeza, deslizando los dedos a través de su pelaje enmarañado. No sé qué pensar. Cuando los fantasmas estaban aquí, en mi cocina, todo resultaba más sencillo. No podía dudar de mí mismo porque era algo que me estaba ocurriendo. Ahora que se han ido, las dudas comienzan a aflorar. Esto es una estupidez. Los fantasmas no existen porque..., en fin, no existen y punto, por mucho que se empeñen los propios fantasmas.

Pero todo ha sido demasiado ordenado, a su manera, como para tratarse de una alucinación. Creo que cuando te vuelves loco, lo que suele pasar es que empiezas a oír voces que surgen del televisor que te dicen que asesines al presidente. No sé hasta qué punto mi mente sería capaz de generar personas de una forma tan convincente, pero esos fantasmas tenían sus propios rasgos únicos y característicos, tenían coherencia, aunque en un sentido un tanto retorcido. Ninguno de ellos se parecía a nadie que haya visto antes. El Siervo ni siquiera parecía alguien salido de este siglo. Iba vestido como alguien que de verdad hubiera venido del pasado, no como un actor que interpreta a alguien de otra época.

Suponiendo que esto sea real, ya no sé qué pensar de papá. ¿Tenía fantasmas vinculados a su servicio? Eso explicaría, supongo, aquella vez que lo vi hablando solo: había alguien más ahí, alguien a quien no podía ver. ¿Qué clase de persona se mete en algo así? ¿Por qué? ¿Todos los fantasmas de su programa eran reales? ¿Esto está relacionado con la sorprendente fortuna que amasó? Me doy cuenta de que durante todo este tiempo, desde que se marchó, me he estado preguntando por qué lo hizo, por qué fue tan repentino, qué ocurrió entre mamá y él. Ahora estoy empezando a preguntarme si no habría algo más, algo que nosotros ignorábamos por completo, que le estuviera apartando de nosotros.

Empujo la puerta de la habitación de mamá y entro despacio, con un cuenco de sopa en la mano. El cuarto está a oscuras: la alfombra tiene el color del musgo, hay máscaras tribales de madera lanzando miradas amenazantes desde las paredes. Mamá está tendida en la cama, tapándose la cara con una mano; el edredón se expande y se contrae al ritmo de sus respiraciones. Dejo el cuenco sobre la mesilla.

—¿Mamá?

—¿Sí, cielo?

—¿Qué tal estás hoy?

—Me pondré bien... —Señala la sopa con un ademán—. ¿Eso es para mí?

—No, es que me apetecía subirlo hasta aquí. Es para el perro.

Mamá no hace siquiera un intento de reír. Pensé que me preguntaría por qué no estoy en clase, pero no creo que sepa siquiera qué hora es.

—Qué bueno eres —dice. No se incorpora, y sé que quiere que me marche, pero antes debo preguntarle algo.

—Mamá, ¿papá cree en los fantasmas?

—Por favor, cielo, habla más bajo.

—Lo siento... Pero es que el programa de papá trataba..., es decir, trata sobre fantasmas. Es un experto en el tema. ¿De verdad cree en ellos?

—Tu padre es una persona muy espiritual. Me leyó el aura el día que nos conocimos.

—¿Alguna vez te hablaba de fantasmas?

—A veces. Decía que eran como... como una luz, eso decía. Como energía. Aquellos que permanecen en la tierra se sienten perdidos. Él los ayudaba.

O los mantenía cautivos. Por alguna razón, empiezo a pensar que esa parte no se la mencionó a mamá.

—¿Alguna vez has visto alguno en nuestra casa? —pregunto—. ¿Un *skinhead?* ¿Un tipo con erupciones en la cara?

Observo su rostro cuando menciono al Siervo y al Juez, pero no encuentro indicio alguno de sorpresa ni reconocimiento. Se limita a fruncir el ceño.

—En realidad no se trata de verlos —dice mamá—, sino más bien de creer, de estar abierto a nuevas experiencias. De estar en sintonía con la energía del otro mundo. Ver, lo que se dice ver, no he visto nunca nada, cielo. No me ha hecho falta. Eso es lo que significa creer. ¿Por qué me lo preguntas ahora?

—Le he echado un vistazo a su programa. Me preguntaba si te lo creías o no.

—Creo que es bueno tener la mente abierta —dice mamá—. Tu padre tiene una fuerte conexión con el universo. Ve más allá que mucha gente. Los científicos creen tener todas las respuestas. Pero no es así.

Unas pocas horas antes habría estado en total desacuerdo con eso, pero ahora me limito a asentir con la cabeza.

—Deberías llamarlo, si estás tan interesado —dice mamá.

—¿Cómo?

—Llamarlo. Sé que le gustaría tener noticias de ti.

—Tal vez.

—Sé que estás... enfadado. Pero tu padre no es tan malo como te

piensas.

—Vale, de acuerdo.

—Ahora estoy muy cansada, cielo —dice.

—Intenta comer algo —insisto, y salgo de su cuarto.

No sé cómo interpretar esta conversación. Que mamá crea en fantasmas no me sorprende: cree en todo lo que esté escrito en un libro sobre espiritualidad. No parece haber visto ninguno, y menos aún haber conversado con alguno, así que todo apunta a que papá le ocultó un montón de cosas.

Decido sacar a Ham a pasear por la dehesa que se extiende por detrás de nuestro jardín. Los setos se estremecen con el viento. Ham empieza a corretear y a olisquear el terreno empantanado. Aparte de unas gaviotas que se pelean por un cenagal, no se ve a nadie, ni vivo ni muerto.

* * *

Paso la tarde solo. Mis secretos se están multiplicando. El mundo tal y como lo concebía el martes por la noche ha dejado de tener relevancia. Existe la otra vida. No es una cuestión de fe: tengo la certeza. Mark me escribe un mensaje para recordarme que tenemos entrenamiento. Lo ignoro. Pienso esforzarme al máximo por aparentar ser normal, pero en este momento no me siento capaz. Veo la tele, juego con Ham. Mamá sigue en la cama. El Juez y el Siervo no regresan, así que me preparo yo la comida.

Por la tarde me pongo a hacer los deberes y escucho a alguien gritar.

Cuando abro de golpe la puerta del dormitorio, con el cuchillo de carne en la mano (he empezado a dormir con él al lado), pienso que quizá esto tenga algo que ver con los fantasmas y que probablemente tener un arma no me sirva de nada.

Los gritos se intensifican. Está claro que son los gritos de un hombre, así que no se trata de mamá. El desconocido resuella, grita palabras ininteligibles y no deja de pegar alaridos. Plantado en el pasillo que se extiende ante mi habitación, mirando hacia el descansillo, veo algo extraño. Hay una luz muy intensa que procede del final de las escaleras: destellos amarillos y anaranjados se extienden por el pasillo, proyectando enormes sombras titilantes alrededor del sombrío descansillo.

—¿Hola?

La única respuesta son más alaridos. Me preparo para bajar las escaleras de dos en dos, pero me detengo.

En el pasillo hay un esqueleto humano ennegrecido, envuelto en llamas. Aún le quedan restos de carne y cabello pegados a los huesos. De las costillas y piernas del esqueleto gotean unos pegotes de grasa

que se acumulan en el suelo. El esqueleto se da la vuelta y me mira, alzando los brazos hacia el cielo. Abre su mandíbula ennegrecida, mientras una llamarada emerge alrededor de su cabeza.

—*¡Pater noster, qui es in caelis, sanctificetus nomen suum!*

—¿Quién eres?

—*¡Adveniat regnum tuum!* —grita la criatura.

Al hacerlo, su mandíbula se agita arriba y abajo con frenesí, como si fuera el muñeco de un ventrílocuo. Es un ser grotesco, pero no exactamente aterrador. La postura que ha adoptado denota cierta turbación, como si se sintiera tan confuso como yo.

—¿Siempre estás ardiendo? —le pregunto.

El esqueleto aúlla de dolor, el ruido reverbera por toda la casa. Ham empieza a ladrar en la cocina.

—*¡Fiat voluntas tua, sicut in caelo es in terra! ¡Panem nostrum quotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra sicut et nos dimittimus debitoribus nostris!* —grita el esqueleto, batiendo como loco su mandíbula.

—Estoy a dos metros de ti. No hace falta que grites.

—*¡Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo!*

—¿Qué es lo que quieres?

—*¡Pater noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum! ¡Adveniat regnum tuum!*

Ham sigue ladrando y abalanzándose contra la puerta de la cocina. Mañana por la mañana tengo dos clases de química seguidas. No me apetece lo más mínimo tener que enfrentarme ahora a esto. El fantasma comienza a subir por las escaleras acercándose hacia mí, renqueando sobre sus talones carbonizados.

—A veces viene bien tener un fantasma clásico en el séquito —dice una voz desde el descansillo, a mi espalda—. Por los viejos tiempos. Es una tradición. Necesitas tener un esqueleto chillón en tu colección si quieres ir con la cabeza alta cuando te juntes con otros nigromantes.

—Gracias por avisarme —digo, ondeando una mano hacia el esqueleto. El Siervo enarca una de sus finas cejas y pega un tirón de la pañoleta que lleva alrededor del cuello.

—El Hereje es un poco... agotador, debo admitirlo. Es el más anciano de todos los miembros de la hueste. Lo ha olvidado todo, incluso la identidad de la persona que le prendió fuego.

—¿Así que lo único que hace es gritar?

—Sabe recitar una oración en latín. Por lo visto, es lo único que su mente ha podido retener.

—Asombroso.

—Su animus está profundamente corrompido. Estuvo vinculado a varios nigromantes anteriores a tu padre. Los espíritus antiguos son poderosos, pero un vínculo demasiado prolongado les acaba friendo

los sesos.

Ahora veo más de cerca los pedazos de carne derretida, la grasa ennegrecida que burbujea en sus huesos. Intento determinar de dónde procede el fuego, pero parece surgir de los propios huesos del Hereje. El fantasma no proyecta calor alguno, pero aun así puedo percibir el olor a carne quemada. El fantasma da otro paso titubeante hacia mí.

—*¡Fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra! Panem nostrum quotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris!*

—¿De qué está hablando?

—Es el Padrenuestro —dice el Siervo—. Da lástima verlo así.

El Hereje está justo delante de mí, con las cuencas de los ojos vacías, burbujeando. Avanza un paso más y de repente su rostro descarnado se funde con el mío, y después lo atraviesa, conforme el espíritu avanza a trompicones a través de mi cuerpo hasta salir por el otro lado. Me siento frío y pringoso. El fantasma sigue avanzando a duras penas, cruza el descansillo y atraviesa una pared que da a la calle. Aún puedo oírle gritar.

—¿Puedes hacer que se calle? —pregunto—. Tengo que acabar los deberes.

—No ejerzo gran influencia sobre el Hereje —dice el Siervo—. Nadie la ejerce. Su animus está demasiado consumido como para comunicarse con él.

—¿Así que no me queda otra que esperar a que se calle?

—Si me permites una observación, señorito Luke... Confío en que no te parezca un atrevimiento por mi parte que te diga que no pareces preocuparte demasiado por la hueste.

—Estáis todos muertos. Todavía estoy intentando asimilar todo eso de que «los fantasmas existen». ¿Cómo se supone que debo actuar, si se puede saber?

—Tu padre, señorito Luke, comprendía las necesidades de la hueste. Necesitamos disciplina, orden. Es necesario establecer reglas y límites. Antes había un control, señorito Luke. Pero tú no has ejercido el más mínimo control sobre la hueste. No estamos acostumbrados a que nos den días libres.

—Ya os he dicho lo que tenéis que hacer, ¿no es así? ¿No basta con eso?

—Para mí sí, señorito Luke. Soy un sirviente leal. En mi opinión, si a uno le toca estar vinculado, debe soportar esa carga con la dignidad propia de un caballero. Jamás necesitarás emplear ninguna disciplina conmigo, señorito Luke. Sin embargo... no todos mis compañeros son unos sirvientes tan obsequiosos, señorito Luke. Algunos de ellos se consideran esclavos. Otros, como el Hereje, no tienen noción alguna del lugar que ocupan en el mundo.

—¿Qué me quieres decir con esto? —le pregunto.

—La hueste necesita una disciplina adecuada. Debes aprender los protocolos, los rituales. Debes convocar a todos los miembros y establecer claramente los límites.

—Creía que estabais vinculados a mí... Que teníais que hacer lo que yo dijera.

—Y así es, señorito Luke. Somos tu hueste, te pertenecemos. Sin embargo, las órdenes no significan nada para nosotros si no están respaldadas por un poder espiritual. Ahora eres un nigromante, señorito Luke, por derecho sucesorio, aunque no por propia elección. Debes actuar conforme a tu posición.

—Bueno, papá me dejó su libro...

—Sería buena idea leer todo cuanto te ha dejado —dice el Siervo —. De ordinario, jamás aconsejaría a nadie que hurgase en el *Libro de los ocho.* Soy un hombre temeroso de Dios, pero temo todavía más los actos del Diablo. Sin embargo... algunos miembros de la hueste... algunos de ellos son peligrosos, señorito Luke. Pero no quiero hablar mal de...

—De los muertos. Sí, ya lo sé.

—Así es, señorito Luke. En fin. Tu padre poseía una colección que era la envidia de muchos de los que se movían en sus círculos. No somos un hatajo de fantasmas de segunda, de esos que arrastran cadenas sin ton ni son. Es necesario dirigirnos, tal y como haría cualquier persona consciente de estar tratando con algo poderoso y letal.

—Bueno, me alegra saberlo.

—Ha sido un placer, señorito Luke. Te aconsejaría que echaras un vistazo a la correspondencia de tu padre, y al propio libro. Te lo dejó por una buena razón.

—Lo haré.

El Siervo inclina la cabeza y desaparece en la oscuridad. No le falta razón. No sé nada sobre la hueste, salvo lo que el Juez y él me han contado. Si voy a ser el jefe necesito actuar con conocimiento de causa, sobre todo, si los fantasmas son peligrosos.

El Hereje sigue a lo suyo durante la mayor parte de la noche, aullando el Padrenuestro a todo volumen. Camina en círculo alrededor de la casa antes de entrar en la cocina, provocando que Ham se ponga a ladrar otra vez. Mamá, por increíble que parezca, sigue dormida como un tronco. Estoy sentado ante mi escritorio, con los deberes sin hacer, intentando dar sentido a los documentos que me entregó el señor Berkley.

Cabría esperar que si mi padre sabía que me iba a legar su hueste, que si todo esto estaba planeado, podría haberme dejado una simple

hoja de papel, redactada a ordenador, con los puntos más importantes.

En vez de eso me enfrento a un amasijo de estupideces sin sentido. Los documentos de papá son un desastre. No siguen ningún orden concreto y no parecen estar pensados para que los lea nadie que no sea él. Algunos están redactados a máquina, otros a mano. Algunos papeles están amarillentos y arrugados, unos pocos están manchados con una sustancia espesa y oscura que espero que sea chocolate con leche. La mayoría de las páginas manuscritas están redactadas a la antigua usanza, con pluma y tinta, y con una caligrafía condensada que forma pequeños renglones, cientos de ellos en cada página, por delante y por detrás. Todas están cubiertas hasta arriba de diminutas columnas de cifras —unos, cuatros, ochos y nueves—, como unos deberes de mates salidos del infierno. Algunos de los números, tal y como compruebo al examinarlos de cerca, parecen estar escritos del revés. Es imposible leerlo. No hay quien lea estas páginas. Me pongo a rebuscar entre el fajo hasta que encuentro algo comprensible.

Jueves:

Otra vez hay hielo en el lavabo. ¿Una posible manifestación de culpa/pérdida?

Anoche salieron las estrellas. Se aproxima el equinoccio. Lo siento en la médula. Están empezando a tensar el vínculo otra vez, como siempre.

P&J tienen razón, me temo. Ahlgren debe caer. Estoy expuesto. Sólo hay una salida. Puede volverse contra mí en cualquier momento. Pero saber que debo traicionarlo no me facilita las cosas.

Parece una entrada de un diario, pero al no tener fecha ni contexto, no consigo sacar nada en claro. Por el tono, parece que papá estaba deprimido. ¿Quién es Ahlgren? ¿Por qué lo tiene que traicionar? ¿Papá tenía enemigos que desconozco? ¿Cómo murió exactamente? Busco más pasajes comprensibles como este, algo que continúe a partir de ese punto, pero no encuentro nada.

Dejo los papeles a un lado y cojo el libro verde de papá. El *Libro de los ocho*. Lo sostengo en una mano, lo hago girar por debajo del flexo, la estrella dorada de la portada refleja la luz. El Siervo dijo que era un libro infernal, si mal no recuerdo, pero contiene las claves de la nigromancia. Deslizo un dedo por el lomo del libro. La piel resulta suave y dúctil al tacto. Recuerdo que las dos últimas veces que intenté abrirlo los cierres estaban atascados, pero tengo la sensación de que si lo intento ahora, ocurrirá algo diferente.

Tiro de los cierres, confiando en que se abrirán, pero siguen tan firmes como siempre. Me entran unas ganas tremendas de arrancarlos a lo bruto. ¿A quién le importa si estropeo el libro? Necesito saber qué contiene. Saco unas tijeras y me preparo para recortar la portada. Cuando las tijeras están a punto de introducirse en el cuero verde,

empiezo a sentirme muy raro.

4

CIELOS GRISES

Me despierto con dolor de cabeza. No sé cómo, pero al parecer me he quedado dormido en la silla, ante el escritorio. Recuerdo que estuve leyendo algunas de las notas de papá y que después intenté abrir el *Libro de los ocho,* y entonces... Algo no encaja. Tengo el libro delante, parece totalmente inofensivo. A su lado hay unas tijeras. Pasó algo, estoy seguro. Pero no sé el qué. Pruebo a abrir los cierres del libro, pero están atascados. No hay rastro de los fantasmas por ningún rincón de la casa, así que parece que hoy tendré una oportunidad para fingir que soy normal.

Me subo al autobús de siempre.

El camino hasta las puertas del colegio reluce a causa de la lluvia nocturna. Las canaletas son ríos diminutos que corren formando espuma colina abajo hasta llegar a los insaciables sumideros. Paso rozando un muro que está cubierto de hiedra y las hojas me golpean el hombro como dedos helados. Me pesa la cabeza, como si de un momento a otro se fuera a separar de mi cuello y a echar a rodar por la colina. Hay otros chicos que siguen la misma ruta que yo, alumnos más pequeños del instituto de Dunbarrow. Juro que yo nunca he sido tan bajito ni he tenido esa voz de pito. Van peleándose en broma, formando un amasijo de gomina y bolsas de deporte, mientras se gritan y se empujan unos a otros.

Ya alcanzo a ver las puertas del colegio, unos envejecidos pilares de hormigón plantados antes unos abetos oscuros. Los chavales pasan en tromba a través de ellas, evitando sin disimulo a Elza Moss, que está apoyada en un muro, fumando. Tiene la cabeza levantada y me está mirando fijamente, asomando por encima de las cabezas de los críos. Mi mirada se cruza con la suya.

No sé qué se le pasará por la cabeza a esta chica. La conozco de vista desde que teníamos doce años y jamás había mostrado el más mínimo interés por mí hasta este martes. Me siento tentado de mantener la hipótesis del enamoramiento, pero no parece que vaya a conducirme a ningún sitio. Al fin y al cabo, ¿qué haría? ¿Pasar tiempo con ella y empezar a ver su belleza interior, para después bailar pegados durante la fiesta de promoción mientras la gente se dedica a aplaudir y a llorar, comprendiendo al fin lo vacías que estaban sus vidas, tan cargadas de prejuicios? No la conozco, no quiero conocerla, pero ya estoy teniendo la semana más extraña de toda mi vida, y no soy idiota. Sea lo que sea lo que me está pasando, que un bicho raro

como Elza muestre un interés repentino por mí no puede ser una coincidencia.

—Buenos días —la saludo, intentando sonreír cuando me topo de frente con su ridículo peinado.

Elza despliega una cortina de humo ante su rostro.

—Hola —me dice.

—Eso —digo—, hola.

—¿Te puedo ayudar? —pregunta.

—Me estaba preguntando por qué no dejas de mirarme. Como si estuvieras loca...

—Jamás se me ocurriría actuar como una loca. Y tampoco se me ocurriría quedarme mirando a nadie. Y aún menos a ti, Luke.

—Bueno, pues si no me estabas mirando, ¿qué estabas haciendo?

—Observar.

—¿A quién? Porque parecía que me estabas mirando a mí.

—Estaba observando cosas interesantes. —Sacude la ceniza del cigarro con una uña, las lleva muy largas. La ceniza cae flotando al suelo, dejando unas ascuas rojas como manzanas.

—¿Como cuáles? —le pregunto. Esta situación me está rayando más de lo que esperaba. Elza da otra calada. Se pone a juguetear con su pelo, un brazalete tintinea en su muñeca.

—Echa un vistazo a la carretera.

Hay un grupo de chicas de bachillerato subiendo por la colina. Llevan pintalabios y rímel de marca; tienen las piernas tan lisas y bronceadas que parecen retocadas por ordenador. Una de ellas, me doy cuenta, es Holiday Simmon. Las chicas caminan tranquilamente, riéndose de algo.

A su lado camina con grandes zancadas un monstruo, que se tambalea sobre unas largas patas marrones, con una pelusa rala que parece moho blanco, y unos brazos enjutos que se balancean a su paso. La criatura va desnuda a excepción de unos mugrientos calzoncillos bóxer. Tiene el torso y los brazos cubiertos de largas cicatrices. Va caminando de una chica a otra, atravesando sus cuerpos como un banco de niebla. Lleva unas tijeras de podar que relucen en su mano.

—¿De qué estás hablando? —le pregunto, notando cómo se me entrecorta la voz.

—Ya. —Elza esboza una sonrisa burlona—. No tienes ni idea de lo que estoy hablando. Por eso te has puesto tan pálido como un..., en fin, tan pálido como un fantasma.

—Me quedé despierto hasta tarde —replico, sin apartar la mirada de aquel horrible ser.

—Sabes perfectamente de lo que estoy hablando. Sé que puedes verlo. ¿Un tipo con esas pintas, que lleva unas tijeras de podar? ¿Por

la calle? Debería desatarse el pánico. Pero en vez de eso...

Vuelvo a mirar a las chicas, al fantasma.

—¿Entonces puedes verlo?

—Estoy tan sorprendida como tú. Antes era la única. No mola nada, ¿eh?

—Es imposible.

—Pero ahí lo tienes —alega.

—¿Siempre has podido ver estas cosas?

—Oye, la visión extrasensorial tampoco está tan mal. Puede llegar a ser muy útil.

—¿Toda tu vida?

—Veámoslo de esta manera —dice Elza—. ¿Preferirías ser ciego? ¿Estar en una silla de ruedas? Vale, somos diferentes, pero hay mucha gente que está peor que nosotros. De hecho, hay quien piensa que es un don.

Holiday sigue caminando, sonriente, ajena a lo que está pasando. Este nuevo fantasma es el más horrible que he visto con diferencia. ¿Se puede saber en qué se había metido mi padre? ¿En qué me ha metido a mí? El fantasma tiene la piel oscura, arrugada, los huesos la dan de sí. Cuando se acerca más puedo ver que tiene casi hasta el último centímetro de su piel cubierto de cicatrices, algunas le recorren el cuerpo entero, otras son pequeños cortes de apenas un par de centímetros de longitud. Su rostro parece algo que te hubieras dejado en una bañera en un caluroso día de verano. Tiene los ojos lechosos, como si tuviera cataratas. La boca amplia y húmeda, los labios apenas alcanzan a cubrir unos dientes blancos y pequeños. Holiday sonríe a sus amigas, y el rostro marchito le lanza una mirada maliciosa por encima del hombro.

Caigo en la cuenta de que Holiday está a punto de vernos a Elza y a mí, así que intento poner una cara normal, en lugar de esta mueca de terror.

—Nunca lo había visto por aquí —dice Elza—. Supongo que será uno de los tuyos.

—Jo, tío.

Holiday acaba de verme y se acerca hacia nosotros. Nunca pensé que se presentaría una situación en la que no querría contemplar su rostro perfecto, pero esta es un ejemplo de ello. Por detrás de ella viene Alice... y el fantasma.

—¡Luke!

—Holiday, Alice. ¿Conocéis a...?

—Ya nos han presentado —dice Elza.

—Elza —dice Holiday—, ¡me alegro de verte!

—El placer es mío —responde Elza, mientras expulsa una nueva cortina de humo.

No dejo de alternar la mirada entre Holiday y el fantasma. Ella me sonríe, expectante.

—¿Qué tal estás? —le pregunto.

—Genial —responde Holiday—. Otro emocionante día de colegio, ¿eh?

—Divertidísimo —añado.

—¿Dónde te metiste ayer? —me pregunta, mientras deseo con todas mis fuerzas que se marche de una vez.

—¿Esos zapatos son retro o algo así? —le pregunta Alice a Elza.

—Supongo —responde Elza.

—Bueno, ya sabes. Tenía cosas que hacer —digo.

El fantasma se sitúa por detrás de Holiday, se pone a abrir y cerrar las tijeras lentamente. Irradia frío, como cuando abres la puerta de una nevera.

—Parecen un poco de empollona, pero en el fondo molan bastante —dice Alice.

—Bueno, gracias —dice Elza—. Tu bronceado de bote también está guay. Es muy opaco.

—¡Qué misterioso eres, Luke! Oye, escucha, ¿vas a venir mañana a mi fiesta? Ya te hablé de ella, ¿verdad? A ver, ya sé que todavía queda una semana para Halloween, pero este viernes es el único día que mis padres me dejan hacerlo, así que pensé que podíamos empezar las vacaciones a lo grande. Ah, sí, y se me ha ocurrido que vayamos todos disfrazados. —Holiday toma por fin aliento—. Y tú, Elza... vente también si quieres.

—Claro —digo. Empiezo a sentirme mareado.

—No me lo perdería por nada del mundo —dice Elza.

—¿Cómo es que conoces a Luke? —le pregunta Holiday a Elza.

—En realidad no lo conozco —dice Elza—. Me estaba pidiendo un cigarro.

—Pensé que no fumabas —me dice Holiday con el ceño fruncido.

—Eh... no suelo —replico—. Sólo en ocasiones especiales.

—¿Y qué ocasión es esta? —me pregunta Holiday.

—¿Que es jueves?

Nadie responde a mi comentario. Alice nos está mirando a Elza y a mí tal y como miraría a alguien que se estuviera comiendo una babosa en plena calle.

—En fin..., vamos a llegar tarde —dice Holiday, con una naturalidad ligeramente forzada. Tiene razón: la riada de estudiantes a nuestro alrededor se ha reducido hasta convertirse en un goteo de rezagados—. ¿Te dejo mi número? Así te aviso para la fiesta de mañana.

—Se... sería genial. Sí. Gracias —digo.

Así que intercambio números con la chica de mis sueños mientras

Elza y Alice se miran como panteras a punto de embestir, y el fantasma de las cicatrices abre y cierra la boca, haciendo ruidos guturales al respirar. Me doy cuenta de que le falta la lengua. Holiday y Alice se despiden y se marchan. El fantasma se queda con Elza y conmigo, hurgándose los dientes con las tijeras de podar.

—¿Quién eres? —le pregunto, cuando las chicas se han alejado lo suficiente.

El fantasma no dice nada, traga saliva y me observa con sus ojos lechosos.

—¿Dónde está el Siervo?

El fantasma sonríe y después se desvanece, volviéndose cada vez más enjuto y borroso, hasta que sólo quedan las tijeras de podar, como una versión oxidada de la sonrisa del Gato de Cheshire.

—Vaya, vaya —dice Elza—. ¿Tus fantasmas son siempre tan encantadores?

—A este no lo había visto nunca. No sé cómo puedes tomarte a broma algo como...

—Hace mucho que me acostumbré a ello. Siempre he sido así; no he sufrido ninguna transformación, como te ha pasado a ti. Escucha: tienes que aprender a disimular mejor, y pronto. Te has tirado toda la conversación poniendo la misma cara que si te hubieras meado encima.

—Esto da un poco de mal rollo, ¿sabes?

—Ya, yo pienso lo mismo. Te has agenciado unos espíritus bastante feos, Luke. Ese bicho no era precisamente lo que más me apetecer ver un jueves por la mañana a las 8:55.

—Lo siento mucho.

—Yo también lo siento —dice—. Supongo que tu padre ha muerto hace poco, ¿no es así?

—¿Cómo lo...? Sí. No lo sientas. No estábamos muy unidos.

Elza tira la colilla del cigarro por la alcantarilla. El agua la aleja de nosotros. Me quedo observándola mientras recorre la calle a toda velocidad y desaparece por un sumidero.

—Me parece que tenemos muchas cosas de las que hablar —añade.

—Estoy de acuerdo.

—Pues qué mejor momento que el presente —dice Elza. Alza la mirada hacia el cielo nublado—. No creo que llueva en la próxima hora o así. Pasemos de ir a clase y vayamos a dar un paseo.

* * *

Para mi sorpresa, Elza me guía a través de la verja del colegio, pero en lugar de seguir subiendo por la colina hasta llegar al patio frontal, tuerce a la derecha, sin alejarse del muro, para después abrirse camino a través de un pinar cercano y agacharse para pasar por debajo de una

verja de alambre medio caído. Los dos guardamos silencio. Esta situación me recuerda a una versión resumida de todo lo que me ha pasado durante esta semana. Pensaba que mi vida seguiría su rumbo normal hasta llegar a un destino previsto de antemano, y en vez de eso me he visto empujado hacia una maraña de matorrales oscuros. Sigo a Elza hasta el interior de una especie de jardín descuidado, que no difiere demasiado de los terrenos del colegio que acabamos de abandonar: hierbajos que llegan hasta la altura del muslo y abetos gigantescos, empapados de agua. Elza avanza entre los árboles, la sigo hasta llegar a un claro, una extensión llana de césped tachonada con bloques de piedra desmoronados. Un ángel de piedra nos observa desde las alturas con gesto abatido, tiene la mitad de la cabeza cubierta por una capa de liquen amarillento.

—Pensé que sería el lugar apropiado —dice Elza—. ¿Te gusta?

—Genial, estoy pasando el rato con una gótica en un cementerio.

Si Kirk y Mark se enterasen de esto...

—Es el extremo más alejado del cementerio de San Judas Tadeo —dice—. Casi nadie conoce esta ruta desde el colegio. Llevo años viniendo aquí para almorzar. Y no soy gótica. Soy una librepensadora.

—¿Y a qué vienen entonces las botas militares?

—No tengo por qué ayudarte —me replica sin levantar la voz.

—¿Y cómo piensas ayudarme, si se puede saber? Es decir, vamos al mismo colegio desde hace años y tú nunca... ¿Qué eres? ¿También eres nigromante o algo así?

—¿Nigromante? Para nada. Creo que puede haber antepasadas brujas en alguna rama de mi familia, pero eso no es inusual en esta región. Nací con visión extrasensorial. Y eso es todo, la verdad. Entonces, ¿cuándo firmaste para heredar la hueste Manchett?

Se sienta sobre la base de la estatua del ángel y empieza a liarse otro cigarrillo. Una bandada de palomas levanta el vuelo desde el árbol que se alza sobre nosotros, batiendo sus alas contra las ramas y desapareciendo por los aires. No he podido hablar de lo que me está pasando con mamá, ni con mis colegas, ni con Holiday... y la idea de contarle a un profesor lo de papá y los fantasmas es tan ridícula que ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Y aquí estoy, compartiendo mis secretos más profundos con una chica con la que apenas había cruzado tres palabras hasta hoy.

—El lunes por la tarde. Su abogado... dijo que lo heredaría todo. También hay dinero, según me contó. Eso es lo que yo quería. El abogado no mencionó lo de la hueste. ¿Cómo sabes tú eso?

—Me parece que es evidente —dice, el rostro se le ilumina— que no soy idiota. Te tengo echado el ojo desde hace tiempo porque, a ver, Manchett tampoco es un apellido muy común, ¿verdad? Así que cuando te observé en el patio del colegio y percibí esa enorme oleada

de poder procedente de ti, me hice una idea bastante clara de lo que estaba pasando. Además, coincidió con que los fantasmas del pueblo empezaron a recluirse...

—¿Los fantasmas del pueblo?

—La gente muere a todas horas, Luke. Intenta no perder el hilo. Hay fantasmas por todas partes. Dunbarrow es un pueblo antiguo. Ya existía antes de que llegaran los romanos. Hay suicidas, víctimas de asesinatos, víctimas de epidemias, muertes súbitas, espíritus de ancianitas encantadoras, jinetes sin cabeza..., todos forman parte de Dunbarrow. Siempre estarán aquí. En general son inofensivos. Lo más que hacen es dar golpecitos en las ventanas por la noche. O algún que otro *poltergeist,* con sillas que parecen flotar por voluntad propia y cosas así.

—Sí, todo muy normal e inofensivo.

—Bueno, supongo que todo depende de cómo se mire. Pero los fantasmas vinculados, los espíritus como los miembros de tu hueste, son diferentes. ¿Tu padre no te explicó nada de esto?

Me está mirando de la misma manera que a la gente que pronuncia mal una palabra en clase de inglés.

—Hace diez años que no lo veo. No he recibido siquiera una tarjeta de cumpleaños desde hace tres. Así que, no, nunca me explicó nada de esto.

—Vale. Lo siento. Pero ahora, la hueste está vinculada a ti. Ese vínculo te otorga, al ser su nigromante, un poder. Pero también, y esto es muy importante..., también les otorga poder a ellos. Es algo recíproco, y gran parte de la labor de un nigromante consiste en asegurarse de tener a su hueste bajo control, para que sus miembros no puedan sacar provecho de ese poder.

—¿Estar esclavizados los vuelve más fuertes?

—No es una ciencia exacta. De hecho, esto no se parece ni remotamente a una ciencia. Pero sí, normalmente, sí. Para la hueste, tu fuerza vital es una especie de anclaje al Más Acá. Así pueden influir en el mundo de los vivos más de lo que podrían llegar a hacerlo los espíritus libres.

—¿El Más Acá?

—Esto. —Elza ondea una mano, el cigarro dibuja una silueta de humo. —Esto es el Más Acá. Perdona, escribo a menudo en foros de visión extrasensorial. Viene bien hablar con otra gente que pasa por lo mismo que tú a diario. El Más Acá y el Más Allá son jerga del foro. No sé cómo llaman los nigromantes de verdad a esos lugares. El Más Allá es... difícil de describir, por lo que he podido averiguar. Es un banco de niebla sin forma, un laberinto, el vacío, el caos. No me sorprende que tantos espíritus decidan quedarse aquí.

—Está bien. La hueste es más poderosa que los fantasmas normales.

Es lo mismo que dijeron el Juez y el Siervo.

—Y tenían razón. Pero no deberías creer todo lo que te digan. Los muertos son como los vivos: mienten un montón, son egoístas. Eso sí, en otros aspectos importantes, no se parecen en nada a nosotros.

Pienso en el Hereje, en cómo caminaba dando tumbos por el pasillo de mi casa mientras un fuego inextinguible brotaba de sus huesos. Pienso en el Juez, en el Siervo, y en quienquiera que fuese ese tipo sin lengua, cubierto de cicatrices y con unas tijeras de podar. Me estremezco.

—Sí. Y que lo digas.

—No sé cómo decir esto, Luke, pero te has metido en un lío tremendo.

—Lo sé.

—No, hablo en serio. En un lío tremendo de verdad. Tú, yo, el pueblo entero. Llevas a cargo de esos seres desde hace tres días y les has dejado hacer lo que les diera la gana, ¿no es así? No pongas esa cara. Es así.

—Vale, sí —admito—, pero...

—No, no vale. Es muy peligroso. Ellos no están de tu parte. En cuanto se den cuenta de que no tienes el control, de que no tienen nada que temer, se volverán contra ti. Necesitas convertirte en un regente. Has sido el heredero de un trono durante toda tu vida y no tenías ni idea, y sé que tú no lo has pedido, pero tienes que gobernarlos.

—¿Cómo?

—No lo sé. —Elza deja escapar el humo por la nariz.

—¿No lo sabes?

—¡No lo sé! —exclama y tuerce el gesto, como si aquellas palabras le hubieran dejado un regusto amargo—. No soy una experta en el mantenimiento de una hueste. Sé que son peligrosas. Y sé que tu padre tenía un grupo completo de ocho miembros, lo cual le hacía más poderoso... y que la situación sea más grave. La visión extrasensorial no es muy común, algunos de los que la tienen son unos bichos raros, pero en general no somos... Es decir, tu padre estaba metido hasta el cuello en algo que no comparte mucha gente. La nigromancia, Luke; despertar espíritus de entre los muertos y vincularlos a tu propia alma. Es la rama más oscura de la magia negra, estamos hablando de tratos con el Diablo.

—Eh...

—Perdona que sea tan directa. ¿Sabes qué son los demonios?

—Jo, tío... ¿El tipo de las tijeras de podar era uno?

—Son espíritus que nunca estuvieron vivos. Proceden de los rincones más remotos del Más Allá. Por desgracia, creo que el tipo de las tijeras de podar fue humano, en algún momento. Quién sabe lo que

hizo en vida para que su espíritu tenga ese aspecto... Pero los demonios tienen un aspecto todavía más monstruoso, según me han contado.

—¿Mi padre poseía algún demonio?

—Corren rumores al respecto, sí. Nunca he querido ver ninguno. Pero si las cosas se tuercen, los dos tendremos esa oportunidad.

—Entonces, ¿qué hacemos? —le pregunto.

—Bueno... He oído que hay un libro. Es antiguo. Se supone que los primeros ejemplares se escribieron en Babilonia hace miles de años. Lo explica todo sobre las artes oscuras, sobre la forma de despertar a los muertos...

—Sí, el *Libro de los ocho.* Lo tengo en casa, sobre mi mesa.

Decir algo que Elza no sabía me ha producido una satisfacción tremenda. Por la cara que pone, parece como si estuviera a punto de atragantarse.

—¿Tienes el *Libro de los ocho* y no me lo habías dicho?

—No puedo leerlo —digo.

—¿Es que está escrito en otro idioma o...?

—No, quiero decir que literalmente no puedo abrir el libro para leerlo. Está cerrado a cal y canto. Lo he intentado varias veces y no hay manera. Está atrancado.

—Vale —dice Elza—. ¿Hay algo más que no me hayas mencionado?

—Mi padre me legó un fajo enorme de papeles. Tampoco he conseguido leer la mayoría de ellos. Están cifrados.

—No te ha puesto las cosas fáciles, ¿eh? Bueno, es un comienzo. Un comienzo mucho mejor de lo que esperaba, de hecho. El *Libro de los ocho*...

—¿Y por qué me estás ayudando? ¿Qué sacas tú de todo esto?

—Verás, no me gusta ser la portadora de tan malas noticias, Luke, pero resulta que esta es la peor época del año en la que podrías haber heredado esas cosas. Las huestes son siempre poderosas, pero la amenaza que suponen los espíritus vinculados se multiplica durante ciertos días del año. Y Halloween es el pero de todos ellos. Si están planeando escapar a tu control, y estoy convencida de que así es, lo harán ese día. Hoy es jueves, el viernes de la próxima semana es Halloween. Si se liberan, quién sabe lo que podrían hacer en Dunbarrow. Basándome en ciertas cosas que he leído..., esos espíritus pueden desarrollar ciertos apetitos. Quiero hacer todo lo que esté en mi mano para impedir que se desaten.

—Vale. Genial.

El Siervo nunca me mencionó ese detalle en particular.

—Por suerte, mañana sólo tenemos medio día de clase y la próxima semana tenemos vacaciones, así que no hará falta inventarnos ninguna

excusa para saltarnos las clases. Tienes que llevarlo todo (el libro, todo) a mi casa lo antes posible. Y vamos a ponernos manos a la obra hasta que descubramos una forma de disolver tu hueste, de hacerla entrar en vereda, o lo que quiera que encontremos. Nos queda un poco más de una semana. Tenemos tiempo.

—¿Por qué en tu casa?

—He repartido amuletos de nogal por toda mi calle, sobre todo en mi casa. Mantienen alejados a los muertos indeseados. Claro está, también podemos ir a tu casa si quieres que se enteren de todo lo que digamos.

—Vale, lo pillo.

—De hecho, olvídate de ir a clase hoy. Ve a buscar tus cosas y ven a mi casa. Esto es más importante que el instituto.

—Está bien —digo—. Pero antes, una cosa.

—¿El qué?

—Creo que deberíamos tener cuidado para que no nos vean juntos por Dunbarrow. Ya sabes, si la hueste es como dices... Podrías estar en peligro.

—Ya lo estoy. El espíritu hambriento de tu hueste nos vio hablando. No te preocupes por mí. Tengo algunos ases en la manga.

Elza señala hacia la piedrecita que lleva colgando de un collar, pero no me da más explicaciones.

—Aun así, deberíamos tener cuidado.

—Un momento —replica Elza—, ¿me dices eso por si Holiday Simmon o Mark Ellsmith nos ven juntos?

—No, sólo pensaba...

—Bah, qué más da, dilo, no te cortes. Ya sé que no le caigo bien a nadie. A mí tampoco me caéis bien vosotros.

—No es por eso —insisto, aunque sí lo era, al menos en parte. Me he esforzado mucho para llegar donde estoy.

—Yo también tengo una reputación que mantener, ¿sabes? ¿Qué diría la gente si me ve con un chico del equipo de rugby? Me retirarían el carné de platino de la biblioteca. Mira, tenemos poco más de una semana para encontrar una forma de salvarte de un destino que probablemente sea peor que la muerte. No me gustaría estar en tu pellejo cuando la hueste rompa sus vínculos y se vuelva contra ti. Así pues, preocupémonos de eso. Una vez que salgamos sanos y salvos de Halloween, no tendremos que volver a dirigirnos la palabra, y podrás volver a hacer como si lo de «quién mola y quién no mola» tuviera alguna importancia.

No se me ocurre qué responder a eso, así que me limito a asentir con la cabeza. Elza se termina el cigarro y lo aplasta contra la hierba frondosa. Una llovizna helada comienza a caer del cielo plomizo, los goterones empiezan a llegar en comitivas furtivas, oscureciendo los

hombros de la cazadora de Elza. Me cubro la cabeza con la capucha del abrigo. Elza parece estar a punto de decir algo más, pero se queda callada. Contemplo el entorno que nos rodea, los árboles enormes e inmóviles, las tumbas envejecidas.

Cuando llego a casa me encuentro con que todas las luces están encendidas, centelleando entre la penumbra. Las ventanas situadas a ambos lados de la puerta principal son dos ojos anaranjados. Al rozar el picaporte de la puerta percibo una sensación de frío en la cabeza. Entro en casa. El piso de abajo está vacío: no hay fantasmas, sólo está Ham, escondido en su camita en el cuarto de la colada. Ya en la cocina, tiritando incluso con el abrigo puesto, escucho fragmentos de voces procedentes de la habitación que tengo encima.

—¿Mamá? ¡Mamá!

Subo por las escaleras, cruzo el descansillo y entro en el cuarto de mamá. Me paro en seco, con el corazón acelerado. Mamá está dormida y hay dos hombres sentados a ambos lados de su cama. En el extremo izquierdo se encuentra el tipo de las cicatrices al que vi en la puerta del colegio, casi desnudo, ataviado con sus calzoncillos bóxer. Gira sus ojos lechosos hacia mí. Las tijeras de podar están tiradas en el suelo, junto a su silla. El segundo hombre está inclinado sobre mamá, observando su rostro. Ninguno de los dos se refleja en el espejo de la puerta del armario.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —pregunto, intento aparentar una entereza mayor de la que en realidad siento.

El segundo hombre, el fantasma al que no reconozco, se pone en pie.

Es más alto que los demás, también parece mayor, y va vestido con un traje negro de tres piezas. Sus zapatos relucen como el caparazón de un escarabajo y lleva una camisa blanca abrochada al cuello con un extraño broche plateado. Su rostro recuerda al de un muñeco de cera, con la nariz ganchuda y unos labios marchitos. Tiene el pelo de la cabeza y de la barba espeso y poblado, del color del granito, con salpicaduras blancas. El cabello le cae sobre los hombros formando una densa melena. Lleva unas gafas redondas y tintadas, y un sombrero negro. Parece un adicto al ácido vestido de enterrador.

—¿Quién eres?

—Estoy vinculado como el Pastor. —El fantasma inclina su cabeza canosa para ejecutar una levísima reverencia—. Este es mi compañero, el Prisionero. —Señala hacia el fantasma de las cicatrices con un ademán—. Y a todas luces tú eres Luke Archibald Manchett, y nosotros estamos a tu servicio.

—¿Cuándo os he dado permiso para subir aquí?

—Sólo estábamos comprobando qué tal se encontraba tu madre. —

El Pastor tuerce los labios para formar una sonrisa agria—. Por lo visto está enferma. Siento curiosidad por la naturaleza de su dolencia...

—Apartaos de ella. Ya.

—Como desees.

Los fantasmas se ponen en pie y se acercan a mí. Los miro a los ojos e intento no acobardarme. El Prisionero abre y cierra la boca, haciendo el mismo ruido que si estuviera comiendo un chicle.

—¿Dónde está tu lengua? —le pregunto.

—Se la cortaron —responde el Pastor—. Fue su padre, según tengo entendido.

—Lamento oír eso.

—Por lo visto ya se ha acostumbrado.

El Prisionero se encoge de hombros y después se desvanece hasta desaparecer por completo. El Pastor permanece en la habitación, con las manos agarradas por detrás de la espalda, como si estuviera esperando a que ocurra algo. La lluvia acaricia la ventana. Pego un bote al darme cuenta de que mamá me está mirando. Está despierta. ¿Me habrá oído hablar con los fantasmas?

—¿Luke?

—Sólo estaba... —Me esfuerzo por encontrar una excusa coherente.

—Estoy agotada, cielo —dice—. Esta cabeza mía... No me deja ni respirar.

—Lo siento, yo sólo... me preguntaba si querías...

—Qué bueno eres —dice mamá, y su tono sugiere que le gustaría que me marchase. Vuelve a recostarse. El Pastor la mira con una expresión indescifrable. Me pongo a pensar en lo que dijo Elza. «La más oscura de la magia negra... ¿Quién sabe lo que hizo en vida para que su espíritu tenga ese aspecto?». Sean quienes sean estos nuevos fantasmas, fueran quienes fuesen en vida, son peligrosos. Incluso tenerlos aquí, mientras mi madre duerme, supone una amenaza. Debo tomar el control, debo gobernarlos. Saben que tengo el *Libro de los ocho,* lo que no saben es que soy incapaz de leerlo, que no tengo ni idea de lo que dice. No puedo permitir que lo descubran.

—Me voy al piso de abajo —le digo a mamá, pero miro al Pastor mientras lo digo, para que sepa que también me estoy dirigiendo a él. Lo digo con voz firme y enérgica, como si estuviera hablando con un subordinado, con algún don nadie de primaria.

El Pastor me sostiene la mirada durante un instante —la menos, eso creo, pues es difícil saber hacia dónde está mirando con esas gafas oscuras— y después inclina su cabeza barbada para asentir.

Ham está en la cocina, bebiendo de su cuenco de agua, pero cuando me ve entrar con el fantasma regresa corriendo al cuarto de la colada,

con las orejas gachas. El Pastor lo ve marchar y no dice nada. Yo los ignoro a ambos, me muevo por la cocina, pongo un poco de pasta a cocer. Me tiemblan las manos mientras pico las verduras. Afuera sigue lloviendo, con fuerza y sin descanso, un chorreo grisáceo y constante que confirma que las nubes de tormenta no tienen intención de irse a ninguna parte. El Pastor se sienta ante la mesa de la cocina, apoyando las manos sobre la superficie de madera. Son manos grandes, con dedos largos, de sus nudillos brotan mechones de pelo blanco que parecen telas de araña. Aguarda a que acabe de preparar la comida. Tiene el porte propio de quien está acostumbrado a esperar.

—Así que tienes dieciséis años —dice el fantasma, cuando me siento a cenar.

—Sí —respondo.

—Entonces vas a obtener... ¿cómo lo llaman ahora? ¿El título de Secundaria?

—El próximo verano.

—Es curioso cómo pasa el tiempo. Parece que fue ayer cuando eras una criaturita metida en una cuna. Sí —añade, en respuesta a mi irrefrenable gesto de sorpresa—, te conozco desde que eras pequeño. Coincidimos en varias ocasiones, aunque no fuiste consciente de ello en aquel entonces.

—Así que has pasado bastante tiempo con mi padre —digo.

—Soy su sirviente más antiguo. Su mano izquierda.

—¿Por qué te llaman el Pastor?

—Es costumbre que la hueste sea encabezada por un Pastor. Es un título ancestral. Es curioso que no lo supieras.

—Sólo era por decir algo —alego.

Me como otra cucharada, pero sin saborearla de verdad.

—He visto que estás en posesión del ejemplar del libro que tenía tu padre —dice el Pastor.

—Está en el piso de arriba —digo—. ¿Por?

—Como es natural, Horatio me confió cierta información, al tiempo que me mantuvo al margen de otros aspectos de su vida y de su trabajo. La educación y adiestramiento de su heredero fue uno de esos aspectos sobre los que apenas tuve influencia. Sin embargo, supongo que fuiste instruido en las bases del arte de la nigromancia, ¿no es así? El *Libro de los ocho* no es, después de todo, algo que tomarse a broma.

—Sí, por supuesto. Estoy de nigromancia hasta el cuello. Vivo y respiro con ella. Me sé el libro de pe a pa. Desde luego, no se me ocurriría saltarme las normas si fuera un fantasma vinculado a Luke Manchett. Me encargaría de reprimir con dureza cualquier intento en ese sentido.

—Ya sabrás, por supuesto, que según se cuenta el *Libro de los ocho* tiene una longitud infinita. No es posible que alguien se lo sepa «de pe

a pa». Incluso los nigromantes más experimentados encuentran páginas que jamás habían visto antes.

—Era una forma de hablar —digo, ondeando una mano.

—Lo que tú digas.

—Soy nigromante. De los buenos. ¿Me estás diciendo que no tengo aspecto de nigromante?

—No quería decir eso, Luke. Te comportas con la dignidad propia de un hombre que domina unos conocimientos tan ancestrales y una disciplina tan arcana. Simplemente, mis compañeros y yo hemos reparado en que has sido bastante laxo a la hora de establecer nuestros vínculos y restricciones.

—Es una nueva era, ¿sabes? No entiendo por qué la nigromancia tiene que ir siempre con ese rollo de túnicas negras y sacrificios de sangre. Olvidad lo que creéis saber. Confío en que todos lleguemos a ser amigos.

¿Se puede saber qué estoy diciendo? Este fantasma me da tanto miedo que mi boca se limita a moverse por su cuenta y a soltar frases al tuntún. El Pastor suelta un bufido y se incorpora en su asiento.

—No somos tus amigos. Estamos vinculados a ti. No tiene nada que ver.

—Vale, si insistes. Yo sólo quería que nos llevásemos bien.

—Resulta llamativo que eso te preocupe.

—Yo no soy como mi padre.

—Convoca a tu hueste para una asamblea —dice el Pastor.

—¿Por qué?

—Porque quiero ver cómo lo haces.

—Pues ahora no me apetece. Y para ser sincero, no me gusta que me digan lo que debo hacer.

—Ni siquiera sabes en qué posición tendrías que colocar las manos para convocar una asamblea, ¿verdad? Horatio, ese viejo diablo... No te enseñó nada de nada.

El Pastor ha recuperado su sonrisa ladina.

—Me enseñó lo suficiente.

—Luke. —El Pastor tiende las manos hacia mí, como si quisiera pedirme algo. Tiene unas extrañas estrellas puntiagudas tatuadas en las palmas. Creo que quiere que las vea, como si debieran tener algún significado para mí—. En vida fui un gran nigromante. Mi hueste aterrorizó al mundo. He olvidado más páginas del libro de las que la mayoría de los hombres han llegado jamás a contemplar. Si pretendes engañarme, no podrías haber elegido una estrategia peor. No tienes el más mínimo conocimiento sobre las artes arcanas.

—No —replico, intentando farfullar una respuesta—, yo...

—No hay de qué avergonzarse. Eres joven, no te falta ingenio ni instinto, y aprecio las tretas que has intentado llevar a cabo durante

nuestro encuentro de hoy. Pero no eres un nigromante. No puedes dirigir una hueste. Ni siquiera quieres hacerlo.

—Entonces, ¿qué propones?

—Libéranos. Déjanos marchar. No cargues sobre tus hombros los pecados de tu padre.

No sé qué decir. Seguro que es una artimaña. Elza dijo que intentaría liberarse. Sé que este fantasma es peligroso, lo percibo, como si fuera un ser radioactivo. ¿Es posible que aún me tenga cierto miedo? Tiene razón, yo no quiero una hueste. Lo que quería eran unos cuantos millones de libras, las propiedades de papá, las ganancias de los DVD... Pero no quería nada de esto. Quiero que se larguen. ¿Qué daño podría causar si los dejo marchar? Todo el mundo saldría ganando con ese acuerdo...

—¿Es así de sencillo?

—Desde luego, Luke. Es muy sencillo. Tan sencillo como cuando firmaste para heredar la hueste. Podríamos hacerlo ahora mismo. ¿Para qué quieres una hueste, Luke? Lo que tú quieres es una vida normal y feliz. No te conviene seguir los pasos de tu padre, créeme. Déjanos marchar, podemos acabar con esto aquí y ahora.

No puede ser tan fácil. Debo andarme con cuidado.

—Bueno...

—Lo único que se necesita —prosigue el Pastor, mostrando una hilera de dientes grises— es redactar la pertinente nota de renuncia en el *Libro de los ocho.* Por suerte, tu ejemplar está aquí mismo.

Desliza sus manos tatuadas sobre la superficie de la mesa y se produce una especie de lapso en la escena, como si alguien hubiera cambiado el carrete de una película que estuviera viendo. El libro verde aparece encima de la mesa, justo delante del Pastor. La estrella de ocho puntas de la portada reluce al reflejar la luz del techo.

—Una simple mancha de sangre —dice el Pastor— y saldremos de tu vida, y de tu casa, para siempre.

El Pastor acaricia el libro y los cierres se separan de la cubierta sin necesidad de tocarlos. Las páginas amarillentas se mueven como por efecto de un vendaval y el libro se abre justo por la mitad. El Pastor me lo acerca. Coloco una mano encima y lo giro para ver lo que tiene escrito.

No hay una sola palabra en esas páginas. Están cubiertas por un patrón psicodélico de espirales y círculos concéntricos; todos parecen estar trazados a mano y moverse mientras los observo. Tengo la sensación de que cada vez que me concentro en una parte del diseño, el resto de la página cambia. Está empezando a dolerme la cabeza.

—¿Así quedaréis libres? —pregunto.

—Así es, Luke. Una declaración ordinaria de disolución del vínculo, para los ocho espíritus.

—Vaya. Estoy flipando.

Los círculos parecen tener... profundidad, si es que eso es posible, como si lo que tengo delante fuera algo más que una simple página. Si la sigo observando, tal vez consiga ver lo que es. Hay otras páginas más allá de esta. Hay cientos de ellas, millones de círculos.

—No está mal, ¿eh? —pregunta el Pastor.

—Es asombroso.

Me pitan los oídos, con mucha fuerza. Puedo sentir cómo la sangre fluye a toda velocidad por mi organismo.

Ya no puedo apartar la mirada de los círculos.

Mi mano derecha se está acercando a algo. Me doy cuenta de que se trata del tenedor.

—Una única gota es todo lo que hace falta —dice el Pastor. Su voz resuena como si me estuviera hablando desde el otro lado de un túnel alargado. Provoca eco.

Me pincho con el tenedor en la yema del pulgar. Se tiñe de rojo. No me duele en absoluto.

Cuando levanto la mirada hacia el Pastor todavía puedo ver los círculos y las espirales, entrelazándose sobre su traje y su rostro.

Están por todas partes.

Mi mano se desliza hacia el libro.

—Estás haciendo lo correcto —dice el fantasma.

Mi pulgar se sitúa por encima del centro del diseño.

Estoy a punto de presionarlo sobre la página.

Entonces se produce un estruendo y salgo disparado hacia un lado, para después estrellarme contra el suelo. El runrún que tenía en los oídos ha desaparecido. Siento una punzada de dolor en el pulgar, la sangre se desliza sobre la palma de mi mano.

Ham está a mi lado, ladrando sin parar. El Pastor se yergue sobre nosotros.

—Contén a esa bestia y firma la declaración de disolución —brama.

—Señorito Luke.

—¡Tú no te metas! —grita el Pastor, girando la cabeza para mirar hacia alguien.

El Siervo se encuentra en el umbral de la cocina.

—No te recomiendo que hagas esto —dice, entre los ladridos de Ham.

—Iba a liberaros —le digo al Siervo, aunque ya no estoy tan seguro de que fuera una buena idea.

—Es lo mejor —dice el Pastor.

—Tal vez para ti —replica el Siervo—. Pero el muchacho no te ha importunado en ningún momento. No es culpable de ninguna falta.

—¡Eres como las reses! —le espeta el Pastor—. ¡Un animal servil y plañidero!

—Los miembros de una hueste no pueden hacer daño a su maestro —me dice el Siervo—. Es la esencia de nuestro vínculo. Ahora no puede matarte, pero si lo liberas eliminarás esa restricción, y al Pastor le bastará pronunciar una sola palabra para provocar que se te pare el corazón.

—¿Por qué? —le pregunto al Pastor—. ¿No quieres ser libre? Iba a darte lo que quieres.

—Venganza —dice el Siervo—. Está consumido por ella.

El Pastor se arrodilla junto a Ham y a mí. Sus gafas espejadas atrapan la luz, son como dos lunas plateadas. Ham se encoge, pero no echa a correr. Puedo ver unas venillas azules bajo la piel del fantasma. Las arrugas que tiene junto a la boca se tensan mientras habla.

—Tu padre profanó mi tumba. Yo era el nigromante más importante que el mundo ha conocido. Me vinculó, ¡a mí!, y me utilizó como su Pastor. Yo no olvido. Ni perdono. Juré destruir su cuerpo y atormentar su alma, y al haberme visto privado de ese pequeño placer, ahora tendré que contentarme con su heredero.

—Yo no te he hecho nada.

—Escúchame —dice el Pastor. Se quita las gafas espejadas. Tiene los ojos oscuros y acuosos, no tienen ninguna parte blanca, son negros como los ojos de una cabra o los de un cuervo—. Escúchame bien, niño. He viajado a las oscuras tierras de los muertos. Allí he visto cosas que las palabras no pueden describir. Aún puede haber cierta clemencia para ti, si me liberas hoy mismo.

—No te tengo miedo.

—Mientes fatal. Peor incluso que tu padre.

Esos ojos negros sin fondo se encuentran a escasos centímetros de los míos.

—Esto no ha terminado —me advierte—. Sólo acaba de empezar.

Entonces el Pastor desaparece.

—Podrías haberme avisado —le digo al Siervo.

—Tenía miedo.

—¿De él? Los dos sois fantasmas. ¿Qué puede hacerte?

—El Pastor fue el hombre más horrible del mundo cuanto todavía respiraba, y se volvió aún peor con cada día que pasó al otro lado del velo. No sé qué habrán visto sus ojos negros ni adónde lo conducirán sus pensamientos oscuros. Le tengo mucho miedo, señorito Luke.

—Gracias por salvarme —digo—. Gracias a ti y a Ham.

—Sé que no pediste tener una carga como nosotros. Los hijos no son responsables de los actos de sus padres.

—Entonces, ¿el Pastor no puede matarme?

—No debe. Sin instrucciones explícitas al respecto, sin embargo, sí podemos permitir que sufras algún daño, y muchos miembros de la hueste no dudarían en hacerlo.

—¿Qué hará el Pastor en Halloween?

—No lo sé, señorito Luke. El Pastor tiene alguna estratagema en mente, de eso estoy seguro. Siempre la tiene. Consulta el *Libro de los ocho*.

—¡No sé cómo hacerlo! Ni siquiera puedo abrirlo.

—Y aun así debes hacerlo, señorito Luke. Debes hacerlo.

Observo el libro, ahora cerrado, tirado encima de la mesa como si fuera un libro antiguo corriente, carente de interés. Tengo el estómago revuelto. El Siervo tiene la cabeza girada hacia mí, frunce el ceño, como si estuviera escuchando algo que está ocurriendo en otra habitación.

—Debo irme —dice de repente—. Esto no me lo perdonarán.

—Me alegra que me hayas ayudado.

—Ojalá tuviera motivo para alegrarme yo también, señorito Luke.

El Siervo me dirige una pequeña reverencia y se desvanece.

No voy a casa de Elza. No sé qué hacer. El *Libro de los ocho* sigue encima de la mesa y me da miedo acercarme a él. Me da miedo intentar abrirlo siquiera. No dejo de pensar en los círculos que brotaban de sus páginas, en cómo cubrieron las paredes y el rostro del Pastor. El libro es un monstruo, y mi hueste me quiere ver muerto. No puedo dejar solos a mamá y a Ham. La mañana deja paso a la tarde, que se oscurece para dar la bienvenida a la noche. Los árboles que rodean la casa adoptan la forma de gigantes susurrantes. Ham sigue inquieto, se pasa la noche entera subiendo y bajando de un piso a otro. Me planteo despertar a mamá, decirle que tenemos que marcharnos, pero no se me ocurre qué podría decirle para que me creyera ni adónde podríamos ir, un lugar al que no pudieran seguirnos. A la una de la madrugada estoy que me caigo de sueño. Me meto en la cama vestido y me quedo inmóvil, atento a cualquier ruido que pueda alertarme del regreso de la hueste. El viento susurra a través de las grietas que hay en el marco de la ventana. Afuera, el campo está frío y oscuro. Los animales tiritan en sus madrigueras, tienen sueños confusos en los que corren y mueren.

5

ECOS Y RELIQUIAS

Cuando me despierto el viernes por la mañana, escucho una voz masculina procedente de la habitación de mamá. Corro a reunirme con ella y descubro que hay algo pintado sobre el cabecero de su cama con pintura negra: una runa puntiaguda y rajada con un cuchillo que ocupa la mitad de la pared. Es el mismo símbolo que el Pastor llevaba tatuado en las manos. Mamá está tumbada, sin moverse, las sábanas de la cama le cubren el cuerpo hasta el cuello. Lleva el cabello recogido por detrás de las orejas. Parece tranquila. No sabría decir si respira o no. La voz que escuché proviene del reproductor de CD, es la voz amistosa de un tipo que está recitando algún ejercicio de autoestima.

«Sólo tú tienes el poder de producir un cambio personal duradero», murmura el reproductor.

—¡Mamá! —grito.

Cruzo la habitación como un relámpago.

«Mírate en el espejo. ¿Qué es lo que ves?»

La zarandeo por los hombros. No se despierta. No consigo encontrarle el pulso, aunque sus brazos tienen un tacto caliente. Le acerco un espejo de mano al rostro y su aliento deja una capa finísima de vaho sobre la superficie. Aún sigue viva, aunque no sé qué le han hecho. Me siento en el suelo junto a su cama. Debería haberla avisado, pero ¿qué podría haberle dicho? Mamá cree en el mundo de los espíritus como en un lugar abstracto repleto de energía y buenas vibraciones, no como en una tormenta oscura y maléfica. ¿Cómo habría podido explicarle lo del Prisionero o lo del Pastor? Debería llamar a una ambulancia... pero entonces, ¿qué? ¿Le harían un TAC? ¿Le pondrían un gotero y esperarían a que se despertara? Me pondrían bajo custodia. No se me ocurre nadie que pudiera mostrarse más escéptico ante mis historias de espíritus malignos que una panda de paramédicos y trabajadores sociales. No puedo contar con nadie. Sea lo que sea lo que le haya hecho el Pastor, tendré que resolverlo yo solo.

«¿Ves a alguien enérgico y seguro de sí mismo? La mayoría de nosotros no somos así».

Apago el reproductor de CD con tanta fuerza que el botón de encendido se rompe. Salgo de la habitación, me dirijo al descansillo. Tengo la sensación de que los fantasmas me están observando, observando a mamá, esperando a ver qué hago.

—¡Mostraos! —grito—. ¡Salid! ¿Qué le habéis hecho? ¡No os escondáis de mí! ¡Mostraos!

Nada. Y en caso de que los fantasmas aparecieran, no sabría qué hacer.

—¡No me hagáis esperar!

Resuenan unos golpes secos en la puerta principal. Siento un hormigueo en la espina dorsal, como si alguien me la hubiera rellenado con nitrógeno. Se me forma un nudo en la garganta. Ham empieza a ladrar en la cocina.

—¿Quién es?

Quienquiera que esté al otro lado de la puerta no responde. Asomado al pasillo desde la escalera, consigo atisbar una oscura silueta humana, que se dibuja al otro lado de la textura ondulada del panel de cristal. He conocido a cinco de los ocho fantasmas.

¿Qué me está esperando al otro lado de la puerta?

¿De verdad mi padre invocó a un demonio?

Resuenan nuevos golpes. Bajo los escalones de uno en uno. Me acerco a la silueta que está en el exterior, pero no se vuelve más nítida. El cielo está encapotado, la luz tenue que entra al pasillo parece más propia del atardecer. Ham aúlla detrás de la puerta de la cocina. Me doy cuenta de que me he dejado el cuchillo en mi habitación, aunque tampoco sé si me serviría de algo.

Agarro el picaporte.

Tomo aire.

Y abro la puerta.

—¿Elza?

—¿Estás bien? —me pregunta—. Pareces asustado.

—¿Qué estás...?

—Ayer te estuve esperando toda la tarde. Se suponía que ibas a venir a mi casa. ¿Qué pasa? ¿Tu hueste está por aquí?

Está lloviznando. Elza lleva unas botas militares embarradas y un chaquetón de lana negro que parece haber sido confeccionado para alguien el doble de grande que ella. Me mira con impaciencia.

—¿Estás sordo o qué? Oye, se me está empapando el pelo. Voy a entrar.

Elza me echa a un lado para acceder al vestíbulo.

—Lo siento —digo—, ha habido ciertas... novedades. No he podido ir a tu casa. No me diste tu... Oye, ¿cómo es que sabes dónde vivo?

—Internet —responde—. Da la sensación de que tu casa está embrujada. Embrujada a base de bien. Ya sólo estar aquí, en el vestíbulo, me da mal rollo. ¿Qué ha pasado?

—Elza, no sé hasta qué punto es seguro que estés aquí.

—Ni yo. Pensé que esto me ayudaría a mantener la calma. Suele funcionar. —Sostiene en alto la piedra que lleva alrededor del cuello

—. Pero tras percibir el ambiente que hay, ya no estoy tan segura.

—¿Qué es eso?

—Extrañita. Tiene un agujero de origen natural. Son muy difíciles de encontrar. Los druidas las usaban para ahuyentar a los espíritus maléficos. ¿Es tu perro el que está ladrando en la cocina?

—Sí —respondo, con la sensación de estar todavía tres pasos por detrás de ella en la conversación.

—Bueno, ¿me indicas el camino o no?

La guío a través del pasillo y abro la puerta de la cocina. Ham se abalanza sobre mí, deslizando sus pezuñas por la parte delantera de mi pijama. No recordaba que aún lo llevo puesto.

—Qué grande es —dice Elza, retrocediendo un paso.

—Es un galgo escocés. Abajo, chico. Tranquilo.

—Mmm. Me esperaba más bien un terrier o algo así. Hola —le dice a Ham. Le agarra la cabeza y empieza a acariciarle por detrás de las orejas. Ham gruñe con alegría. Entro en la cocina, sin saber muy bien qué hacer. ¿Qué quiere Elza? ¿De verdad puede ayudarme? ¿Qué voy a hacer con mamá? En este momento está tumbada en el piso de arriba, atrapada en un sueño.

—Así que es este —dice Elza, por detrás de mí. Me doy la vuelta. Todavía está acariciando a Ham, pero está mirando hacia la mesa de la cocina, hacia el *Libro de los ocho.*

—El legado de mi padre —añado.

—Vaya, resulta que tu perro es más grande de lo que pensaba, y que ese libro tan emblemático es más pequeño. Parece un libro de bolsillo.

Elza aparta a Ham a un lado y coge el libro. Empieza a forcejear con los cierres.

—Elza, no sé si deberías...

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Es que es un libro delicado y...

—No, me refiero a qué ha pasado. Estás totalmente desencajado. Tienes una cara como si se hubiera muerto alguien.

—Es mi madre. La hueste intentó tomar el control ayer por la tarde. Un fantasma, el Pastor, intentó engañarme y matarme. Después le hicieron algo a ella... y no se despierta.

—Ay, Luke... no estará...

—No. Sigue viva. Ven, te lo enseñaré.

Llevo a Elza al piso de arriba mientras Ham corretea por detrás de nosotros. Entramos todos a la habitación de mamá. Está tal y como la dejé: las máscaras tribales de mamá siguen colgadas de la pared, y sus libros sobre líneas ley y encuentros con ángeles siguen alineados en su estantería. Hay una pantufla suelta tirada en el suelo, a medio camino entre la cama y la puerta. Parece perdida.

Elza pasa de largo junto a mí, en dirección a la cama, con la mirada fija en la enorme runa puntiaguda que está garabateada sobre la cama. Todavía lleva puestas las botas, deja pequeñas briznas de barro sobre la moqueta. Mira hacia el techo, después se agacha y levanta las sábanas de la cama de mamá, para mirar debajo.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

—Comprobar de dónde proviene el hechizo. Cabría esperar que es obra de esa runa de la pared, pero nunca se sabe. Sea como sea, aquí abajo no hay nada.

—¿Podemos borrar la runa?

—No lo creo. Es decir, podríamos intentarlo, pero no conseguirás borrarla. Una runa como esa, es algo más que pintura. Quizá podríamos raspar la pared con una palanca. Pero aun así... me da miedo pensar lo que podría sucederle a tu madre si lo hiciéramos. Podría empeorar las cosas.

—¿Sabes cómo romper el hechizo? —le pregunto. Creo que es un buen ejemplo de lo mucho que ha cambiado mi vida el hecho de que esa pregunta no me resulte absurda.

—No —responde Elza—, la verdad es que no. Cuando se trata de magia, soy como esa persona que sabe encender la tele pero no sabe cómo construir una. Tengo una piedra de extrañita y utilizo amuletos de nogal, pero no conozco su funcionamiento. Sólo sé que funcionan.

—Así que no puedes...

—No puedo despertar a tu madre, Luke. Lo siento. No sabría por dónde empezar.

Ham está junto a la cama de mamá, olfateando como loco. Empieza a restregar el hocico contra las almohadas y se pone a gimotear. Aparto la mirada. Tengo los ojos hinchados, me escuecen.

—¿Te encuentras bien? —Elza me mira a la cara, frunciendo el ceño. No quiero que me vea así.

—Estoy bien.

—No lo estás. Estás a punto de llorar.

Para mi sorpresa, Elza se acerca y me abraza con fuerza. Huele a tabaco. Apoyo la barbilla sobre la áspera lana humedecida de su abrigo. Hace un par de días apenas la conocía, y míranos ahora, abrazados. A pesar de tener los ojos empañados de lágrimas, sonrío. No sé qué pensaría Holiday de esto. Al cabo de unos instantes, Elza me da una sonora palmada en la espalda y me suelta.

—Así es como los jugadores de rugby lidiáis con vuestras emociones, ¿no? A base de palmadas en la espalda. Y bebiendo cervezas de un trago. Aunque me temo que no he traído ninguna lata.

—Es más o menos eso —digo, frotándome los ojos.

—No quiero pasar aquí más tiempo del necesario —dice Elza—. Esta casa no es segura, y no creo que vaya a ser capaz de asegurarla lo

suficiente como para que podamos trabajar en ella. Sigo pensando que deberías venir a mi casa en Towen Crescent. Tráete a tu amiguito peludo también.

—Espera, ¿qué? No pienso marcharme.

—Luke, ya sé que estás muy preocupado por tu madre. Yo también lo estoy. Pero, siendo realistas, la mejor oportunidad que tenemos de hacer algo por ella no es llamar a un médico, ni quedarnos todas las noches sentados junto a su cama hasta que llegue Halloween. Lo mejor que podemos hacer es intentar abrir el *Libro de los ocho* y descubrir lo que contiene. Buscar algo que nos ayude.

—Ni siquiera sé si quiero abrir ese libro. Cuando lo abrió el Pastor, las cosas que vi en su interior me resultaron...

—No creo que tengamos elección. Y no pienso quedarme aquí, seguro que están escuchando hasta la última palabra de lo que estoy diciendo. Mi casa está protegida con amuletos de nogal, los espíritus indeseados no pueden entrar. Lo mejor que puedes hacer ahora es recoger todo lo que te legó tu padre y llevarlo de inmediato a mi casa.

—No puedo dejar a mi madre aquí.

—Entonces morirá —replica Elza. Tiene los ojos de color verde limo, los iris oscuros y dilatados. Me sostiene la mirada sin parpadear —. Morirá. Y tú también, en cuanto encuentren una forma de romper sus vínculos. Puede que todos muramos. Pero de momento tu madre está viva, y si tuvieran intención de matarla, ya lo habrían hecho. Tu madre es sangre de tu sangre, y eso puede ser importante para ciertos tipos de hechizos. Creo que tu hueste tiene algún plan para ella, y cuanto antes descubramos una forma de impedirlo, menos peligro correrá. Puedo guardar el libro en mi casa sin levantar sospechas, pero aunque subiéramos a tu madre a una silla de ruedas y nos la lleváramos allí, lo primero que me preguntarían mis padres sería: «¿Por qué hay una mujer en coma en nuestro cuarto de invitados?». Y yo no sabría qué responder. La llevarían al hospital en menos que canta un gallo, y no es el lugar más indicado en un caso como este. Allí muere mucha gente, estará lleno de espíritus. Los muros que separan nuestro mundo del Más Allá serán endebles. Y cuando llegue Halloween, no se me ocurre un sitio pero en el que pudiéramos estar. Lo mejor que puedes hacer por ella es dejarla aquí. Ven conmigo, vamos.

Miro a mamá, su cabello pajizo, su frente arrugada en un gesto de inquietud, las sábanas que se levantan y se contraen suavemente al ritmo de su respiración. Ham restriega la cabeza contra las almohadas. Los fantasmas podrían regresar y matarla ahora mismo, y yo no sería capaz de detenerlos. Debo aprender a usar el libro. Si me marcho ahora no significa que no vaya a volver.

Dejo de mirar a mamá y me concentro en Elza. Tiene los labios

fruncidos, los brazos cruzados y el rostro surcado por un mechón de pelo humedecido.

—¿Y bien? —pregunta.

—De acuerdo. Probaremos a tu manera.

—Bien —dice—. Porque, sinceramente, necesito salir de esta casa enseguida. Me siento como si hubiera empezado a sangrarme la nariz en un tanque lleno de tiburones.

* * *

Entro en mi habitación, recojo todos los papeles de papá y los meto en el archivador que me dio el señor Berkley. Elza está en el pasillo, sosteniendo el *Libro de los ocho* en una mano y la correa de Ham en la otra. No sé cuánto tiempo nos va a llevar esto, y no puedo dejarlo aquí sin que haya nadie para darle de comer.

Me doy cuenta de que el chubasquero que llevé al despacho de Berkley está colgado en la entrada, y al verlo se me refresca la memoria. Han ocurrido tantas cosas desde el lunes por la tarde que había olvidado ciertos detalles. Meto la mano en el bolsillo interior y saco el estuche metálico con los anillos de papá.

—¿Qué te parece esto? —le pregunto a Elza.

—Tenemos compañía —dice ella, ignorándome. Señala con un gesto hacia la puerta, que está abierta.

Guardo los anillos en la mochila, junto con las llaves. Me asomo por la puerta, hacia el lugar que está señalando. El estómago me pega un vuelco. Una mujer, vestida por entero de blanco, está plantada al final del camino de acceso a casa, de espaldas a nosotros. Está inmóvil como una estatua, a pesar de la lluvia, y me doy cuenta de que su vestido no se mueve con el viento.

—¿Conoces a ese fantasma? —pregunta Elza.

—Para nada —respondo.

Con un poco de suerte habrá venido para disculparse por el comportamiento de sus compañeros. Aunque debo admitir que no parece lo más probable.

—No tenemos por qué pasar a su lado —dice Elza—. El camino más rápido para ir a mi casa es por detrás, atravesando la dehesa.

—Quiero saber qué tiene que decir. No puede hacerme daño. ¿Y a ti?

—No, siempre que la extrañita aguante.

Cierro la puerta delantera y atravesamos el camino de entrada. La gravilla cruje bajo mis pies, la lluvia sisea sobre la capucha de mi abrigo. Los árboles pesados que hay junto a la verja se mecen con el viento. Sus ramas son telarañas negras que cubren el cielo. Ham agacha las orejas mientras nos aproximamos al fantasma. Al oír nuestros pasos, la criatura se da la vuelta.

En realidad son dos espíritus: una mujer y un bebé. La mujer lleva puesta algo que parece un vestido de boda, blanco y ornamentado, con un velo que oscurece su rostro por completo. Va descalza, pero lleva los brazos cubiertos por unos extravagantes guantes de seda. El segundo fantasma, el bebé, está envuelto en una manta azul desgastada por muchos lavados. Ni un solo centímetro de su cuerpo resulta visible, pero veo que la manta se revuelve como si algo se moviera en su interior. Me asombra, como siempre, lo increíblemente reales que son los fantasmas: cada borla y cada protuberancia de la vieja manta del bebé aparecen con nitidez ante mis ojos.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunto a la mujer.

—Soy el Oráculo —responde. Habla con voz baja, apacible—. Llevo en brazos al Inocente.

Miro a Elza de reojo. Está mirando a los fantasmas fijamente, asimilando hasta el último detalle.

—¿Qué le habéis hecho a mi madre? —pregunto.

—Traigo profecías, amo —responde el Oráculo—. He paladeado el viento. El vuelo de los pájaros me ha traído sus augurios.

—No quiero nada de ti —le digo.

—Le estrecharás la mano a un hombre de edad incierta. No habrá líneas en su palma.

—¿Cómo podemos abrir el *Libro de los ocho?* —pregunta Elza.

—Recorrerás las orillas de un océano de lágrimas.

—Tengo el libro, las notas de papá, y el Pastor lamentará haber mirado siquiera a mi madre —le advierto—. Díselo al resto de la hueste.

El Oráculo no responde. El bebé, el Inocente, lanza un pequeño suspiro desde el interior de su manta. De pronto me entran unas ganas tremendas de alejarme todo lo posible de estos fantasmas.

—Deberíamos irnos —digo. Elza asiente.

El Oráculo se echa a un lado. Atravesamos la verja de la entrada. Ham se mantiene pegado a mí, lo más lejos posible de los fantasmas. La mujer gira la cabeza hacia mí, cubierta por el velo, mientras nos alejamos.

—Las profecías traen malos augurios —dice el Oráculo.

—Ya, bueno —replico—. Eso también lo sé yo.

* * *

Towen Crescent, el barrio de Elza, es una zona de Dunbarrow en la que nunca antes se me había perdido nada. Es una urbanización bastante reciente, asentada en el extremo noroeste del pueblo, y Elza me muestra un atajo a través de algunos de los pastos que hay por detrás de mi casa. Las casas fueron construidas entre la autopista y los terrenos de las fábricas, que siempre están envueltos en humo, así que

el barrio no es precisamente una de las principales atracciones turísticas de Dunbarrow. Es una zona fronteriza, la clase de lugar en el que acabas si no encajas con el resto del pueblo. No me extraña que la casa de Elza esté aquí.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunto.

—¿Te refieres al Oráculo? Nunca había visto nada igual. Los fantasmas casi nunca se muestran dispuestos a hablar con los vivos. Los miembros de tu hueste serán muchas cosas, pero tímidos no.

—¿Crees que ese bebé era suyo?

—Espero que no.

—¿Y qué hay de la profecía? ¿Te has tragado algo de todo eso? —le pregunto.

—¿El qué, que puede ver el futuro? Lo dudo.

—¿Así que crees en los fantasmas, pero no en la clarividencia?

—No «creo» en los fantasmas, Luke, y tú tampoco. Puedo verlos. Cuando vea que una profecía se hace realidad, la aceptaré también como un hecho. Hasta entonces, tendré mis dudas.

Las calles están desiertas, el pavimento oscurecido por la lluvia. Las casas están revestidas de piedra, con tejados inclinados de color naranja, los jardines están abarrotados de árboles de hoja perenne y por los tallos anémicos de los postes telefónicos. La casa de Elza, el número diecinueve, se encuentra al final de una calle cortada, justo en la punta de la media luna que forma el barrio. La parte delantera de la casa alberga un pequeño jardín descuidado, un bebedero de piedra para pájaros y unos cuantos arbustos.

El vestíbulo de la casa es estrecho y sombrío; la mayor parte del suelo está cubierto por cajas de plástico, paquetes de baldosas de baño y tablones de madera. El papel de las paredes es de color marrón oscuro, la moqueta tiene un tono rojizo y terroso, y está cubierta de arañazos.

—Perdón por el desastre —dice Elza, sin avergonzarse lo más mínimo—. Todavía estamos desempacando.

—¿Cuánto tiempo hace que vives aquí? —le pregunto, al tiempo que le quito la correa a Ham, que la sigue hasta la cocina.

—Unos doce años. Mis padres se echan la culpa el uno al otro de que la casa esté así. Creo que, desde su punto de vista, desembalar las cajas sería como una forma de admitir su derrota. A lo mejor luego tienes ocasión de conocerlos, aunque no sé. Mi madre está trabajando. Mi padre se ha marchado dos semanas a avistar pájaros.

—¿En serio?

—Sí. Lo despidieron el mes pasado, así que ahora se dedica a visitar lagos siempre que puede. Le encanta, es su paraíso en la tierra. Vive en un fin de semana continuo. Desde que se levanta por la mañana no para. Es horrible. —Elza sacude la cabeza con un gesto

burlón. Pone la tetera al fuego.

—Y que lo digas.

—Perdona, ¿te estoy aburriendo?

—No, para nada —respondo—. Es sólo que... ya sabes. ¿Avistar pájaros?

—Resulta que a mi padre le apasiona la observación de las aves británicas. Espero que no sea tu intención mancillar el buen nombre de dicha actividad diciendo lo inútil o lo lamentable que es, porque me sentiría ofendida en su nombre.

—Está claro que es una tapadera. Tu padre es traficante de *crack*. Se va a Londres para reabastecerse.

—Eso me encantaría. Cualquier cosa menos la verdad. Antes me llevaba con él, cuando era más pequeña. Horas y horas metidos en un escondite, casi sin movernos. Sin música, sin caramelos, porque si haces el menor ruido los pájaros no se posan. Y además siempre aparece algún legionario romano que ha muerto allí y te toca verlo deambular de un lado a otro con el hacha de un picto clavada en la cabeza. Menudo tormento.

—Ya. A mamá le ha dado hace poco por los pájaros. Seguro que se llevarían bien. ¿Tus padres tienen visión extrasensorial?

—No —responde Elza, mientras vierte agua en su taza—, no la tienen. Se preocuparon bastante conmigo porque no dejaba de tener amigos imaginarios. Tomé pastillas durante unos años, pero los muertos no desaparecieron, así que comprendí que el problema no lo tenía yo. Eran los demás los que no podían ver las cosas como son.

—Menudo palo.

Me siento.

—Así es la vida —dice Elza—. No los culpo por ello. ¿Qué habrías hecho tú? La percepción extrasensorial no está reconocida como un trastorno médico.

—Lo que sigo sin entender es por qué tú naciste con ella y yo apenas acabo de desarrollarla. No tiene ningún sentido.

—¿El qué? —pregunta—. Yo diría que tu caso tiene más sentido. Liderar una hueste de espíritus ha provocado que tu alma quedara vinculada a las suyas. Estás más próximo al Más Allá que el resto de la gente. Los espíritus te están arrastrando hacia allí, como si estuvieras atado a unos enormes globos de helio. En cuanto firmaste ese contrato, comenzaron a tirar de ti hacia arriba, hacia el mundo de los muertos, o como quieras llamarlo. Lo raro sería que no pudieras ver fantasmas. Yo, en cambio, nunca he sabido por qué. Lo único que se me ocurre es que quizá hubiera una bruja o un nigromante en alguna rama de mi familia, hace siglos. Mis padres son totalmente normales.

—Quizá sea algo genético, como un rasgo recesivo. ¿Hay alguna investigación al respecto?

—¿Tú qué crees? —me pregunta.

—¿Por qué no? Algo así te aseguraría el Nobel.

—¿Y cómo demostrarías siquiera la premisa de que la visión extrasensorial existe? Los fantasmas son más difíciles de demostrar de lo que crees. Y los nigromantes suelen ser una gente bastante discreta. Tu padre era una anomalía en ese sentido.

—Yo también he estado pensando en ello. En lo del programa de la tele y todo eso. ¿Por qué lo haría?

—Esa es una pregunta para otra ocasión. Ahora deberíamos echarle un vistazo al libro.

—Lo tengo aquí —digo, dando unos golpecitos en mi mochila—. Entonces, ¿la hueste no podrá entrar de ningún modo en esta casa...?

—He repartido amuletos de nogal por la puerta delantera y la trasera, y especialmente en las paredes de mi cuarto. Los espíritus no pueden entrar en esta casa, salvo quizá en Halloween. Como ya te dije, en Halloween puede pasar cualquier cosa.

—Sí, lo sé. Así que tenemos que... ¡Oye! ¡Sal de ahí! ¡Perro malo!

Ham ha aprovechado nuestra distracción para encaramarse al fregadero de Elza y está afanado extrayendo una cuchara de madera con restos de salsa boloñesa. La deja caer, sobresaltado, y vuelve a bajar al suelo.

—No deja de sorprenderme lo grande que es. ¿Cómo decías que se llama? —pregunta Elza.

—Ham.

—¿Es una abreviación de algo? ¿De Hamlet?

—Pues no, yo mismo le puse el nombre cuando lo compramos. Era muy pequeño. Se llama así por mi plato favorito, las hamburguesas.

—Ya decía yo. Supongo que era mucho esperar alguna alusión literaria por tu parte.

—He venido aquí a iniciar una caza de fantasmas, no para que te metas con el nombre de mi perro.

—Vale, vale. Está bien, lleva el té al piso de arriba y nos pondremos manos a la obra. ¿Te importa que saquemos a Hamlet al jardín? Me temo que no me fío lo suficiente de él como para dejarlo suelto por casa.

—No se llama... Está bien, vale. Vamos, chico.

Agarro a Ham y lo conduzco a través de la puerta con cristalera que da al jardín trasero de Elza. Ham arrastra las pezuñas sobre las baldosas, mostrando su desacuerdo a base de arañazos. Tiro un poco más fuerte del collar y finalmente sale resoplando al exterior. El jardín trasero es estrecho y alargado, con una caseta destartalada y un manzano escuálido. Los setos son tan altos como una persona, así que Ham no debería encontrar ninguna forma de escaparse. Regreso a la estrecha cocina. Elza está plantada en el umbral que conduce a pasillo,

observándome.

—¿Qué? —le pregunto.

—Nada. Es que nunca me habías parecido la clase de persona que tiene un perro.

Me lanza una de sus irritantes sonrisas y se aleja por el pasillo, después sube por las escaleras. La sigo a través de un descansillo que está abarrotado de cajas de cartón y muebles a medio montar, hasta llegar a su habitación.

El cuarto de Elza es tal y como me lo imaginaba. Es diminuto y está repleto de trastos por todas partes. Hay tazas viejas y platos sucios que forman una montañita grasienta junto a su cama. Hay pósters de los Smiths y de los Cure, de David Bowie y Nick Cave. Las paredes que se alzan junto a su cama —que está sin hacer— están cubiertas de fotos en blanco y negro de hojas muertas, espejos rotos y edificios abandonados. Otra pared está ocupada por una estantería, que se está viniendo abajo por el peso de multitud de libros de segunda mano y voluminosos tomos de arte. No veo ningún libro de poesía, aunque lo más probable es que los tenga escondidos.

Elza se tira en la cama y da unos golpecitos en el hueco libre que queda a su lado. Las sábanas huelen a tabaco. Abre la cremallera de mi mochila para sacar el *Libro de los ocho* y el fajo con los documentos de papá, y los desperdiga sobre el edredón de color morado. Frunce el ceño al ver la letra ininteligible de mi padre.

—Así que es una especie de código.

—Ya te lo dije.

—Y este no lo podemos abrir —dice, señalando hacia el libro—, porque los cierres no ceden. Pero has visto cómo lo abría un miembro de tu hueste, así que sabemos que se puede hacer.

Elza se queda contemplando el *Libro de los ocho* un rato más, después sale del cuarto y regresa con un martillo y un cincel.

—¿Estás segura? —le pregunto.

—A ver, abrirlo es lo más urgente. Si no te importa que lo estropee un poco, creo que esta es la mejor forma de proceder. Esos cierres tienen pinta de ser antiguos. Si no te importa —repite, mientras me lanza una mirada que delata que piensa abrir el libro a golpes tanto si me importa como si no.

Me encojo de hombros. Elza deja el libro en el suelo, se arrodilla a su lado y dispone el cincel de tal forma que la punta queda situada directamente sobre el gozne de uno de los cierres. Levanta el martillo con la mano derecha... y entonces se detiene. Por un momento creo que está intentando localizar el ángulo apropiado para el golpe, o que se está arrepintiendo de romper el libro, pero se mantiene en esa posición, arrodillada, con el martillo a la altura de la cabeza, durante un tiempo que me parece excesivo. Le empieza a temblar el brazo a

causa de la tensión.

—¿Elza?

Tiene el ceño fruncido. La mandíbula apretada. Cuando empiezo a preocuparme de veras, suspira con fuerza y vuelve a dejar el martillo en el suelo. Suelta el cincel y se recuesta, mirando el libro con ira y confusión.

—Es resistente el condenado libro —dice.

—¿Cómo?

—Es más resistente de lo que parece. Lo he golpeado como unas cinco veces y....

—Elza, ¿de qué estás hablando? Ni siquiera lo has intentado. Te has quedado ahí sentada, mirándolo.

—¿Eso he hecho?

—Yo estaba delante. En serio.

—Tengo una sensación rara en la cabeza.

—Creo que no deberías volver a intentar forzar el libro. Me parece que no le gusta que la gente haga eso.

Elza recoge el cincel, examina la punta en busca de alguna rozadura. Al no encontrar ninguna, frunce el ceño y lo vuelve a soltar. Se pasa las manos por la nube negra de tormenta que forma su cabello.

—En fin —dice—. Esto se pone cada vez más interesante.

Por irritante que me resulte la actitud de sabionda que tiene Elza, debo reconocer que se le da mucho mejor que a mí desentrañar la mecánica del código de papá. Tras concentrarse al máximo durante unos instantes en las páginas que tiene desperdigadas a su alrededor, se dirige a su escritorio, saca un espejito de mano y lo pone al lado de una de las páginas encriptadas.

—Muy bien —dice Elza, después de mirar el espejo un rato—, es lo que pensaba. Parte de esta página está escrita del revés. No es un método de encriptación muy complejo, que digamos. No sé ni por qué se habrá molestado en usarlo.

Me agacho y tuerzo la cabeza para ver el reflejo de la página. Lo que estaba del revés ahora resulta legible.

—¿A quién se le ocurre escribir parte de esto del revés? Ya estaba encriptado de por sí, ¿no?

—Y tanto —responde Elza—. Entonces, ¿qué son estos números? ¿Son fechas?

—Podría ser... No, me equivoco, no tienen sentido de esa forma. Fíjate en los espacios.

Elza vuelve a sentarse contra la pared. Se enrosca un mechón de pelo entre los dedos.

—¿Puede que se trate de un hechizo? ¿Numerología? Se supone

que ciertos números tienen poderes. ¿Y si los lees en alto?

—El Pastor no dijo nada cuando abrió el libro.

—Oye, venga, vamos a probar. Yo te iré diciendo los números.

Me deslizo hasta sentarme en el suelo y giro el *Libro de los ocho* hacia mí. Intento quitar los cierres, pero están atrancados. Coloco una mano sobre la cubierta.

—Siete —dice Elza—, uno, aunque este está del revés, cuatro, tres, pero el tres también está del revés... A ver, siete, cinco...

Repito los números, me siento como si fuera un robot escacharrado.

—Cuatro, nueve, un tres del revés, uno, uno...

—Me parece que esto no funciona —digo.

—¿Cómo lo sabes?

—Es que no creo que el libro se abra con una combinación que requiera más que unos pocos segundos. A ver, ¿cuántas hojas más como estas hay?

Elza se endereza y apoya el espejo de mano sobre el edredón. Empieza a pasar las hojas de anotaciones que me dejó papá.

—Varios cientos.

—¿Y voy a tener que repetirlos todos? No creo que funcione así.

—Tienes razón. Los números significan algo, pero no sabemos el qué. Algunos están del revés, pero no sabemos por qué. Tenemos un libro que no somos capaces de abrir, que resiste cualquier intento de abrirlo por la fuerza. ¿Qué más tenemos por aquí...? Mira, en esta hoja no hay sólo números. ¿Qué es esto?

Elza sostiene en alto una cuartilla amarillenta, garabateada con la caligrafía de papá. Está menos abarrotada de texto que las demás páginas.

I. El Pastor. Liderazgo — visión — habla en nombre de los muertos
II. El Siervo. Lealtad — honor — servidumbre sin pedir nada a cambio
III. El Hereje. Discrepancia — opositor — repudiado por Dios
IV. El Juez. Razón — mentalidad férrea — pragmatismo
V. El Oráculo. Intuición — amplitud de miras — profecías
VI. El Prisionero. Deseo — voracidad — un pérfido ladrón
VII. El Inocente. Paz — pureza — la espiga de la existencia
VIII. La Furia. Poder — rabia — amenaza para la vida
IX. El Nigromante. Dominio — el portador del sello — el que abre la puerta

—¿Entiendes algo de todo esto? —me pregunta Elza.

—Bueno, se refiere a la hueste, ¿no?

—Es obvio. Pero ¿se refiere a tu hueste o a todas las huestes? ¿Siempre hay un Pastor, un Hereje, etcétera? Hay tantas cosas que desconozco...

—El Siervo me contó algunas cosas, pero no muchas. Y a lo mejor

ni siquiera eran ciertas. Parece muy solícito, pero hay cosas que evita mencionar.

—Esta parte de aquí... «El Nigromante. Dominio. El portador del sello»... ¿Qué significa? Se refiere a ti, ¿no? Tú eres el noveno miembro de la hueste. Su maestro. Entonces, ¿a qué sello se refiere?

—No tengo la menor idea.

—Mmm. —Elza se levanta de la cama, se dirige hacia la estantería abarrotada y con los cautelosos movimientos de un jugador de *Jenga,* saca un diccionario del fondo de una pila de libros. Se queda de pie, apoya el diccionario en el borde del escritorio y comienza a pasar páginas, tan finas que son casi transparentes.

—A ver, de entre todas las acepciones que tiene la palabra sello, hay dos que pueden encajarnos. «Anillo que, en la parte ancha, lleva grabadas las iniciales de una persona, el escudo de su apellido, etcétera». Qué interesante. Y esta otra: «Símbolo al cual atribuían ciertas virtudes los cabalistas». Según esta anotación de tu padre, se supone que debes portar un sello. ¿Dónde lo tienes?

Meto la mano en mi mochila y saco el estuche metálico repleto de anillos. Quito la tapa y dejo caer los nueve sobre el suelo de la habitación: anillos de oro, anillos de plata, un anillo tallado a partir de una piedra verde y lisa, un anillo con una cabeza de león, otro con un cráneo plateado, un anillo incrustado con piedras rojas, otro tachonado de zafiros...

Elza enarca una ceja.

—Son de mi padre —digo—. Me los legó, junto con el libro. ¿Se ajustan al perfil?

—Eso parece —responde Elza—. Un sello... Tradicionalmente, los anillos con sello tenían un diseño tallado, para presionarlos sobre cera caliente. Sellos con forma de animales... ¿Podría ser este león?

Elza coge el anillo con la cabeza de león, lo hace girar entre sus manos. Se lo acerca a un ojo mientras guiña el otro, como si estuviera intentando mirar a través de él, atisbar lo que quiera que esté oculto en su interior. Después lo vuelve a dejar en el suelo.

—No es este —dice.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y punto. Puedo percibir estas cosas. De todas formas, resulta evidente.

—¿Y por qué estás tan segura de que sólo uno de estos anillos es el sello? —pregunto—. A lo mejor me los tengo que poner todos. Hay nueve, ¿no? Uno por cada miembro de la hueste.

—Ya, claro. Y uno para el nigromante. La nota habla de un sello. En singular. No creo que nadie quiera que la gente sepa qué anillo es su sello. Si sólo llevaras uno, resultaría evidente. Pero si llevas un montón, ya no está tan claro. El mejor lugar para esconder una hoja...

Deja la frase a medias. Cierra los ojos y desliza las manos sobre la pila de anillos. Se muerde el labio y coge uno de ellos, con los ojos todavía cerrados.

—Es el bosque —añade, abriendo los ojos. Tiene en la mano un sencillo anillo de plata con una piedra negra incrustada—. Es este —prosigue—. Estoy segura.

Elza me entrega el anillo de plata. Lo sostengo en la palma de la mano. Pesa como un anillo corriente y su tacto tampoco tiene nada de especial, pero me doy cuenta de que la piedra negra está tallada con forma octogonal. La piedra negra de ocho lados no refleja la luz de la habitación, más bien la absorbe, volviéndose totalmente negra y opaca. Me deslizo el anillo en el dedo anular de la mano derecha. Aunque recuerdo que papá tenía las manos mucho más gruesas que las mías, el anillo me encaja a la perfección.

—¿Qué? ¿Notas algo? —pregunta Elza.

—La verdad es que no. ¿Estás totalmente segura de que es este?

Me pongo en pie y ejecuto unos movimientos de kárate en plan de coña, fingiendo atacar a Elza con la mano en la que llevo el anillo.

—¡Abracadabra! —exclamo.

Elza no sonríe lo más mínimo. Un público difícil.

—Prueba otra vez con el libro —me ordena.

Me siento de nuevo, con el libro delante. Tiro de los cierres y, asombrado y horrorizado al mismo tiempo, veo que se abren como el mecanismo de una trampilla, produciendo un suave chasquido metálico. La portada se mantiene en su sitio. Elza se arrodilla en el suelo, a mi lado. Tiene los ojos muy abiertos, casi diría que centelleantes. Comienza a juguetear con un mechón de su pelo.

—¿Sabes cuánta gente ha visto el contenido de este libro? —me pregunta.

—¿Muy poca?

—Poquísima. Es uno de los mayores secretos del mundo.

—Pues vamos a descubrirlo.

Agarro la tapa por el reverso, me dispongo a girarla para leer la primera página, pero entonces el libro se abre de golpe por sí solo, mostrando unas páginas amarillentas y cortadas a mano, más finas que las de cualquier diccionario, más finas que la piel de un bebé. Las páginas pasan a toda velocidad, moviéndose por voluntad propia, tan deprisa que mis ojos no consiguen mantener su ritmo, es un torrente de páginas que parece no tener fin. Atisbo pasajes escritos, dibujos y diagramas, hasta que el *Libro de los ocho* se detiene, quedándose abierto más o menos por la mitad. Las dos páginas están en blanco.

Extiendo la mano en la que llevo el anillo, la mano del sello, y paso una página hacia la derecha. La siguiente también está en blanco. Paso otra, y otra, y no hago más que encontrar páginas en blanco, vacías,

impenetrables, mudas.

—¿Y ahora? —me pregunta Elza.

—¿Y yo qué sé?

Paso las páginas cada vez más deprisa, las paso de diez en diez, agarro el libro en un intento desesperado y paso las páginas de cien en cien, pero todas están vacías, vacías, vacías.

La situación no mejora a partir de ese momento. El *Libro de los ocho* está en blanco, lo abramos por donde lo abramos. Rogarle, darle órdenes o amenazarle sólo sirve para encontrar más páginas amarillentas en blanco. Es más, parece que las páginas no se acaban nunca. Por muchas que pasemos, siempre acabamos justo en la mitad del libro. Si se trata de una alucinación o de alguna especie de mecanismo de protección, no sabríamos decirlo.

Así que decidimos centrar nuestra atención en las notas encriptadas de mi padre. Elza prueba numerosas técnicas para descifrar códigos que ha encontrado en Internet, sin éxito. Al cabo de unas horas, estoy que me subo por las paredes. Tenemos que probar otra cosa.

—Es imposible —le digo a Elza, dejando el fajo de apuntes en el suelo.

—No te estarás dando por vencido, ¿verdad? —me pregunta, mirándome con el ceño fruncido a través de sus gafas de lectura.

—Tiene que haber otra manera. Así no vamos a ninguna parte. Llevamos ya tres horas intentándolo. No podemos quedarnos aquí sentados copiando números mientras mi madre...

—¿Y qué propones? —me pregunta—. Tenemos el sello, el libro, las notas de tu padre. Eso es todo. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Tiene que haber algo que... algo como... ¡Berkley! El abogado de mi padre. Podríamos hablar con él.

—¿Crees que sabe algo acerca del libro?

Pienso en los electrizantes ojos azules del señor Berkley, en su sonrisa de depredador. «Vitela. Tenemos un proveedor en Cumbria». Sabía algo, estoy seguro. Sabía lo que estaba firmando.

—Seguro que sabe algo —digo—. Vayamos a preguntárselo. Y no creo que debamos perder tiempo llamando para concertar una cita.

Está lloviendo cuando llegamos a Brackford. El paraguas rojo de Elza provoca que su rostro adopte un tinte rosado. Camina con paso renqueante con sus botas desgastadas, abriéndose camino entre la horda de gente que ha salido de compras. Ham está a punto de ahogarse con el collar de tanto pegar tirones, por el entusiasmo que le produce ver tantos nuevos amigos. No sé si ha sido buena idea traerlo a ver a Berkley, pero Elza no me permitió dejarlo solo en su casa. Pasamos ante el escaparate de una tienda con una muestra de calabazas de plástico, todas talladas con una sonrisa oscura y

malévola. Tengo la impresión de que se burlan de mí. Halloween es el viernes que viene. Nos queda una semana. Parece improbable que el abogado de mi padre pueda darnos algún consejo, pero estoy convencido de que sabe algo. Deslizo el pulgar sobre la roca incrustada en el anillo de papá.

—¿Vienes aquí a menudo? —le pregunto a Elza.

—Mi novio vivía en Brackford, así que solía venir casi todos los findes.

—¿Tienes novio?

—Tenía. En pasado. ¿Tanto te sorprende? —me replica, ondeando la mano que tiene libre.

—¡Vale, vale! ¿Y qué pasó?

—Bueno, se fue a la universidad en septiembre. A Londres. Al cabo de dos semanas me dijo que había conocido a otra. Así que, que le den, y que le den también a Stephanie, de Leeds. Y no, no la acosé por Internet.

—Lo siento, Elza.

—Da igual. En una escala de amargura, estaría en el punto de tener la boca llena de limones, pero es mejor eso que estar en el de restregarse sal en los ojos.

—Dicen que la distancia afecta a las parejas.

—Hubo indicios, dejémoslo así. ¿Y bien, qué tal van las cosas entre la princesa y tú?

—¿Quién?

—Holiday.

—¿Te ha hecho algo alguna vez?

—Resulta que antes éramos amigas, lo creas o no. Cuando estábamos en primaria. Después pasamos a secundaria y de repente hizo como si no me conociera, y se dedicó con Alice a decirle a todo el mundo que yo era lesbiana porque me gustaba David Bowie. O aquella vez que cogieron el grabado en madera de Edgar Allan Poe que había hecho en clase de plástica y...

—Vale, está bien...

—Y luego está la manera que tiene de sacudirse la melena como si un equipo de grabación estuviera a punto de entrar corriendo en el instituto para grabar con ella un anuncio de champú, y esa forma de sonreír de oreja a oreja como si le interesara muchíííísimo lo que le estás diciendo. Es como si le hubieran practicado una lobotomía...

—No es mala gente —digo, aunque en realidad no conozco tanto a Holiday, y parece que Elza está mucho mejor posicionada para juzgarla que yo. Elza pone una mueca—. Sea como sea —prosigo—, ya hemos llegado. Este es el sitio.

Elza pasa a través de las dobles puertas, que emiten un sonido sibilante al abrirse, y accedemos al vestíbulo, compuesto por entero de

mármol brillante y cristal esmerilado. No ha cambiado nada desde el lunes. Un par de árboles de plástico montan guardia junto a los ascensores. Un grupo de hombres con pinta de contables entrados en años pasa a nuestro lado; tienen el pelo canoso, bien recortado, visten trajes elegantes y miran mal a Ham a través de sus gafas sin montura.

—Me parece que no se permite traer perros —dice Elza.

—Tú haz como si nada.

Llega un ascensor. Ham contempla desconcertado su propio reflejo en el espejo de la pared, después se dedica a mordisquearle la mano a Elza.

—¿Qué piso era? —pregunta Elza.

—¿No lo pone en el directorio?

—Aquí no aparece ningún Berkley & Cía.

—¿Cómo?

—Mira los letreros: no lo pone por ningún sitio. Están Hodge & Ridgescombe, Moebius e Hijos, Vostok S. A., Goodparley & Orfing, pero nada de Berkley & Cía. por ninguna parte.

—Estoy seguro de que este es el sitio... Piso siete. ¿Qué pone en el siete? Allí es donde estaban.

—No hay nada apuntado para ese piso —dice Elza—. Hay un espacio en blanco.

El ascensor sube a toda velocidad. Ham gruñe, pero le pongo una mano en la cabeza y se tranquiliza. Al cabo de unos instantes se abren las puertas.

El vestíbulo de Berkley & Cía. ha desaparecido. La mesa de la secretaria, los sillones de piel, el fajo de revistas arrugadas... No queda nada de todo eso. La habitación no es más que un amasijo de ladrillo y hormigón. Los paneles de madera de las paredes están a medio retirar. Hay unas láminas enormes de plástico transparente para recoger el polvo, y herramientas eléctricas tiradas en el suelo.

—Parece que se han ido —dice Elza.

—No es posible...

Me adentro en el vestíbulo y atravieso un umbral, al que le falta la puerta, en dirección al despacho de Berkley. Esta sala también está vacía, apenas queda una pila de baldosas tapadas con un plástico en un rincón. Alguien ha arrancado los revestimientos de las paredes, dejando al descubierto el cableado y la espuma aislante que hay debajo. Desesperado, deslizo la mirada sobre las paredes desnudas de ladrillo, después regreso al vestíbulo. Elza está hablando con un tipo que lleva un chaleco reflectante y botas de trabajo.

—Pero ¿cómo se os ocurre? —está diciendo el tipo—. Sin equipo de protección ni nada. Y encima os habéis traído al perro. No sé en qué estabais pensando, muchacha.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —pregunta Elza.

—Reformas —dice el tipo, frotándose la cara—. Esta planta lleva meses cerrada.

—¡Pero si estuve aquí esta semana! ¿Qué ha pasado con los antiguos inquilinos? —le pregunto—. Son mis abogados.

—Y yo qué leches sé. Soy contratista, chaval. Ve a preguntar al piso de abajo si es tan importante para ti. Y ahora, largaos.

—Está bien —dice Elza. Nos batimos en retirada hacia el ascensor.

—Menuda pifia.

—Y tanto. *Merde.*

—No me lo puedo creer —digo—. Ha desaparecido todo en menos de una semana.

—¿Estás seguro de que era un abogado de verdad?

—Tenía un despacho enorme y un traje caro. No le pregunté más al respecto. Pero según ese tipo, esta planta lleva meses vacía...

—Así pues, es evidente que Berkley & Cía. está relacionado de alguna manera con la hueste. ¿Los viste tratar con algún otro cliente? —pregunta Elza.

—No, ninguno.

—Una prueba más de que sabían lo que estaba pasando. ¿Crees que el Pastor los metió en todo esto?

—Parece propio de él. Lo raro es que tuvieras que firmar para quedarte con ellos —recalca Elza—. ¿Quién iba a pensar que la magia negra implicara tanto papeleo?

—A lo mejor es algo parecido a lo de los vampiros, que tienes que invitarlos a entrar. Pero no entiendo por qué el Pastor querría que firmara para quedarme con ellos, cuando lo que quieren es liberarse.

—Puede que necesiten tener un amo antes de poder romper los vínculos —dice Elza—. De lo contrario acabarían vinculados para siempre, sin tener siquiera a nadie a quien poder matar. Esa sería motivación suficiente para montarte una encerrona como esta.

Salimos a la calle.

—Tiene sentido. Así que el señor Berkley trabajaba para el Pastor.

—Eso creo.

Nos ponemos a pasear mientras hablamos. Elza está tan irritada que camina a toda prisa, abriéndose paso a codazos entre oficinistas y gente que va de tiendas. Son casi las cinco y el sol agonizante tiñe de morado las nubes de tormenta. La calle es gris, todo en Brackford es gris: la gente, sus abrigos, las fachadas de los edificios, el aguacero. Llegamos hasta el centro de la ciudad, una plaza pavimentada con un monumento elevado de algún héroe de guerra que se alza sobre la muchedumbre. Entre aquella maraña de colores grises y negros, atisbo algo luminoso y fantasmal.

—Elza.

—¿Qué?

—Están aquí.

—¿Estás seguro?

—¡Sí! Justo delante de nosotros. Es él.

Más que ponerse de pie, el Pastor parece desplegarse como un ala negra y abominable. Me fijo en los pequeños cierres dorados de sus botas mientras se ajusta las perneras de los pantalones. Se mesa la barba con una mano, blanca como un hongo, y esboza una mueca.

—El amo Manchett, acompañado de su sabueso, y supongo que esta es la señorita Moss.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunto.

—No quiero nada. Tengo todo lo que necesito.

—Así que tú eres el Pastor —dice Elza.

El Pastor sonríe. Sus dientes son tan grises e uniformes como los edificios que se agolpan alrededor de la plaza. Hoy parece más grande, más henchido, más brillante incluso que los vivos que hay a nuestro alrededor. Las lentes de sus gafas, que antes eran oscuras, emiten un destello que parece provenir de su interior. Ham gruñe como una sierra de banda y se enrosca en torno a las piernas de Elza, con las orejas gachas.

—Ya te dije, Luke, que esta brujita no puede salvarte.

—¿Qué sabes de mí? —le pregunta Elza.

—Vaya —dice el Pastor—, resulta que la brujita sabe hablar. Bien, pues escucha esto: he vivido durante diez siglos, y he estado muerto otros diez más. Tu limitada magia apenas contiene unas migajas de poder. Es apenas un atisbo del poder verdadero. Quédate con Luke y tú también caerás.

—Si eres tan fuerte —replica Elza—, ¿por qué sigo aquí? Si de verdad hubieras vencido, los dos estaríamos muertos ya, pero aquí estamos. Sigo viva, y Luke también, porque no puedes matarnos a ninguno. Y dado que se te da tan bien la magia, estoy segura de que sabes lo que es esto.

Sostiene en alto su extrañita para que el Pastor la vea.

—Una baratija —dice el Pastor—, nada más. En Halloween, cuando el poder de los muertos alcance su apogeo, me parece que vendremos primero a por ti, brujita. Entonces comprobaremos de qué te sirve ese talismán.

Están encarados, muy cerca el uno del otro. Elza mueve la mano con la que sostiene la extrañita hasta casi rozar el rostro ceroso del Pastor. Observa fijamente las lentes centelleantes de sus gafas. Ham se encoge. La gente que camina por la plaza se mueve para esquivarnos, aunque no parecen ser conscientes de lo que está pasando. El Pastor niega con la cabeza.

—Una interpretación muy osada —dice—, pero percibo tu miedo. En fin, he venido a decirte algo, Luke. Mi compañero, el Prisionero,

aunque no es lo que se dice muy dicharachero, tiene sus propios métodos para comunicarse cuando lo necesita. Mencionó algo acerca de una fiesta esta noche... Acerca de una chica. ¿Holiday, puede ser?

Aprieto los puños dentro de los bolsillos.

—Como te atrevas a... —comienzo a decir.

—No faltaremos a la cita —me dice el Pastor—. ¿Qué celebración de Halloween sería si no tuviera sus propios fantasmas? Nos apareceremos en la casa de la hija de los Simmon. Entonces comprobaremos lo valientes que...

Elza presiona la extrañita contra el rostro del Pastor. El Pastor se desvanece sin generar ningún ruido, disipándose como una nube de humo cuando el viento se levanta de repente, y desaparece. Elza deja escapar un sonoro suspiro.

—Ya estaba harta de escucharlo —dice.

—¿Qué ha pasado? —pregunto—. ¿Se ha ido de verdad?

—Por ahora. Ya te dije que la extrañita me protege de los espíritus malignos. El Pastor, los seres como él, no pueden tocarme mientras la lleve puesta. Y si los rozas con la extrañita, se produce una reacción que los obliga a marcharse a otra parte.

—¿Adónde?

—No lo sé. —Elza se encoge de hombros—. A cualquier sitio menos aquí. Con eso ya me basta. Así que, como ves, estoy a salvo de él. Venga, volvamos a casa.

De vuelta en casa de Elza, tenemos nuestra primera discusión seria. Estamos sentados en la cocina, una sartén con agua resopla sobre los fogones mientras nosotros nos bufamos el uno al otro. Todo esto es culpa mía. Fui yo el que firmó el contrato para heredar la hueste, aun siendo consciente de que era una mala idea, aunque no supiera por qué. Holiday no sabe lo que me está pasando, ni se imagina el lío tan gordo en el que la he metido. Sigo rememorando la escena en mi mente: Holiday hablando conmigo, sonriendo sin parar, mientras el Prisionero sin lengua asoma por encima de su hombro, escuchando cada palabra que decimos.

—Ni siquiera sabemos si irán —está diciendo Elza, lo ha repetido mil veces ya.

—Pues yo creo que lo dejó bastante claro.

—Es obvio que es una trampa. Quieren mantenerte alejado de tu casa y de la mía.

—Matarán a todos los que vayan a la fiesta si no hacemos algo para evitarlo.

—El Pastor no dijo eso —alega Elza, aunque no parece muy convencida.

—¿Y quién se lo va a impedir? ¿Deberíamos llamar a la policía?

Son espíritus malignos. Son peligrosos, tú misma lo dijiste. Tenemos que hacer algo.

—¡Lo sé! —replica Elza—. Lo sé, pero ¿el qué? ¿Qué podemos hacer? El libro está en blanco, y ese tal Berkley, el abogado, ha desaparecido sin dejar rastro. Tenemos un sello que no sabes cómo utilizar, y una extrañita que apenas tiene energía suficiente para protegerme a mí. No tenemos nada más. ¿Cómo quieres que mantengamos a salvo a un puñado de chavales borrachos del instituto de Dunbarrow?

—Engañando a la hueste —respondo—. Nos presentamos con el libro y el sello, y nos marcamos un farol.

—¿Recuerdas que el Pastor es un viejo nigromante muerto? Te verá venir a kilómetros, Luke, igual que ha hecho hasta ahora. La magia negra no funciona en plan apunta y dispara. Requiere años, décadas de aprendizaje...

—Entonces, ¿cuál es tu plan?

—Quedarnos aquí e intentar descifrar el código. Estoy segura de que hay algo en las notas de tu padre, en los números... Necesito dedicarles más tiempo.

—¿Intentar descifrar el código? ¿Eso es lo único que se te ocurre, rebuscar entre los trastos de mi padre? Hasta ahora no nos ha servido de nada. ¿Se supone que debo quedarme sentado contemplando un libro mientras matan a todos mis amigos?

—El conocimiento es poder en esta situación...

—¿Sabes qué? En el fondo te da igual, ¿no es así? ¡Holiday no te cae bien! Tú misma me lo has dicho hoy. Te da igual que los maten.

Elza me lanza una mirada que podría haber derretido un cristal.

—Por supuesto que no me da igual. La única razón por la que te estoy ayudando es para impedir que la gente muera.

—Pues entonces, ayúdame. Voy a ir a casa de Holiday. Tanto si vienes como si no.

Escucho el tictac del reloj que hay en la pared de la cocina. Veo cómo avanza la manecilla de los minutos, lenta, imparable, el tiempo discurre inexorable como las mareas.

Elza se enrosca y desenrosca un mechón de pelo entre los dedos.

—Iré —dice al fin.

—¿Lo harás?

—A ver, está claro que es una trampa. Sólo un idiota caería en ella. No lo apoyo en absoluto. Me parece que es una imprudencia y que acabará mal... Pero está visto que no voy a poder convencerte de ello, así que tendremos que hacerlo lo mejor que podamos.

—Está bien. Gracias.

Me pongo en pie e inspiro hondo. No logro imaginarme lo que ocurrirá en casa de Holiday. Presentarme en compañía de Elza Moss

hará que la gente me mire raro, pero necesito su ayuda.

Comemos, sin apenas decir nada, después dejamos a Ham encerrado en la cocina y salimos de casa de Elza. Llevo el sello en la mano derecha, y Elza tiene el *Libro de los ocho* en su mochila. Ya ha anochecido, Towen Crescent está iluminado por las farolas. Huele al humo de las chimeneas. Las sombras trémulas de las ramas de los árboles se extienden como arañas por la carretera. Un sapo se sienta en la alcantarilla que hay junto a la verja de Elza, tiene el cuerpo viscoso, teñido de naranja por el resplandor de las farolas. Nos ve y sale huyendo por la carretera, con movimientos rápidos y nerviosos. Me meto las manos en los bolsillos y empiezo a caminar, agachando la cabeza para protegerme del viento.

5.5

EL LÁTIGO

Holiday vive en lo alto de Wight Hill, la zona más elegante de Dunbarrow, donde los jardines delanteros de las casas son tan verdes y suaves como una mesa de billar. Su casa está construida a imitación del estilo Tudor, con paredes blancas revestidas con travesaños de madera oscuros y ventanas a pie de calle con texturas hechas a base de diamantes de plomo entrelazados. Tiene un garaje de dos plazas y un jardín delantero enorme, repleto de setos bien cuidados. Elza camina a mi lado, con la cabeza agachada, envuelta en un abrigo de chico que le queda grande. Pienso en lo mucho que va a llamar la atención, en lo incómoda que va a ser esta situación. La carretera se ensancha hasta formar una rotonda ante la puerta principal de Holiday, que está pintada de un color rosado como el amanecer. Aprieto el timbre durante un buen rato hasta que consigo que me hagan caso. Veo que alguien se mueve al otro lado del panel de vidrio glaseado de la puerta, y durante un horrible instante pienso que va a aparecer el rostro ceroso y sonriente del Pastor.

Holiday abre la puerta. Parece desconcertada.

—Hola —dice Elza.

—Hemos venido por lo de la fiesta y tal...

—Ah, sí, por supuesto —dice Holiday—. ¿Te has traído también a Elza?

—Pues... Nos hemos cruzado por el camino.

—Ah, vale. ¿Dónde te has metido toda la semana? Te has acordado de que era una fiesta de disfraces, ¿verdad?

Holiday está impresionante, como siempre, con un vestido negro ajustado y unas orejas de fieltro colocadas sobre su melena lisa. Se ha pintado bigotes en los mofletes. Intento concentrarme en la misión, en la horda de espíritus malignos que podría llegar de un momento a otro.

—Bueno —dice Elza—, está claro que no nos hemos acordado.

Debo decir en favor de Holiday que la sonrisa que nos dirige no parece demasiado forzada.

—¿Entramos? —dice, entonces me agarra de la mano y me arrastra hacia el interior de su casa.

La sigo hasta la cocina, que está inmaculada, con un suelo de baldosas grises de piedra, con una textura rugosa. Hay una mesa alargada cubierta de cuencos de caramelos, palomitas, enormes botellas de plástico de sidra barata y refrescos. Veo unos banderines

con forma de murciélago colgando de la barra de las cortinas, en la que hay tallada una calabaza sonriente.

—Mamá —dice Holiday—, ¿qué estáis haciendo aquí?

—Tu padre se olvidó las cerezas. ¿Es eso un crimen?

La madre de Holiday nos sonríe a Elza y a mí, así que comprendemos que la broma también iba dirigida a nosotros. Fuerzo una sonrisita. Elza se queda detrás de mí, lo más alejada posible de nuestras anfitrionas.

—Este es Luke —dice Holiday—. ¿Y te acuerdas de Elza Moss?

—Hola —digo.

—Gracias por dejarnos venir a su casa, señora Simmon —dice Elza.

La madre de Holiday está morena, delgada, viste con un jersey color crema y unos vaqueros desteñidos. Lleva el pelo corto, y yo diría que se lo tiñe, pero aparte de eso apenas parece tener diez años más que nosotros. Buenos genes. Nos dirige a ambos una sonrisa radiante.

—¡Anda, si es Elza! ¡Hacía mucho que no te veíamos! Y me alegro de conocerte al fin, Luke. Holiday me ha contado que se te da bien el rugby.

—Sí, juego en el equipo del instituto, señora Simmon.

En realidad me he saltado todos los entrenamientos esta semana, uno más de los sacrificios que he tenido que hacer desde que la hueste llegó al pueblo. Mark me dará un poco la tabarra al respecto esta noche. Es curioso lo lejano que me resulta todo eso. Antes no creía en los fantasmas, pero estoy empezando a sentir que ahora lo que me cuesta es creer en mi vida real.

—Bueno, es a tu padre al que le interesan esas cosas, ¿verdad? —le dice la madre de Holiday a su hija.

—No le hagas hablar con papá...

—Hay que ver —me dice su madre—. Qué desagradecidos llegan a ser los hijos, ¿eh? Tranquila, tu padre y yo nos iremos a la casa de verano y nos quedaremos allí mientras dure la fiesta. No querría hacerte quedar como una, abre comillas, pringada, cierra comillas, delante de tus amigos, ja, ja, ja.

Más que reírse, pronuncia en voz alta los sonidos propios de una carcajada.

—¡Mamá!

—Está bien, está bien. Vamos, Bach.

La madre de Holiday coge en brazos a un gato blanco —que debía de llevar todo este rato dándole con la zarpa en la pierna sin que yo lo viera— y se marcha, olvidándose las cerezas. Holiday esboza una mueca.

—Me pone nefrítica.

Pienso en mamá, tumbada en la oscuridad, con el rostro empapado de sudor. Recuerdo todos los días que me iba al colegio y cuando

regresaba por la tarde me la encontraba sentada en el mismo sitio. Pienso en cómo está ahora, inmovilizada, con el cuerpo convertido en un glaciar.

—Parece maja.

—No puedo creer que... ¡Pero si yo no hablo de ti! Te mencioné una vez, una sola, ¡y según ella parece que soy la presidenta de tu club de fans!

—Cuando no podría estar más equivocada, ¿no?

—Calla. Anda, vente, estamos viendo un programa chorra en la tele. ¿Te traigo una cerve?

—Estaría genial.

No tengo intención de beber una gota, pero Holiday no tiene por qué saberlo. Elza pasa a nuestro lado y se pone a mirar por las ventanas que hay en el otro extremo de la cocina, asomada a lo que supongo que será el jardín trasero. Me pongo nervioso al pensar que quizá ha visto algo ahí fuera, pero entonces se da la vuelta y se encoge ligeramente de hombros. No percibo esa sensación gélida que acompaña a la hueste, así que supongo que estamos a salvo por el momento.

Holiday me deja una cerveza en la mano.

—¿Quieres que te traiga algo? —le pregunta a Elza.

—Hoy no voy a beber —responde Elza.

—Ah —dice Holiday—. ¿Te estás quitando?

—No. Es sólo que, ya sabes, ¿y si ocurriera algo horrible esta noche y yo estuviera borracha? No podría hacer nada para solucionarlo. —Al decir esto me lanza una mirada iracunda.

Holiday, que o bien es una actriz asombrosa o la persona más encantadora del mundo, parece tomarse en serio el comentario de Elza.

—Entiendo —dice—. A mí también me gusta estar alerta, ¿sabes?

«En realidad no voy a beber», le explico a Elza, gesticulando con los labios por detrás de Holiday. «Sé más normal».

—Yo creo que la única forma sensata de vivir —le dice Elza a Holiday— es estando alerta.

Al verme allí plantado en la cocina de la chica que me gusta, esperando la llegada de la hueste de espíritus malignos de mi padre, mientras escucho cómo Elza y Holiday coprotagonizan la conversación más incómoda del año, decido que voy a echar un trago a pesar de todo.

El salón es el doble de grande que la cocina, está rematado en tonos blancos y crema, y tiene una enorme pantalla de plasma instalada en un extremo. Hay una chimenea de verdad, el fuego ruge al otro lado de un salvachispas ennegrecido. De momento esto no tiene la menor

pinta de fiesta. Sólo veo a algunas de las chicas más cotizadas de nuestra clase, disfrazadas de gatas, enfermeras y princesas de Disney. Todas se quedan mirándonos cuando entramos. Me siento como si me estuviera exhibiendo, como si fuera un poni de exposición que Holiday estuviera dirigiendo hacia la pista. La reacción de Elza se parece más a la de alguien que estuviera enterrado hasta el cuello en un hormiguero. Ninguna de las amigas de Holiday dice nada, pero puedo verles la cara, y lo que expresan los gestos que intercambian cuando cruzan la mirada entre ellas: desprecio, asombro, diversión. Es como ver a un puñado de ordenadores maliciosos comunicándose por Wi-Fi. Hago como que no me doy cuenta y me siento con Holiday en el sofá más grande, que está frente al televisor. Elza se queda de pie junto a la pared del fondo, con la mirada fija sobre sus botas.

—Mira, estamos viendo este programa tan chorra —dice Holiday—. *Ronda nocturna.* Como queda poco para Halloween, están echando un maratón del programa. ¿Lo has visto alguna vez?

Holiday me acaba de dar donde más duele.

—Nunca —respondo.

—Pues es la risa —dice Holiday—. El tipo que lo presenta está colgadísimo. Se hace llamar doctor Manchett...

—No tiene nada que ver conmigo —digo, con una sonrisa forzada.

—Me pareció oír que se ha muerto hace poco o algo así —dice una de sus amigas.

—Sí, creo que lo dijeron el otro día en las noticias —añade otra.

—¿En serio? —pregunto.

La pantalla está oscura. Se ven las estrellas, y la silueta de unos árboles entre la negrura. Se oyen los crujidos de unas pisadas.

—¿Estás bien? —me susurra Holiday.

—Estoy bien —respondo.

—Estás muy tenso. ¿Te da miedo o qué? —sonríe.

—Esto no da miedo ni de coña.

Pero el rostro que aparece en la pantalla me contradice por completo. El pelo le cae por detrás de una coronilla reluciente, también le brota sobre los pómulos y la barbilla, que parece un jardín descuidado. Me alegro un montón de haber heredado más parte del material genético de mi madre que del de mi padre. Lleva una camisa de color verde lima y le ilumina desde cerca la potente luz blanca de una linterna, que le da un aspecto cadavérico.

—En todos mis años como investigador paranormal —dice mi padre—, no recuerdo otro caso como este. Lo que están a punto de ver es perturbador, y quizá les haga cuestionarse todo lo que creen sabe sobre la vida... y la muerte.

Comienza la secuencia de créditos. Es bastante cutre, lo cual me lleva a preguntarme cómo de abultado sería el presupuesto que le

daban a mi padre. Durante la secuencia de apertura aparecen imágenes, probablemente de archivo, de bosques y castillos, mezcladas con algunas tomas de sótanos y mazmorras grabadas con visión nocturna. De fondo suena una musiquilla inquietante, que sube de intensidad cuando la cámara enfoca hacia una luna llena o algún umbral vacío y siniestro. Por último, la imagen se queda congelada en una toma grabada con visión nocturna en la que aparece un esqueleto tirado en el suelo, y las palabras *Ronda nocturna* aparecen en letras góticas de color verde, acompañadas por el efecto sonoro de un alarido.

La escena cambia. Es de día, el cielo está encapotado. La cámara va a bordo de un vehículo que avanza a través de un bosque. La vegetación tiene un aspecto deslucido y otoñal. La cámara hace un barrido al doblar una curva del camino y vemos un edificio de piedra achaparrado, situado en mitad de un prado agreste. Los árboles se inclinan sobre la casa formando un dosel silencioso.

—Esta es la rectoría Coldstane —dice el narrador—, construida a finales del siglo XVIII. El edificio tiene muy mala fama desde hace más de trescientos años. Su actual inquilino, Michael Aulder, pensó que la casa sería el lugar perfecto para retirarse al campo con su familia. Michael afirma no haber creído nunca en los fantasmas, pero tras la compra de la rectoría, la familia Aulder ha cambiado de opinión. Les recordamos que todo lo que verán en este programa es real. No se ha falseado nada ni se han empleado efectos especiales. Las personas que aparecen no son actores.

El señor Aulder tiene un rostro severo, con la cabeza cubierta de pelo canoso, y su camisa Oxford blanca apenas puede contener su cuerpo robusto. Se encuentra bajo la luz del sol, un radiante cielo azul se extiende sobre su cabeza. Se nota que esto se ha grabado en verano, al contrario que las tomas anteriores.

—En fin, claro que la gente nos comentó cosas —explica el señor Aulder—, nos dijeron que estaba encantada, me dieron mucho la tabarra con eso. Pero no les hice caso, ¿sabe? Nunca he creído en nada de eso, en fantasmas y cosas de esas. —Se ríe, dejando al descubierto unos dientes grisáceos—. Ahora lo veo de otra forma.

—La familia Aulder residió en la propiedad durante poco más de un mes antes de que comenzaran los sucesos paranormales —prosigue el narrador—, que se producían mayoritariamente en torno a las tres de la madrugada. La hora más común para las apariciones.

Aparece entonces la señora Aulder, rubia y con la cara redondeada, con un vestido amarillo. Está en la cocina, delante de una tetera de latón y un fogón de hierro de color verde. Está nerviosa, no mira directamente hacia la cámara.

—Al principio pensé que eran los niños, que estaban haciendo

alguna trastada —dice—. Eso ya me pareció suficiente incordio. Se escuchaban ruidos, ¿sabe?, en el tejado y fuera, en el jardín. Nuestra hija, que sólo tiene seis años, estaba asustada. Decía que quería volver a nuestra antigua casa. Mi marido pensó que se trataba de una plaga de ratas.

De nuevo aparece el señor Aulder.

—A menudo me quedaba dormido durante los primeros sucesos, la verdad. Trabajo mucho y tengo el sueño profundo. Pensé que se lo estaba inventando.

La imagen cambia a la señora Aulder:

—No fue hasta que las cosas empezaron a moverse en derredor cuando Michael comenzó a tomárselo en serio.

—¿Qué clase de cosas? —pregunta una voz fuera de cámara.

—Todo. —La señora Aulder traga saliva con fuerza.

Un nuevo corte nos devuelve a una panorámica de la rectoría desde fuera. Vuelve a ser otoño. Dos furgonetas blancas entran por el camino de grava y avanzan rechinando hacia la casa.

—La familia Aulder no ha disfrutado de una noche de paz desde el verano —dice el narrador—. Informan de ruidos antinaturales por la noche, actividad *poltergeist,* filtraciones de ectoplasma a través de las paredes, sensaciones de frío extremo, comida que se pudre apenas unas horas después de comprarla, exceso de correo basura, siluetas oscuras acechando en el jardín por la noche, esferas de energía espiritual interrumpiendo la cena de Navidad, y en una ocasión excepcional, brotó sangre del televisor.

—Creo que ese fue el fenómeno más perturbador —dice el señor Aulder desde su jardín soleado—. Estaba viendo las noticias y la imagen empezó a difuminarse. Me acerqué para ajustar la señal y descubrí que había un líquido espeso deslizándose por la pantalla de plasma. Cuando puse la mano encima, descubrí que era sangre.

—¿Y fue entonces cuando decidió llamar al equipo de *Ronda nocturna* para pedir ayuda?

—Sí. Así es. No puedo seguir viviendo así.

La imagen cambia a la puerta de una furgoneta, que se está abriendo. Un par de zapatos de color naranja chillón se posan sobre el suelo de grava.

—El doctor Horatio Manchett es el experto en cuestiones paranormales más respetado de Gran Bretaña —proclama la voz en *off* —; ha realizado más de un centenar de exorcismos con éxito.

—El doctor Manchett posee la colección de zapatos más afeminados de Gran Bretaña —digo—, y en un futuro próximo planea adquirir zapatos todavía más feos.

—Calla —me susurra Holiday, soltando una risita.

Papá aparece en pantalla, vestido con un traje de color rojo oscuro.

Su amuleto —una cruz *ankh*— pende de la cadena que sujeta con una mano repleta de anillos. El talismán se balancea mientras habla con el matrimonio Aulder.

—¿Y han pasado miedo con estos fenómenos?

—Muchísimo —responde la señora Aulder.

—Bien, al parecer —dice papá, dirigiéndose hacia la cámara—, esta familia está experimentando un suceso paranormal de cierta magnitud. Lo que vamos a hacer es echar un vistazo por la casa, una inspección preliminar, por decirlo así, para comprobar qué ocurre. Nos centraremos con especial atención en la cocina y el salón, al tratarse de las estancias donde la familia ha presenciado los fenómenos de mayor intensidad.

Papá hace un gesto al cámara, que lo sigue a través de la puerta de entrada, cuadrada y bajita, hasta llegar a la cocina.

—Estamos ante una muestra excelente de la arquitectura de la época —recalca—, y la familia lo ha conservado en excelentes condiciones. La pregunta es: ¿percibiremos alguna presencia en este lugar?

Los Aulder se quedan quietos mirando, nerviosos, mientras papá recorre la cocina con su estridente traje, abriendo alacenas y balanceando su amuleto de un lado a otro. Cuando se pone a rebuscar por debajo del fregadero, preguntándoles si han percibido algún aura en la casa, veo una figura enclavada en un rincón de la habitación. Es una mujer, pálida, ataviada con un vestido pasado de moda. Está mirando a mi padre con una expresión de desconcierto total. Los Aulder, así como Holiday y las chicas que están conmigo en la habitación, no dan muestras de haberla visto. No entiendo nada. Se leen toda clase de cosas sobre fantasmas que aparecen en fotografías, pero nunca me había parado a pensar en ello. ¿Será que emiten alguna especie de energía fuera del espectro visible normal? ¿Y por qué la registran las cámaras? Recuerdo lo que me dijo el Siervo cuando le pregunté acerca de la vida después de la muerte: «Mentes más brillantes que la tuya o la mía se han devanado los sesos sin éxito durante generaciones para intentar resolver estas cuestiones». Hay ciertas cosas que no entenderé nunca.

—Creo que deberíamos intentar comunicarnos directamente con los espíritus —le dice papá al cámara—, y comprobar si puedo hacer una estimación de cuántos hay y qué quieren de esta gente.

—¿Y cómo lo haremos? —pregunta la señora Aulder.

—Suelen ser receptivos ante una voz autoritaria —dice papá—. ¿Hay algún espíritu en esta casa?

Nada.

—He preguntado si hay algún espíritu en esta casa —grita—. Si hay alguna presencia en el interior de esta casa, ¡exijo que te manifiestes!

Papá alza las manos y hace un gesto extraño. Me fijo en el sello que lleva en el dedo de la mano derecha, y me apresuro a meterme la mano en el bolsillo. No quiero que nadie se dé cuenta de que compartimos apellido y llevamos el mismo anillo. Sin duda, aquello generaría ciertas suspicacias.

—¡Manifiéstate! —aúlla papá.

El Juez y el Prisionero entran a través de una pared de la cocina. El Prisionero agarra a la mujer fantasma por el pelo y la saca a rastras de la habitación, atravesando la pared contraria. Antes de que me dé tiempo a asimilar lo que está ocurriendo, han desaparecido. El Juez le pega una patada al fogón de hierro con todas sus fuerzas. Holiday da un respingo y se aferra a mi pierna como un cepo.

—¿Has oído eso? —pregunta.

—Sólo ha sido un golpe. Es el equipo del programa el que mete esos sonidos.

—Era un fantasma. ¡No seas aguafiestas!

Las demás chicas se echan a reír.

—Dime qué es lo que quieres —exclama papá desde la cocina de la rectoría— y te dejaré en paz.

El Juez se acerca a la encimera de la cocina dando zancadas y, con cierto deleite, levanta una cacerola sucia por los aires. El cámara se da cuenta y deja escapar un grito ahogado, alternando el encuadre entre mi padre y la cacerola que flota por los aires.

—Eh... doctor M... —dice el cámara. Es evidente que no está siguiendo ningún guion—. Junto al fregadero...

—Podemos hacerlo por las buenas o por las malas —dice papá, dándose la vuelta hacia el Juez—. O hablas conmigo o te expulsaré de este lugar.

El Juez pone los ojos en blanco y lanza la cacerola contra la pared.

Holiday y sus amigas pegan un grito.

—Esto no me gusta —dice el cámara—. ¿Tenemos un seguro para estos casos?

—Todo va bien —dice papá—. Que no cunda el pánico.

El Juez coge un cuchillo y se pone a ondearlo lentamente. La señora Aulder empieza a hiperventilar.

—Me parece que deberíamos salir todos al exterior —dice papá, que se interpone entre el cuchillo flotante y el matrimonio Aulder—. Salgamos afuera para reagruparnos. Creo que ya conocemos el alcance de la aparición: desde luego, aquí hay una presencia hostil.

El equipo de grabación no necesita que se lo digan dos veces; todos salen de allí por patas, atraviesan corriendo la puerta y salen al exterior. El viento sopla. Resulta evidente que esta parte no está ensayada, y varios miembros del equipo, incluido el técnico de sonido, aparecen en pantalla durante su huida. Los Aulder se reúnen corriendo

con ellos en el jardín. Papá sale el último, vuelve a guardarse la cruz *ankh* en un bolsillo del traje mientras camina a su encuentro. El Juez aparece discretamente por detrás de él, encendiéndose otro cigarro. Supongo que a papá se le olvidó mencionarle al equipo de grabación que los fantasmas son de verdad. Quizá no haya actores vivos en el programa, pero sí hay un montón de actores muertos.

De fondo puedo ver al Prisionero que se dirige hacia el bosque situado al otro lado de la casa, arrastrando a la mujer fantasma del pelo —todo apunta a que fue ella la que se estuvo apareciendo ante los Aulder—. Mientras papá habla con la señora Aulder para tranquilizarla, observo el forcejeo que se produce de fondo. Cuando llegan a la linde del bosque veo algo más, sólo durante un instante, algo que parece una sombra que se mueve, una negrura que emerge por detrás de un árbol y engulle al fantasma original de la rectoría. Se me ponen de punta los pelos de los brazos, pero el cámara corta antes de que pueda ver bien lo que ha pasado. Giro la cabeza hacia Elza, para comprobar si ella también lo ha visto, pero ya no está en la habitación.

En la siguiente escena, papá y la señora Aulder realizan una especie de sesión espiritista en la sala de estar, para intentar contactar con los espíritus, determinar su número y así poder exorcizarlos. El Juez pega unos cuantos golpes, no demasiado fuertes, en la mesa y en las paredes, y entonces el Prisionero entra a través de la pared y empieza a deslizar sus manos cubiertas de cicatrices alrededor de la señora Aulder, balbuceando suavemente. Me quedo rígido en mi asiento.

—Percibo... —la señora Aulder suelta un grito ahogado—. Percibo algo. Ay, no. Es... es un apetito. Parecen estar hambrientos, llenos de odio.

El momento álgido del programa es un exorcismo a medianoche en la rectoría Coldstane, con cámaras de visión nocturna, sensores de temperatura y algo llamado lector espectral, que se parece sospechosamente a un contador Geiger al que le han soldado unas piezas adicionales. Mi padre, ataviado con una túnica morada, entona un cántico y quema varias hierbas, al tiempo que ondea la cruz *ankh,* mientras el equipo de grabación lo sigue de una habitación a otra. El Juez se dedica a patear cosas y a tirar muebles, y sonrío para mis adentros al ver cómo le falla la puntería de vez en cuando. El Siervo y el Hereje hacen sus apariciones estelares para activar los sensores de temperatura, gimiendo y atravesando las paredes. En el momento álgido del exorcismo, alguien corta la luz en la rectoría y el Pastor se aparece, emitiendo un aura llameante de color verde que resulta visible sin necesidad de tener visión extrasensorial. Holiday y sus amigas pegan un grito.

—Luke —dice Holiday—, ¿lo has visto?

—Son efectos especiales —respondo.

Entonces aparecen los créditos, que relucen sobre el fondo de una noche sin luna. Una nota de texto me informa de que los Aulder se quedaron en la rectoría después del programa, y que no han vuelto a informar de fenómenos paranormales. El exorcismo fue un éxito.

No sé qué pensar. ¿Papá despertó de entre los muertos a unos espíritus horrendos para poder expulsar a los fantasmas que habitan en las casas? ¿No habría sido más fácil simularlo? ¿Y qué le ocurrió al fantasma de la rectoría Coldstane? ¿Adónde se fue? ¿Qué era esa sombra que se movía en el bosque?

¿Era el demonio de papá?

—¿Qué, chicas, creéis en fantasmas? —pregunta una de las amigas de Holiday.

—Después de esto —dice Holiday—, no sé qué pensar. Daba mucho mal rollo.

—Cuando el cuchillo se puso a flotar...

—Vamos, venga —replico—, ¿lo decís en serio? Eran los efectos más cutres que he visto en mi vida. Estaba claro que lo estaban sujetando con hilos.

—Qué cínico eres —me dice Holiday, pegándome un puñetazo en el brazo.

Esbozo un intento de sonrisa y me encojo de hombros, y entonces nos ponemos a ver otro programa, este sobre gente con bronceados de bote que se gritan unos a otros. Todos viven en una casa junto a la playa y allí siempre hace sol. Elza sigue sin aparecer. No sé qué estará haciendo, si estará examinando el resto de la casa o qué. Me gustaría saber qué le parece el programa de papá, si cree que podríamos encontrar algo útil en él. En cualquier caso, no deberíamos separarnos; la hueste podría aparecer en cualquier momento, y entonces necesitaría echar mano del libro. Holiday tiene la pierna apoyada sobre la mía, me encantaría poder relajarme y disfrutar de la noche. En la tele, los tipos del moreno de bote siguen discutiendo en su reluciente cocina. No parece probable que la gente que sale en este programa piense alguna vez en la muerte.

* * *

A las diez y media, la casa de Holiday está abarrotada. Todo aquel que es alguien en nuestro curso está bailando en su salón o preparándose combinados en la cocina. Mark y Kirk han venido, acompañados del equipo de rugby. Hemos formado un círculo en el jardín de Holiday, todos entonan un cántico tribal. Sostengo en la mano la botella de vodka que me han dado. Perdí toda esperanza de encontrar a Elza en cuanto llegaron mis amigos, es posible que la hueste ya ronde por aquí, y no puedo explicarle a nadie lo que ocurre. Al final le pego un

trago a la botella, el sorbo más pequeño posible, y se la paso al siguiente. El alcohol me abrasa la garganta y la nariz. Empiezo a toser. Kirk me agarra y me saca del círculo, para conducirme hasta un rincón del jardín. Va disfrazado de Superman.

—Manchett, ¿dónde te has metido esta semana? —me pregunta.

—Uf. Es que... Mi madre está mala, tío. He estado en casa.

—¿Otra vez los dolores de cabeza? —pregunta Mark. Mark va disfrazado de Capitán América. Para hacerse el escudo ha pintado la tapa de un cubo de basura.

—Sí. He tenido que cuidarla.

A nuestra espalda, los chicos del círculo, mientras se van pasando la botella unos a otros, se ponen a rugir con tanta fuerza que apenas puedo oír lo que me están diciendo Kirk y Mark. Sigo observando los rostros ebrios que hay a mi alrededor, atento por si veo algún fantasma, atento por si empiezo a notar frío. El vodka no resulta de gran ayuda en esta tarea.

Estoy mareado.

—Deberías buscar a alguien que te ayude en casa —dice Kirk—. Contrata a una enfermera. No deberías cuidar de ella tú solo.

—Estoy bien, chicos. Gracias.

—Pero te has perdido todos los entrenamientos esta semana —dice Mark.

—Jo, lo siento, tío. En serio. Tenía la cabeza en otra parte.

Intento sonreír. Mis amigos no parecen convencidos.

—Tendrás que ponerte al día —dice Mark—. Y rápido. El entrenador está que echa chispas contigo.

—¿De verdad te encuentras bien? —pregunta Kirk—. Tienes una pinta horrible, colega. ¿Y tu disfraz?

—Pues... me olvidé.

—Alice ha dicho que has venido con Elza Moss... —dice Mark.

—Sólo nos cruzamos por el camino —digo—. Apenas la conozco.

—Alice también ha dicho que ayer estuviste hablando con ella, fuera del colegio —me dice, sonriendo—. Dijo que parecía como un encuentro secreto.

Me gustaría encontrar a Alice Waltham y estrangularla. Pero me esfuerzo para soltar una carcajada.

—Elza me pidió un cigarro, nada más —replico.

—Menudo fiera estás tú hecho —dice Kirk, riéndose—. Ya sé lo que tramas, Luke. Estás intentando ligarte a Elza, ¿eh?

—No tienes por qué avergonzarte, colega —dice Mark—. A caballo regalado no le mires el diente, ¿no?

—¿Te ha escrito ya un poema? —pregunta Kirk.

—Me voy a mear, troncos —les digo, con una sonrisa que parece un rictus, y me doy la vuelta para volver a entrar en casa de Holiday. Por

detrás de mí, claramente planeado de antemano, los chicos del equipo de rugby empiezan a cantar «Manchett y Elza están besándose en un árbol». Siempre nos metemos los unos con los otros de esta manera, pero esta noche no estoy de humor para ello. Mis amigos no tienen ni idea de lo que está pasando aquí. Elza está arriesgando mucho más por mí de lo que han arriesgado ellos en su vida.

Me abro camino hasta la casa, entre la gente que se ha arremolinado en el cuarto de atrás y en la cocina; la mitad de ellos son chavales del curso inferior al nuestro y ni siquiera han venido disfrazados, sino en chándal, con zapatillas con cordones de colores fluorescentes. En el salón están viendo en la tele vídeos de hip hop a todo volumen, se acabó la *Ronda nocturna.* Encuentro a Elza, que está sentada al pie de las escaleras. Tiene la mirada perdida, con ese gesto taciturno tan propio de ella.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Peor imposible, gracias.

—¿Dónde te metiste después de que llegáramos aquí?

—Me entró una necesidad imperante de fumarme un montón de cigarros seguidos.

—¿Algún indicio de la hueste?

Se encoge de hombros. Me siento a su lado.

—¿De verdad crees que vendrán? —le pregunto.

—Estoy empezando a desear que así sea. Llevo dos horas rondando sola por aquí, escuchando las conversaciones más estúpidas del planeta, salvo cuando me impedía oírlas le peor música del planeta. Sin olvidar que todos me miran como si esta mañana, en lugar de ducharme, me hubiera zambullido en una fosa séptica.

—Que sepas que yo tampoco me lo estoy pasando bien.

—¿Cómo puedes ser amigo de esta gente? Un tío me ha dicho que me quitara el disfraz de Halloween. ¡Estamos en una fiesta de disfraces de Halloween! ¿Es que no le basta con hacer esa gracieta los demás trescientos sesenta y cuatro días del año?

—Hemos venido por la hueste...

—Pero eso no te ha impedido tomarte unas copas con tus colegas del rugby.

—¿No se te ha ocurrido pensar que a lo mejor estoy intentando actuar con normalidad? ¿Encajar con los demás? No puedo explicarle a nadie lo que está pasando.

—Lo sé. Lo siento. Lo que pasa es que estoy deseando acabar ya el instituto y poder irme a la universidad, a Brackford o adonde sea. De verdad que... ¡AAAH!

Elza chilla como si se hubiera quemado y se pone en pie de un salto. Una sustancia rojiza se extiende por su rostro, la sujeto para ayudarla a mantener el equilibrio, pensando: «Está sangrando, los

fantasmas han llegado, el Pastor...». Entonces escucho una carcajada ebria, sin duda humana, que procede de algún punto por encima de nosotros. Alice Waltham y otra chica a la que no conozco están en el descansillo del piso de arriba, observándonos. Alice sostiene en la mano una copa de vino vacía.

—Lo siento, Elza —dice Alice—. Es que se me ha resbalado la copa.

Elza se queda mirando a las dos chicas, que sonríen con gesto burlón, con la nube oscura que forma su pelo empapado de vino, que gotea desde sus hombros y cae sobre la alfombra de color crema. A su alrededor empiezan a brotar manchitas rosadas por todas partes. Me doy cuenta de que todavía tengo la mano puesta sobre la cadera de Elza. Está temblando de ira, como una motosierra a máxima potencia.

—Ve a lavarte, tía guarra —le espeta la otra chica.

Elza abre la boca y parece dispuesta a pegarles unas cuantas voces, pero en lugar de hacerlo, susurra algo, tan bajito que sólo yo puedo oír lo que dice:

—Había venido para salvaros.

Se aparta de mí y se va corriendo a la cocina, en dirección a la puerta. La sigo, abriéndome camino entre la gente, dejo atrás la mesa de la calabaza sonriente y salgo por la puerta, las botas de Elza crujen sobre la gravilla.

—¡Elza!

—Me voy a casa —dice.

—Oye, venga... Necesito tu ayuda...

—¿Para qué? No tenemos ningún plan. Estoy empapada de vino. No pienso tirarme otra hora de brazos cruzados en la mansión de Holiday mientras me tiran copas encima, esperando a que vengan unos fantasmas para matarme. Me voy a casa.

Saca el *Libro de los ocho* de su mochila y me lo arremete entre las manos, después se da la vuelta sin añadir nada más y se aleja entra la oscuridad. Me quedo observándola hasta que desaparece. El traqueteo de sus botas se va acallando hasta que finalmente desaparece por completo. Hace una noche fría y despejada, las estrellas parecen salpicaduras de pintura blanca sobre la tersa superficie de un lienzo negro. Espero a ver si Elza regresa, pero no hay rastro de ella, así que pasado un rato me doy la vuelta y desando el camino que conduce a casa de Holiday.

La propia Holiday se encuentra en la puerta principal, la brillante luz de la cocina forma un halo alrededor de su cuerpo, aún lleva las orejas de gato sujetas a la cabeza. El eco de la música y las risas se filtran a su alrededor, hacia la quietud de la calle. Me detengo a unos pocos pasos de la puerta principal de color rosa.

—Eh —me dice.

—Hola.

—Alguien me dijo que te habías marchado.
—He vuelto.
—¿Estás bien? —pregunta.
—La verdad es que no.
—¿Quieres hablar de ello?
—Ni siquiera sabría por dónde empezar.

* * *

Holiday abre una puerta blanca que tiene clavada una H dorada. Su habitación está en penumbra, iluminada por una ristra de lucecitas de color azul y rosa, que está atada a los cuatro postes de su cama. El gélido resplandor que emite se proyecta sobre el pelo de Holiday. La música retumba desde el piso de abajo, como un dolor de cabeza incipiente.

—No me puedo creer que alguien haya tirado vino tinto sobre la alfombra del pasillo —dice Holiday—. ¡Se ha manchado entera! Me costó mucho convencer a mi padre para que nos dejara beber... Sabía que alguien se pasaría de la raya.

—Fue Alice.

—¿En serio? ¡Será...! También me ha cubierto de vómito todas las paredes del baño, he tenido que meterla a dormir en el cuarto de mi hermano. Menos mal que no está en casa.

—Le tiró el vino encima a Elza. Por eso hay manchas.

—Vaya. —Holiday se sienta en el borde de su cama—. Alice se ha pasado tres pueblos. ¿Por eso estabas en la calle?

—Eh... sí. Elza se enfadó mucho, como es lógico. Se ha ido a casa.

—Entonces, ¿viniste aquí con ella?

—Sí. Es una amiga.

—¿Sólo una amiga? —me pregunta Holiday.

Me mira a los ojos con una intensidad maravillosa.

—Yo... Holiday, ahora no puedo hacer esto.

—¿El qué no puedes hacer? —me pregunta, sonriendo.

—Oye..., no puedo explicar... no puedo pensar con claridad. Soy peligroso.

—¿Qué eres, un rompecorazones? —dice.

—No, escucha, es... es mi padre —digo, incapaz de creerme que de pronto estemos manteniendo esta conversación—. Murió la semana pasada. Aunque no estábamos muy unidos.

—Me... —comienza a decir Holiday— me gustaría que tú y yo estuviéramos más unidos, Luke.

Empieza a recostarse en la cama, está claro que lleva un pedo tremendo. Me pregunto si recordará siquiera esta conversación por la mañana.

—A mí también me gustaría —digo—. Pero me parece que ahora

necesitas dormir un poco.

—No hace falta que te vayas... —dice Holiday, casi susurrando.

—Estás muy borracha. Creo que debería... —comienzo a decir. Holiday no responde. Su respiración se ha tornado lenta y profunda. De pronto me recuerda a mi madre, y no me queda más remedio que apartar la mirada. Ya no se oye música en el piso de abajo. Supongo que estarán cambiando de disco. Espero que sólo sea eso.

Siento frío. De pronto, la casa parece muy silenciosa. No se oyen voces en ninguna parte, ni una sola carcajada. Me entran ganas de despertar a Holiday y decirle... ¿Decirle qué? Ella no puede ver a la hueste. Si de verdad han venido, tendré que ocuparme yo solo de ellos.

Abro la puerta del cuarto de Holiday y me encuentro cara a cara con el Juez.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—Lo siento, jefe —dice, frotándose la cabeza rapada—. Ha sido inevitable.

Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, le agarro con la mano derecha. El sello está frío, gélido, parece como si llevara una diminuta estrella de escarcha en el dedo. Agarro al Juez por su cuello regordete y lo levanto en vilo. El Juez forcejea y se retuerce para intentar liberarse, su contorno comienza a volverse borroso, como si estuviera hecho de humo, pero no lo suelto.

—Jefe, por favor...

—Cállate. Estoy hablando. Soy tu amo, ¿recuerdas? Tengo el libro —le espeto, poniéndoselo delante de las narices con la mano izquierda —. Sé cómo usarlo. ¿Dónde están los demás?

—Jefe...

Le aprieto el cuello con más fuerza, convirtiendo sus protestas en un gemido entrecortado. El sello desprende un resplandor todavía más frío, mi mano derecha parece una silueta tallada en hielo. Empiezan a saltar chispas entre mis dientes.

—¿Dónde están? ¿Dónde está el Pastor?

—Estoy aquí, Luke. —Su voz, seca y entrecortada, se escucha por detrás de mí.

Sin soltar al Juez, me giro hacia la habitación. El Pastor se encuentra a un par de metros de mí, me observa a través de las esferas espejadas de sus gafas. Se agarra las manos a la altura de la cintura. Parece tranquilo, como alguien que estuviera esperando el autobús.

—Tengo el sello —le advierto—. Como muevas un solo músculo, te...

—Te quedarás quietecito —me interrumpe el Pastor—, o la chica morirá.

Con una desagradable punzada en el estómago, me doy cuenta de que las sombras que se apelmazan en torno al cuerpo de Holiday han adoptado una forma humana. El Prisionero se cierne sobre ella, contemplando su rostro dormido con embeleso. Sostiene en la mano izquierda algo que parece un hilo de luz blanca, que está conectado a la frente de Holiday, en un punto situado entre sus ojos. No sé qué será, pero el Prisionero lo está extrayendo de su cuerpo, y en la otra mano... veo que tiene las tijeras de podar preparadas para cortar el hilo. Me lanza una sonrisa con la que me enseña todos los dientes y me recuerda que no tiene lengua.

—Como la toques... —le advierto.

—Amenazas vanas —replica el Pastor—. Tienes el sello y el libro, pero aún no eres nigromante, Luke. Entrégamelos. O mi compañero cortará el hilo y la chica morirá.

Me quedo paralizado en el sitio, mientras el Juez sigue forcejeando para intentar liberarse.

Las tijeras comienzan a cerrarse alrededor del hilo, milímetro a milímetro. El Prisionero no aparta su mirada inerte de mí ni un segundo.

No puedo permitir que Holiday muera por mi culpa.

Suelto al Juez, que balbucea y se cae al suelo. Suelto el *Libro de los ocho* y se lo lanzo al Pastor con el pie.

El Prisionero no se aparta de Holiday.

—El sello también —dice el Pastor, con una sonrisita.

Me saco el anillo del dedo, está tan frío que su tacto me hace daño, y lo lanzo contra su rostro ceroso y burlón. El Pastor lo coge al vuelo sin esfuerzo.

—¿A qué estás esperando? —pregunta el Pastor. ¿Se está dirigiendo a mí? ¿A qué tendría que estar yo esperando?

—¿Acaso sigues siendo fiel al nigromante? —prosigue el Pastor.

Me doy la vuelta para mirar al Juez.

—No es nada personal, jefe —murmura. Levanta una mano, en la que veo que sostiene una botella vacía. Lleva un anillo soberano en el pulgar. Absorbe la luz, parece un sol en miniatura. Me da tiempo a preguntarme si será una botella de verdad, o si acaso será una especie de botella espectral, hasta que el Juez me la estampa en la cabeza con un golpe seco.

* * *

Me despierto, tumbado sobre la cama de Holiday. Tengo una sensación en el cuello como si alguien le hubiera prendido fuego desde dentro. Siento un dolor de cabeza palpitante y tengo la boca seca. Al mover la cabeza noto un picor en los hombros y en la espalda, producido por el roce de unos cabellos. Holiday está tendida a mi

lado, con los ojos abiertos de par en par.

—¿Holiday?

Extiendo una mano hacia la suya. Todavía está caliente, logro detectar un pequeñísimo atisbo de pulso que al principio no era perceptible, en su muñeca. No la han matado, y tampoco me han matado a mí. No es Halloween, tal y como dijo Elza, así que no pueden matarnos. Mi esqueleto parece un amasijo de ramitas secas, en lugar de ese fiable entramado de huesos que me ayuda a mantenerme en pie. La habitación sigue a oscuras, pero el color del entorno es más próximo al azul marino que al negro. Debe de quedar poco para el amanecer.

Las sombras que hay junto a la cómoda de Holiday se intensifican. Percibo el destello de unos anteojos, el chasquido leve producido por unos labios al separarse.

—Luke —dice el Pastor.

—¿Qué le has hecho?

—¿Yo, concretamente? Nada. Pero no puedo decir lo mismo del Prisionero, claro. Tiene la costumbre de consumir a la gente.

Su voz tiene un deje musical. Me entran ganas de abalanzarme sobre él y agarrarle por ese cuello ceroso que tiene, pero no puedo. Ya no tengo el sello. Quiero hacer que el Pastor se coma su propio corazón. Pero en lugar de eso me incorporo, con los puños apretados dentro de los bolsillos del pantalón vaquero.

—Ella no tiene nada que ver con esto. Ninguno de los que están aquí.

—Estoy de acuerdo, así que preferiría no tener que pasar por ninguna situación desagradable. Haz exactamente lo que te diga o los mataremos a todos.

—Está bien.

—Abre la puerta y baja al piso de abajo, desde allí dirígete al jardín trasero. Yo te seguiré. Si echas a correr, si intentas algo, la chica sufrirá y después morirá. Y tampoco creas que nos hemos olvidado de tu amiga la brujita.

—Pues que tengáis suerte intentando atrapar a Elza. Lo sabe todo sobre vosotros.

—No tienes ni idea de a qué te enfrentas, ¿verdad, Luke? He viajado a los helados páramos del otro lado. He hablado con el Macho Cabrío en los bosques remotos. He saqueado las ruinas de Babilonia y la tumba de Salomón. En vida, hubo reyes que vinieron a postrarse ante mí. ¿Crees que esa brujita puede ayudarte contra mí? ¿Contra nosotros?

—Elza sabe más de lo que te piensas —replico—. Lo único que estás demostrando es que eres demasiado viejo para estas cosas. Y no tengo miedo. Sé que no puedes matarme.

O eso espero.

—Baja al piso de abajo —me ordena.

Arrastro mi cuerpo dolorido a través de la puerta y cruzo el amplio descansillo. La casa está en completo silencio, no se oye un solo murmullo ni el eco de ninguna pisada. Según un reloj, son las seis de la mañana. Deslizo la mirada sobre el mobiliario: una butaca blanca en el descansillo, una pila de ropa cuidadosamente doblada, una fotografía con marco dorado de Holiday a los ocho o nueve años, montada sobre un poni de color castaño. ¿Qué he desatado sobre su casa?

Hay un bulto de color azul sentado en la butaca blanca, que empieza a revolverse y a murmurar mientras nos acercamos.

«Soy un bebé», dice el bulto.

Paso junto al fantasma, se me pone la piel de gallina.

«Cógeme en brazos», dice. El Pastor tampoco le hace caso.

—¿Conocías al Inocente? Menuda historia la suya —dice, cuando llegamos al final de las escaleras.

—No quiero oírla.

—Como desees. En otra ocasión, pues. Cuando tu muerte esté más próxima.

Nadie ha abandonado la fiesta, todos siguen aquí. Los invitados están inmóviles, con las manos agarradas por detrás de la espalda. Sus rostros tienen el gesto melancólico e inexpresivo propio de los durmientes. No se escucha un solo sonido humano: ni respiraciones, ni toses. Lo único que puedo oír es el ligero traqueteo de una tubería cuando la caldera central empieza a calentarse. Hay botellas, latas y vasos tirados por el suelo, rodeados de manchas y salpicaduras resecas. Sea lo que sea lo que les ha ocurrido, fue rápido. Supongo que esto es lo que provoca la magia negra. No fui consciente de ello, no pensé que los fantasmas pudieran tener tanto poder. ¿Era esta la utilidad que le daba mi padre a la hueste? Si pudieras hacerle algo así a la gente, dejarlos inmovilizados como estatuas, entonces podrías hacer cuanto te viniera en gana. No es un pensamiento agradable. Recuerdo cuando estudiamos lo de Pompeya en el segundo curso de secundaria, contemplando los cascarones de yeso de los romanos que no tuvieron la previsión de abandonar el pueblo cuando su montaña empezó a humear. Tienen los ojos abiertos, pero con la mirada perdida. Ninguno de ellos reacciona cuando los miro. Todos, cada gata sexy, cada Frankenstein, cada Drácula, cada Superman, cada vaquera o cada zombi, todos están mirando en la misma dirección, hacia la puerta trasera, que está abierta.

El jardín está oscuro, la escarcha ha teñido de blanco la hierba. Latas de cerveza relucen bajo los arbustos que rodean el lugar. Hay varias personas reunidas de pie para formar un amplio círculo; hay

vivos y también muertos. Pienso en el círculo que formaron algunos de ellos para ir pasándose la botella, y esbozo una sonrisa amarga. Entre los siete vivos veo a la madre de Holiday, y a un tipo barrigudo y con el pelo canoso que supongo que será el padre, plantados el uno al lado del otro con la misma expresión sonámbula y las manos entrelazadas. Kirk y Mark están de espaldas a mí, ataviados aún con sus disfraces de superhéroes. Entre esos cuerpos todavía cálidos se encuentra la hueste, que completa el círculo: el Juez, el Prisionero, el Siervo, el Oráculo con su velo y la llameante silueta del Hereje, que por una vez guarda silencio. El bebé, que de algún modo se las ha arreglado para bajar desde el piso de arriba, está envuelto en su mantita azul y tendido en el suelo junto a los padres de Holiday. Al frente del círculo se encuentra otra figura, una que no veo del todo bien, una extraña silueta encorvada que asemeja un montículo de tela respirando. No, eso no es del todo exacto; parece más bien una sombra a punto de estallar.

La Furia. Recuerdo las notas de papá: «Poder - rabia - amenaza para la vida».

Cuando pensaba que las cosas no se podrían poner peor.

—¿Está la hueste al completo? —pregunta el Pastor por detrás de mí, en voz alta, cerca de mi oído. Nadie responde, así que prosigue—. Ven y sitúate aquí conmigo, Luke. Te hemos dejado un sitio.

Lo sigo a través de la hierba húmeda y aplastada, y el estómago me pega un vuelco cuando nos ponemos en posición. En el centro del círculo está el gato blanco de Holiday, Bach, que tiene un tajo sanguinolento en la barriga. Yace inmóvil, como un juguete que alguien hubiera dejado allí tirado.

—Aquí —dice el Pastor.

El Hereje está a mi derecha, el Pastor a mi izquierda. El círculo está completo: ocho individuos del mundo de los vivos, otros ocho del mundo de los muertos. Me sitúo en el lugar que me señala, con los puños apretados y palpitaciones en la cabeza, entonces el Pastor extiende una mano y me roza la frente con mi sello. Unas oleadas gélidas emergen del anillo negro y se extienden a través de mi cuerpo, más rápido y con más intensidad que cuando agarré al Juez por el pescuezo. Me doy cuenta de que no puedo moverme; estoy paralizado en el sitio, como los demás. Lo único que puedo hacer es observar.

—Bien —dice el Pastor al cabo de un rato, parece estar disfrutando con la inquietud que me provoca mi repentina parálisis—. Nuestro círculo está completo. Permíteme que te presente a un infame sirviente de tu padre. La Furia.

La horrible sombra, que al principio apenas me llegaba hasta la cintura, se despliega como si fuera una bandera enorme y oscura, y me doy cuenta de que lo que tenía ante mis ojos era una figura

ataviada con una túnica negra y arrodillada en el suelo, de espaldas a mí. La criatura se yergue cada vez más, extendiéndose hacia las alturas hasta superar los dos metros, los fantasmas más altos apenas le llegan a la altura de los hombros. La Furia se gira hacia mí y me doy cuenta de que cada vez que creo haberlo visto todo, descubro que existe un nivel todavía más chungo y enfermizo.

La criatura tiene unos brazos largos y finos, unas manos que cuelgan a escasa altura del suelo, unos dedos que parecen raíces que buscaran algo a tientas. El demonio tiene la piel oscura como la tinta china, y no sabría decir dónde comienza su toga, o si realmente lleva algo puesto encima. Parece una sombra tridimensional, una sombra con masa y volumen, como si alguien hubiera tallado una escultura con humo negro. Tiene la cabeza estrecha y acabada en punta, como la de un perro o un chacal. Sus ojos son como mirar una caldera a través de una cerradura, unas llameantes oquedades anaranjadas, incrustadas en la oscuridad de su rostro. La criatura olisquea el ambiente y después abre la boca, que también centellea con fulgor rojizo. Al contrario que el Hereje, que está envuelto en llamas, este espíritu está ardiendo desde dentro. Se oye un espantoso sonido ahogado, como si alguien estuviera chillando a dos calles de distancia.

—Y ahora, escuchadme —dice el Pastor—. La Furia y yo hemos decidido que Luke carece de la autoridad necesaria para dirigir esta hueste.

El demonio no añade nada. Clava sobre mí esos ojos que parecen calderas.

—Luke ha dado muestras continuas de incompetencia, desidia y falta de madurez. Su dominio de la nigromancia es nulo. A nuestro entender, no es digno de poseer la hueste Manchett, y por tanto vamos a relevarlo de su mando.

El Prisionero me dirige una sonrisa torcida.

—Esto es un motín —dice el Siervo en voz baja.

—¡Silencio! —le espeta el Juez—. Esto es lo mejor para nosotros.

—El primer paso a seguir —dice el Pastor— será romper nuestros vínculos. Tal y como sabéis todos, quedan siete días para Halloween. Para entonces nuestro poder alcanzará su auge, su cúspide. Estoy convencido de que podremos asesinar a nuestro nigromante, romper nuestros vínculos y quedar libres. Luke es joven, débil; quizá no volvamos a tener una oportunidad como esta. ¿Queréis terminar como el monje —señala hacia el Hereje—, perdidos para siempre, con la mente consumida por siglos de servidumbre? ¡Debemos liberarnos!

Nadie replica.

—Y por si acaso a alguien le queda algún inoportuno atisbo de lealtad..., considerad esto como una advertencia, para todos.

A su señal, la Furia se abalanza sobre el Siervo y lo envuelve con su

capa. La silueta negra se hincha y palpita como un corazón hasta que termina el forcejeo. El Siervo se queda arrodillado en mitad del círculo, mirando hacia el gato muerto. Tiene las manos y los pies atados con una especie de zarcillos negros. La Furia se yergue sobre él, con sus ojos centelleantes y carentes de expresión. Los demás fantasmas ya no tienen cara de satisfacción ni de soberbia, ni siquiera el Juez. Supongo que, sea lo que sea lo que esté a punto de ocurrir, el Pastor no le contó esta parte del plan.

El Pastor se dirige al resto de la hueste:

—El Siervo está domesticado, es una mascota lastimera. Cada vez que ha habido ocasión de liberarnos, este traidor nos ha entorpecido la tarea.

—¡Luke! —exclama el Siervo, arrodillado sobre la hierba—. ¡Luke, sálvame! ¡Si tienes algo de bondad, algo de compasión, sálvame, por favor! ¡Detén todo esto!

Intento hablar, pero la boca no me responde. Estoy inmovilizado en el sitio, en completo silencio. Lo único que puedo hacer es quedarme quieto y observar.

—¡Por favor! ¡Por favor, Dios, no dejes que me devore! ¡Por favor!

El demonio introduce una mano entre los oscuros pliegues de su cuerpo y extrae algo que reluce con una luz muy intensa: es un látigo, alargado y llameante, un inaudito cordel de fuego anaranjado que se balancea desde su mano renegrida, chamuscando la hierba húmeda.

El Siervo levanta la cabeza, sus ojos centellean por el intenso fulgor anaranjado del látigo. No puedo decirle lo mucho que lo siento, lo mucho que le agradezco lo que ha intentado hacer por mí, pero debería ser capaz de leerlo en mi mirada.

—Estás perdonado, señorito Luke —dice en voz baja.

La Furia sacude el látigo para formar un arco, que se alza por los aires, donde estalla como la estela de unos fuegos artificiales a cámara rápida, antes de caer en picado sobre la silueta encorvada del Siervo. El látigo le golpea la espalda con un sonido furioso y sibilante, y el Siervo aúlla de agonía. Ahora entiendo para qué tenía papá un demonio: para controlar a los demás fantasmas, porque supongo que harían cualquier cosa con tal de no pasar por lo mismo que el Siervo está padeciendo ahora. Los latigazos devoran por completo el cuerpo del fantasma; el Siervo queda partido por la mitad, a la altura de la cintura, y las dos mitades están tiradas en el suelo junto a los árboles frutales, iluminados por el amanecer.

—El látigo del Tártaro —dice el Pastor, en voz baja, casi con veneración.

El demonio gira el látigo en círculo para apresar las piernas del Siervo, que patalean. Las piernas quedan sujetas entre las espirales del látigo y la Furia arrastra los miembros hacia él. El monstruo alza las

piernas del Siervo hacia su hocico e inspira. Las extremidades espectrales se disuelven hasta formar una neblina que es absorbida hacia la ardiente garganta del demonio. El Siervo vuelve a chillar, cada vez más fuerte, como una sirena.

No dura demasiado después de ese primer mordisco. El demonio tenía hambre, al parecer, así que inicia una frenética ronda de latigazos contra el cuerpo espasmódico del Siervo, que se deshace como si fuera una estatua golpeada con un mazo. El demonio se dobla por la cintura y empieza a sorber y a gruñir, mientras succiona los pedazos del fantasma. Cuando ya no queda nada, el monstruo repliega el látigo llameante.

—Gracias, hermano mío —dice el Pastor—. Espero que esto haya resultado instructivo para todos vosotros. Seguidnos y os aguardará la gloria. Seremos libres, y no sólo eso, también renaceremos. ¡Podremos adoptar nuevos cuerpos, nuevas vidas!

Durante un instante todo queda en silencio. El viento arrecia y los árboles comienzan a farfullar y a empujarse unos a otros. Estoy tiritando, tengo los músculos agarrotados, soy incapaz de mover o girar la cabeza, tampoco consigo cerrar los ojos. Entonces los miembros de la hueste se arrodillan al mismo tiempo, tocando el suelo con sus manos y sus rostros.

—Podéis retiraros —les dice el Pastor, y la hueste se desvanece como velas al ser sopladas. Sólo permanecen el Pastor y la Furia.

—Tu padre lo alimentaba regularmente con almas —me dice el Pastor—. Tú mismo has sido testigo de su ansia. Los demonios tienen un apetito voraz.

Ni siquiera consigo girar la cabeza para mirarlo. Sólo puedo escuchar su voz.

—Verás, Luke. No podemos matarte, eso ya lo sabes. Pero podría decirte que te suicides. Pedir un rescate por Holiday y por tu madre. Tu vida a cambio de las suyas. Pero el suicidio es un pecado enorme, tenebroso, y hay ciertas... partes interesadas que si se inmiscuyeran en nuestro jueguecito complicarían las cosas. No debemos llamar su atención.

»Por suerte, la Furia aquí presente hizo algunas sugerencias excelentes. Qué ingeniosos son estos demonios. Se le ocurrieron algunas muestras exquisitas de crueldad extrema.

La Furia me observa detenidamente, como si yo fuera una hormiga que está correteando sobre el plato que quiere utilizar, después se agacha hacia el cadáver del gato. El demonio introduce una mano en el tajo que tiene Bach en la barriga y extrae algo que al principio creo que son sus tripas, pero que resulta ser una especie de luz roja vacilante, de un tono más oscuro que el del látigo, un rojo que parece casi negro. La luz fluye desde el cuerpo del gato y se me incrusta en el

pecho, justo por encima del corazón. Parece que ahora estamos unidos, Bach y yo, por esa oscura cuerda palpitante. Siento calor, como cuando te metes en una cama acogedora tras pasarte toda la noche en vela dando vueltas por ahí. El cielo azulado se está oscureciendo de nuevo, como si el amanecer se hubiera revertido, la luz del cielo se va atenuando hasta adoptar una negrura que jamás habría creído posible, una negrura absoluta. La Furia alarga la mano, con el pulso certero de un cirujano, y rompe la cuerda roja.

Estoy dormido, creo... Estoy teniendo un sueño absurdo. Me encuentro en el jardín de Holiday, aunque en realidad no se trata de un jardín. Es el comedor, tiene unos muros de piedra oscuros, y se extiende hasta el infinito. Estoy sentado a la mesa, hay alguien en el otro extremo, me doy cuenta de que es papá. Parece que está pachucho, enfermo, el calor le hace sudar. Esto parece una sauna. Lleva un traje blanco y una camisa violeta, y una servilleta arremetida por el cuello de la camisa. Tenemos delante unos filetes extraños, grandes, sanguinolentos. Papá empieza a hablar, pero no lo oigo bien, como una radio a la que le falla el receptor. Su voz no concuerda con el movimiento de sus labios.

«Lo siento», dice, «Lo siento (no creí que) no tenemos mucho tiempo (lo siento), Luke».

—¿Qué es lo que sientes?

«Nunca quise que pasara... (esto... esto... lo siento... lo siento) el *Libro de los ocho*... (el libro es un laberinto) nunca quise que pasara esto».

—No te... ¿Papá? ¡Lo que dices no tiene sentido!

«(La secuencia muestra el camino). Lo siento, Luke (mis papeles mi secuencia). Lo siento mucho (Lamento)... que esto haya (el libro es un laberinto). Lo siento, Luke».

—¿Qué tengo que hacer? —Empiezo a gritar—. ¿Qué secuencia? ¿Qué tengo que hacer?

Papá se queda mirándome, parpadeando. Tiene algo en la boca, se está ahogando. Intento levantarme, pero no lo consigo, estoy clavado a mi asiento, el cuerpo me pesa horrores...

Papá se lleva una mano al rostro y abre la boca. Se está ahogando, se está asfixiando, y no puedo levantarme para llegar hasta él.

6

TERRENO BALDÍO

Estoy tendido boca arriba sobre la hierba humedecida. Llevo puestos unos vaqueros, una camiseta, deportivas negras y un chubasquero. Me doy cuenta de que no llevo el móvil ni la cartera, lo cual es un problema. Hay una botella de cerveza tirada en el suelo, a poca distancia de mi cara. Me incorporo. Me encuentro en mitad de un jardín. El cielo está totalmente gris. No tengo frío ni calor, ni tampoco resaca. Algo pasó anoche. Imagino que nada bueno, puesto que he acabado tirado en un jardín, pero no recuerdo nada de nada. Sé quién soy, pero no dónde estoy ni cómo he llegado aquí. El color del cielo está empezando a inquietarme; no es tanto el gris propio de un día nublado como el gris de los ojos de un ciego, iluminado desde algún punto inconcreto. No tengo forma de saber qué hora es. Supongo que el sol estará ahí arriba, en alguna parte.

Me levanto, miro hacia la parte trasera de la casa desconocida y recuerdo que es la de Holiday. ¿Qué estaba haciendo en casa de Holiday? Recuerdo que hubo una fiesta... Sigo indagando por los alrededores, intentando recordar algo más, algo importante, pero no lo consigo.

Sé que estoy en apuros. Hay problemas en casa; mamá no se encuentra bien, tengo que volver y comprobar qué tal se encuentran Ham y ella. No debería haberme pasado toda la noche fuera.

Entro en casa de Holiday por la puerta trasera y descubro que está vacía. Las luces están apagadas, las habitaciones sólo están iluminadas por los tenues rayos de sol que se filtran a través de las nubes. La cocina está desierta y da un poco de mal rollo, todo está cubierto de botellas y latas vacías. Cabría esperar que alguien hubiera empezado ya a limpiar, después de una fiesta tan gorda. ¿Dónde se habrán metido los padres de Holiday?

Ansioso por salir lo antes posible de esta casa gris y silenciosa, abro la puerta principal y salgo a la calle. El camino más rápido hasta Wormwood Drive desde la casa de Holiday me conduce a través del parque, y al cabo de veinte minutos de caminata por Wight Hill —las nubes grises permanecen inmutables, carentes de color, sobre mi cabeza—, entro por la puerta oriental del parque de Dunbarrow. Atravieso la pradera y mientras asciendo por la suave pendiente situada en mitad del parque, veo a gente a la que conozco, sentados en el templete. Están un poco lejos, junto al río, pero desde aquí puedo ver quiénes son: Kirk, Mark, Alice y Holiday, y alguien más que

está sentado de espaldas a mí, un chico al que no conozco.

Saludo a mis amigos con la mano y desciendo por la colina hacia ellos. Cuando ya me queda poco para llegar al templete, el otro chico que está con ellos se da la vuelta para mirarme.

Me quedo de piedra.

Yo... alguien que es idéntico a mí... está sentado entre Holiday y Kirk. Con el pelo castaño y espeso, con un peinado informal realizado con gel fijador. El impostor lleva un atuendo idéntico al mío, los mismos vaqueros, las mismas deportivas, el mismo chubasquero con capucha, y sonríe cuando me mira, como si fuera lo más normal del mundo que sea él el que está allí sentado con mis amigos, y no yo. Me parece que está tarareando una canción. Lleva un anillo negro en la mano derecha, y cuando me fijo mejor en él, emite un destello intenso, como un relámpago rojo que se introduce en mi cabeza. Entonces recuerdo todo lo que ha pasado: la muerte de papá, la hueste, el *Libro de los ocho,* el sello, Elza Moss, la fiesta, el ritual, el gato con un tajo oscuro en el estómago, la luz intensa y palpitante que emergía de él. La Furia, el demonio de los ojos llameantes, los ruidos que hizo mientras devoraba al Siervo. Lo recuerdo todo.

—No lo entiendo —está diciendo Holiday, con los ojos acuosos y enrojecidos. Teniendo en cuenta el estado en que la vi por última vez, tumbada inconsciente sobre su cama mientras el Prisionero amenazaba con arrancarle la vida de un tijeretazo, resulta un alivio encontrarla aquí sentada, aunque esté llorando—. Nuestro gato. ¿Quién sería capaz de...?

—Serán malnacidos —dice Mark.

—¿Qué está pasando? —les pregunto.

—No tiene sentido —dice Kirk—. Nadie iba tan pedo como para hacer eso.

—Llamamos a la policía —dice Holiday—. Mis padres están con ellos ahora. No puedo... ¿Cómo podré volver a dormir en esa casa? Me alegro de que mi hermano no estuviera allí, pero... ¿cómo podré volver a sentirme segura? Es espantoso...

—Lo sé —dice Mark—. Alguien nos drogó, hazme caso.

—Kirk —digo—, ¿quién es ese que está sentado a tu lado?

—Es algo... nauseabundo —dice Alice—. Podría habernos ocurrido cualquier cosa...

—Son alienígenas —sentencia Kirk—. Vi un vídeo en Internet, sobre Roswell, que...

—¿Hola? —digo—. ¿Podéis oírme? ¿Me he quedado mudo esta mañana?

—Aparece un OVNI, y entonces se dedican a desconectarte las ondas cerebrales...

—Y el policía pensaba que pudo tratarse de una fuga de gas, como

si eso explicara lo de Bach...

—... nunca me había despertado tan mal, no por haber tomado sólo vino...

—El tipo ese, le tomaron muestras de tejidos del culo con una aguja...

—Papá no me dejará volver a montar una fiesta nunca...

—¿ME OYE ALGUIEN? ¡HOLA! ¿CHICOS?

Me ignoran. A Holiday le centellean los ojos con la llegada de nuevas lágrimas. El otro Luke no dice nada, me sigue mirando con una sonrisa malévola.

Caigo en la cuenta de que estoy muerto en el preciso instante en el que normalmente, si se tratara de una pesadilla, me despertaría. Es un sobresalto parecido al que supone estar subiendo a oscuras por una escalera e intentar posar el pie sobre un escalón que no existe. La hueste se ha deshecho de mí. Ahora el fantasma soy yo, y la Furia está controlando mi cuerpo.

La Furia, mi otro yo, se pone de repente en pie. Todos se quedan mirándolo, como si esperasen que fuera a pronunciar un discurso improvisado, pero lo único que hace mi cuerpo es señalarme y empezar a reírse. No es una risa agradable. Es la risa propia de alguien con una máscara de cuero y una motosierra que lleva semanas engrasando con mimo. La carcajada resulta estridente, y mis amigos dejan de hablar mientras mi cuerpo ríe y ríe hasta que se acerca a mí —a mi espíritu, o a lo que quiera que sea ahora— y, sin dejar de reír, me atraviesa, para después dirigirse hacia la pequeña colina situada en mitad del parque.

—Pero ¿qué está haciendo? —pregunta Kirk.

—¿Le pasa algo a Luke?

—Parecía estar bien esta mañana —dice Mark—. Todos nos despertamos en tu jardín, cuando llegaron tus padres, ¿recuerdas? No estaba peor que los demás.

—No sé, tronco —dice Kirk—, ¿dijo si de verdad se encontraba bien?

—Creo que murmuró algo.. Parecía estar bien.

—No le he oído decir una palabra en todo el día —interviene Holiday.

—Da un mal rollo que te cagas —añade Alice—. Os repito que ese chaval no es trigo limpio. Emite unas vibraciones extrañas. Nunca me ha gustado. Y anoche trajo a esa friki de Elza, que luego desapareció antes de que todo el mundo se desmayara. Apuesto a que saben algo de todo esto.

Le dedico a Alice una peineta espectral.

—Bah, qué cosas dices —replica Kirk.

—Es un buen chico —dice Holiday—. Su madre está enferma.

—Deberíamos llevarlo al hospital —dice Mark, indeciso. Kirk y él se levantan para reunirse con mi cuerpo.

A modo de experimento definitivo, inspiro hondo y echo a correr, situándome justo entre ambos. Paso a través de sus cuerpos como si estuviera hecho de niebla. Definitivamente, estoy muerto. Puedo atravesar paredes y todo eso.

Pero ¿de verdad estoy muerto? Los fantasmas no pueden matarme. Eso sí lo sé. Fuera cual fuese el ritual que ejecutaron, mi cuerpo está vivito y coleando. Sigue plantado en lo alto de la colina, y Kirk y Mark se aproximan a él con paso lento y cauteloso. Me acerco a ellos.

—Luke, colega, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

—¿Necesitas tumbarte o algo?

Mi cuerpo se da la vuelta. Se acerca hasta Mark y con suavidad, con calma, le coloca una mano encima del hombro y le susurra algo que no consigo escuchar. Mark se pone pálido, y cuando mi cuerpo se aleja de él, se queda allí plantado, con la mirada perdida.

Kirk alterna la mirada entre mi cuerpo y Mark, sin saber qué hacer.

—¿Luke? ¿Colega? Mark, ¿me ayudas?

Mi cuerpo les está dando la espalda. Alza los brazos, como si estuviera a punto de dirigir una orquesta.

—En serio, Luke —dice Kirk—, esto no tiene ninguna gracia. Déjalo ya.

Mark está temblando, jadea como si estuviera corriendo una maratón.

—Vámonos, por favor... —Susurra Mark—. Vámonos..

Se produce una explosión de chillidos y graznidos, acompañada de un fuerte zumbido, cuando todos los cuervos de todos los árboles del parque levantan el vuelo al mismo tiempo, salen en tromba de entre las ramas y revolotean en círculos sobre nuestras cabezas, formando un nudo negro y estridente. Mark y Kirk se encogen de miedo. La nube de pájaros se contrae como un puño y después se expande, dispersándose por todos los rincones del cielo. Un único cuervo muerto cae desde lo alto y aterriza sobre la hierba, junto a los pies de mi cuerpo. Lo siguen en la caída unas cuantas plumas oscuras, lustrosas, como pétalos impregnados de petróleo.

—Luke... —dice Kirk.

Mi cuerpo les obsequia con una sonrisa de oreja a oreja y entonces, con un suave movimiento, se agacha para recoger el pájaro muerto, se lo mete en la boca —con pico, plumas y patas escamosas— y traga ligeramente para conseguir que le quepa entero. Sigue engullendo hasta que el pájaro desaparece. Hasta quedar consumido. Ahora me dirige a mí una sonrisa y me saluda con la mano, después se aleja a paso ligero en dirección norte.

Mis amigos no pierden el tiempo en hacer más preguntas. Se alejan

corriendo de mi cuerpo, de regreso al templete, gritándoles a Holiday y a Alice que salgan pitando de allí.

A ver, en lo que respecta a ser un fantasma, o como queráis llamarlo, no es fácil describirlo. Creo que nuestra mente está tan acostumbrada a experimentar las cosas de una manera que cuesta mucho convencerla de que algo ha cambiado. Yo soy un ejemplo de ello, al no haberme dado cuenta de que era un espíritu durante toda la caminata desde la casa de Holiday hasta el parque. No tienes hambre ni frío, no sientes gran cosa, pero no eres consciente de que ya no puedes sentir el suelo bajo tus pies ni los soplidos del viento. Hace falta prestar muchísima atención para darse cuenta de que en realidad no estás caminando sobre la hierba, sino tan sólo realizando los movimientos necesarios para hacerlo. No me extrañaría que los fantasmas tarden semanas, o incluso años, en darse cuenta de que están muertos.

Puedes volar, o flotar, si te apetece hacerlo. Tratar de explicar el proceso es tan complicado como intentar describir lo que se te pasa por la cabeza cuando quieres mover la mano para rascarte la barriga. Simplemente decides hacerlo, y lo haces. También puedes moverte con rapidez, mucho más deprisa que andando o corriendo. No sé a qué velocidad exacta, pero creo que cada vez que la hueste daba la impresión de desaparecer, es posible que simplemente se hubieran desplazado a otra parte más rápido de lo que mi ojo podía percibir.

Me planteo la posibilidad de seguir a mi cuerpo poseído, pero tengo que buscar a mamá, así que me dirijo a casa. Voy flotando hacia Wormwood Drive, pero todo empieza a resultar demasiado raro después de recorrer un par de calles, así que opto por ir corriendo. No sé por qué. Supongo que el hecho de volar es un recordatorio de que ya no tengo cuerpo, y eso me produce pánico, como si estuviera agarrado al borde de un acantilado con las yemas de los dedos y no dejara de mirar la caída que me espera debajo. Todo lo que sea normal y me ayude a olvidar —por ejemplo, caminar— me vendrá bien.

Veo a unos cuantos muertos de camino a Dunbarrow. Hay una mujer con el cuello visiblemente roto sentada en uno de los bancos de la plaza principal, contemplando las flores, y un par de tipos ataviados con trajes elegantes y camisas con volantes, que parecen salidos de un cuadro antiguo. Ninguno de ellos intenta hablar conmigo, y mejor así. Bato mi propia marca, dado que ya no tengo que esperar en los pasos de cebra, y llego a mi casa en unos treinta minutos.

Todas las ventanas están cerradas, también la puerta, y el coche amarillo de mamá sigue aparcado en el camino de grava. Nadie que pasara por allí sospecharía que está ocurriendo algo malo, salvo quizá

por el hecho de que hay animales muertos clavados a los árboles a cada lado de la verja de la entrada, aunque no se ven bien desde la carretera, ya que están cerca del suelo, parcialmente ocultos por las ramas. Me acerco a ellos, frunciendo el ceño. Uno de ellos es un hurón o un armiño, el otro es un zorrillo.

Doy un paso más hacia la verja, y de repente cobran vida. Mueven la cabeza como si fueran marionetas, la giran para observarme con unos ojos hundidos.

«Eso no se toca», dice el zorro. Tiene una voz apenas audible, aguda, como el susurro del viento en el oído.

«Márchate», dice el armiño.

«Niño malo».

«Márchate. Márchate».

—¿O qué?

«Eso no se toca».

Examino de cerca el camino de grava. Hay un rastro de sangre oscura, que se extiende entre los dos árboles, bloqueando el camino entero. Acerco la mano a la sangre, que empieza a desprender un fulgor ponzoñoso. Aparto la mano y el resplandor se atenúa.

—¿Debo suponer que no puedo atravesarlo? —les pregunto a los centinelas.

«Piérdete».

—Deberíais preguntaros por qué estáis trabajando para los tipos que os han clavado a esos árboles.

Salgo del camino de grava y camino en círculo alrededor de mi casa, abriéndome paso sin esfuerzo entre los arbustos y la pared de la caseta de los vecinos. Todos los árboles de nuestro jardín tienen algo clavado —un cuervo, un tejón, un conejo, un búho—, y todos entonan el mismo cántico, «Márchate, márchate, márchate», como una orquesta susurrante. Cada vez que intento cruzar los límites de nuestra finca, veo el mismo rastro de sangre delatora en el suelo, y siento una resistencia eléctrica en la mano o en el pie cuando los aproximo al borde de la barrera. Mi casa tiene nuevos propietarios, que han cambiado las cerraduras. Mamá está al otro lado. Resulta tan frustrante saber que está allí y que no puedo verla. La última vez que la vi fue el viernes por la mañana, ya ha pasado más de un día. Espero que esté bien. Espero que Elza esté bien, espero que la dejen en paz. Eso es lo único que me queda: esperar.

Me quedo esperando en el jardín situado frente a la verja de mi casa durante una hora, quizá más. Veo al Hereje, que sale por la puerta principal dando gritos, unas llamas anaranjadas juguetean alrededor de sus hombros. Llega hasta la verja y entonces desaparece. El cartero llega a bordo de su vistosa furgoneta roja y, por increíble que parezca, no repara en la carnicería que han montado en mi jardín.

Recorre el camino de grava, deja unos cuantos panfletos publicitarios en nuestro buzón y se marcha con la furgoneta.

El último visitante llega cuando estoy a punto de marcharme. Mi cuerpo poseído aparece por la carretera, todavía canturreando, con los vaqueros y las deportivas cubiertos de barro. Camina con paso ligero y despreocupado, balanceando los brazos. Resulta fascinante y aterrador verte a ti mismo caminando, ver cómo tus propios ojos relucen con una alegría que no compartes.

No es fácil acercarme a Elza. Mi casa está protegida por una clase de magia, la suya está protegida por otra. Sus amuletos de nogal, esas estrellas de ocho puntas de madera que ella misma talla, cuelgan de árboles y arbustos por todo Towen Crescent, y hasta que no me he convertido en un espíritu no he sido consciente de los muchos que hay. Por separado no hacen gran cosa, sólo emitir un extraño zumbido cuando me acerco a ellas, pero cuando intento acercarme a la verja del jardín de Elza el zumbido se convierte en un chillido, como si estuviera despegando un avión supersónico, y no puedo avanzar un solo paso más. Me quedo atascado a escasos centímetros de la verja de su casa, frente a algo que parece una furiosa muralla de viento, incapaz de dar los últimos pasos. Rodeo la casa, mientras los amuletos de nogal resuenan en mis oídos, buscando alguna forma de entrar para hablar con ella, pero el edificio está bloqueado por completo. Una vez concluido el rodeo, regreso ante la fachada de la casa y encuentro a Elza plantada en el umbral, oteando la calle. Alzo la mano para saludarla y su rostro se descompone.

—Luke —dice—, siento mucho todo lo que ha pasado.

Ham asoma su cabeza peluda por detrás de las piernas de Elza.

—Escucha, largarte enrabietada ayer por la noche fue una estupidez —digo—, pero te perdono. Al final lo mejor fue que no estuvieras allí. ¿Me puedes dejar entrar en tu casa?

—No sé muy bien cómo decir esto, pero... estás muerto.

—No, Elza, no. No estoy muerto.

—Eres un fantasma, Luke. ¡Lo siento mucho! Los amuletos de nogal no te permiten acercarte a mi casa. Percibí que algo estaba intentando romperlos, pero supuse que sería algún miembro de la hueste. He salido para comprobar quién era. Y resulta que el fantasma eres tú.

—No, oye, escucha...

—Negarlo no va a facilitarnos las cosas a ninguno de los dos, Luke. Ya sé que es duro, pero... has muerto.

—No estoy muerto. Mi cuerpo sigue caminando por ahí.

—¿Cómo dices?

—Fui al parque y mi cuerpo estaba allí. Sentado con mis amigos. Después subió por la colina y se... se comió un pájaro entero.

—¿Así que estás poseído?

—Sí.

—Entonces, ¿la hueste no te mató? A ver, me imagino que no pueden hacerlo, pero... ¿Qué te han hecho?

—Lo suficiente. El Siervo... ya no está. El demonio de mi padre lo devoró. El Pastor ha tomado el control. No sé cómo, pero me han extirpado de mi propio cuerpo, y ahora es el demonio quien lo controla. También me han impedido el acceso a mi casa. Hay una especie de... de barrera mágica, un muro.

Elza se acerca a la verja de su jardín. Ham va brincando por detrás de ella.

—Así que sigues vivo —dice.

—Más o menos. Es como si me hubieran... desahuciado. Deben de tener otro plan para matarme del todo y liberarse.

—Que quizá requiera el uso de tu cuerpo. Ya veo.

—Lo tienen todo pensado.

Elza se desliza los dedos por su cabello despeinado.

—Oye, ¿puedo entrar en tu casa?

—Ah, sí, perdona.

Elza atraviesa la verja, mientras Ham trota junto a sus pies. Me resulta increíble pensar que, hasta hace nada, Elza no era más que un personaje totalmente secundario en mi vida. Me sorprende lo muchísimo que me alegro de verla, por mucho que anoche me dejara tirado. Cuando sólo una persona en todo el pueblo puede verte y hablar contigo, resulta mucho más fácil perdonarla. Elza retira uno de los amuletos de nogal del seto y le dice:

—Este forastero es bienvenido.

Alza la estrella de madera hacia mi frente. No se produce ningún destello de luz, tampoco un estallido de frío intenso, ni nada de eso que he aprendido a esperar de la magia, pero el ensordecedor chillido de los amuletos se desvanece y descubro que puedo acceder flotando hacia el jardín de Elza sin problema.

—No tenía muy claro si funcionaría o no —comenta Elza.

—¿No lo habías intentado antes?

—Nunca antes me había hecho amiga de ningún fantasma.

—¿Dónde aprendiste a utilizar esos amuletos?

—Cuando tenía trece años, encontré unas cuantas tallas de madera de estas en la casa de mi abuela. Estaban en el ático, eran muy antiguos. Como ya te dije, mis padres no tienen visión extrasensorial, pero algunos de mis ancestros debían de tenerla. Las tallas tenían algo que me resultó... interesante. Busqué información sobre ellas y descubrí que eran una protección ancestral frente a los muertos. Desde entonces, los fantasmas dejaron de acercarse a nuestra casa.

Ham sigue empeñado en saltar sobre mí para saludarme, pero sus

patas me atraviesan el cuerpo. Está cada vez más perplejo, como si le estuviera gastando alguna broma.

—En fin —dice Elza—, vamos adentro. No puedo quedarme aquí en el jardín hablando sola.

Sigo a Elza y a Ham hasta la cocina. Todo sigue igual. El fregadero está lleno de sartenes sucias, como buques de guerra hundidos con fugas de aceite. Una mosca se está estampando de bruces contra la ventana.

—Entonces, ¿qué te pasó? —pregunto.

—Luke, quiero que sepas lo mucho que lo siento. Debería haberme quedado contigo... pero soy orgullosa. Muy orgullosa. Lo único que pude pensar después de que esa zorra me empapara fue: «He venido para salvarte y no te lo mereces». Y estaba equivocada. Sí que merecía ser salvada. Ser una buena persona no consiste en rescatar sólo a la gente que te cae bien y abandonar al resto.

»Llegué hasta el pie de Wight Hill cuando entré en razón. Sabía que no podía abandonarte sin más. Emprendí el camino de vuelta a la fiesta y entonces percibí la presencia de la hueste. Fue poco después de medianoche. Intenté abrir las puertas, pero no pude, y hacía mucho frío. Pude ver las siluetas de la gente a través de las ventanas, y ninguna se movía. Percibí un rastro de magia negra, como una sensación desagradable en la cabeza, que procedía del interior de la casa. Intenté volver a entrar, pero... no sé. Creo que me desmayé. Me desperté en el jardín delantero a las ocho de la mañana. Debí de pasar toda la noche allí dormida. La gente estaba empezando a despertarse en el interior de la casa, así que me largué de allí. Te he estado llamando, pero...

—Tranquila, no hace falta que te disculpes. Fue una especie de sortilegio, todos los que estaban en la fiesta se desmayaron. Tenías razón. No tenía ningún plan. No tenía nada. Intenté buscar una forma de controlar al Juez, con el sello, pero tenían a todos los demás como rehenes. Iban a matar a Holiday. Les entregué el sello y el libro, y ellos... ese demonio, la Furia... devoró al Siervo, y me separó de mi cuerpo.

—Ya veo —dice Elza—. La hueste tiene el sello y el *Libro de los ocho*. Así que las notas de tu padre no nos servirán de nada hasta que los recuperemos.

—¿Algún plan al respecto?

—Ninguno. ¿Y tú?

—Antes de nada, quiero recuperar mi cuerpo. Y mi madre... mi madre está ahí dentro con ellos. No puedo entrar en casa para verla. No la he visto desde ayer por la mañana. Necesito verla. Necesito saber cómo está. La necesitan para algo, estoy seguro, pero no sé para qué... Necesito verla.

—Si pudiera abrazarte en este momento —dice Elza—, lo haría.

* * *

La señora Moss regresa a las ocho de su turno sabatino en el hospital del condado. La madre de Elza es bajita y de rasgos delicados, con la cara ancha y el cabello rizado y de color teja. Supongo que Elza habrá heredado de su padre su altura y esos rasgos tan severos. Su madre lleva un forro polar sucio sobre un uniforme de enfermera de color azul pálido; tiene el pelo apelmazado a causa de la lluvia. Entra en la cocina y empieza a recoger trastos, llama a gritos a Elza para que baje a limpiar las cazuelas de pasta, como se supone que debería haber hecho ayer. Es una sensación extraña y emocionante que sólo Elza pueda verme y oírme. Tendría la capacidad, por ejemplo, de seguir a su madre durante el resto de su vida, de llegar a conocerla mejor que nadie en este planeta. No creo que la madre de Elza sea la mejor candidata para ello, pero apostaría a que hay otras vidas a las que sí valdría la pena suscribirse.

Elza baja por las escaleras dando pisotones y se pone a fregar las cazuelas enrabietada, resoplando y dejando caer agua a propósito por la parte delantera del fregadero, mientras su madre se sienta con la pesada cabeza de Ham sobre el regazo y le pregunta a Elza si no cree que ya es un poco mayorcita para ponerse así por limpiar un par de cacharros.

—Estaba ocupada.

—Ya, claro. ¿Y cuándo va a venir tu amigo a recoger a su perro?

—Ya te he dicho que la madre de Luke está mala. No te dan un horario cuando te pones enfermo. Le dije que cuidaríamos de Ham unos días, nada más.

—Deberías consultarme antes de comprometerte a algo así. Y seguro que ya han pasado varios días.

—Está aquí desde anoche, mamá.

—¿Por qué no lo llamas y le preguntas cuándo podrá llevarse al perro?

—No quiero molestarlo.

—Entiendo. No quieres «ir demasiado rápido»...

—¡Sólo somos amigos! Te pones a zumbar como un satélite espía cada vez que menciono el nombre de un chico. Es patético.

—Tu padre y yo llevamos casados mucho tiempo —dice su madre, con una sonrisita mordaz que recuerdo haberle visto también a Elza—. No me queda más remedio que experimentar indirectamente una vida amorosa a través de mi única hija.

Elza se ríe, y comprendo que lo que me había parecido una escena tensa en realidad era un juego que tienen entre las dos desde hace mucho tiempo. La madre de Elza acaricia a Ham en las orejas, y creo

que podré dejarlo en casa de los Moss todo el tiempo que necesite. Eso soluciona un pequeño problema. Quizá lo adopten, si ocurre lo peor.

Ni siquiera he dejado un testamento ni nada.

Elza y su madre empiezan a preparar una especie de tarta. Comentan que esta noche cambia la hora y hablan de los turnos que la madre de Elza tiene en el hospital. Cuando la tarta está en el horno, Elza intercepta mi mirada y señala con un ademán de cabeza hacia el pasillo, así que me dirijo hacia allí atravesando la pared, que es algo que está empezando a gustarme.

—Oye —me susurra—, esto es un poco incómodo, ¿te importaría salir un rato?

—¿Cómo dices?

—De mi casa, Luke. Hablar con los vivos cuando hay fantasmas alrededor no es algo que me motive demasiado. Es como si te hubieran pinchado el teléfono. Y el hecho de que te conozca hace que todo resulte aún más raro.

—¿He hecho algo mal?

—En absoluto, te has quedado muy calladito y tranquilo. Lo que pasa es que no seré capaz de seguir hablando con mi madre contigo ahí escuchando. Creo que sería injusto con ella. Espero que no te sientas ofendido.

—La verdad es que no había pensado en ello, para ser sincero.

—Además, no sé, tampoco es que vayas a pillar un resfriado si sales a la calle, ¿no? Y cada vez me preocupa más ese demonio que está controlando tu cuerpo. Y lo que pasaría si decidiera venir aquí.

—¿Tus amuletos no lo mantendrían alejado?

—Creo que sí. Pero perfectamente podría estar escondido en la carretera, aguardando a que me toque salir a comprar leche o algo. Si lo localizaras, me sentiría mucho más segura.

Me elevo como una nube de vapor, como el asombroso hombre intangible, y me desvanezco a través del polvoriento ático de la casa de Elza, para después atravesar el tejado hasta alcanzar el cielo nocturno. Me detengo a unos quince metros del suelo. Dunbarrow se extiende bajo mis pies; las casas parecen maquetas con un increíble nivel de detalle. Veo a alguien que corre por la calle, su paraguas se convulsiona y se pone del revés a causa del viento. No sé por dónde empezar a buscar.

Me dirijo al centro del pueblo. Caigo en la cuenta de que es sábado por la noche; hace una semana me encontraba en casa de Kirk, libre de cualquier preocupación, ni siquiera sabía que papá estaba muerto. Desciendo hacia la plaza principal. Está repleta de garitos, veo a la muchedumbre habitual desperdigada a su alrededor, grupos de chavales vestidos con polos chillones y chicas que se tambalean sobre sus tacones. También hay porteros, ataviados como mayordomos de la

mafia, con cara de pocos amigos y largos abrigos negros. Me quedo observándolos, planeando a la altura de los tejados, mientras me pregunto si conseguiré sobrevivir a Halloween, si lo conseguirá mamá, so lo conseguirá Elza. Preguntándome si llegaré a cumplir los dieciocho, si tendré ocasión de conducir, si acabaré teniendo la oportunidad de entrar en uno de esos garitos para pedir una copa. Me quedan tantas cosas por hacer, hay tantas cosas que la hueste quiere arrebatarme.

Cuando estoy a punto de marcharme, oigo que alguien grita mi nombre entre la multitud.

—¡Luke!

Me detengo en pleno vuelo. No hay duda de que alguien me está saludando con la mano, es un chico que se encuentra en la plaza del pueblo, alguien a quien no conozco. Lleva un polo de color rosa. Mientras observo la escena, un par de chicas pasan a través de su cuerpo. El fantasma me hace señas para que me acerque y después atraviesa la pared que tiene detrás, que conduce a un club llamado Vibe.

Lo sigo hasta el interior. Nunca había estado aquí antes; los seguratas siempre se empeñan en pedirle el carné a la gente. Es más o menos como me lo imaginaba: una pista de baile pegajosa, gente borracha y una máquina de hielo seco. En la terraza superior del club hay una mesa ocupada por fantasmas. Tres de ellos son unos chavales, más o menos de mi edad, uno de ellos es el chico del polo que me llamó. Todos van vestidos de *sport,* con el pelo peinado hacia arriba con gomina, formando unas puntas acuosas. Los otros dos son el Juez y el Oráculo. Me detengo al ver al fantasma de la cabeza rapada, pero él no aparta la mirada de su cerveza.

—Que hay, jefe.

—Juez, ¿qué estás haciendo aquí?

—Buenos, estos chavales vienen aquí todos los fines de semana. Nos pusimos a hablar en la calle y nos invitaron a pasar. No esperaba verte por aquí.

—Me han llamado —digo, encogiéndome de hombros. Supongo que el Pastor le ha dado la noche libre.

—Luke, colega, me alegro de conocerte —dice uno de los chavales.

—¿Te conozco?

—Soy Andy, y estos son Jack y Ryan. Solíamos vivir aquí. En Dunbarrow.

—Ya veo —digo—, el caso es que me suenas un poco.

—Es una historia un poco bochornosa —se lamenta Jack.

—Le podría haber ocurrido a cualquiera —le dice el Juez, para animarlo.

—Pero eso no quita que nos haga quedar como unos idiotas.

—¿Moristeis todos a la vez? —les pregunto.

—Fue un accidente de coche —dice Ryan—, iba conduciendo él. —Señala hacia Andy, que pone los ojos en blanco.

—¿Me lo vas a estar recordando siempre?

—Estaba borracho —dice Ryan.

—¡Y tú!

—Creo que lo recuerdo —digo—. Yo estaba en segundo de secundaria. Salisteis en el periódico.

—Decían que nos habíamos ido demasiado pronto —explica Jack.

—Sé lo que se siente —interviene el Juez—. Yo también me morí en la flor de la vida.

—¿Cómo fue? —le pregunto.

—En una pelea, jefe. Me llevé un ladrillazo en la cabeza. Y adiós.

—Qué horror —digo.

—Ya casi ni lo recuerdo, jefe, para ser sincero.

—Hablando de llevarse un porrazo en la cabeza, Juez...

—Ja, ya sabía que me saldrías con eso...

—¡Te aliaste con el Pastor!

—Mira, jefe, estaba respaldando al caballo ganador. Ya sabes cómo va esto.

—No, no sé cómo va esto. Van a matarme, Juez. Y tú les estás ayudando.

—Una llave que no encaja en ninguna cerradura —dice el Oráculo.

—¿Cómo dices? —le pregunta Ryan.

—Si sirve de algo, jefe, lo siento. Lo que le pasó al Siervo...

—Fue horrible.

—¡El Pastor nunca dijo nada de eso! ¡Nunca habló de devorar a nadie!

—Entonces, ¿vosotros ya os conocíais? —me pregunta el chico que se llama Andy.

—Sí, digamos que sí —respondo.

—El libro es un laberinto —dice el Oráculo.

—Si tanto lo sientes, ¿por qué no me ayudas? —pregunto.

—No puedo —dice el Juez.

—¿Un tipo grandote como tú? Pensaba que no eras de los que se dejan pisotear.

—Me harán picadillo a mí también, jefe. No puedes impedir que ese bastardo con cabeza de perro me devore, así que no te sirvo de nada. Aunque quisiera. Que no es el caso.

—Está bien —digo—, olvídalo. Yo tampoco quería que ocurriera nada de esto.

La música nos da un respiro, pero no tarda en llegar corriendo una nueva canción para llenar el silencio.

—Entonces, ¿venís aquí a menudo? —le pregunto a Jack.

—Casi todos los sábados, sí. Nos ayuda a recordar, ¿sabes?

—Echamos de menos venir aquí —dice Ryan.

—También vemos los partidos de rugby. Por eso sabemos quién eres.

—Ya...

—¿Cómo moriste? —me pregunta Andy.

—En realidad no estoy muerto —respondo—. Es... raro. Estoy intentando recuperar mi cuerpo. Uno de sus amigos —señalo hacia el Juez con un ademán de cabeza— me lo arrebató. Estoy intentando encontrarlo.

Todos se quedan en silencio. Los chavales se quedan mirándose.

—No podemos ayudarte —dice Jack al fin—. No lo hemos visto.

—En cualquier caso, que tengas suerte —añade Andy.

—Conocerás a un hombre sin líneas en la mano —dice el Oráculo.

—Déjalo ya, cielo —le dice el Juez—. Al Pastor no le gustará que digas eso.

—¿De verdad profetiza cosas? —pregunto.

—Está chalada, jefe. Sólo dice cosas sin sentido. Nunca entendí por qué tu padre la mantuvo en la hueste. Debió de ver algo en ella. En cierto modo es lo opuesto a mí, ¿sabes? Yo soy el de las verdades como puños, ella la de las vaguedades y las visiones. Es posible que los dos seamos necesarios en una hueste para mantener cierto equilibrio.

Una chica muy borracha vestida de negro se sienta en la misma silla que Jack, y juntos parecen una espantosa fotografía con doble exposición, hasta que la chica se estremece, se levanta otra vez y se aleja dando bandazos de la mesa de los fantasmas. Decido que, si al final acabo muriendo, no pienso aparecerme en ningún garito cutre de Dunbarrow.

—¿Quién sabe? —le digo al *skinhead* al cabo de un rato—. Disfrutad de la noche, Juez, Oráculo, chicos.

Subo volando a través del techo y atravieso el tejado del Vibe hasta que el cielo se extiende sobre mi cabeza. Sobrevuelo el pueblo, alejándome de las intensas luces de la plaza y de las hileras de tiendas cerradas a cal y canto, paso sobre la línea plateada que forma el río y dejo atrás el templete del parque, sus estanques de patos y sus fardos de hojas naranjas. Estoy a punto de regresar a casa de Elza, sin la menor idea de dónde puede estar escondido mi cuerpo, cuando escucho que alguien grita mi nombre y giro en pleno vuelo, apuntando de nuevo hacia el centro del pueblo.

Ryan se acerca hacia mí, ejecutando un vuelo rasante a través de los árboles.

—Qué hay —le digo.

—Le he dicho al *skinhead* que me he ido a merodear por el lavabo de las chicas —dice.

—Pues muy bien.

—Oye, no pueden enterarse de que he hablado contigo. No pueden enterarse de que te he dicho nada. Pero creo que deberías echar un vistazo cerca de las Pisadas del Diablo. Conozco a todos los fantasmas del pueblo, y ha habido rumores de que están ocurriendo cosas en ese lugar. Si alguien ha tomado el control de tu cuerpo, lo más probable es que esté allí.

—¿Las Pisadas del Diablo?

—El círculo de piedra, colega. Todos los fantasmas lo conocen. Es un lugar de tránsito, ¿sabes?

—¿Dónde está? —pregunto.

—Cerca del colegio. Hay una senda por detrás del campo de rugby que se adentra en el bosque. Síguela. Lo reconocerás en cuanto lo veas.

—Gracias —le digo.

—No es nada —responde Ryan—. Sólo hago lo que puedo. Los chicos de Dunbarrow no dejan a su gente en la estacada.

Sonríe y se marcha volando, de regreso al Vibe. Yo emprendo el camino hacia el colegio.

El instituto de Dunbarrow, para mi sorpresa, está desierto. Sólo hay una furgoneta blanca en el aparcamiento. Desciendo hasta el nivel del suelo. Está tan oscuro que no se ve nada, ahora que estoy fuera del alcance de las farolas. Floto a través del campo de rugby, escuchando los chirridos de los árboles, mientras intento localizar la senda de la que me ha hablado Ryan. Nunca he oído hablar de un sitio con un nombre tan siniestro como las Pisadas del Diablo, y me cuesta creer que exista un lugar secreto de ese tipo tan cerca del colegio.

Cuando estoy a punto de tirar la toalla, veo a alguien ataviado con una sudadera negra con capucha. Me adentro a toda velocidad entre los pinos y me quedo flotando en el aire, justo por debajo del agua que gotea de las ramas oscuras. Soy yo, mi cuerpo. Se está acercando, chapoteando sobre el campo humedecido. Lleva un conejo descabezado en la mano izquierda, el cadáver parduzco se balancea por lo cuartos traseros. Cuando mi cuerpo pasa junto al árbol en el que estoy escondido, se detiene y mira a su alrededor, como si percibiera algo en el ambiente. Mi rostro está pálido bajo la capucha del chubasquero, la boca torcida en una expresión de regocijo. Si todavía fuera capaz de respirar, contendría el aliento. Al cabo de un rato, mi cuerpo se da la vuelta y sigue avanzando, penetrando en la oscuridad, y yo reanudo la persecución.

Dejamos atrás el campo de rugby y nos adentramos en el bosque, colina arriba durante un buen rato, después descendemos por una pendiente poco pronunciada hasta que de repente llegamos a lo que parecen ser las Pisadas del Diablo. El lugar se encuentra en una

hondonada, completamente ensombrecida por robles inmensos. La hondonada está cubierta por una suave capa de musgo, así como por penachos de juncos finos como agujas, de esos que crecen en terrenos húmedos. Hay tres piedras, una más alta que una persona, las otras más redondeadas, más planas, quizá de la altura de una mesa. Podría ponerme melodramático y compararlas con unos dientes, pero en realidad no son más que unos cachos de roca aislados, como si alguien hubiera empezado a esculpir algo y después se hubiera aburrido y los hubiera dejado allí. Un escenario tan siniestro como cabría esperar de una situación como esta.

Mi cuerpo camina hacia el centro del círculo de piedra, entonces se arrodilla y empieza a excavar en el suelo con las manos. Lo observo, escondido entre los árboles, mientras prosigue su tarea, ajeno a la lluvia y al viento.

Regreso a casa de Elza a medianoche. Ham está tumbado a sus pies, respirando con suavidad. Elza está en el sofá y tiene delante dos hojas que contienen notas de mi padre, está garabateando algo en ellas con un rotulador permanente.

—Toc, toc.

—¿Encontraste tu cuerpo?

—Pues sí, la verdad. Estaba... estaba por detrás del colegio. En un lugar llamado las Pisadas del Diablo...

—Ah. El lugar de los sacrificios. En fin, qué... desagradable. Debe de estar preparando algo para Halloween.

—Estuvo cavando un hoyo durante horas, paró en torno a la medianoche. Lo seguí de vuelta hasta mi casa.

—Y no conseguiste entrar, a causa de la barrera mágica.

—Así es. Mi cuerpo entró y ahí acabó todo. Y aún sigue allí.

—Así que estamos hasta el cuello de problemas. No tenemos el sello ni el libro, tú no tienes cuerpo... Y tienen a tu madre encerrada en tu casa. Sólo nos quedan cinco días hasta el viernes, que es Halloween, y sigo sin tener ni idea de lo que significan los números que anotó tu padre.

—Elza, quiero comprobar que mi madre está bien. No la he visto desde ayer. Podría haberle pasado cualquier cosa. Ya sabes cómo ha estado últimamente. Quiero verla.

—Está bien. —Elza se pellizca el puente de la nariz—. Uf, me duele la cabeza. Iba a proponerte lo mismo. Si la hueste no quiere que entres en tu casa, me parece que es una razón excelente para que entremos.

—¿Cómo? ¿Quieres ir ahora?

—No, ahora no. Necesitamos planearlo como es debido. No podemos ir corriendo de un lado a otro como pollo sin cabeza, como nos pasó en casa de Holiday. Pensaremos algo e iremos mañana.

Rescatar a tu madre me parece un buen punto de partida.

—Vale, pero ¿de qué nos servirá con respecto a todo lo demás?

—Bueno... No lo sé. Pero está claro que quieren mantenerla con vida por algo. Creo que si sacamos a tu madre de allí, vendrán a por nosotros. Y tu cuerpo también. Y entonces... entonces nos tocará improvisar.

—De acuerdo —digo—. En fin, yo no tengo ningún plan mejor.

—Y en cuanto a ese círculo mágico... —dice Elza—. ¿Podría atravesarlo yo? ¿Sólo impide el paso de los espíritus?

—No creo que la barrera afecte a los vivos. Vi al cartero entrar por la puerta.

—A lo mejor lo dejaron pasar.

—Sí, es posible —digo—. Pero también he visto entrar pájaros.

—Mmm. Tengo una idea.

—¿En serio?

—¿Has probado a poseer algo?

—Ni se me había pasado por la cabeza.

—Mejor así. Es una mala costumbre que es mejor evitar. A ver, atiende, no pienso entrar ahí sola. Sabemos que no pueden matarte. Ya eres un fantasma, así que no sé si podrán hacerte algo siquiera. Yo soy vulnerable. No creo que la extrañita me sirva de mucho si tu cuerpo me ataca.

—Así que yo también tengo que entrar. Pero no puedo cruzar la...

—Ya. Pero como te he dicho, tengo una idea. Has oído hablar de Troya, ¿verdad? Construyeron un caballo de madera y metieron soldados dentro. Nosotros no tenemos un caballo de madera, pero sí tenemos algo que creo que te permitirá cruzar la barrera hasta el interior.

—¿Y bien, qué es?

El fuego chisporrotea, y un pedazo de carbón flameante sale rodando de la chimenea hasta golpearse contra el salvachispas. Ham se despierta de repente, se pone en pie con un brinco y empieza a gimotear. Se da la vuelta hacia los dos y nos mira con los ojos muy abiertos, como si sospechara que vamos a meterlo en algún lío.

7

EL PERRO DE TROYA

Yo Ham. Yo Luke. Cruzo campo con chica. Campo oler bien. Yo valiente. Yo bueno. Yo Ham bueno y valiente. Buen chico. Chica gustar. Lluvia encima, no bueno. Árboles gritan por lluvia. Barro abajo. Pezuñas mojadas. Yo valiente. Chica camina con Ham. Buscar mamá. Ir a casa. Casa mala.

Andar y más andar. Cabeza mojada. Chica hablar. Hablar y más hablar. Voz aguda. Chica pelo mojado. Chica oler muy bien. Andar y más andar. Ver casa. Casa mala. Ham miedo. Ham valiente. Casa grande y mala. Antes casa buena. Ahora Ham miedo. Casa llena de gente no viva. Gente mala y no viva, no oler. Ham miedo. Ham valiente. Debo encontrar mamá. Debo ser valiente. En casa también Luke malo. Muy malo. Oler como Luke. No ser Luke.

Sigiloso. Ham sigiloso. Casa oler mal. Yo valiente. No huir. Luke valiente. Seto con sangre debajo. Sangre fresca. Bestias no vivas colgar de árboles. Bestias no vivas hablar. Decir, «Márchate márchate márchate». Ham no huir. Debo cruzar sangre. Llegar a casa mala. Yo Ham. Yo Luke.

Chica hablar, empujar Ham. Ham no querer ir. Ham miedo. Muchas bestias no vivas. Mucha gente no viva. Muy malo. Casa grande y mala y oscura.

Chiza azotar trasero de Ham. Azotar trasero muy fuerte. No gustar. Querer gritar. Yo Luke. Yo Luke. Ham arrastrarse. Chica detrás. Yo valiente. Bestias no vivas clavadas en árboles. Bestias no vivas gritar.

Debo encontrar mamá. Yo Luke. Yo Ham. Yo valiente. Yo muy valiente. Arrastrar para pasar sangre. Oler mal. Yo muy valiente. Cruzar jardín. Chica esconder en caseta.

Yo no Ham. Yo Luke Luke yo Luke y al fin...

Al fin abandono el cuerpo de Ham y emerjo a través de su hocico, con un silbido similar al del vapor que sale de una tetera. Elza tenía razón. Ha funcionado, hemos traspasado el círculo. Los despojos animales que ejercen de centinelas giran la cabeza para observarme con sus ojos inertes mientras me dirijo hacia el jardín trasero, que siempre ha sido mi lugar favorito de la casa, un jardín amplio y verde que desciende suavemente hacia un pequeño muro de piedra, con pastos pisoteados por las ovejas al otro lado. Ham gimotea por detrás de mí. Espero que no se convierta en un lastre. Utilizarlo para cruzar la barrera que rodea mi casa fue una genialidad, pero me preocupa que pueda alertar

a los fantasmas. He estado vigilando mi casa desde por la mañana temprano, flotando por detrás de la chimenea del vecino. Mi cuerpo se marchó al páramo al amanecer y aún no ha regresado, pero eso no significa que no vaya a hacerlo, y estoy convencido de que el Pastor habrá puesto a otros miembros de la hueste a vigilar la casa.

—¡Ve a buscar a Elza! —le digo entre dientes.

Me planteo la posibilidad de poseerlo otra vez y dirigirlo hasta la caseta del jardín, pero prefiero no hacerlo. Meterme en la mente de Ham es lo más desconcertante que he hecho en mi vida, peor que ningún sueño o que cualquier borrachera. Es como estar atrapado en un laberinto de espejos mientras un demente te grita cosas al oído. Hasta el último centímetro de los campos que separan mi casa de Towen Crescent tenía un olor indescriptible; era como una orquesta de luz y sonido tocando en mi hocico. Había empezado a perder la noción de mí mismo. Si Elza no hubiera azotado a Ham, no habría sido capaz siquiera de obligarle a atravesar la barrera.

Cruzo el jardín y me desvanezco a través de la pared de la cocina. Puedo oír el televisor encendido en el salón. Salgo al pasillo y asomo la cabeza por el umbral. El Juez está sentado en el sofá, con las Doc Martenes rojas apoyadas sobre la mesa de centro. Está viendo un partido de rugby, desatendiendo totalmente sus labores de vigilancia. Me pregunto qué estará haciendo el resto de la hueste. Opto por la línea de acción más directa posible y me elevo a través del techo en dirección al dormitorio de mamá.

Mi cabeza atraviesa el suelo, después mis hombros, que se impulsan hacia el interior de la habitación. Está a oscuras. La ventana está tapada por unas gruesas sábanas negras, no por las cortinas naranjas y verdes de siempre. Apenas entra un ligero haz de claridad por los bordes.

Mamá está flotando a unos treinta centímetros de la cama, sostenida por una fuerza invisible. La inmensa runa negra sigue pintada sobre el cabecero, rodada ahora por ocho marcas más pequeñas. Me acerco a la cama. Mamá tiene el rostro tranquilo, carente de expresión. No parece estar sufriendo. Tiene los brazos cruzados encima del pecho, y me doy cuenta de que está agarrando un librito verde. Resulta que es aquí donde guardan el *Libro de los ocho*. No sé cómo vamos a sacar a mamá de aquí. No tenía previsto que estuviera levitando. Me quedo quieto junto a su cama, escuchando el sonido de su respiración, consciente de que aunque se despertara no podría verme. Ni siquiera puedo tocarla. Si no hubiera firmado el contrato de Berkley...

No puedo quedarme en esta habitación. Atravieso a toda prisa la pared hacia mi cuarto, que ha sido registrado, hay ropas y sábanas tiradas por todas partes. Alguien ha desgarrado el papel de la pared

como si fuera un animal. Reviso cada habitación de la casa, no encuentro rastro de ningún otro espíritu, y regreso a la caseta del jardín donde están escondidos Elza y Ham.

—¿Cómo está la cosa? —pregunta Elza.

—El Juez está en el salón, pero está viendo la tele. Puedes pasar. Los demás no están en casa, o al menos, no los he visto. Deben de estar en las Pisadas del Diablo, o por ahí.

—O eso es lo que quieren que pensemos.

—Ya, pero ¿qué otra cosa podemos hacer? En fin, ya sabes dónde está el cuarto de mi madre. Las cosas se han puesto un poco... raras ahí dentro.

—¿Estás seguro de lo que vamos a hacer? —me pregunta.

—El *Libro de los ocho* también está allí. Necesitamos recuperarlo.

Elza sale de su escondite y cruza a la carrera el jardín trasero, sus botas militares chapotean sobre la hierba mojada. Ham se queda en la caseta, acobardado debajo de una banqueta. Decido degradarlos al puesto más bajo dentro de la manada, debido a su persistente cobardía. Alcanzo a Elza cuando llega a la puerta trasera. Tras protegerse el puño con un trapo. Elza golpea un panel de cristal y mete la mano para quitar el pestillo.

—¡La llave está debajo del tiesto! —le digo entre dientes.

—Perdona. Es que tenía ganas de hacer esto en la vida real.

—¿Y qué pasa con el ruido? Hay un fantasma ahí dentro, ¿recuerdas?

Elza entra en la cocina. Los fragmentos de cristal crujen bajo sus pies. Extrae un cuchillo de detrás del fogón.

—No sé si eso te servirá de algo.

—Nunca se sabe. Anda, ¿es un cuchillo Svensberg de edición limitada?

—La habitación de mi madre está justo por encima de nosotros.

—Tu madre tiene buen gusto para elegir cuchillos.

—Elza...

—Perdona. Cuando tengo miedo digo tonterías.

Agarra el cuchillo con tanta fuerza que se le blanquean los nudillos. Han empezado a poner anuncios en la tele, así que me apresuro a indicarle con gestos que se esconda. Elza se acurruca en la despensa, con la respiración acelerada. El Juez se limita a coger el mando y pasa a la siguiente parte del partido. Atravieso la pared hacia el salón y me quedo observando su nuca afeitada y grisácea, hasta que me aseguro de que está totalmente distraído. Regreso flotando hacia la alacena.

—¿Si te encuentras con mi cuerpo piensas apuñarme? —le susurro.

—No, si no es necesario.

—Preferiría que no lo hicieras. Necesito ese cuerpo en buenas condiciones.

Elza atraviesa el vestíbulo, la zona más peligrosa, donde el Juez podría verla fácilmente. Sabe cómo caminar sin hacer el menor ruido cuando se lo propone, me recuerda a un gato negro inmenso. Se pega contra el armario que hay junto a la puerta, esperando a mi señal antes de subir por las escaleras. El ruido de la multitud en el televisor recuerda a las olas del océano, en lugar de algo producido por gargantas humanas. El Juez mueve las piernas, de forma que ahora tiene el pie izquierdo apoyado sobre el derecho. Presto atención por si hace algún amago de levantarse. Al cabo de un rato, decido que no hay peligro. Elza sube por las escaleras y cruza lentamente el descansillo, en dirección al cuarto de mamá. Abre la puerta con suavidad, con el cuchillo en posición de ataque, y entonces se aparta del oscuro umbral.

—¿Está...?

—Sí. Está flotando.

La sensación que produce la habitación es aún peor que la primera vez que la vi, parece más una tumba que un dormitorio.

—Nunca había visto nada así.

Elza parece asustada y fascinada al mismo tiempo.

—Tenemos que sacarla de aquí —digo.

Elza cierra la puerta del dormitorio a su paso. El murmullo del partido de rugby que está viendo el Juez se mitiga. La oscuridad del cuarto se intensifica. Apenas puedo atisbar el rostro de Elza. Quiero sacar a mi madre de esta casa, alejarla de los fantasmas, llevarla a un lugar seguro, pero ni siquiera puedo tocarla. Necesito que Elza lo comprenda.

—No sé cómo hacerlo —dice Elza.

—¡Tenemos que sacarla de aquí! ¡Es mi madre! ¡La he dejado en este estado durante días! Tenemos que hacer algo.

—Luke...

—¡Elza! ¡Hablo en serio! Ayúdame a sacarla de aquí de una vez...

Elza me pega un bofetón que me atraviesa el rostro.

—¡Luke! ¡Ya estamos haciendo algo! —me espeta—. Necesitamos recuperar el libro y el sello. Luke..., entiendo cómo te sientes. Si se tratara de mi madre..., no sé lo que haría. Pero tenemos que pensar con claridad. Tenemos que descubrir cómo leer el libro y disolver la hueste para siempre. Eso es lo que la salvará. ¿Quieres llevarla a un hospital? ¿Y qué crees que harán por ella? No estará más segura en ningún otro sitio.

—¿Y tú qué sabes? ¡No hables así, Elza!

—Luke, tu madre está levitando. ¿Cómo se supone que voy a sacarla de la casa? ¿Atándole una cuerda al tobillo? ¿Tirando de ella por la carretera como si fuera una cometa?

No digo nada. Odio esta situación. Para mí, es una derrota. Sea lo

que sea lo que le esté haciendo la hueste, ningún cuidado que pudieran ofrecerle en el hospital del condado serviría de nada. No quiero dejarla aquí, pero me parece que no nos queda otra opción. Intento contener el pánico y aceptar nuestras limitaciones.

—Pues entonces coge el libro —digo.

Elza inspira hondo.

—Me da un poco de miedo tocarla. ¿Y si se despierta?

—¿Qué podría hacer?

—Estrangularme o algo. No quiero acuchillarla.

—No tenemos elección, ¿recuerdas?

Agarrando con fuerza el cuchillo de trinchar, Elza cruza sigilosamente el oscuro dormitorio. Yo me deslizo a su lado, sin dejar de mirar a mi madre. Me parece que tiene un aspecto más apacible que maligno, pero hay algo en la absoluta quietud de su rostro que resulta escalofriante. Jamás pensé que pudiera tener miedo de ella. Ni siquiera se cabrea cuando me meto en algún lío en el instituto o cuando me olvido de sacar a pasear a Ham, se limita a ondear una mano y a decir, «¿Ya estamos?», como si fuera algo típico de mí, como si contara con ello. No sé si la he oído siquiera levantar la voz alguna vez. Pero aquí, ahora, mientras Elza acerca poco a poco las manos al cuerpo de mi madre, y al libro, descubro que es posible quererla y tenerle miedo a la vez. Preguntarse qué estará viendo al otro lado de sus párpados. Qué expresión adoptarían sus ojos si se despertase.

Elza agarra el *Libro de los ocho* y comienza a tirar lentamente de él para separarlo de los brazos de mi madre.

Mamá suelta un pequeño suspiro.

Elza se queda paralizada.

—No te hará daño —digo.

—Para ti es fácil decirlo, chico sin cuerpo.

—Sí que tengo un cuerpo. Y podría regresar en cualquier momento. Tenemos que salir de aquí.

Elza aprieta los dientes y consigue extraer el *Libro de los ocho*. Los brazos de mamá se asientan en su nueva posición, sin el libro presionado contra su pecho.

Elza expulsa el aliento que estaba conteniendo y sale de la habitación a toda prisa, cerrando la puerta a su paso. Yo atravieso la pared justo a tiempo de escuchar cómo ella se sobresalta y suelta un grito ahogado.

El Hereje se encuentra en el descansillo, envuelto en llamas. Tiene la mandíbula colgando, un humo aceitoso burbujea en sus fosas nasales y en las cuencas de sus ojos. Extiende una mano descarnada hacia mí, pero sólo consigue agarrar el aire.

—*¡Pater noster, qui es in caelis, sanctificetus nomen tuum!*

—¿Qué es eso? —susurra Elza.

—Es el Hereje. No te hará daño. Ni siquiera sabe dónde está. ¡Silencio! —le digo al fantasma.

—¿Está intentando alertar a los demás? —pregunta Elza.

—No tiene capacidad mental suficiente para alertar a nadie.

—*¡Adveniat regnum tuum!*

—¡Cállate!

—*¡Fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra!*

—¡Los va a acabar alertando, aunque sea sin querer! —susurra Elza.

—¡Por favor, cállate! ¡Hereje!

—*Panem nostrum quotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis...*

—Elza, métete en el baño. Ya.

—*¡Debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris!*

—¿Qué? —pregunta Elza.

—*¡Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo!*

—El baño. Abre la ventana, sal por el tejado del garaje. Desde allí podrás saltar al jardín trasero. Yo me encargaré del Juez. No puede hacerme daño. Vete.

—*¡Paster noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum!*

Elza asiente con la cabeza y se escabulle hacia el baño, cerrando la puerta a su paso. El Juez sube con paso furioso por las escaleras, con su cara de patata contraída en un gesto de fastidio.

—¿Se puede saber por qué gritas? Menudo escándalo, no hay manera de... Luke.

—Juez.

Se queda inmóvil en las escaleras. Una mano regordeta apoyada en la barandilla, la otra apretada en un puño.

—*¡Adveniat regnuum tuum!*

—Te dije que dejaras de inmiscuirte. Que no metieras las narices en este asunto.

—Ya sabes que no puedo hacer eso.

—¿Se puede saber...? ¿Cómo has entrado aquí?

—El Pastor no es tan listo como se cree. Eso es todo lo que puedo decir.

—*¡Fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra!*

—Tienes que marcharte —dice el Juez—. Tendré que contarles que has estado aquí.

—Haz lo que tengas que hacer, Juez. Pero yo ganaré esta guerra, y recordaré en qué bando estuviste.

—Maldita... —Se tira del cuello de la camisa—. ¡Maldita sea! La Furia... Ya sabes que no puedo ayudarte, jefe. Hasta que consigas tener a esa cosa bajo control, no me queda más remedio que hacer lo que me ordenen.

—*Panem nostrum quotidianum da nobis hodie...*

El Hereje se ha puesto a caminar, ondeando sus brazos llameantes. Se desvanece a través de la pared en dirección a Elza y Ham, aunque el Juez, afortunadamente, no parece prestarle atención.

—Puedo ganar esta guerra. Créeme. Mandaré al Pastor y a la Furia de vuelta al infierno.

—Tienes que irte —replica el Juez—. Te doy quince minutos, pero tengo que informar de esto, decirles que has entrado en la casa. Tengo que hacerlo.

Tomo aliento.

—Gracias —digo.

Me imagino a Elza forcejeando para pasar a través de la diminuta ventana, deslizando las botas sobre los azulejos verdes, me la imagino aterrizando sobre el jardín, con el *Libro de los ocho* guardado en el bolsillo del chubasquero. Confío en que ya haya llegado hasta el fondo del jardín, porque no me extrañaría que el Juez saliera a echar un vistazo.

—*¡Sicut et nos dimittimus debitoribus nostris!* —El ridículo cántico del fantasma queda amortiguado por las paredes y las ventanas.

El Juez me dirige un pequeño gesto con la cabeza. No sé muy bien lo que significa. Por un instante creo que va a salir a la calle, pero al final se da la vuelta y vuelve a bajar por las escaleras.

—Siento lo del Siervo —digo, y después salgo volando de mi casa como una flecha, a través de la cavidad aislante de la pared, hasta el exterior, con su sombrío aire de octubre, su lluvia cayendo de costado, sus canalones a punto de estallar por el exceso de agua, sus árboles que sisean a causa del viento como una radio sintonizada en una frecuencia vacía.

Elza ya ha traspasado el muro del jardín, y Ham está correteando y dando brincos en nuestro huerto de manzanos, justo delante de la línea mágica fronteriza trazada con sangre. Salgo disparado hacia él, mi segundo cuerpo...

Cuerpo chico cuerpo. Cuerpo perro. Yo Ham. Muy valiente. Bien hecho. Buen chico, buena chica. Gustar chica. Chica valiente. Chica correr, Ham correr. Adiós, bestias no vivas. Adiós, casa mala. Yo Ham. Gustar campo. Gustar cielo. Hola campo. Yo Luke. Yo Ham.

Ham correr. Corre Ham corre. Correr y más correr.

* * *

En cuanto cruzamos un par de pastos, vuelvo a escurrirme fuera de la mente de Ham, seguro de que ya habrá comprendido cuál es la dirección que debe seguir. Elza gira la cabeza hacia atrás a cada rato. Los árboles de hojas doradas que rodean mi jardín ya casi se han

perdido de vista, pero ella sigue convencida de que algo horrible va a salir de allí disparado hacia nosotros en cualquier momento.

—Entonces, ¿cómo vamos a recuperar mi cuerpo? —pregunto.

—Todavía no lo sé.

—Porque me parece que lo necesito, ¿no crees? Si es que quiero ser un nigromante en condiciones. Mientras siga siendo un espíritu, no podré utilizar el sello. Es imposible ponerse un anillo en un dedo espectral. Claro que ni siquiera tenemos el sello. La última vez que vi mi cuerpo, lo llevaba puesto.

—Creo que esa es la razón por la que se quedaron con tu cuerpo —dice Elza—. Para limitar tus opciones. Así nos llevan la delantera. Supongo que tendrán previsto matarlo durante el ritual que quiera que estén planeando para Halloween.

—Bien, en ese caso tenemos que...

—Luke.

—¿Qué?

Elza señala hacia el horizonte. Estamos en mitad de un pasto en el que no hay ovejas, cercado por muros de piedra. A nuestra izquierda está la periferia de Dunbarrow; a la derecha, más prados, hasta llegar a la autopista. No se ve ni un alma. Justo al frente se extiende un denso pinar, que es el lugar hacia el que Elza está señalando con tanta insistencia.

—Yo no veo na... —comienzo a decir, hasta que lo veo. Alguien está saliendo del pinar, a bastante distancia, apenas tres puntitos blancos que se mueven entre los árboles oscuros. No veo bien desde tan lejos, pero el desconocido se parece a mí.

—Hablando del rey de Roma.

—¿Nos ha visto —susurra Elza.

—No lo sé. ¿Dónde estamos?

—Cerca de Bareoak Drive —responde—. Ya no queda mucho para llegar a mi casa.

—¿Puedo... puede mi cuerpo entrar en tu casa?

—Puede que sí. Puede que no. La verdad es que no sé qué efecto provocan los amuletos de nogal en los poseídos. Preferiría no tener que descubrirlo.

Me quedo contemplando el prado. Aún tenemos que cruzar tres más antes de llegar a cualquier calle o edificio. Mi cuerpo está a cuatro prados de distancia, pero sé que puede avanzar muy rápido si se lo propone. Después de todo, me ejercito bastante en el gimnasio. Me parece que el desnivel del terreno juega a nuestro favor, pero tampoco demasiado.

—¿Echo a correr? —pregunta Elza.

—No lo sé. No creo que nos haya visto, pero si nos movemos hacia la izquierda...

—Llegaremos a un terreno elevado, sí.

—Y nos verá.

—También nos verá si nos quedamos aquí mucho tiempo —dice Elza.

—Está bien —digo—, avanza. Corre tan deprisa como puedas.

Elza echa a correr, sus botas se manchan de tierra mojada. Mi cuerpo poseído nos ve antes de que lleguemos al muro y sale corriendo hacia nosotros, una diminuta silueta negra que se agita sobre la pendiente que se alza sobre el bosque. Elza trepa a toda prisa por el muro de piedra, desplazando algunas de las piedras más pequeñas. Ham se pone a gimotear y a corretear en círculos, hasta que recuerda que es capaz de saltar muros, así que pega un brinco y aterriza con un chapoteo sobre un charco de barro.

Atravesamos el segundo prado, pero mi cuerpo salta el muro norte justo cuando Elza llega al muro occidental, le empiezan a fallar las fuerzas. Ham pega un aullido durante el salto, Elza aterriza en el suelo resoplando, ha debido de hacerse daño. La hierba está descolorida y triste. Elza tiene las piernas cubiertas por una espesa capa de barro. Es horrible verla así y no poder hacer nada por ayudarla. Mi cuerpo poseído está ganando terreno. Avanza con un ritmo tan constante como el de un tambor. Quiero cerrar los ojos, pero no puedo.

Elza ha empezado a jadear más fuerte que Ham, se obliga a seguir adelante. Este último tramo está ligeramente en cuesta, con una hondonada en medio que se eleva en los extremos. Elza desciende a toda prisa por la pendiente embarrada, sumerge el pie en un charco frío y denso que se ha formado en el centro del prado, resopla mientras sigue corriendo a través del agua, salpicándose agua helada por las piernas y la espalda.

—¡Lo estás haciendo genial! —le grito—. ¡Sigue así!

—No soy... una atleta... —dice.

—Pero puedes correr, ¿no? ¡Eso es lo que cuenta!

Ham también está empapado, corre sobre la hierba, tiene el pelaje erizado en las patas y los costados, le gotean las puntas. Está lloviendo otra vez. La lluvia sisea al impactar contra la hierba.

La última subida es una pesadilla. A Elza se le resbalan las botas en el barro y está a punto de caerse dos veces. Tiene el pelo apelmazado sobre la cara, cubriendo sus ojos aterrorizados.

—No puedo... —dice.

—¡Tienes que hacerlo! ¡No puedo hacer esto sin ti! ¡Sigue avanzando!

Elza se afana para seguir corriendo por el prado.

Mi cuerpo sortea con facilidad el último muro que nos separa de él, se desliza por la pendiente embarrada, se escurre a través de la hondonada empapada que está en mitad del prado; mi pelo parece un

caso que reluce a causa de la lluvia, mi rostro tiene un gesto exaltado, parece estar pasándoselo en grande. Mi cuerpo abre y cierra los dedos convulsivamente, como si fueran los tentáculos de una anémona. Ham ha adelantado a Elza. Está más acostumbrado a correr, y le aterroriza esa criatura que sabe que en realidad no soy yo.

Elza se encuentra a diez metros de las casas de Bareoak Drive.

—¿Se está... acercando? —resuella Elza.

Cinco metros.

—¡Aún está lejos, le sacas mucha ventaja! —miento—. ¡Todo saldrá bien! ¡Sigue avanzando!

El terreno se va allanando.

Mi cuerpo nos gana terreno.

Elza corre hacia una apertura en una valla, que conduce a un callejón estrecho. Ham desaparece por delante de ella. Está lloviendo a mares. Floto por encima de ella, por encima de las verjas y las casas, como la cámara de un helicóptero. Mi cuerpo endemoniado asciende a toda velocidad por la colina, persiguiendo a Elza. Se ha puesto a imitar los jadeos y los gemidos que hace Elza para burlarse de ella.

—¡A la izquierda! —le grito a Elza—. ¡Ve hacia la izquierda! ¡Tienes que ir a un sitio donde haya gente!

No sé cuánta fuerza tendrá esa cosa que se hace pasar por mí. Quizá la suficiente como para matar a cualquiera que intente ayudarla. Elza corre por el callejón y se inclina hacia la derecha, tendiéndose de costado sobre el pavimento. Se ha caído. Desciendo hacia ella mientras el demonio se acerca. Mi cuerpo corre por el callejón, lleva las zapatillas cubiertas de barro negruzco, agita los brazos, sonríe como un demente...

Elza se está incorporando, aún está en el suelo, y entonces...

Mi cuerpo llega al final del callejón y Elza estira una pierna con todas sus fuerzas, interceptando el pie de mi cuerpo con el sólido tacón de su bota. Por un instante el demonio queda suspendido en el aire, sin que ninguna parte de mi cuerpo poseído toque el suelo, mientras la inercia lo impulsa hacia adelante. Escucho el golpetazo que provoca mi cabeza al estamparse contra el lateral de un coche. La alarma se activa y empieza a vociferar. Elza se pone en pie, jadeando tan fuerte que no puede articular palabra. Mi cuerpo yace totalmente inmóvil, despatarrado sobre el pavimento.

—¿Me has matado? Hablo en serio, Elza. Dime que no acabas de matarme.

Elza se agacha y se pone a toser y a toser hasta que vomita agua sobre el hormigón.

—Uggghhh...

—No me lo puedo creer.

—Yo... tampoco —dice Elza, mientras se limpia la boca. Se

arrodilla con cuidado y agarra mi cuerpo por la muñeca durante unos segundos. Me doy cuenta de que aún lleva el sello en la mano derecha, lo que significa que Elza acaba de resolver dos problemas de golpe con una certera zancadilla.

—Está... estás... vivo —dice Elza—. Pero inconsciente. No estaba segura de que un poseído pudiera perder el sentido. Ya no podía seguir corriendo. Po... por eso lo hice.

—¿Qué hacemos ahora?

—¿Buscamos una cuerda? —Elza se encoge de hombros—. Así le atamos. Y ya pensaremos qué hacer con él.

Ham reaparece en escena, asomando por detrás de un coche aparcado. Está empapado de agua y barro, el pelaje de su rostro está erizado en todas direcciones. Olisquea mi cuerpo y se aparta, como si oliera mal. La alarma del coche sigue aullando. Elza empieza a tirar de mi cuerpo.

—¿Pesa mucho? —pregunto, aunque no tengo forma de ayudarla.

—Sólo queda una calle más. Me apañaré.

Se posiciona para meter los brazos por debajo de mis hombros y después arrastra de espaldas mi cuerpo por la carretera, mis zapatillas dejan un rastro de suciedad a su paso. Me alucina que Elza sea capaz siquiera de levantarse del suelo después de una persecución así, pero lo hace.

—Tengo la adrenalina por las nubes —me explica—. Tenía unas ganas tremendas de reír. Incluso cuando me estaba persiguiendo. Todo parecía absurdo. Como si fuera un chiste malo. ¿Sabes lo que quiero decir?

—La verdad es que no.

Cuando vamos por la mitad de la calle alguien sale al exterior, pero ya es demasiado tarde como para que pueda sernos de ayuda. Es un anciano que se queda parado en la escalera de entrada a su casa, alertado por la alarma del coche. No dice nada, se limita a sorberse la nariz y a observar, sin hacer nada, cómo Elza arrastra mi cuerpo, mientras Ham corretea a su lado.

—Ha bebido demasiado —le dice Elza al viejo, jadeando, con una voz que intenta aparentar normalidad, pero que apenas disimula lo dolorida que está.

El hombre se sorbe la nariz otra vez y menea la cabeza. Unas hojas de colores llameantes forman espirales en su jardín.

Mi cuerpo está tendido boca arriba sobre el edredón, en el cuarto de invitados de Elza, amarrado con la cuerda de fibra artificial que el manitas de su padre guarda en el garaje. Debe de tener por lo menos cinco kilómetros de cuerda, sin exagerar. Las fibras se enroscan una encima de otra como si se tratara de un nido de serpientes, están

apretadas con nudos que parecen resistentes. Mi cuerpo tiene los brazos y las piernas unidos entre sí, y los extremos de las sogas están amarrados a los postes de la cama. Me dedico a revolotear por el techo, mientras contemplo mi propio rostro.

—Espero que la cuerda aguante —dice Elza—. Es la primera vez que intento mantener prisionero a un poseído. No sé qué fuerza pueden llegar a tener.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Alguna especie de exorcismo, supongo.

—¿Gritamos que el poder de Cristo le obliga? —pregunto.

—Si te apetece, adelante.

—Déjalo. Me sentiría ridículo.

—Apuesto a que el libro dice algo al respecto. Si pudiéramos leerlo, sé que encontraríamos una solución...

—Es posible...

La habitación empieza a sacudirse. Al principio se oye un ruido como si alguien hubiera encendido la secadora en el piso de abajo, pero el ruido no tarda en reverberar e intensificarse hasta que la habitación comienza a temblar literalmente, haciendo traquetear los muebles.

Ham aúlla en la cocina. Las estanterías polvorientas rechinan y se tambalean, empiezan a desplomarse libros sobre el suelo. El edredón se convulsiona, la lámpara de la mesilla se viene abajo, proyectando unas sombras enormes y convulsas. Mi cuerpo empieza a gritar y a revolverse. Tira de las cuerdas como un animal y se pone a chillar. Un coro de voces horribles emerge de su garganta, profiriendo aullidos ininteligibles.

De la boca y de la nariz emerge un humo negruzco. El ruido es ensordecedor, peor que la suma de todas las broncas que hayas escuchado en tu vida, peor que todos los gritos que pegan los borrachos cuando llega la hora del cierre. Resulta insoportable. Elza se tapa los oídos con las manos, arruga la frente a causa del dolor. El humo se enrosca y se espesa, y la voz se vuelve más estridente, entre gritos y jadeos. La Furia se cierne sobre la cama, con los ojos como las puertas de una caldera, y una grieta volcánica en lugar de boca.

—¡Sal de aquí! —grita Elza—. ¡Sal de mi casa! ¡Vete!

La criatura no para de crecer. La habitación se está oscureciendo, como si el demonio estuviera absorbiendo toda la luz. Debe de medir dos metros y medio, casi tres, y es tan ancho como la cama. Se produce el destello de una llamarada naranja y voraz, y el demonio balancea su látigo con la mano. Entonces, más deprisa que un escorpión al mover su cola, el demonio gira la muñeca hacia atrás y descarga el látigo contra el cuerpo de Elza.

Sin pensármelo siquiera, me adelanto a toda velocidad para

interponer mi cuerpo espectral entre Elza y el demonio, y así interceptar la trayectoria del látigo. Me estrecho entre mis brazos a la espera de que el látigo me parta por la mitad, como hizo con el Siervo, pero en lugar de eso las llamas se enroscan a mi alrededor y se quedan quietas. No siento dolor, el látigo no chamusca mi carne fantasmal. Me quedo inmóvil. La Furia ruge todavía más fuerte y se pone a tirar del látigo, intentando recuperarlo.

—¡No puede hacerme daño! —grito—. ¡Mi hueste no puede hacerme daño! ¡Usa tu amuleto!

Elza se impulsa hacia adelante, esquivando los vaivenes del látigo llameante, y presiona la extrañita contra el rostro del demonio. Se produce un destello abrasador, como una estrella diminuta, y el demonio sale despedido de la piedra, envuelto en una nube de humo negro que se enrosca en el aire, parece entrar en pánico, y entonces se apresura hacia la ventana y se escabulle a través de una grieta en el marco.

—¡Elza!

—Ha salido mejor de lo que esperaba —dice, mirándose la palma de la mano derecha.

La extrañita que llevaba en la mano se ha disuelto hasta convertirse en un puñado de polvo grisáceo.

—¿Qué le ha pasado a la piedra?

—Al utilizarla para ahuyentar a un espíritu de ese calibre la he forzado demasiado. Pero al menos esa cosa, la Furia, se ha ido. Ya no puede volver a entrar. Y hemos recuperado tu cuerpo.

Contemplo detenidamente mi cuerpo. Mi pelo está lacio y húmedo, apelmazado sobre la frente. Mis piernas y mis pies están totalmente cubiertos de barro, y también hay barro en la cama de invitados. Es curioso, pero hasta ahora no me había dado cuenta de que hemos dejado la habitación hecha un desastre. Aunque en el fondo no es de extrañar. Cuando estás intentando sobrevivir, no te paras a limpiarte los zapatos antes de entrar en casa de alguien. Mi rostro parece magullado y dolorido, y se está formando un chichón bastante feo en el punto donde mi frente se estampó contra el lateral del coche.

—Lo que no entiendo es por qué decidió salir de mi cuerpo —me pregunto en voz alta.

—Era la forma más sencilla de liberarse —responde Elza—. Así podría matarme y ocuparse después de las cuerdas.

Floto por encima de mi cuerpo, que sigue atado a la cama. Está manando sangre de la comisura de mis labios. Apenas llevo separado de él poco más de un día, pero se me hace raro regresar al mundo de los vivos. Me he acostumbrado a flotar, a ser invisible, a pasar a través de las paredes.

Mi rostro se acerca cada vez más, inmenso, pálido, cubierto de

mugre. No tengo muy claro cómo se hace esto. Introducirme en el cuerpo de Ham resultó fácil, simplemente le traspasé la piel como si estuviera atravesando una cortina, pero a lo mejor con un ser humano es distinto. Me acerco aún más a mi propio rostro. Desciendo a través de mi ojo.

Llego al centro de la tierra.

En el centro de la tierra estoy sentado en el asiento trasero de un coche, el mismo que utilizábamos cuando tenía seis años, y mi padre va en el asiento del conductor. Sé que es él por el traje blanco y el pelo largo que le cuelga sobre el cuello de la camisa, vamos conduciendo a través de un bosque de árboles oscuros con ramas interminables que se cruzan y se dividen y no puedo ver las copas de los árboles porque están demasiado altas. Vamos conduciendo y conduciendo y giramos sin cesar en las bifurcaciones de la carretera que se extienden a derecha y a izquierda y en las señales de la carretera veo números garabateados con la caligrafía de papá y cada vez que giramos a la izquierda los letreros están del revés y empiezo a pensar que siguen algún patrón que no logro identificar. Escucho la voz de papá que resuena con eco diciendo («ese libro no es un producto de la mente racional») y los troncos de los árboles pasan a nuestro lado a toda velocidad y los árboles tienen hojas pálidas y veo que son páginas sí páginas finas y amarillentas un bosque infinito de páginas y hay algo más en el coche con nosotros algo oscuro encorvado y siniestro sentado en el asiento de atrás a mi lado pero no puedo girar la cabeza para mirarlo porque me da mucho miedo puedo oírle respirar y seguimos conduciendo («la secuencia revela el camino») y entonces digo, papá, no lo entiendo, y él hace un gesto con una mano repleta de anillos diciendo («no tenemos tiempo para esto») y en todo momento intento fingir que no puedo oír al tercer pasajero que respira a mi lado y miro por la ventana porque si alguno de nosotros da muestras de que sabemos que hay una tercera persona en el coche ocurrirá algo horrible. Estoy seguro. («Mi secuencia muestra el camino») está diciendo papá mientras señala los letreros de la carretera con sus números («¿lo entiendes?») y mientras habla puedo oír cómo se mueve la cosa que está a mi lado noto que se inclina hacia mí le oigo susurrar, «¿No sabes quién soy?» pero papá no puede oírlo no parece darse cuenta de que está aquí y yo me quedo paralizado sin poder moverme («ahora el libro es tuyo») («demuéstrales quién manda») y el bosque es infinito árboles altos entrecruzados por todas partes nunca saldremos de aquí y pregunto «¿Debería conocerte?» Y la cosa que está a mi lado me susurra «Claro que deberías conocerme porque soy tu hermano».

—¡Luke!

—...

—¿Estás bien?

Entre Elza y el demonio me han dejado hecho un trapo. Me duele todo. Siento como si mi cuerpo fuera un saco retorcido y repleto de dolores, cada uno de ellos hambriento y rabioso, que se pelean entre ellos para ver quién se convierte en el dolor alfa y se hace con el mando. Me palpitan hasta los dientes. Por mucho que me alegre de haber recuperado mi cuerpo, hay ciertas cosas que no echaba de menos.

Ham entra corriendo en la habitación y me mete su reconfortante hocico en el oído. Consigo esbozar una sonrisa.

—Estabas teniendo convulsiones —dice Elza—. Me tenías preocupada.

—Estaba soñando —le explico.

—Sólo hace cinco minutos que has vuelto a entrar en tu cuerpo. ¿De qué iba el sueño?

—Uf... Era horrible. Pero era importante. Ojalá pudiera recordarlo... Mi padre...

—¿Tu padre aparecía en el sueño?

—Sí..., y había alguien más.

No consigo recordar los detalles, como suele ocurrir con los sueños. Papá estaba intentando decirme algo. Si es que en realidad era él... Me pregunto qué le pasó, después de morir. ¿Por qué no he visto a su fantasma rondando por ahí? ¿Habrá cruzado ya al otro lado? ¿La hueste lo mantiene alejado de alguna manera?

Decido concentrarme en los hechos concretos. Es día 26. Quedan cinco días para Halloween. Tenemos el *Libro de los ocho*. El sello está de nuevo en mi dedo. Tenemos una oportunidad. Ham refunfuña y se recuesta junto a la puerta del dormitorio.

—Vale —dice Elza, sentándose en la cama. Apoya una rodilla sobre la mía—. Buenas noticias.

—No me dejes con la intriga.

—La buena noticia es que voy a preparar *nuggets* de pavo con forma de dinosaurio y alubias con tomate para cenar.

—Qué gran noticia.

—Oye, no te burles. La nevera estaba más vacía que un McDonald's en Semana Santa.

—No me burlo, Elza. No todo el mundo puede tener tanta mano para la cocina como yo.

—A ver —dice. Aún lleva puesto el chubasquero. Se mete la mano en el bolsillo interior, saca el *Libro de los ocho* y lo coloca delante de mí, sobre las sábanas de la cama—. Hemos devuelto el cuerpo a su

legítimo propietario. Pero aunque hemos hecho algunos progresos, en realidad estamos de vuelta en la casilla de salida. Tenemos el libro y el sello, y el extraño código numérico de tu padre. Pero no tenemos ni la menor idea de cómo encajarlo todo.

Deslizo el pulgar de la mano izquierda sobre la fría piedra de ocho lados incrustada en el sello. Recuerdo las manos de mi padre sobre el volante, los árboles altos y entrelazados a nuestro alrededor, la criatura que se revolvía en el asiento de al lado. Me quedo mirando la cubierta verde del libro, la estrella de ocho puntas. Tengo la sensación de que aquello fue algo más que un sueño. («Ese libro no es producto de la mente racional»). ¿De dónde me he sacado eso? ¿Fue eso lo que me dijo papá?

—Lo que necesitamos saber está dentro del libro —digo—. He visto cómo lo utilizaba el Pastor. La hueste no se lo habría llevado si no fuera importante. Sabemos que no está todo en blanco. He visto cosas escritas en él.

Me pongo en pie y me dedico a pasearme mientras pienso, con el cuerpo dolorido.

—Pues muy bien —dice Elza.

Parece agotada, exhausta. Tiene pinta de encontrarse tan mal como yo. La agudeza que percibí en ella cuando hablamos por primera vez de la hueste, en el cementerio, se ha apagado. Debemos acabar con esto pronto, o a ninguno de los dos nos quedarán fuerzas para continuar.

—El Pastor... La primera vez que hablé con él, me dijo que el *Libro de los ocho* era infinito. Dijo que incluso los nigromantes experimentados encontraban páginas que no habían visto antes.

—Pero eso es imposible —replica Elza—. ¿Cómo puede ser infinito un libro? Míralo. Apenas tiene unos cinco centímetros de grosor.

—Es magia, Elza. Ni siquiera estoy seguro de que en realidad sea un libro. La apariencia que tenga para nosotros es lo de menos. ¿Y si tiene razón? ¿Y si es infinito? Podría quedarse en blanco para siempre. Hay espacio para tantas páginas vacías como puedas imaginar. Podríamos seguir pasando páginas durante el resto de nuestras vidas y jamás llegaríamos a ninguna que tuviera algo escrito.

—Entonces, ¿qué hacemos para encontrar una página escrita? El Pastor parecía saber manejarlo, ¿no?

—Lo que no hay que hacer es pasar páginas al azar. Si haces eso siempre estarán en blanco, creo yo. Pero tiene que haber otro camino.

El sueño está regresando a mi mente en su totalidad, el camino enrevesado, el bosque, los árboles con ramas infinitas cubiertas de páginas. («Mi secuencia muestra el camino».) ¿Qué secuencia? ¿Los números son una secuencia? ¿Es eso lo que quería decir?

—¿Qué camino, Luke? ¿De qué estás hablando?

—El libro es un laberinto. Un bosque oscuro. En los libros normales, la página uno conduce a la página dos, que a su vez conduce a la página tres. Pero en este no.

—¿El *Libro de los ocho* es un «bosque oscuro»? ¿De verdad te encuentras bien?

—Oye..., confía en mí.

Me voy corriendo al cuarto de Elza y regreso con la carpeta que contiene las notas de papá. Las desperdigo sobre el espacio libre que hay en la cama, delante de ella.

—Creo que este es nuestro camino —digo, señalando las columnas de cifras. Elza coge una de ellas y la examina de cerca.

—¿Cómo? —pregunta—. ¿Estás diciendo que esto son números de páginas? Pero si el libro no tiene las páginas numeradas.

—No —replico. Me pongo a pensar en el coche que serpentea a través del bosque, en mi padre al volante, y en la otra criatura, sentada junto a... No. Ahora no debo pensar en eso. Pienso en los giros del coche, en los números escritos en las señales de la carretera.

—La clave radica en la forma de pasar las páginas. Si pasas, por ejemplo, tres páginas a la vez, llegarás a un punto distinto que si las pasaras una por una. El camino se bifurca.

—En fin —dice Elza—, no perdemos nada por probar tu teoría. No puedo decir que la entienda del todo, pero... no tenemos más ideas.

Nos quedamos sentados un rato, con las piernas cruzadas sobre la cama. En el suelo, Ham gruñe y se revuelve en sueños. Observamos el *Libro de los ocho,* posado entre nosotros con la inocencia propia de un libro corriente, con sus tapas verdes y sus cierres dobles.

Lo cojo, y al sentir el roce de mi sello, los cierres se abren. Vuelvo a dejar el libro, que se agita, sus páginas se desplazan hasta que finalmente se detienen, dejando el libro abierto y totalmente en blanco.

—Muy bien —digo—, necesito tu ayuda. ¿Qué dicen los números?

—Siete —lee Elza. Paso siete páginas hacia adelante, de una tacada, y me quedo quieto. El libro sigue en blanco.

—Muy bien.

—Uno —prosigue Elza—, pero este está escrito del revés.

Me quedo pensando unos instantes. El sueño... Recuerdo el coche, serpenteando a través de los altos e interminables árboles del bosque. Cuando torcimos a la izquierda, la señal de la carretera estaba del revés. Un libro del revés se leería de derecha a izquierda...

Paso una página hacia atrás, hacia la portada. Al hacerlo veo un destello en las páginas, una mancha diminuta, una marca a modo de respuesta a la marca de mi sello, que se desvanece antes de que pueda descifrarla.

—¿Está funcionando? —exclamo—. ¿Lo ves?

—No he visto nada —dice Elza—. En fin, sigamos. Cuatro. Después un tres al revés.

Paso cuatro páginas hacia adelante, luego tres hacia atrás. Se produce otro breve destello de tinta negra en la página vacía, como si fuera el equivalente impreso de alguien que se está aclarando la garganta. Me siento eufórico. Esto es lo que buscábamos, lo hemos conseguido.

—No te pares —le digo.

Elza me lee los números, la secuencia de papá, mientras yo voy pasando las páginas del libro. No tardamos en coger ritmo, ella lee más deprisa, yo siento como si las páginas pasaran solas antes incluso de que las toque, el libro fluye como un río insondable de papel y letras impresas, mi sello emite un hormigueo helado, la voz de Elza leyendo cada vez más deprisa, su voz que ya no parece suya sino más bien la mía propia, mi propia voz entonando un cántico para mis adentros mientras el libro está a punto de revelarse, de un momento a otro romperé su barrera y

Elza tiene la cara pegada a la mía. Ha dejado de leer la secuencia. Está agachada frente a mí, mirándome fijamente con gesto de preocupación. Todavía tengo el *Libro de los ocho* en la mano. Elza echa la mano hacia atrás y me pega un bofetón. Dejo caer el libro y pego un grito.

—¿A qué ha venido eso?

—Oh, Luke...

Elza me estrecha entre sus brazos y me abraza con fuerza. Ham entra corriendo en la habitación y empieza a darme cabezazos, a mordisquearme las orejas.

—¿Qué...? Elza, ¿qué está pasando? ¿Por qué me has pegado? ¿Y ahora me abrazas? ¿Te has vuelto loca? ¿Qué ocurre?

La cabeza me da vueltas, siento un picor en los ojos, como si alguien me los hubiera rellenado de arena. Elza me suelta. Me doy cuenta de que está muy alterada.

—¿Qué pasa? —le pregunto—. ¿Funcionó?

—Luke... te has tirado tres días leyendo el libro.

—¿Cómo dices?

No me puedo creer lo que está diciendo. Apenas han pasado unos segundos desde que empezamos. No tengo la sensación de no haber comido en tres días. De hecho, no tengo casi nada de hambre. Echo un vistazo por la habitación. Cuando iniciamos el experimento, el cuarto de invitados estaba iluminado por el resplandor lechoso de la tarde. Ahora está totalmente a oscuras, con un rectángulo de luz anaranjada en la pared, proyectado por la farola que hay en el exterior. Elza y Ham están iluminados desde atrás por una luz blanca más suave, que procede del descansillo. No sé por qué, pero hasta ahora no me había dado cuenta de esos cambios.

—Te has tirado tres días leyéndolo —repite—. Empezamos el domingo por la tarde. El domingo 26. Ahora son las diez y media de la noche del miércoles 29.

—Estás de coña —le digo.

—Esto no es ninguna broma —replica Elza—. Creí que... no sé. Creí que te había perdido. No hacías más que pasar páginas y murmurar, sin mirarme..., sin hablar. Sin moverte. Eras como una estatua viviente. No has comido ni bebido. Las páginas estaban en blanco, pero las seguías leyendo a pesar de todo. ¿Qué te estaba pasando?

—¿Cómo es posible que no haya comido ni bebido en tres días? No puede ser, me habría muerto.

—Sólo te estoy diciendo lo que ha pasado. Tú... Luke, te has puesto pálido. ¿Estás bien?

No respondo. Está ocurriendo algo dentro de mi cabeza; mis oídos

empiezan a repicar como campanas. Mi sangre discurre a toda velocidad por mi interior, siento un mareo vertiginoso que me deja aturdido, la oscuridad de la habitación se llena de figuras brillantes: líneas de fuerza, conjuntos de triángulos perfectamente delineados, círculos, pentagramas y estrellas de ocho puntas, todos mutando y deslizándose y extendiéndose por todas partes, las siluetas de los símbolos se desdibujan, formando ondas, como el aire al contacto con el asfalto caliente. El rostro de Elza se arremolina con ellos, parece una máscara, una ráfaga de puntitos brillantes reluce alrededor de sus ojos. Sacudo la cabeza, desesperado, y consigo aplacar la alucinación. Sea lo que sea lo que hay en el libro, sea lo que sea lo que he leído, ahora está dentro de mí.

—Lo recuerdo —digo—. Es como recordar cosas que no sabías.

—Le he dicho a mi madre que estábamos ensayando para una obra —dice Elza—, pero me parece que no se lo ha tragado. Por suerte mi padre está fuera, y a mi madre le ha tocado doblar varios turnos en el hospital. Me las he ingeniado para que no entre aquí. También es una suerte que tengamos vacaciones, así que no he tenido que inventarme ninguna excusa para no ir a clase. Eso sí, si te pregunta, mi madre cree que sólo te quedaste el lunes por la noche... Pero Ham la está sacando de sus casillas, y ya no sé qué más decirle. Ha sido una pesadilla. No sabía qué iba a hacer si no te despertabas antes de Halloween. He intentado comunicarme contigo en todo momento...

—Tranquila —digo—. He vuelto. Estoy aquí.

Elza extiende la mano, me arrebata el *Libro de los ocho* y lo lanza debajo de la cama.

—No quiero que vuelvas a mirar esa cosa —dice—. Necesitas comer y beber. Y creo que deberías salir a la calle. A tomar el aire.

Cierro los ojos. Los sellos y los símbolos siguen ahí, formando espirales y cabriolas alrededor de mi campo de visión. Son de color amarillo limón, verde flúor, y de un morado tan abrasador que me provoca dolor de cabeza. Están dentro de mí, forman parte de la oscuridad que se extiende al otro lado de mis párpados. Y han venido para quedarse.

La luna está casi llena, se asoma a través de un hueco entre las nubes oscuras como un ojo indiscreto. La lluvia es débil, pero constante. Ham está buscando la posición adecuada para sentarse. Cuando parece estar a punto de sentarse, de repente cambia de idea. Elige otra posición. El viento le alborota las orejas como si fueran hojas. Tiene la cola erguida como un mástil, pero no hay ninguna presencia en los alrededores. Tres días leyendo el *Libro de los ocho*... no logro explicármelo. El libro es más peligroso de lo que podría haber imaginado. Tres días sentado en el cuarto de invitados de Elza, y ni

siquiera puedo explicar lo que he estado leyendo, lo que he estado observando. El conocimiento que necesito está ahí, pero no consigo recordar de dónde procede exactamente. No recuerdo haber visto las páginas del libro, no recuerdo lo que decían. Lo que tengo es la sensación de saber algo. De saber lo que tenemos que hacer. Lo que no sé es cómo voy a explicárselo a Elza. Apenas puedo explicármelo a mí mismo.

Ham empieza a hacer caca. Siempre parece avergonzado cuando lo hace, y resentido, como si el maleducado fuera yo por estar en el jardín cuando decide ir al baño. Elza no tenía comida para perros, así que le ha estado preparando sandwiches.

Algo se mueve al otro lado del seto que está a mi izquierda.

—¿Jefe?

Percibo el frío que emana de los muertos. Me quedo en silencio.

—Sé que estás ahí, jefe.

Esto no tiene fin. No lo tendrá hasta que acabe con ellos.

—¿Qué es lo que quieres, Juez?

—Sólo hablar un poco. Un acercamiento diplomático.

—Tienes que elegir un bando, Juez.

—Bueno, tú escúchame un momento, jefe. Me he enterado de que es posible que tengas cierto libro en tu poder, uno que me habían encargado custodiar. El Pastor no está contento conmigo.

—Ya me imagino.

—Se llevó a tu madre, jefe, el mismo día que entraste en la casa y robaste el libro. Se la llevó y la escondió. Te lo comento por si acaso estabas planeando otro intento de rescate. Ya no está en la casa.

—¿Dónde está?

—El Pastor no confía en mí lo suficiente como para decírmelo, jefe. No sé dónde está.

Esto empeora las cosas. Sea lo que sea lo que tengan planeado para Halloween, mi madre debe de tener un papel destacado. Ojalá la hubiéramos sacado de allí el domingo..., debería haber previsto que podría ocurrir algo así.

—¿A qué has venido, Juez? ¿A contarme eso'

—Lo que he venido a decir es que quizás podrías tener en cuenta quién estaba de guardia cuando entraste en tu casa. Quién fue el que te ayudó y no dio la voz de alarma.

—Y ese eres tú, ¿no es así?

—Es posible, jefe. En el fondo, lo que te estoy pidiendo es que, pase lo que pase en Halloween, dejes al pobre Juez al margen, ¿vale? Porque nunca quise que pasara esto.

—¿Ahora estás intentando negociar conmigo?

—El Pastor ha estado hablando con todos nosotros, jefe. Dice que estás planeando mandarnos al infierno. No me harías eso a mí,

¿verdad?

Pienso en mi madre, flotando sobre su cama, con la mente encerrada en su propio cuerpo. Pienso en Holiday, en su familia, en su gato Bach con el vientre desgarrado.

—Tú no sabes lo que voy a hacer, Juez. Tengo el *Libro de los ocho* y el sello. He leído el libro, me he pasado tres días con él. Ahora el libro forma parte de mí. No sabes lo que podría hacer.

—Me hago una idea aproximada, jefe —dice al fin el Juez—. Pero el Pastor y sus muchachos, el Prisionero y la Furia, están bien preparados. El Pastor también fue nigromante, se dedicó a ello durante mucho más tiempo que tú. Tres días leyendo ese libro no significan nada para él. Con eso no te bastará.

Ham ha concluido su tarea y ahora está investigando la pila húmeda de abono situada junto a un lateral de la caseta. El viento resuena como los jadeos de una criatura inmensa.

—¿Por qué no me dejasteis en paz? —pregunto.

—¿Cómo dices, jefe?

—¿Por qué no pudisteis limitaros a hablar conmigo? Yo quería liberaros sin tener que llegar a esta situación. Podríamos haber llegado a un acuerdo. Yo no quiero una hueste. Yo no soy mi padre.

—No sé. Tu padre no era ningún angelito. Supongo que no teníamos razones para esperar otra cosa de ti. Y supongo que forma parte de nuestra naturaleza: no pidas prestado lo que te puedes llevar por la fuerza.

—¿Es que ninguno de vosotros ha oído hablar de perdonar a la gente? ¿Del vive y deja vivir? ¿O, en vuestro caso, muere y deja vivir?

—Oye, jefe —replica el Juez—, tú no quieres nada de todo esto, ¿verdad? No quieres ser como tu padre. No eres como él. Sé que no quieres lo que él tenía.

—La verdad es que no.

Empieza a pasearse al otro lado del seto. Las luces del salón de Elza se encienden y se apagan.

—¿Y por qué no morir? —dice.

—¿Cómo?

—El caso es que... a ver, el Pastor me contó que no comprendes el *Libro de los ocho.* Crees que sí, pero te equivocas. Tu padre era un tipo chungo. Las cosas que hay en ese maldito libro... Si sigues al pie de la letra lo que está escrito en él, correrás un destino peor que el que pudiéramos provocarte nosotros. Abandona, déjalo correr, y seremos libres. Todos lo seremos. Podrías marcharte al Más Allá. Irte a donde te diera la gana.

—¿Estás de coña? ¿Te ha enviado el Pastor para decirme esto?

—En absoluto, jefe. Es cosa mía. Ya sabes cuál es la labor del Juez: decir verdades como puños. Quiero lo mejor para todo el puñetero

mundo, ¿sabes? Mira, yo sé que la situación está muy tensa ahora mismo. El río no está lejos, ¿vale? Acompáñame allí, te metemos unas piedras en los bolsillos, y se acabó. Tu madre quedará al margen, la chica que vive aquí...

—No. No cuentes con eso. Tengo dieciséis años y una vida entera por delante. ¿Por qué debería renunciar a todo eso por ninguno de vosotros?

—Hombre, visto así... —dice.

—No sé cómo pensabas que reaccionaría, pero esto es absurdo.

—No es tan malo como parece, lo de morirse, ¿sabes?

—Vete.

Puedo percibir cómo se pone en pie, mientras piensa qué más puede decir, y después desaparece. Ham se acerca y extiendo la mano para acariciarle la cabeza, pero él pasa de largo, resoplando. Me doy la vuelta y veo a la madre de Elza ante la puerta trasera.

—Venía para decirte que hay un cepillo de dientes para invitados en el baño —dice, ignorando los cabezazos que le está pegando Ham en las piernas.

—Vale —digo.

¿Cuánto tiempo llevará allí?

—¿Sueles hablar solo a menudo? —me pregunta.

—Estaba ensayando para la obra, señora Moss.

—Ah, sí, esa obra de fantasmas. Elza me lo contó.

—Estoy nervioso, pero creo que el estreno saldrá bien.

—Y aun así, lo extraño es que mi hija no ha asistido nunca a ningún ensayo, ni ha mencionado ningún club de teatro antes de esta semana, y siempre que está ensayando sus diálogos es en nuestro cuarto de invitados, contigo.

—Salimos juntos en todas nuestras escenas, señora Moss.

—Y ya sé que tu madre no se encuentra bien, pero hubiera preferido que me lo consultarais antes de dejarnos al perro durante cinco días.

—Fue un imprevisto, señora Moss.

La lluvia cae en ráfagas. Tengo la chaqueta cubierta de agua, me chorrea la capucha del chubasquero, formando destellos plateados ante mi rostro.

—Quiero muchísimo a Elza —dice al cabo de un momento.

—¿Cómo dice, señora Moss?

—Mi hija es una chica sensible y única.

—Sólo somos amigos. De verdad.

—No sé muy bien qué está pasando —dice la madre de Elza—. Pero conozco a Elza lo suficiente como para saber cuándo me está ocultando algo. Tengo entendido que tienes ciertos problemas en casa. Puedes quedarte otra vez aquí esta noche, pero creo que lo mejor para

ti es que mañana vuelvas a casa. Y si descubro que la estás metiendo en algún lío...

No tienes ni idea. Ni la más remota idea.

—Soy muy afortunado de tener una amiga como ella —digo.

—Bueno. Volveré a prepararte la cama en el cuarto de invitados.

—Gracias, señora Moss.

El viento tira de los árboles como una mano descosiendo hilos. La madre de Elza se queda mirando a la lejanía, más allá de mi rostro encapuchado. Finalmente reacciona y dice:

—Elza me contó lo de tu padre. Lamento tu pérdida.

—No pasa nada, señora Moss. No estábamos tan unidos. Gracias.

—Está bien —dice—. En fin. ¿No te estás mojando un poco?

—Enseguida entro —le digo, sosteniendo en alto la bolsa de plástico con la que me he envuelto la mano—. Antes tengo que recoger una cosa.

Está claro que Ham me echó mucho de menos mientras estuve leyendo el libro, porque ahora no se separa de mí ni con agua caliente. Intento darle las buenas noches tres veces y dejarlo en el cuarto de la colada, y cada una de esas veces se dedica a embestir contra la puerta antes de que me dé tiempo a cerrarla. Al final cojo una rebanada de pan, la tiro hacia el interior del cuarto y aprovecho para cerrar la puerta cuando Ham está entretenido comiendo. Espero que no le dé por aullar cuando se dé cuenta del engaño.

Subo al piso de arriba y me lavo los dientes con el cepillo que me han prestado. Cuando abro la puerta del cuarto de invitados, me encuentro a Elza sentada en la cama recién hecha. La ilumina el resplandor meloso del flexo, que proyecta una sombra alargada sobre las estanterías de la pared contraria. Al ver esas sombras me acuerdo de la Furia, irguiéndose sobre nosotros en esta misma habitación. Elza arriesgó mucho por mí ese día. Dedico unos instantes a pensar en aquello que hace que Elza sea como es, en todo lo que la hace especial; pienso en su mirada, tan aguda e inteligente, y en la oscura curvatura de sus cejas. Tiene el *Libro de los ocho* sobre el regazo, está contemplando la estrella de la cubierta. Me siento a su lado.

—¿Qué tal hace en la calle? —me pregunta.

—Frío. Y está oscuro. He llevado a Ham a dormir. Oye, tu madre se piensa que soy tu novio.

—No suelo invitar a nadie a casa. No me sorprende que piense eso.

Nos quedamos callados un rato.

—Sé cómo librarnos de la hueste —digo.

Elza suspira con fuerza, como si no pensara que aquello fuera posible.

—¿Estás seguro?

—Sí. Tengo la información aquí dentro —digo, dándome unos golpecitos en la cabeza—. Sé lo que tenemos que hacer en Halloween.

—Me alegro mucho —dice Elza—. Es genial. Al menos has sacado algo en claro de todo ese tiempo que estuviste perdido. Si no hubiera servido para nada...

—Conseguí lo que necesitamos. No es fácil librarse de los espíritus vinculados, como los de mi hueste. Según el libro, existen muy pocos casos en los que se haya podido despachar a una hueste completa de ocho miembros, y menos aún de una sola tacada. Ahora sólo quedan siete, después de lo del Siervo, pero... En fin, en cualquiera de los casos, va a ser difícil. Existe un ritual lunar que podría funcionar. Purifica una zona de todos los espíritus que residen en ella, así que si yo fuera el sujeto del ritual, haría que la hueste desapareciera. La cuestión es que la luna no estará en la fase apropiada durante la próxima semana. No tenemos tiempo. Y harían falta ocho personas para realizar el ritual, y todas tienen que ser vírgenes.

—Entonces estamos apañados —dice Elza, sonriendo.

—Los magos sumerios destruían los espíritus vinculados dentro del cuerpo de un animal de poder. El libro no explica nada más al respecto. No decía cómo conseguir un animal de poder, ni cómo funciona el proceso, ni nada. Hay cosas que el libro no sabe, o que no quiso contarme.

—¿Por qué me cuentas primero las opciones fallidas? —dice Elza.

—Es que quiero que sepas... que no tenemos otra opción. Esto es lo que hay. Lo que vamos a hacer es difícil y peligroso y..., bueno, eso ya lo sabes. Ahora son las doce y diez del 30 de octubre. En menos de veinticuatro horas será Halloween, y hueste será más poderosa que nunca. Sólo tenemos una opción si queremos librarnos de ellos.

—Está bien —dice Elza—, una opción. Ya lo pillo. ¿Y cuál es?

—Es el rito de las lágrimas. Romperá mi vínculo con la hueste y los desterrará al Más Allá, para que no puedan volver a hacernos daño, ni a mí ni a nadie. Funcionará de maravilla en Halloween.

—Hasta ahí, suena bien —dice Elza—. ¿Y en qué consiste ese rito de las lágrimas?

Cierro los ojos. Puedo ver los conjuros que forman el rito, grabados a fuego en el interior de mis párpados, como las imágenes residuales que se te quedan después de mirar fijamente al sol. Círculos mágicos que giran en la oscuridad como un millón de planetas demoníacos. Puedo ver la silueta del ritual, podría dibujarla sin necesidad de volver a abrir los ojos. «Uno para cerrar el círculo, uno para abrir la puerta...».

—Vamos a invocar al Diablo —le digo.

Elza deja el *Libro de los ocho* en el suelo. Se queda callada un rato. Se levanta y tengo la impresión de que va a salir de la habitación,

pero entonces vuelve a sentarse.

—¿Estás seguro? —me pregunta.

—¿Seguro de qué?

—De que esta es la única manera.

Pienso en lo que me ha dicho el Juez hace un rato. «Si sigues al pie de la letra lo que está escrito en él, correrás un destino peor que el que pudiéramos provocarte nosotros». Pero ¿por qué debería confiar en él? No sé qué efecto causará en mí ese rito, pero sí sé que el Pastor y la Furia me quieren ver muerto, y tienen planes para asegurarse de que no sobreviva a Halloween. Tienen a mi madre. No me han dejado otra opción.

—Sí —respondo, sosteniéndole la mirada—, es la única manera. He seguido las notas de mi padre, he seguido su senda a través del libro. Y me ha conducido hasta aquí.

—La senda de tu padre... A ver, Luke. No se puede decir que tu padre fuera el padre del año, ¿verdad? ¿Cómo sabemos que sus notas son siquiera...? —Deja la frase a medias.

No respondo.

—Lo siento —dice Elza—. No debería haber dicho eso.

—Fuiste tú la que insistió para que descifrásemos el código de mi padre, para que leyéramos el libro. Ahora que lo he hecho, no te gusta lo que he encontrado.

—Es sólo que..., Luke, hablamos del Diablo. La encarnación del Mal.

—Que concede favores a los mortales en ciertos días. Halloween es uno de ellos —insisto—. Si hacemos una ofrenda, el Diablo accederá a rescindir el servicio que me presta la hueste y se la llevará al Más Allá. Según el libro...

—Espera. ¿Una ofrenda? ¿Qué clase de ofrenda?

—De sangre —digo—. El Diablo sólo aparecerá si se produce un derramamiento de sangre.

—¿Te refieres a sangre de una perso...?

—No. El libro sólo habla de sangre de un corazón. Debe estar vivo y fresco. Pero no importa su procedencia. Podemos usar un animal.

—Luke...

—¿Qué? ¿Acaso eres vegetariana? ¿Cuántos pavos murieron para fabricar esos estúpidos *nuggets* con forma de dinosaurio que estabas cocinando? ¿Tan malo sería matar a un solo animal para salvarme, para salvar a mi madre, a ti, y puede que incluso a la mitad del pueblo? Quién sabe lo que esos fantasmas podrían hacer si se escaparan al Más Acá libres de sus vínculos. Tú misma lo dijiste. No tenemos elección. Ojalá no fuera así. Llegados a este punto, el rito de las lágrimas es nuestra única opción.

—No soy vegetariana —dice Elza en voz baja—. En eso tienes

razón. Pero tampoco practico la magia negra. Soy una chica con visión extrasensorial que ha estado intentando ayudar a un chico al que apenas conoce.

—Yo tampoco practico la magia negra. No pedí nada de esto —le digo, aunque en el fondo sé que no es del todo cierto. No quería la hueste, pero sí el dinero de papá, y firmé algo que no debería haber firmado. Los dejé entrar. Y aunque ahora no sea un mago tenebroso, no sé qué otro nombre merecería después de ofrecerle un sacrificio a Satanás.

—Está bien —añade Elza, tan bajito que apenas puedo oír lo que dice. Aparta la mirada—. Lo haré. Si crees que es lo mejor... Pero ten cuidado. Has cambiado.

—¿Qué quieres decir?

—Te has acercado..., uf, no sé cómo expresarlo. Te has acercado al lado oscuro. El hecho de tener una hueste hace que te aproximes al Más Allá, eso lo sé. Pero tú has ido más lejos. Perdiste tu cuerpo, estuviste poseído por un demonio... y a los cinco minutos de haber recuperado tu cuerpo, ya sabías cómo desbloquear el *Libro de los ocho*. ¿No dijiste que habías tenido un sueño? Estuviste cerca del Más Allá. Puede que incluso ese sueño fuera un mensaje desde el otro lado. Esto te está cambiando.

Me revuelvo sobre la cama. Deslizo los dedos sobre la piedra octogonal incrustada en mi sello. Me siento distinto, es cierto, pero no creo que nadie pudiera pasar por lo mismo que yo y seguir sintiéndose igual consigo mismo.

—Lo único que quiero es librarme de la hueste. Eso es lo único que ocupa mi mente. Le hacemos una ofrenda al Diablo y él los desvincula de mí. Mi madre estará a salvo, yo estaré a salvo, y tu familia y tú estaréis a salvo.

Se produce un nuevo silencio. Puedo oír cómo el viento provoca que algo resuene en el exterior, quizá una puerta mal cerrada o un tramo del canalón. Elza está mirando al suelo.

—¿El libro decía qué aspecto tiene? —pregunta.

—¿Quién? ¿El Diablo? No. Lo llamaba «el Padre de la oscuridad». Dice que concederá cualquier deseo que esté a su alcance. Nada más.

—Hablaremos mañana por la mañana —dice Elza—. Supongo que tendremos un montón de cosas que organizar.

—Está bien —asiento.

Elza me da un abrazo breve y sale de la habitación. Apago la luz y me tumbo en la cama, mirando hacia el marco de la puerta. Aún está iluminado por una suave luz amarillenta, proyectada desde la habitación de Elza, al otro lado del pasillo. Por un instante me embarga una fantasía tan intensa que me sobresalta: no es uno de mis sueños recurrentes con Holiday, sino con Elza, que se planta ante el

umbral, recorre la moqueta con los pies descalzos, con pasos suaves, hasta meterse conmigo en la cama de invitados...

La luz del descansillo se apaga. Elza ha cerrado la puerta de su habitación. Me tumbo de lado en la oscuridad, escuchando el viento, imaginándome a Elza haciendo lo mismo. Me quedo inmóvil contemplando el umbral vacío.

11

LAS PISADAS DEL DIABLO

Jueves por la mañana, 30 de octubre. La luz que se proyecta al otro lado de las persianas es grisácea, propia de un día nublado, y se filtra hacia el interior del cuarto de invitados. Apenas hay diferencia entre las sombras y esos rayos de luz cubiertos de motitas de polvo. Escucho el siseo de la caldera central al calentarse. Me siento como si estuviera en una habitación que ha estado tapiada durante cien años.

Se acerca el final, para bien o para mal. Iniciaremos el rito de las lágrimas hoy a medianoche, y para cuando lo concluyamos será día 31, Halloween. Si nuestro plan no funciona, la hueste me matará y quedarán libres. Todavía tienen a mamá, pero no sé qué van a hacer con ella. El Juez dijo que la habían escondido, pero a saber qué quería decir con eso. Quizá quieran poseerla, quizá quieran sacrificarla, podría ser cualquier cosa. Si esta noche algo sale mal, moriré, mi madre morirá, Elza morirá. Si sale bien, conoceré al Diablo. Y no puedo ni imaginarme cómo será ese encuentro.

Deslizo el pulgar sobre el sello. Se ha convertido en un gesto reconfortante. Me pregunto cómo habrá vivido papá todos estos años, servido por espíritus y demonios que habrían dado cualquier cosa por matarlo. ¿Pasaría también noches en vela, deslizando los dedos sobre el sello para recordar que aún lo tenía, que aún contaba con su poder? ¿Por qué formó una hueste? ¿Por qué nos abandonó? ¿Conoció también al Diablo? ¿Qué clase de hombre era en realidad?

Oigo barullo en el piso de abajo, el ruido estridente de una tetera al romper a hervir. Me levanto de la cama, tuerzo el gesto por el dolor que me provocan mis músculos al accionarse. Me apetece quedarme aquí tumbado y dormir durante una semana entera, pero tenemos trabajo que hacer. El Diablo no se invoca solo.

Abajo, en la cocina, Elza está sentada a la mesa, untando gruesas rebanadas de pan tostado con mantequilla y pasta de extracto de levadura. Ham, que se ha incorporado sobre las patas traseras para asomar la cabeza por encima de la mesa, está intentando lamer el tarro de la levadura, obligando a Elza a utilizar un codo para mantenerlo alejado mientras prosigue su tarea.

—Si quieres lo saco fuera —le digo.

—No pasa nada —dice—. No sabía que a los perros les gustara el extracto de levadura.

—A Ham le vuelve loco.

Me siento frente a ella. Elza es una de esas personas que unta hasta

el último centímetro de sus tostadas con el mejunje que sea. Se toma el tiempo necesario con cada una de ellas hasta que las cubre por completo. Levanta la mirada hacia mí, es la primera vez que me mira desde que he llegado. Tiene el cabello recogido en un moño desaliñado. Contemplo sus pecas, su nariz respingona, sus orejas pequeñas, normalmente ocultas bajo la melena, y me pregunto: ¿cuándo ocurrió esto? ¿Cuándo empezó a gustarme tanto quedarme aquí sentado viendo cómo Elza unta una tostada?

—¿Qué? —pregunta.

—Nada.

—Mi madre ya se ha ido al hospital. Hoy tiene turno doble, lo cual nos viene bien. Ya casi es mediodía. Te he dejado dormir hasta tarde, creo que lo necesitabas. En fin, ¿cuándo vamos a realizar el ritual? ¿Y dónde?

—Deberíamos empezar hoy a medianoche. Cuando terminemos serán los primeros minutos de Halloween. En cuanto al lugar... El libro dice que hay que realizar el rito en un lugar de tránsito, en un lugar donde el mundo de los espíritus esté próximo al nuestro.

—Vale —dice Elza—. ¿Y dónde es eso, si se puede saber?

—Bueno, conozco un lugar ideal en Dunbarrow. El círculo de piedras, las Pisadas del Diablo.

—Pensé que habías dicho que la hueste andaba rondando por ese lugar. Fue allí donde encontraste tu cuerpo cuando estabas poseído, ¿no es así? Dijiste que pensabas que estaban preparando algo en las Pisadas.

—Si el Pastor planea realizar su propio ritual en Halloween, seguramente utilice también las Pisadas. Los lugares de tránsito tienen poder. Así que el círculo de piedras estará muy concurrido. La hueste vendrá a por nosotros, de eso no hay duda. Es peligroso. Pero no tenemos...

—No tenemos elección —me interrumpe Elza, con desgana—. No te estoy rebatiendo. ¿Qué necesitamos para el rito? ¿Necesitamos hierbas, suministros?

Al decir eso, el esquema del rito se despliega sin previo aviso al otro lado de mis ojos, el conjuro se extiende a través de mi cerebro. Meneo la cabeza, en un intento por hacer desaparecer esas imágenes.

—Necesitamos dos tipos de hierbas —le explico—, y también óleo. Necesitaremos algo para dibujar un círculo mágico alrededor de las piedras, posiblemente pintura de la que se usa para las paredes, ya que lo dibujaremos sobre la hierba. Necesitamos un sello. Y necesitaremos... un cuchillo, y también un animal. Algo que derrame sangre roja. No puedo espachurrar una araña y pretender que el Diablo se aparezca.

Elza corta las tostadas en triángulos perfectos. Observo cómo el

cuchillo se adentra en el pan y me imagino rebanándole el pescuezo a algún animalillo que forcejea para liberarse. Se me han quitado las ganas de comer.

—No nos costará demasiado encontrar esas cosas en Dunbarrow. Deberían tener las hierbas en esa tienda hippy a la que va mi madre —prosigo.

—Me preocupa abandonar la protección de mi casa —dice Elza—. Recuerda que ya no tengo mi extrañita.

—Hoy no correrás peligro. El libro me contó que las huestes no pueden aparecerse el día 30. Las estrellas no están en la posición adecuada. Ni los veremos ni podremos invocarlos. Es la calma que precede a la tormenta. Pero en cuanto el reloj marque la medianoche... todo cambiará. Aunque eso significa que tendremos ventaja sobre ellos para llegar a las Pisadas del Diablo.

—Luke... —dice Elza—. Si hoy están debilitados, entonces tu madre... quizá podríamos...

—No. El Pastor y la Furia han pensado en eso. El Juez me contó que la tienen escondida. Ya no está en mi casa.

—Ya. ¿Y si el Juez te mintió?

—Es posible. Pero creo que estaba siendo sincero, hasta cierto punto. Dijo que no sabía dónde estaba. Si eso era cierto o no... ¿quién sabe? Tiene miedo de la Furia. Y con razón.

—Así que ese es nuestro plan —dice Elza—. Ir de compras, prepararnos y hacer el ritual. Y a medianoche estaremos en las Pisadas, sacrificando a un animal en nombre de Satanás.

—A mí tampoco me hace ninguna gracia. Ya lo sabes. Pero la magia negra nos ha metido en esto, y será la magia negra la que nos ayudará a salir.

—Eso espero —dice Elza.

Me como una tostada pequeña, fregamos los platos y a la una salimos hacia Dunbarrow. Por todo el pueblo están sacando máscaras de los armarios, extrayendo guantes peludos de hombre lobo del fondo del cajón de los calcetines. Mañana por la noche los monstruos inundarán las calles y los clubes nocturnos, con el rostro cubierto de maquillaje verde, sangre de pega, orejas de gato, colmillos de plástico y máscaras de goma deformes. Hasta entonces, el pueblo estará tranquilo. Las calabazas reposan en los aparadores, esperando a que les pongan ojos y sonrisas.

Realizamos nuestras compras en la tienda hippy y en una ferretería de la cadena John Crisco, después, por sugerencia de Elza, hacemos una parada en la tienda de senderismo y montañismo Río Negro, que es un extraño edificio con el techo plano, situado cerca del parque. Finalmente, tras casi media hora de acalorado debate, hacemos nuestra última compra en la tienda de animales Patas & Pezuñas, al

lado de la tienda de caramelos que hay en la antigua plaza.

Cae la tarde cuando emprendemos el camino de vuelta a casa de Elza. Atajamos por el extremo más sucio y descuidado del parque, lejos de la zona de juegos y del templete. Los simpáticos patos que quieren que los alimenten con cuscurros de pan no se aventuran tan lejos entre la maleza, que es territorio de colillas de cigarros y botellas de sidra vacías. Avanzamos a paso ligero por un sendero estrecho; yo cargo con el jerbo y el bote de pintura, Elza lleva la ropa. La jaula del jerbo es enorme y el bote de pintura amarilla pesa tanto que está a punto de desencajarme el brazo, así que empiezo a preguntarme si deberíamos hacer un descanso cuando oigo que alguien grita «¡Manchett!», con el tono de voz que suele escucharse en el campo de rugby.

Mark Ellsmith se acerca dando tumbos hacia nosotros. Lo siguen Kirk, Holiday y Alice. Mark tiene una lata de cerveza, y Kirk lleva el resto del paquete colgando de una mano. Por lo visto están aprovechando al máximo las vacaciones.

—Mark —digo.

Tiene la mirada convulsa, sus ojos despiden un brillo feroz.

—No esperaba verte por aquí —me dice.

—¿Por dónde, por el parque? —pregunto.

—Necesitas ayuda —dice Kirk—. No estás bien, Luke.

—Dejadnos en paz —les dice Elza, sin apenas dirigirles la mirada —. Estamos ocupados.

Holiday parece preocupada, y Alice, nerviosa.

—Cállate —dice Mark—. Manteneos alejados de nosotros.

—¿Cómo?

—No os queremos rondando por aquí —dice Kirk.

—¿Por dónde? —pregunta Elza—. ¿Por Dunbarrow? No podéis echarnos.

—Cállate —repite Mark—. No estoy hablando contigo.

—Oye —le digo—, he estado enfermo. Sé que no he sido... el de siempre.

—Más bien parecías haberte convertido en otra cosa —dice Mark.

—Mark, por favor —le dice Holiday.

—¡Tú no viste los pájaros! —le replica Kirk.

—¿Y qué haces saliendo con esta? —me pregunta Alice, mirando a Elza, como si ese fuera el peor delito de todos.

—No puedo explicarlo —digo—. Las cosas han... cambiado. No soy el de siempre. Estoy enfermo. Pero las cosas volverán pronto a la normalidad. Lo prometo.

Mientras lo digo, me doy cuenta de que nadie me está escuchando.

—Vamos, ¿qué más da lo que digan? —dice Elza—. Hala, venga, disfrutad de vuestras maravillosas vidas.

—¿Por qué me dijiste eso? —pregunta Mark.

—Yo no... no dije nada... —protesto.

—Junto al templete —insiste—. En la colina. ¿Por qué me dijiste eso?

—No sé qué es lo que te dije. No era yo...

Mark no me deja terminar. Toma impulso y me pega un puñetazo en los morros. Ni siquiera es un golpe en condiciones, es más bien un cachete. Mi cabeza se gira hacia un lado y siento un regusto cálido y dulzón en los labios, que empiezan a inflamarse. Me palpita la cara. ¿Qué fue lo que le dijo mi cuerpo, la Furia? Está desquiciado.

—¡Mark! —oigo gritar a Holiday.

Me tambaleo hacia atrás, mientras me cubro el rostro con una mano. Se me cae la jaula del jerbo. Todavía tengo agarrado el cubo de pintura, pensando que quizá podría tirárselo a Mark encima, pero nadie más me ataca.

Se oyen gritos. Me aparto la mano de la cara. Elza le está estrujando el cuello a Alice con un brazo al tiempo que intenta derribarla, sirviéndose de una especie de llave de lucha libre. Alice grita y llora, alternativamente. No le veo la cara a Elza. Holiday se ha metido entre Mark y yo, le está diciendo algo, hablando muy deprisa. Le agarra de los hombros. Kirk se acerca corriendo hacia las chicas, gritando, y aparta a Elza de Alice, que cae de espaldas entre los arbustos, tosiendo. Elza se quita de encima a Kirk con un empujón y después le pega un cabezazo en plena cara que le deja noqueado, con un reguero de sangre, tan brillante que casi parece falsa, manando desde su labio superior. Elza se aparta de él, jadeando, y gira la cabeza hacia su derecha para mirar a Mark, que nos observa con una mezcla de rabia y miedo, después menea la cabeza y, entrelazando el brazo con el de Holiday, dice:

—Vámonos, tío.

—¡Me ha pegado! —dice Kirk.

—¡Parad todos! —grita Holiday—. No tenéis por qué... ¡Así no vamos a arreglar nada!

Kirk ayuda a Alice a ponerse en pie.

—Me ha pegado —repite Kirk, como si fuera un niño pequeño.

Elza parece dispuesta a pegarle otra vez. Me preocupa que Kirk vaya en serio a por ella. Kirk no es ningún enclenque, y no sé si mi cuerpo podrá soportar más golpes.

—No puedes pegar a una chica —dice Holiday—. Vámonos.

Kirk suelta un bufido y se limpia la sangre del labio.

—Ni siquiera vale la pena —dice.

—Lo siento —le digo a Holiday.

Sus ojos no expresan nada más que lástima.

—Yo también lo siento —dice Holiday, y se marchan.

Mark y Holiday se alejan, tambaleándose ligeramente. Kirk tiene que llevarse a rastras a Alice para que no arremeta contra Elza, como si fuera un muñeco relleno de arena. Me quedo mirando la hierba espachurrada. Todo ha ocurrido en cuestión de uno o dos minutos. Tengo la sensación de que algo más se está marchando con ellos, una parte de mí. No me perdonarán. Esto me seguirá por todo Dunbarrow como una segunda sombra. Todo el mundo se enterará.

—Llevo años queriendo hacer esto —dice Elza—. No sabes cuánto... ¿Estás bien?

—Sobreviviré.

—Qué amigos tan majos, ¿eh?

—Me comí un pájaro crudo y entero delante de sus narices. ¿Quién sabe qué más puede haber hecho mi cuerpo?

Recojo el bote de pintura y la jaula del jerbo. Elza se muerde el labio y se empieza a recoger unos mechones de pelo rebeldes, empieza a rehacerse el moño lentamente.

A las once menos cuarto llega el momento de ir a las Pisadas del Diablo. Cargamos una bolsa de deporte con los suministros, esperamos a que la madre de Elza se quede embobada con una vieja película de terror, y sacamos a Ham a la calle. Porto mi sello, y llevo el *Libro de los ocho* guardado en el bolsillo interior del abrigo. El esquema del ritual está grabado a fuego en mi cerebro, así que con suerte no tendré que volver a recurrir al libro. Aunque tampoco es que tengamos tres días de sobra como para dedicarlos a ello. Esto es lo que hay. Me palpita la cara. Apenas puedo distinguir el dolor del puñetazo de los demás dolores y molestias que he acumulado durante las últimas dos semanas. Es como si estuviera escuchando a dos bandas de metales tocando al mismo tiempo. Elza, que me confesó que casi no tiene «ropa práctica», lleva unos pantalones impermeables recién comprados y un llamativo chubasquero de montaña, de color verde y naranja. Un gorro de lana contiene a duras penas su melena con forma de nube.

—¿Quieres recordarme por qué lo hemos traído? —pregunto, señalando a Ham.

—No sé —dice Elza—. Me pareció apropiado. Me sentí más segura al tenerlo a mi lado, cuando estuviste ido. No me ha parecido bien dejarlo en casa con mi madre.

—¿No crees que correrá peligro? ¿De verdad teníamos que traerlo hasta aquí?

—Es posible. Pero ¿acaso no corremos peligro todos? No sé, sólo es una corazonada, ¿sabes? Pero confío en las corazonadas.

Elza tiene la caja con el jerbo sobre el regazo. Ham siente un incontenible interés por el animalillo, y está empañando con el aliento el lateral del recipiente.

—Se están haciendo amigos —digo, señalándolos.

Elza pone una mueca. Sigue sin gustarle lo que le vamos a hacer al jerbo.

—Hablando de eso —añade—, quería decirte que todo lo que ha pasado ha cambiado la imagen que tenía de ti. Es decir, creo que ahora somos amigos, ¿no?

—Yo diría que sí.

—A ver, lo que estamos a punto de hacer no es de mi agrado. Pero confío en ti. La verdad es que al principio no quería ayudarte. Me comí mucho el coco con eso. Siempre te has dedicado a pavonearte por el instituto como si estuvieras hecho de chocolate, y tus amigos son tan imbéciles... Pero, ¿sabes?, estás llevando todo esto muy bien.

—Gracias, Elza —digo—. Siempre pensé que eras una arrogante insoportable y sabelotodo. Y he llegado a la conclusión de que tenía razón.

—¡Calla! —exclama, dándome un puñetazo—. Lo retiro. Eres lo peor.

El autobús sigue avanzando.

—Lo que quiero decir —añade, al cabo de un rato— es que espero que logres salir con vida de esto. Me preocupo por ti. Me preocupa lo que vas a tener que hacer.

—Sí —digo—. A mí también me preocupa.

Cuando el bus sube por la colina, la tormenta se desata al fin. La lluvia golpea contra el cristal delantero. El mundo exterior queda reducido a una serie de destellos y borrones de colores. Por suerte hay una tienda inconfundible que hace esquina muy cerca del instituto de Dunbarrow, y al cabo de un rato veo su letrero luminoso pasar a nuestro lado.

—Creo que ya hemos llegado.

—¿Ya? —Elza presiona la cara contra el cristal de la ventana, que chorrea agua por el otro lado—. Está tan oscuro que ni me había enterado. ¿Estás seguro?

—Sí, es aquí.

Se me forma un nudo en el estómago cuando bajamos del autobús vacío y quedamos a merced de la lluvia. Atravesamos la calle a la carrera. Sujeto la jaula del jerbo con una mano y tiro de Ham con la otra. Ham tiene el pelaje apelmazado a causa del agua, mueve los ojos de un lado a otro por debajo del flequillo. Elza va corriendo al frente, con su mochila y el bote de pintura.

—Las Pisadas del Diablo está por allí —digo, señalando hacia la negrura absoluta que se extiende al otro lado de la borrosa silueta del instituto. Tengo la capucha del chubasquero empapada, siento su peso sobre la cabeza.

Tiro de la correa de Ham y seguimos avanzando, con la cabeza

agachada para que el agua no nos pegue en la cara. En el aparcamiento del profesorado hay unas farolas envueltas en un centelleo anaranjado; aparte de eso, el instituto está completamente a oscuras. Rodeamos la consejería, que nos protege del viento durante unos instantes, y después salimos al patio, dejamos atrás las casas prefabricadas donde se dan clases de inglés y mates, rodeamos las cocinas por detrás, después pasamos junto a los vestuarios y salimos al campo de rugby, donde nos mantenemos pegados al borde, mientras los árboles gruñen y nos lanzan goterones sobre la cabeza. El viento es como un río enfurecido que se estrella contra sus orillas, arrastrando ramas, hojas y helechos directamente contra nuestras caras.

En el extremo norte del campo de rugby el camino empeora, la hierba está sin podar, y está salpicada de arbustos y pequeños árboles muertos. Hay un montón de basura, acumulada durante años, arrastrada por el viento desde los patios escolares; latas y paquetes de cerveza relucientes, y bolsas de plástico empapadas que se agitan entre las ramas de los árboles como medusas en descomposición. Elza saca una linterna gruesa y alargada cuando nos adentramos un poco más en el bosque. Tropiezo con las ramas y con los irritantes agujeros que parecen formarse en el suelo del bosque con el único propósito de que la gente tropiece con ellos. Tengo las mangas de la chaqueta tan mojadas que relucen bajo la luz de la linterna. El terreno está cubierto de maleza y marañas de zarzas.

—Quedan diez minutos para la medianoche —le digo a Elza. Tenemos que darnos más prisa.

Adelante, hacia arriba. La única luz que queda es la de la linterna; incluso la mancha anaranjada de las luces de la ciudad ha desaparecido en el horizonte, oculta tras la curvatura de la colina. Es una pendiente rocosa, el suelo está revestido por una capa de musgo oscura y esponjosa. Llegamos a la cumbre, nos abrimos paso a duras penas entre una obstinada barrera de arbustos, y cruzamos un estrecho camino de tierra, por donde corre el agua de la lluvia a través de los surcos que las ruedas de los coches han tallado en la tierra.

—Ya estamos cerca, ¿no? —pregunta Elza.

—Sí. Bajando esa ladera.

Descendemos por una pendiente poco pronunciada en dirección a las Pisadas del Diablo. Las piedras siguen tal cual estaban la última vez: una alta, otras dos más anchas y achaparradas. Los robles forman un arco por encima del claro, como si fuera una bóveda. Cuando nos acercamos puedo ver que las piedras tienen talladas unas oquedades en las que no me había fijado antes: son unos huecos, algunos con formas similares a la huella de una pezuña, cuyo origen no parece natural. Las piedras son de color gris claro, están cubiertas por escamas de liquen amarillento. Nos protegen de lo peor de la

ventolera, pero la lluvia sigue abriéndose paso con fuerza entre los árboles. Me castañetean los dientes.

Ahora que estamos junto a las Pisadas del Diablo puedo ver la porción de tierra revuelta, en mitad del círculo de piedra, donde estuvo cavando mi cuerpo poseído: el musgo está arrancado, la tierra oscura se está convirtiendo en un cúmulo de barro a causa de la lluvia.

—¿Hay algo enterrado ahí? —susurra Elza.

—Puede ser. Parece reciente —digo. Sé que mi cuerpo estuvo cavando aquí, pero no pude ver con qué intención.

—¿Y qué es lo que enterrarían? —pregunta Elza—. ¿Algo para su propio ritual? Esto no huele nada bien.

Observo los árboles oscuros a mi alrededor, la susurrante negrura del bosque que se extiende por detrás de ellos, y de repente tengo la certeza de que nos hemos metido en una trampa. Sabía que mi cuerpo estuvo cavando aquí... Pero no teníamos elección. El ritual debe realizarse en un lugar de tránsito. No había ningún otro sitio.

—No le demos más vueltas, no hay tiempo. Queda poco más de un minuto para la medianoche. Debemos darnos prisa —le digo a Elza. Ella asiente, mete la mano en la bolsa de deporte y saca una bolsita de plástico con hierbas.

—Está bien —dice Elza—. Salvia y romero. Sitúate en el centro de las piedras y trazaré el círculo.

Cojo las hierbas. Son un amasijo surtido de hojas, algunas marrones y secas, otras gruesas y velludas que en cierto modo recuerdan a una lengua, cubiertas de pelitos diminutos. Camino hasta el centro de las Pisadas del Diablo, con la caja del jerbo bajo el brazo. La dejo en el suelo, justo encima de la porción de tierra revuelta. Me echo las hierbas encima. Algunas se las lleva el viento, otras se posan sobre mi pelo o se me pegan al chubasquero. Me siento como si me estuviera sazonando. Elza ata a Ham a un pino pequeño y coge el bote de pintura, lo abre y comienza a andar hacia atrás —en el sentido contrario a las agujas del reloj, recuerdo que decía el libro—, alrededor de las Pisadas, derramando la pintura sobre el musgo. El círculo mágico no es muy complicado: sólo hace falta trazar un círculo alrededor del lugar de tránsito, con una marca de poder en el punto septentrional del círculo. Y es precisamente esa marca la que parece estar provocándole quebraderos de cabeza a Elza.

—¡Acaba de dar la medianoche! ¡Es Halloween! —le grito—. ¡Date prisa!

—Está todo encharcado. Es difícil dibujar así.

Elza se agacha y se esfuerza por terminar el círculo, derramando la pintura con las manos. La linterna está tirada en el suelo, a su lado, iluminándola desde abajo, proyectando una enorme sombra deforme sobre la barrera que forman los árboles. Ham empieza a ladra y a tirar

de la correa. Me saco la navaja del bolsillo trasero de los pantalones, despliego el filo. Dejo la jaula del jerbo en el suelo. Si no estuviera lloviendo tanto, podría vigilar mejor el extremo sur de la hondonada. Sé que se están acercando; percibo un frío en el ambiente que no se debe sólo al viento y a la lluvia. Ham está empujando la cabeza hacia atrás, para intentar zafarse del collar.

Elza se incorpora, se limpia la pintura de los pantalones.

—¡Hecho!

—Bien, ahora aléjate de aquí.

—¿Puedes sentir algo? ¿Ha funcionado?

—Sí. Lo percibo.

Nada ha cambiado a simple vista. Sigo a merced de la lluvia y el viento en un lugar remoto del bosque que rodea Dunbarrow, afrontando la muerte con una navaja y un jerbo comprado en una tienda. Pero me siento distinto, más poderoso. Me siento como si estuviera sobre un escenario y acabaran de encender un foco. Lo que haga dentro del círculo mágico producirá un efecto; los seres del mundo paralelo al nuestro podrán verme, percibirme. El sello centellea en mi dedo, con un resplandor más intenso que nunca, proyectando oleadas de frío que me suben por el brazo y me llegan hasta el pecho.

Ham consigue sacar la cabeza del collar y sale corriendo hacia el bosque, aullando.

—¡Ham! Maldita sea... ¡Elza, sal de aquí! ¡Se están acercando!

Algo se mueve entre los árboles. Mi aliento forma nubecitas en el aire. Una capa de escarcha comienza a extenderse sobre la caja de plástico del jerbo, sobre las propias piedras del círculo.

—¡Una última cosa! —grita Elza.

Me lanza una botella de aceite para cocinar, después se cuelga la mochila del hombro y echa a correr hacia el bosque, orientándose con los ladridos de Ham.

Algo sale volando desde el bosque en dirección al extremo sur de las Pisadas del Diablo. El Prisionero, haciendo girar sus ojos inertes y blanquecinos, flota sobre el musgo y los helechos a una velocidad inconcebible. Me ignora y cruza la hondonada en un visto y no visto, con la mirada fija en el hueco entre los árboles por el que ha desaparecido Elza. Lo sigue el Juez, sin mirarme, con los vaqueros arremangados hasta la mitad de los muslos, dejando al descubierto sus botas rojas. Ambos espíritus son más grandes y brillantes de lo normal, relucen desde el interior de sus cuerpos, como las criaturas que viven en el fondo del océano. Esta noche es imposible confundir a los fantasmas con seres vivos. Se desvanecen entre la lluvia y la oscuridad hasta que los pierdo de vista mientras persiguen a Elza. Si dijera que se me está saliendo el corazón por la boca, me estaría

quedando corto; más bien es como si cada órgano de mi cuerpo estuviera intentando abrirse camino a través de mi garganta. Ham sigue ladrando en el bosque, el sonido se vuelve cada vez más débil entre el fragor de la tormenta.

Saco al jerbo de la caja. Lo sostengo sobre la piedra más plana y le vierto el aceite sobre la cabeza. El animalillo se revuelve en mi mano. El aceite corre por su suave lomo parduzco hasta llegar a mis dedos. Algo más se mueve en el bosque. Mi sello emite un fuerte zumbido, desplegando una oleada de frío que me hace sentir como si estuviera enterrado en el interior de un glaciar. Cierro los ojos, las páginas del *Libro de los ocho* aparecen en mi mente, tan nítidas como si las tuviera delante. Localizo el pasaje que necesito, las palabras que convertirán mi asesinato en algo más, las palabras que darán poder a mi navaja. El jerbo forcejea, está a punto de escaparse de mi mano.

—Lo siento, colega. «Por la presente dedico este sacrificio a Satanás, nuestro padre oscuro. Por favor, acepta esta criatura ungida y la sangre que voy a derramar por ti. Ven a mí, en esta hora de oscuridad absoluta».

El animalillo al que voy a sacrificar pega un chillido mientras lo agarro. Contemplo su rostro peludo y aterrorizado. Nunca he matado a ninguna criatura, que yo recuerde. He espachurrado insectos y cosas así, pero eso es distinto. Las hormigas no tienen cara.

—Oye, lo siento. O tú o yo. Sin rencores.

El jerbo se revuelve. Apunto la navaja hacia su vientre. Le clavo la punta en el estómago y el jerbo me mira con sus ojillos negros e indefensos. Es un jerbo, Luke. Puedes matarlo, para salvarte. Elza podría estar a punto de morir. Ahora no puedes echarte atrás. ¿Qué hay de los animales que mueren a diario en los mataderos? Te comes esas hamburguesas sin pararte a pensar en ello. ¿Qué diferencia hay en que seas tú el que lo mate?

El resto de mi hueste se adentra en la hondonada, al otro lado del apresurado trazo de pintura que delimita mi círculo mágico. Veo al Pastor, más alto y pálido que nunca, las lentes de sus gafas relucen como faroles. Lo sigue el Oráculo, llevando al Inocente en brazos. El Hereje emerge de entre los árboles, entonando un cántico en voz baja, con el cuerpo marchito envuelto por unas llamas que no desprenden calor. No veo a la Furia por ninguna parte, tampoco a mi madre.

—Y aquí estamos al fin —dice el Pastor.

Me quedo quieto, con el jerbo y la navaja en las manos, mi sello emite un destello, mi mirada se cruza con la del Pastor. Apenas nos separan unos pocos pasos, el Pastor se encuentra justo al borde del círculo mágico. Se mesa la barba con una mano.

—Así que el rito de las lágrimas, ¿eh? —pregunta.

No digo nada. Sé que no puede cruzar los límites del círculo. En

cualquier momento puedo realizar el sacrificio y completar el rito. Aún tengo el control. Pero quiero saber dónde está mi madre.

—Aunque a regañadientes, debo mostrarte mis respetos —dice el Pastor—. Recuperaste el dominio de tu cuerpo terrenal, que es más de lo que yo esperaba. Y el hecho de que intentes este rito indica que has descubierto la forma de acceder al *Libro de los ocho*. Impresionante. Inútil, pero impresionante.

—¿Inútil? Puedo completar el rito cuando me dé la gana. Sólo te estoy escuchando porque quiero saber qué le ha pasado a mi madre.

—Tu madre sigue viva, te lo aseguro. No tardará en reunirse con nosotros. Y no creo que vayas a completar el rito, o de lo contrario, ya lo habrías hecho.

El jerbo ya ni siquiera forcejea. Está temblando en mi mano, su diminuto corazón late tan deprisa como un cronómetro.

—Es absurdo —prosigue el Pastor—. A mí me enseñaron a matar en cuanto aprendí a caminar. Tú tienes coraje y voluntad, pero te falta crueldad. Tu amiga la brujita está al borde de la muerte mientras hablamos, pero eres incapaz de derramar la sangre de un simple animal. El contraste con respecto a tu padre es notable. Había muy pocas cosas que Horatio no estuviera dispuesto a sacrificar.

—Ninguno de ellos tiene culpa —replico, mirando al jerbo, pensando en Ham, en Elza, en Holiday y en mamá. Fui yo quien estampó su firma en el contrato de Berkley. Fui yo quien desató todo esto—. No se merecían lo que les habéis hecho.

—No —dice el Pastor—. Pero para un nigromante, la cuestión de quién se merece algo y quién no, carece de importancia. Los hombres sólo merecen aquello que están preparados para recibir.

Rebánale el cuello. Es un animal. Si Elza se muere en el bosque...

—No sabes lo que soy capaz de hacer —le digo al Pastor.

—No. Supongo que nadie lo sabe. Por esa razón no hemos dejado nada al azar.

Una mano fría me agarra la pierna izquierda, me aprieta con la fuerza de un cepo. Me quedo tan desconcertado que no puedo ni gritar. Me caigo hacia adelante, me estrello contra la piedra que tengo enfrente. Se me ha caído la navaja y el jerbo, que ha salido huyendo hacia la oscuridad, no queda ni rastro de él. Sin sacrificio, el ritual no puede llevarse a cabo. He fracasado. Mi conciencia me impidió hacerlo y ahora he fracasado. Araño la piedra que tengo delante, intento incorporarme mientras trato de patear la mano que me agarra la pierna. Es una persona real, no un fantasma, pero ¿cómo...?

Me revuelvo hasta lograr liberarme y me pongo en pie a duras penas, después me doy la vuelta para mirar a mi atacante. Al principio ni siquiera logro entender lo que estoy viendo. Una cabeza humana, unos hombros, unos brazos estirados están emergiendo de la arena

removida en el centro de las Pisadas del Diablo. La silueta está cubierta por una espesa capa de lodo negruzco, sólo se le ven los ojos. Tiene el cabello apelmazado sobre la cabeza. El desconocido se impulsa desde el suelo, su torso se abre paso a través del lodo, con la mirada fija sobre la mía.

—La hueste de un hombre no puede hacerle daño, ni siquiera en el día de máximo poder para los muertos. Pero si se consigue ejercer influencia sobre la mujer que le dio la vida, es posible utilizarla para matarlo y romper los vínculos con la hueste. Es una magia ancestral, a la que pocas veces se recurre. Por lo general, el nigromante asesina a su madre cuando se hace adulto, para impedir que alguien pueda utilizarla con ese fin. Como puedes ver, Luke, quizá nosotros no podamos entrar en tu círculo mágico. Pero tú no saldrás de él.

Mamá ha terminado de emerger del suelo, contorsionándose. Se incorpora, está cubierta de tierra de los pies a la cabeza. Al otro lado de sus ojos, La Furia me observa con deleite. La lluvia cae con fuerza sobre los dos, madre e hijo. No me puedo creer que la estén utilizando para...

Me doy la vuelta hacia el Pastor, consciente de que estoy a punto de morir, y la rabia estalla en mi cuerpo, en el sello que me chamusca los dedos, y esa ira se canaliza a través del anillo negro, a través de una oleada de poder que golpea al Pastor en el pecho. El fantasma se incendia, un fuego blanco estalla desde el interior de sus ojos y su boca, líneas blancas de fuerza que cercenan su carne fantasmal. El Pastor grita de dolor, y por un instante creo que al fin he conseguido pillarle por sorpresa, realizar un ataque para el que no estaban preparados, pero entonces el cuerpo de mamá me golpea con fuerza por detrás y me desplomo sobre la piedra plana. El poder que fluía a través de mi sello ha desaparecido tan deprisa como llegó. Intento proyectarlo de nuevo, intento dirigir el poder contra el demonio que habita en el interior del cuerpo de mi madre, pero mientras lo hago, siento un golpe tremendo en el estómago. Al principio creo que me ha pegado un puñetazo, pero entonces comprendo, con un dolor equivalente al de haberme tragado el sol, que me ha apuñalado.

El cuerpo embarrado de mamá se tensa encima del mío, tiene los ojos en blanco, desorbitados, llenos de placer y rabia, enseña los dientes, me agarra del cuello con una mano, me aprieta con fuerza. La lluvia nos azota. Mi madre empuña la navaja que iba a emplear con el jerbo, y mientras sacudo los brazos contra su rostro, mientras mis dedos resbalan entre la mugre, me apuñala tres veces más, esta vez entre las costillas.

Las fuerzas me abandonan. El dolor es tan continuado que carece de todo sentido. Tengo ganas de descansar. El cuerpo de mi madre retrocede y me quedo tendido sobre la piedra más lisa, mientras la

lluvia cae sobre mi cara, fría y enérgica.

El Pastor y el Oráculo se yerguen ahora sobre mí, el cuerpo de mamá los acompaña. Me entran ganas de cerrar los ojos. Me estoy muriendo de verdad. Siento como si estuviera a bordo de un aeroplano que está a punto de despegar. El Pastor parece más debilitado y mortecino, ya no reluce con la misma intensidad. Quiero alzar mi sello y volver a quemarlo, pero ni siquiera puedo mover el brazo.

—Ha ocurrido tal y como predije —dice el Oráculo, cubierta por su velo.

Parece triste. El Pastor no dice nada. Me observa con ávida fascinación. Me pregunto qué sentirá al haberse cobrado su venganza.

El cielo, negro como boca de lobo hace apenas unos momentos, parece estar cubriéndose de estrellas.

12

EN UN LUGAR REMOTO

Tengo seis años y papá se está yendo de casa. Me siento en el descansillo a observar cómo se afana para cargar sus maletas. Mamá está en el dormitorio. Es extraño que haya decidido marcharse así, en pleno día, mientras estoy despierto. Es como si quisiera que lo recordara.

Papá se estira desde la mitad de las escaleras y me dice adiós, tendiéndome la mano. Lleva puesta una camisa azul y una corbata roja de lunares. Lleva un enorme anillo negro en el dedo. Me envuelve la mano con la suya, tiene la palma áspera como la corteza de un árbol.

—Crece y hazte fuerte —dice, después se da la vuelta. Vuelve a bajar por las escaleras y cierra la puerta al salir. Oigo el murmullo monótono de su coche al salir a la carretera. Nunca entendí lo que quiso decir con esas últimas cuatro palabras.

Me llamo Luke Manchett y tengo dieciséis años. Creo que estoy muerto. Me encuentro en las Pisadas del Diablo, contemplando desde las alturas mi cuerpo, que está tendido sobre la más plana de las tres piedras. Todo está en calma. Estoy envuelto en una niebla gris, y no puedo ver al Pastor ni a ningún otro fantasma. Estoy completamente solo.

Cuando observo mi cuerpo, mi cuerpo espectral, no tengo rastros de heridas ni de sangre. Lo único que se sale de lo normal es un fino cordón blanco, casi invisible, que emerge de mi ombligo y se extiende hacia el cuerpo que yace sobre la piedra plana. Parece una telaraña, o tal vez una hebra de algodón. Lo tomo entre mis manos. El hilo está caliente.

—Yo que tú no haría eso.

Hay un hombre junto a la piedra más alta de las tres. Es alto, con una barbilla prominente y un bronceado radiante. Tiene el cabello níveo, peinado hacia atrás con gomina, dejando su rostro al descubierto. Tiene una barbita bien cuidada y lleva un traje gris, con una camisa de color azul oscuro.

—¿Señor Berkley?

—Es muy delicado —prosigue el abogado de papá—, y romperlo acarrearía graves consecuencias para ti.

—¿Dónde estamos?

—Esto es un lugar de tránsito —dice el señor Berkley—. Una

frontera, por llamarlo de alguna manera, entre lo que tengo entendido que conoces como el «Más Acá» y el «Más Allá».

—Así que esta vez sí que he muerto de verdad.

—Aún no estás muerto, muchacho. Tu destino es una incógnita. Ese cordón tan fino todavía mantiene unido tu animus con tu soma. Si alguien estuviera realizando un viaje astral por voluntad propia, parecería una gruesa soga en lugar de un hilo.

—¿Usted también está muerto, señor Berkley?

—Nunca me he parado a pensarlo.

—Pero ¿qué está haciendo aquí? ¿Trabaja para el Pastor?

Berkley se ríe.

—No soy su sirviente.

—¿Es usted mi espíritu protector?

—Tampoco soy tu espíritu protector. Qué cosas tienes. Estoy al corriente de que has tenido una experiencia traumática, muchacho, pero te está costando bastante entender las cosas. Probemos con un ejercicio mental. Un poco de análisis racional. Primera pregunta: ¿durante qué ritual de magia negra fuiste herido de muerte?

—Durante el rito de las lágrimas.

—Correcto. Pasemos a la segunda pregunta: ¿cuál es la naturaleza y el propósito del ritual que estabas realizando?

—Se suponía que iba a invocar al Diablo. Pero he fracasado.

—Yo no lo describiría exactamente como un fracaso.

—Pero es que no... Ah. Ah.

El señor Berkley esboza una sonrisa de tiburón blanco.

—Me has llamado y aquí estoy.

—¿Eres el Diablo?

—Yo soy él: Satanás, Lucifer, Asmodeo, Belzebú, Abadón, el Padre de la oscuridad, el contador de secretos y muchos otros títulos menores. No te aburriré desplegándolos como si de una alfombra corrompida se tratase. Tenemos asuntos que atender.

—Pero el ritual fracasó. El animal al que iba a sacrificar se escapó.

—¿Acaso el aceite no ungió tanto a la criatura como a tu propia mano? ¿No fue tu propia sangre la que se derramó dentro de los límites del círculo? No hago distinciones en lo relativo a la naturaleza concreta de la ofrenda.

—Yo...

—¿Debo suponer que tienes algo que pedirme?

El Diablo se alisa una porción de cabello con la mano.

—Quiero... Me gustaría que la hueste Manchett dejara de estar a mi servicio. Me gustaría que te los llevaras contigo, al Más Allá.

Me doy cuenta de que ya no estamos en las Pisadas del Diablo. Nos encontramos junto a un inmenso muro construido con piedras agrietadas, que se extiende hasta donde alcanza la vista. El suelo bajo

mis pies es de brezo, seco e inerte. La fría niebla nos envuelve por completo. Hay una puerta de madera en un costado del muro, pintada de color verde claro. El Diablo se dedica a juguetear con sus uñas.

—¿Y estás seguro de que eso es lo que quieres que haga por ti? De todas las cosas que puedo concederte, ¿ese es tu deseo?

—Sí. Sin duda.

—Haré lo que me pides, Luke Manchett. Sin pedirte nada a cambio.

—Gracias.

—Estréchame la mano y habremos terminado.

Me tiende una mano de dedos alargados, con cierta desgana. Sin titubear, le agarro la mano y se la estrecho. El tacto de su piel no difiere del de cualquier otra persona, pero cuando la aparta veo que no tiene líneas en la palma.

—¿Ya está? —pregunto.

—Están viniendo.

Me callo y espero. La puerta situada en el lateral del muro se ha abierto, revelando un pasadizo estrecho y oscuro. Una ráfaga de viento sopla desde la apertura.

Al cabo de lo que pudieron ser minutos u horas, aparece una silueta que emerge de entre la hierba, es un hombre encorvado con el cuello grueso. El Juez camina hacia mí con la cabeza gacha. Sus botas rechinan ligeramente al pisar el brezo. Se detiene ante mí y vuelve a mirar al suelo.

—Jefe —dice.

—¿Qué le habéis hecho a Elza?

—¡Nada, jefe, de verdad!

—¿Qué le ha ocurrido?

—Nada. ¡No lo sé! Yo sólo fingí que la estaba persiguiendo, ¿vale?

—¿Está viva?

—¡No lo sé! ¡Tienes que creerme! No me mandes al otro lado, jefe, hice lo que debía. Te ayudé en todo lo que pude, ¿no es así?

—Según tú, «fingiste» perseguir a Elza... Pero que sepamos, podría estar muerta. Tu ayuda no ha servido para nada. Habrías dejado que me mataran —le digo—, si no hubiera descubierto cómo utilizar el libro. Les habrías ayudado a hacerlo. Eres como una veleta, te mueves en la dirección que más te conviene. ¿No es así?

—Jamás, jefe, te lo juro por mi alma. ¡No soy una maldita veleta! Sólo soy un tipo normal y corriente.

—Lo siento —le digo.

—¿Adónde me van a enviar? —me pregunta—. ¿Adónde me dirijo?

—A la oscuridad, por supuesto —responde el Diablo.

—¡No! Jefe, Luke, por favor, ¡no me hagas esto! No quiero...

—No te queda más remedio. —El Diablo suspira—. Me perteneces. La hueste Manchett se ha disuelto, el trato ha sido cerrado, y tu

castigo ya está dispuesto. Ahora, cruza el umbral.

—Lo prometiste —me dice el Juez—, prometiste que no iría al Infierno. Lo mismo que tu padre. Siempre prometiendo. Eres igual que él.

Me da la espalda y, tras titubear un instante, se dirige hacia el oscuro umbral. El sonido de sus pisadas se acalla de repente.

Lo sigue un silencio funesto y prolongado. Entonces el Oráculo emerge de entre la niebla con su vestido blanco, se detiene para estrecharme entre sus brazos fríos y delgados, y me da un beso en la mejilla a través de su velo. Desaparece por la puerta oscura sin decir una palabra. Ahora es el Hereje el que se acerca, con los huesos centelleando y escupiendo chispas, entonando su absurda letanía. Pasa entre nosotros y su fuego se extingue.

Nos quedamos quietos, esperando. Aparece el Pastor, el color de su traje resulta más apagado bajo esta luz grisácea. Sostiene en las manos su sombrero de ala ancha, y avanza arrastrando los pies, como si fuera cojo. Me doy cuenta de que está aterrorizado.

—Octavius —dice el Diablo cuando el Pastor se acerca con paso renqueante—, me alegra volver a verte. Echaba de menos tu compañía.

—No suplicaré —nos dice el Pastor. Ya no lleva sus gafas espejadas. Lo miro a los ojos, que parecen pozos de brea.

—Nadie te lo ha pedido —replica el Diablo.

—Luke —dice el fantasma, acercándose a mí—. Eres un necio. He tenido tratos con este ser y me han conducido a la perdición. No puedes imaginar...

—No me dejaste elección —replico—. Yo no quería una hueste. Si no hubieras estado tan obsesionado con tu venganza, os habría dejado marchar. Pero hiciste que mi madre me apuñalara y después me dejaste morir. Te has cobrado tu venganza. Ahora me toca a mí.

—¿Crees que el Macho Cabrío ha respondido a tu llamada por puro altruismo? ¡Pero si no sabe ni lo que eso! No te engañes, Luke, siempre hay un precio. Este es fin para los dos —me advierte el Pastor.

No respondo. Puede que tenga razón o puede que esté intentando asustarme una última vez. Sea como sea, no puedo hacer nada para cambiar la situación.

—Si no os importa, podríamos seguir con lo nuestro —interviene el Diablo.

El Pastor se detiene ante el umbral, murmurando para sus adentros, y entonces el Diablo carraspea y el Pastor se adentra con paso inseguro en la oscuridad. Su cabello largo y grisáceo sigue resultando visible durante un instante, como una mancha brillante, y después desaparece. Cuando se marcha, me doy cuenta de que he ganado. La

hueste se ha ido, se acabó. El Pastor ha sido enviado a la oscuridad, al Infierno, y yo sigo aquí.

Seguimos esperando. El Diablo se hurga las uñas, comienza a juguetear con su reloj de bolsillo dorado. Finalmente, la silueta humeante del demonio emerge de entre la niebla, llevando al Inocente en brazos. La Furia inclina hacia abajo su espantosa cabeza de chacal, como hace Ham cuando se mea en la alfombra. El Diablo se sitúa ante la puerta mientras se aproximan, extendiendo sus largas manos sin líneas.

—Qué decepción, hija mía.

La Furia se encoge.

—Intentar escapar al Más Acá, revivir entre los mortales... —le reprocha—. Sabes perfectamente lo que pienso de esas cosas. Perfectamente.

La Furia se encoge todavía más.

—No deberíamos discutir esto delante de extraños. Pero, en fin..., no debería recibir a mi estirpe de esta manera. Ten presente que serás perdonada, a su debido tiempo.

El Diablo coloca sus manos sobre la cabeza negra del demonio y le acaricia el hocico con el dedo. Se echa a un lado y la Furia se adentra lentamente en el pasadizo, sosteniendo con suavidad al bebé entre sus garras. El demonio se agacha para poder pasar.

La Furia ni siquiera me mira.

«¿No sabes quién soy?», pregunta el Inocente mientras se lo lleva hacia el túnel.

La puerta verde se cierra con un suave chasquido. El Diablo se frota las manos, con la mirada perdida. Toso para hacerme notar.

—Eh, sólo han venido seis...

—Soy consciente de ello.

—Entonces...

—Tu Siervo fue consumido. Dejó de existir.

—¿Y no puedes...?

—Si esculpo un puñado de arcilla extraída de la tierra y la horneo hasta formar una vasija, después te muestro la vasija y te pregunto dónde está mi arcilla, ¿qué me dirías?

—Era un buen tipo... No se merecía lo que le ocurrió.

—Me dirías que la arcilla se ha transformado, que se ha convertido en otra cosa. El proceso de cocción, en el horno, la ha cambiado para siempre.

—¿Y el Prisionero?

—Ese muerto de hambre está fuera de mi alcance. Ya no está vinculado a ti, pero no puedo obligarlo a cruzar al otro lado. Tu ritual no tiene efecto sobre él.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué le ha ocurrido? ¿Y qué pasa con Elza?

—No conozco a esa tal Elza. Me parece que me confundes con mi homólogo. Yo no guardo registro de todos los gorriones caídos. Sólo observo a aquellos que me entretienen.

—Está bien —digo. Si me he librado de la hueste, pero a cambio he perdido a Elza, a Ham y a mamá... No quiero ni pensar en ello. Tienen que seguir vivos. Cuando regrese me estarán esperando, no debo pensar lo contrario.

El muro ha desaparecido, y me encuentro junto al demonio en una playa gris y solitaria. Todavía nos envuelve un denso manto de niebla que apenas nos deja ver el mar. Puedo oír el suave chapoteo de las olas.

Bajo la mirada hacia mis zapatillas.

—¿Qué ocurrirá ahora? —le pregunto.

—Eso depende de ti.

—¿Puedo regresar?

—Hoy no morirás, Luke.

—Gracias.

—No te puedo asegurar nada para mañana, ni para pasado mañana. Pero hoy no morirás.

—Entonces, ¿puedo regresar?

—Por supuesto —dice, esbozando una sonrisa todavía más radiante —, pero antes hay una cosita que me gustaría que hicieras por mí. Un pequeño favor.

—Dijiste que no me pedirías nada a cambio.

—Soy el Diablo. Soy un mentiroso. Mi precio es este, Luke: hay alguien que quiere hablar contigo. Hablarás con esa persona. Eso es todo.

Aparece una silueta, que avanza a través de la niebla hacia nosotros.

—¿Quién será —dice Berkley para sus adentros—, quién será esa persona que se acerca?

La silueta emerge lentamente, con la cabeza agachada hacia la arena gris. Es un hombre, lleva un traje blanco y una camisa de color morado claro. Le clarea la parte superior de la cabeza, pero el pelo restante le llega por debajo de los hombros. Tiene las manos cubiertas de anillos.

Tengo cinco años, estoy contemplando la nieve en nuestra antigua casa. Las baldosas de la cocina son de color naranja calabaza. Es invierno, y me he puesto de puntillas para asomarme a la encimera. El jardín se ha transformado en una amalgama de curvas y contornos. El cielo está tan blanco que no se distingue del suelo, y los copos revolotean y forman gruesos montones. Subo al despacho de papá arrastrando los pies con mis pantalones abrigosos verdes y él sonríe y

deja a un lado su libro sin preguntarme siquiera y los dos salimos corriendo a la nieve.

Nuestros muñecos de nieve siempre estaban descompensados. Yo esculpía siempre la parte de abajo y él la de arriba. Yo era un constructor de muñecos de nieve novato. Hacía una enorme bola asimétrica y me dedicaba a embutir montones de nieve espesa en los laterales del muñeco, sin orden alguno. Papá era un artesano de los muñecos de nieve. En aquella ocasión se entretuvo todo el tiempo necesario con la cabeza, le quedó tan perfecta que parecía haberse fabricado a partir de un molde. Dispuso los ojos de carbón y la boca con idéntico cuidado. Dijo que iría a buscar un sombrero y una bufanda y una zanahoria para la nariz, y cruzó el jardín con largas zancadas. Recuerdo que la nieve era tan densa y tan blanca que había desaparecido antes de haber recorrido siquiera la mitad del jardín, y temí que ya nunca pudiera volver a salir de allí.

Papá se detiene justo delante de nosotros y se yergue cuan alto es. Me mira a los ojos —me llama la atención su sonrisa— y da un paso hacia mí, con la mano extendida. Retrocedo un paso rápidamente y papá titubea, bajando el brazo. El Diablo se queda donde está, mirándonos alternativamente con entusiasmo.

—Luke... hijo mío.

—No —replico—, no me vengas con...

—Hijo mío.

—¡No pienso tocarte!

—Está bien. —Papá se ajusta el cuello de su camisa violeta—. Confiaba en que pudiéramos actuar como adultos, Luke, pero si sigues empeñado en comportarte como un niño supongo que no puedo impedírtelo. Poca gente tiene la oportunidad de hablar con su padre después de su muerte, ¿sabes? He tenido que mover un montón de hilos para poder reunirme contigo. Podrías mostrar un poco de gratitud.

El Diablo enarca una ceja blanca al oír eso, pero no dice nada.

—¿Poca gente tiene la oportunidad de hablar con su padre? —digo —. ¿Y qué pasa cuando estabas vivo? ¿Por qué no pudimos hablar entonces? ¿Dónde has estado? ¿Ni siquiera vas a fingir que lo sientes?

—Lo siento, Luke. Siento no haber formado parte de tu vida. Fue inevitable.

—Durante diez años, apenas recibí siquiera una tarjeta de cumpleaños, y de repente me entero de que te has muerto, y tu abogado, que resulta ser el mismísimo Diablo, me engaña para heredar una hueste de espíritus malignos y cabreados, que hacen todo lo posible para que yo, tu único hijo, acabe muerto también. ¿Y ahora te presentas aquí para una última charla y me dices que debería estar

agradecido? ¿Estás de coña?

—No negaré que hubo ciertos acontecimientos en mi vida que no salieron exactamente como quería. Sobre todo en las últimas semanas. Hice todo lo posible por contactar contigo, una vez que estuviste metido de lleno en ello. No fue fácil. Mis comunicaciones contigo han estado restringidas. —Se calla un momento, mira de reojo al Diablo—. Ya descubrirás que tú también cometes errores, Luke. Es parte de lo que significa ser adulto. Tienes que vivir la vida que te ha tocado, y no la vida que te gustaría.

La marea invisible susurra y se agita, en algún punto más allá de la niebla. Así que el sueño que tuve... Realmente era él. Intentó ayudarme.

Papá tiene una cara horrible, muy pálida e hinchada, con erupciones rojas en la nariz y en las mejillas. Tiene los ojos inyectados en sangre y arrugas por todas partes. Intenta parecer enfadado, pero tengo la sospecha de que tiene miedo de mí, o del Diablo, o puede que de los dos.

—¿Y cuál fue la vida que llevaste tú, papá? ¿Fue la vida que querías? ¿Se puede saber quién eres?

—Un nigromante —responde papá—. Soy un nigromante. Y al haber llegado tan lejos, al haber empezado a utilizar el *Libro de los ocho* y mi sello... Tú también tienes madera para ser uno. Es una lástima que decidieras disolver mi hueste. De haberla dominado, podrías haber llegado muy lejos con ellos.

—No lo creo —replico—. El único sitio al que parecían querer llevarme era a la tumba. El Siervo fue el único que intentó ayudarme, y tu demonio lo devoró. ¿Durante cuánto tiempo tuviste la hueste? ¿Por qué la formaste?

—Una lástima —dice papá—. Siempre sentí aprecio por el Siervo. Si hubieras... En fin, no importa. Comencé a formar la hueste Manchett nueve años antes de que tú nacieras. Debes entender que no convoqué a ocho espíritus de una sola tacada. Encontrar el lugar adecuado para cada uno de sus roles lleva su tiempo. Respecto a por qué empecé... ¿Tenemos tiempo?

Papá mira al Diablo, que está contemplando la niebla.

—El suficiente —responde el Diablo.

Papá deja escapar un largo suspiro. Desliza el pulgar sobre el anillo más grande y más oscuro que lleva en las manos, me doy cuenta de que es el sello, el mismo anillo que llevo yo. Me imagino que será una imagen espectral del anillo que forma parte de su espíritu, al igual que su traje y sus zapatos.

—Todo comenzó con el descubrimiento de una tumba, nada más apropiado —dice papá—. Yo tenía unos pocos años más de los que tienes tú ahora, era verano y estaba trabajando en una obra.

Estábamos excavando los cimientos de un nuevo centro comercial y tuve la... mala fortuna de encontrar algo que habría sido mejor no perturbar jamás. Una tumba, un extraño sepulcro que contenía un esqueleto, envuelto en un hábito negro. Tenía aferrado entre las manos un libro verde, con cierres plateados, y un anillo con una piedra negra. Ya conoces los objetos. Había algo en ellos que... Los recogía. Aún no sé por qué. Los escondí, avisé al capataz, y después de eso mandaron llamar a unos arqueólogos. Era una tumba peculiar. Todas las paredes estaban garabateadas con símbolos extraños, en un idioma que ningún trabajador del museo conocía.

»A partir de ese momento, mi vida dio lo que podríamos llamar un giro inesperado. No fui capaz de abrir aquel extraño libro verde, y el anticuario con el que contacté se negó siquiera a echarle un vistazo. Cuando vio la estrella grabada en la cubierta, abandonó la reunión sin decir una palabra más. Tras este extraño suceso, me sentí como si fuera víctima de una horrible maldición. Tenía frío a todas horas, no conseguía entrar en calor. Me parecía atisbar un rostro en los cristales oscuros de las ventanas, un rostro muerto entre la multitud, una sombra que no era proyectada por ninguna luz, sino por una oscuridad más intensa. Cuando me despertaba veía escarcha en las ventanas, marcas extrañas en las paredes de mi cuarto, dibujadas por manos invisibles... Me embargó un terror como no he conocido otro. Busqué la ayuda de un espiritista profesional, pero cuando percibió la entidad que me acechaba, da igual lo que me ofreciera a pagarle, que se negó a seguir ayudándome. Estando sumido en tal desesperación, recibí una visita.

»Se presentó como un abogado, un tal señor Berkley. Afirmó ser también un experto en cuestiones sobrenaturales, y había tenido noticia de mi caso a través del anticuario al que había acudido. Me llevó a cenar, y hablamos.

—El vino era nefasto, creo recordar —intervino el Diablo.

—Me convenció de que el mundo de los espíritus existe, de que había despertado algo espantoso en él. La tumba había sido profanada y yo ya no tenía ninguna posibilidad de aplacar el espíritu aunque volviera a depositarlo allí para su descanso eterno. Mi única esperanza era vincularlo a mi voluntad. Me explicó el uso del libro que había encontrado, y el del anillo negro, mi sello. Con la ayuda de Berkley capturé al espíritu, pese a que era muy poderoso, y sentí cómo su poder pasaba a ser mío. —Los ojos de papá se iluminan por primera vez, con una expresión que parece casi nostálgica—. El espíritu se apareció ante mí, un anciano marchito con los ojos negros como pozos de petróleo. Berkley me contó que el espíritu correspondía a los restos de un poderoso nigromante que hacía llamarse Octavius. Creo que lo conoces.

—Sí —digo, estremeciéndome.

—Octavius se convirtió en mi Pastor, el primer miembro de mi hueste. Fue una afrenta terrible para él, y nunca se generó ninguna estima ni confianza entre nosotros. Al principio mantuve las distancias con él. No podía liberarlo por miedo a que mi vida corriera peligro. El fantasma también ejercía, supongo, cierto control sobre mí.

—Podrías haberlo hecho desaparecer con una muerte definitiva —dice el Diablo—. Tenías los medios para hacerlo dentro del *Libro de los ocho,* si lo hubieras consultado.

—Lo sé —dice papá—. El caso es que... sentí su poder. Dejé de ser una persona corriente. Quería más. La idea de convertirme en un simple albañil, de cargar ladrillos para ganarme la vida... Supe que estaba destinado a algo más grande.

—Y esa es la razón por la que te elegí —dice el Diablo en voz baja —. Esa es la razón por la que me resultaste tan entretenido.

Me siento sobre la arena gris. No sé qué pensar de la historia de papá. Cojo un puñado de arena; está fría, no pesa casi nada, y tiene el color del crepúsculo en invierno. Papá se topó con algo cuyo riesgo no alcanzaba a comprender, y recurrió a medidas desesperadas para escapar de ello. Hasta ahí puedo identificarme con él. Jamás pensé que compraría un jerbo para sacrificarlo en nombre de Satanás. Lo que sigo sin entender es cómo acabó convirtiéndose en una estrella de la tele con un matrimonio roto.

—¿Y qué pasa conmigo y con mamá? ¿Cuál es nuestro papel en esta historia? —pregunto.

—Pasó un año. Comencé a hablar con el Pastor, y llegué a conocerlo y a dominarlo. Nos dedicamos a viajar juntos por el país. Al principio trabajé como exorcista. El Pastor... tenía buena mano con los aparecidos. A menudo lograba convencerlos para que cruzaran al otro lado. Empecé a hacerme un nombre. Tu madre... Perséfone siempre fue muy espiritual. Digamos que sentía más interés por aquello que no podía ver que por lo que sí. Nos conocimos en una convención de parapsicología. Fue amor verdadero, un matrimonio verdadero. Estoy seguro de que ella misma te habrá contado esa parte.

—Sí —asiento. Mamá nunca ha hablado mucho de él, pero sé que sus miradas se cruzaron mientras él le estaba leyendo el aura. Pienso en cómo emergió de la tierra en las Pisadas del Diablo, en la navaja que me clavó en el estómago.

—Obviamente, tu madre no sabía nada sobre la verdadera naturaleza de los muertos. No tenía visión extrasensorial. Describí al Pastor como un guía espiritual benevolente. Eso le sacaba de sus casillas. Al tiempo que crecía mi reputación, también lo hizo mi hueste. Había empezado a cartearme un nigromante escandinavo, Magnus Ahlgren, que me había recomendado el señor Berkley.

Siguiendo las directrices de Ahlgren comencé a registrar los cementerios de Europa, vinculando santos y asesinos a mi propia alma. Al mismo tiempo comencé a sacar provecho económico de mis proezas, al firmar mi primer contrato para un programa de televisión un año antes de que nacieras. Fue un paso adelante del que me sentí particularmente orgulloso. Comencé a obtener unos ingresos considerables, aunque en ese punto el dinero no era mi mayor ambición. El Pastor me había contado que había vivido mil años, y que un hombre que tuviera vinculada una hueste completa de ocho espíritus podía aspirar a vivir una vida mucho más larga de lo normal. Me obsesioné. Tu abuela murió de cáncer cuando yo era joven... y mi padre murió con ella, en cierto modo. Estaba decidido a dejar eso atrás, a dejar la muerte atrás. A vivir para siempre... Tu madre no sabía nada de esto, por supuesto.

»Recibí la noticia de tu nacimiento con alegría, Luke, pero también con miedo. Tenía enemigos. La nigromancia es un arte ancestral con un pequeño grupo de practicantes, y a muchos de ellos no les gustaba que un recién llegado estuviera realizando exorcismos ante las cámaras. Lo veían como algo indigno, deshonroso. Se desató una guerra mágica unos años después de que tú nacieras. Ahlgren, mi único aliado, fue derrotado. Las antiguas estirpes de Rusia, los hijos de Rasputín... Tuve que abandonaros. No podía correr el riesgo de quedarme bajo el mismo techo que mi esposa y mi único hijo. Cuando terminara la guerra, tenía intención de regresar. Lo juro.

—¿Y no fuiste tú quien los provocó? —pregunto—. ¿Acaso no fue culpa tuya? ¿De verdad nos abandonaste para protegernos? ¿Cómo moriste? ¿Te encontró otro nigromante?

—Tenía intención de regresar. Lo juro —repite—. Pero no tuve la oportunidad. Como ya he dicho, hay que vivir la vida que te ha tocado.

—Pero... ¿sabías que si morías yo heredaría la hueste? ¿Cuándo creíste que sería un buen momento para contármelo?

—Estaba convencido de que viviría más que tú. Creía que enterraría a mis bisnietos. El Pastor juraba haber visto el alzamiento y la caída de Roma. Me consideraba inmortal, y si redacté un testamento fue como una mera formalidad. Mi muerte... no fue a manos de un enemigo. No la predije. Estaba solo, comiendo, y me asfixié con un trozo de filete. La hueste no me ayudó. Mi Oráculo no me había alertado. No pude utilizar mi voz, no pude darles ninguna orden. El Pastor me vio morir y prometió que dirigiría su venganza contra mi hijo, y entonces... Berkley y sus ayudantes se presentaron ante mí.

—Una muerte aciaga —comenta el Diablo.

El mar suspira, oculto por la niebla. No me gusta mirar al Diablo a

los ojos; brillan más que antes, iluminados por algo más que la simple satisfacción o que la luz del sol.

—Cometí errores —dice papá—. Me arrepiento mucho. Creí que tenía tiempo de sobra para arreglar las cosas contigo y con Perséfone, pero estaba seriamente equivocado. Este ratito en esta playa gris es lo único que nos queda.

El Diablo está limpiando su reloj de bolsillo con un paño. A mí me parece que está inmaculado y reluciente, pero él se afana en pulir la superficie de cristal del reloj con movimientos constantes y circulares.

—Tengo una pregunta —dice el Diablo, sin apartar la mirada de su tarea.

Papá traga saliva.

—Tu relato es preciso, Horatio, salvo por algunos detalles. Has exagerado la duración de la guerra que te enfrentó a los nigromantes occidentales. Puedo perdonarte que hayas pasado por alto el hecho de que tu buen amigo Magnus Ahlgren murió por una orden tuya: temías que pudiera traicionarte, y con razón. Hay enemigos que no van armados con puñales, sino con sonrisas. Sin embargo, has omitido algunos detalles importantes. Nos reunimos en dos ocasiones, tú y yo, y el segundo encuentro tuvo lugar en casa de Luke, mientras él dormía. Creo que el chico merece saber lo que pasó entre nosotros y por qué la guerra de los nigromantes acabó esa misma noche. Cuéntanos: ¿por qué terminó la guerra? ¿Cómo derrotaste a las estirpes occidentales? ¿Y por qué, poco después, decidiste abandonar a tu esposa y a tu hijo pequeño?

Papá tiene el rostro ceniciento, con las mejillas tan desvaídas como la arena.

—No —replica.

—Horatio.

—No lo haré, no puedes...

—Recuerda con quién estás hablando, Horatio. No pretendas decirme lo que puedo y no puedo hacer. Sería una insensatez.

—Por favor —dice papá.

—Horatio, Horatio..., ¿quieres dejar de hacer eso? No hace falta que te arrodilles. Recuerda que soy tu dueño. Lo que tú quieras carece de importancia. Estoy decidido. Creo que tu hijo merece saber la verdad.

—La verdad es que me gustaría irme a casa —digo. Papá está presionando la frente sobre la arena gris—. Ya he tenido bastante. Quiero irme a casa y reunirme con Elza y con mamá.

—Paciencia, Luke. El hechicero tiene una historia más. Cuéntale la verdad, Horatio. O lo haré yo.

—Por favor..., por favor...

—Cuéntale la verdad a tu primogénito.

—Luke..., lo siento mucho.

—Por favor, cuéntame de una vez lo que está pasando. Estoy harto de no entender lo que decís —digo—. Contadme la verdadera historia o dejadme marchar.

Papá está arrodillado sobre la arena, temblando. El Diablo enarca una ceja blanca y papá carraspea antes de iniciar su relato.

* * *

Tengo cuatro años. Estamos en el Mediterráneo, a bordo de una barca, y papá me asoma por un lateral para que pueda ver el agua. Mamá está buceando y papá me está diciendo que esa mancha centelleante de color morado que puedo ver bajo el agua es mami. Creo que no termino de creérmelo. Mamá está rodeada de peces que quieren morderle el pelo y el cegador océano por debajo de mí es un caleidoscopio de siluetas rojas y verdes y naranjas y amarillas, que se arremolinan como hojas atrapadas en un vendaval.

Si miras fijamente hacia la niebla en este lugar fronterizo, puedes fingir que estás volando. Puedes fingir que estás en cualquier sitio menos aquí. Ahora papá está sentado, con los pies apuntando hacia el océano plomizo. El Diablo nos observa con atención.

—Ahlgren tenía astucia y talento —comienza a decir mi padre—. Era tan poderoso como nuestros enemigos. Contaba con una hueste completa de ocho miembros, mientras que mi hueste en aquella época sólo tenía seis: el Pastor, el Siervo, el Hereje, el Juez, el Oráculo y el Prisionero. La guerra se alargaba, nadie conseguía llevar la voz cantante. Una guerra entre nigromantes es lenta y amarga, inclemente. Éramos como serpientes de pitón que se abalanzan unas sobre otras en las negras profundidades del mar. Cada movimiento podía llevar años, y una sola equivocación podía significar mi fin, el tuyo, el de tu madre... Empecé a temer que Ahlgren pudiera traicionarme. Había seguido su consejo en mis estudios del *Libro de los ocho* y sus secretos; Ahlgren conocía la estructura de mis hechizos defensivos, los rituales que formaban mi vínculo con la hueste. Cabía la posibilidad de que me traicionara al final de la guerra, para así recuperar el favor de las estirpes occidentales. Ese temor me obsesionó. El Pastor y el Juez me aconsejaron que tomara medidas drásticas.

»Para entonces ya había descubierto la verdadera naturaleza del "señor Berkley", así que lo invoqué durante la noche de Halloween de tu sexto cumpleaños, Luke. Con total conocimiento de causa, movido por la desesperación, hice un trato con él, y me reveló secretos que yacían en las profundidades del *Libro de los ocho,* más allá del alcance de mis estudios previos. Fui capaz de poner a un demonio bajo mi

servicio...

—La Furia —digo.

—Sí, «una sombra con la apariencia de una bestia iracunda». Ningún otro nigromante había realizado ese acto desde hacía siglos. Una vez completada la vinculación del demonio, lo envié contra Magnus Ahlgren, mi antiguo aliado. Murió esa misma noche. El resto de mis enemigos cayeron a los pocos días. Me convertí en el más poderoso de aquellos que vinculan a los muertos. Nadie osaba desafiarme.

—Me pareció entender que nos abandonaste por nuestra seguridad. Pero ¿ganaste la guerra antes de abandonarnos a mamá y a mí?

—Tu madre y yo ya teníamos nuestras diferencias... Yo quería vencer a la mismísima muerte, vivir para siempre. Perséfone quería abrir un centro de sanación con cristales de poder en la región en la que vivíamos. Veíamos la vida desde perspectivas muy diferentes, y...

—No —lo interrumpe el Diablo—. Cuéntaselo todo.

Papá se pone en pie de un brinco. Está justo delante de mí, a escasos centímetros de distancia. Podría dibujar un mapa de los vasos sanguíneos de sus ojos.

—¡Fue necesario! —gritó—. ¡No había elección! ¡Tuve que hacerlo! ¡Ahlgren podría haberme traicionado! ¡Todos habríamos muerto!

—¡Te he dicho que no me toques! —le chillo.

—Luke... había un precio. Berkley me dijo cuál era y yo lo pagué, y lo he seguido pagando desde entonces. He pagado por vincular a la Furia desde hace ya una década, y tú también has pagado ese precio.

—¿Qué precio?

—Para vincular a uno de mis vástagos —dice el Diablo— es necesario alcanzar un equilibrio. Se puede pagar con una vida a cambio de aquellos que están muertos, pero mis vástagos nunca estuvieron vivos, de modo que tampoco están muertos. Era necesario un intercambio con un espíritu puro y primigenio. Un sacrificio de la máxima pureza.

—No lo entiendo —le digo.

—Ibas... —comienza a decir papá—. Ibas a tener un hermano. Tuve un segundo hijo. Nadie lo supo, ni siquiera tu madre. Berkley, el Diablo, me habló de la existencia de ese niño, y me contó que los espíritus de los nonatos también pueden ser vinculados, usados como contrapartida en el intercambio. Entonces comprendí por qué casi nadie vinculaba a los demonios. Por el precio tan alto que había que pagar. Pero no fue un asesinato. Sólo se trató de extraer ese espíritu recién despertado. Tu hermano no llegó a nacer y se convirtió en el Inocente. Así tu vida no corrió ningún peligro. No había otra manera...

Dejo de mirarlo y dirijo la mirada hacia la niebla.

—No son nuestros pecados —dice el Diablo en voz baja, casi para

sus adentros—, sino nuestra culpa, lo que nos permite ser vinculados.

—He pagado el precio —dice papá—. Lo que hice estuvo mal, pero había que hacerlo. Al menos, eso fue lo que me dije. Me sentí como un extraño en mi propia familia, más a gusto con los muertos que con los vivos. Cada vez que veía tu cara, Luke, recordaba lo que había hecho. Perséfone... Tu madre padeció unos efectos secundarios, efectos que yo no había previsto. Melancolía, dolores de cabeza, apatía constante. Arrebatarle el espíritu del niño le produjo un daño permanente. Sentí claustrofobia, un profundo sentimiento de culpa... Había ganado la guerra, pero al parecer me había perdido a mí mismo. Ya no había un lugar para mí junto a tu madre y a ti. Tuve que marcharme. No os merecía...

La voz de papá se enmudece de repente, como una radio a la que le quitan la corriente. Todavía está junto a nosotros en la playa, pero ahora da la impresión de que está hablando por mímica. Sus gestos se vuelven más convulsos cuando comprende que no podemos oírlo. Se le desorbitan los ojos y se golpea contra una especie de barrera invisible. Retrocedo. El Diablo me sonríe, sereno, su traje gris es tan estiloso que parece sacado de una revista. Consulta su reloj dorado.

—Qué parlanchín es tu padre —comenta el Diablo—. Mi tiempo aquí no es infinito. Hay muchos otros que suplican mi atención. Le he enmudecido un rato, para que podamos hablar. Así pues, la verdad ha salido a la luz, según parece. Un padre malvado utiliza a su hijo nonato en un pacto oscuro para proteger la vida de su familia. Finalmente, la culpa le consume y pierde a su familia real en el trato. Todo muy entretenido. Y no negaré que me lo he pasado en grande contigo durante estas últimas semanas, Luke. Por la tenacidad que has demostrado para llegar a tener esta reunión contigo. La hueste de tu padre no era rival para ti.

—Tú querías que ocurriera esto —digo—, ¿verdad?

—Por supuesto. Lo de tu herencia fue todo cosa mía. Quise comprobar cómo saldrías adelante. Si lograrías entender la secuencia y descubrir los secretos ocultos en el *Libro de los ocho,* cosa que hiciste, con un poco de ayuda por parte de Horatio, que aprovechó un momento de despiste. Quise saber si me llamarías, quise saber cómo reaccionarías cuando te vieras entre la espada y la pared. El Pastor estuvo a punto de acabar contigo, pero al final lograste llegar hasta aquí. Sólo tuve que modificar un poco las reglas para aparecerme ante ti.

—¿Has hecho todo esto para que papá tuviera que decirme la verdad?

—Divertido, ¿eh? Me llaman el padre de la mentira. Pero la verdad puede resultar mucho más dolorosa.

—Quiero volver —le digo—. Mándame de vuelta. Quiero ver a Elza

y a mamá y a Ham. He hablado con mi padre. He hecho lo que querías. Mándame de vuelta.

—Por supuesto. —El Diablo sonríe—. Pero antes tienes que tomar una decisión. Tengo una proposición que hacerte, muchacho. Atiende.

Clavo la mirada sobre el fulgor azulado de sus ojos. Ya no hay rostro de humanidad en ellos. No sé cómo pude confundir a esta criatura con un ser humano.

—Tu padre, Horatio, me pertenece, en base a un acuerdo que firmamos hace mucho. Supongo que creyó que aún tendría unos cuantos siglos por delante hasta que me cobrase mi deuda, pero las cosas no siempre salen como las planeamos, tal y como él mismo ha repetido hasta la saciedad. Tu padre es un pecador, y tengo todo el derecho del mundo a llevarlo conmigo a la negrura. A los abismos helados de la muerte.

Papá está golpeando el muro invisible con el puño, gritándome algo. Aparto la mirada.

—Tú... —comienzo a decir.

—Lo dejo todo en tus manos. Tú eres su hijo, su heredero, la razón por la que tu padre cometió su pecado, o eso dice él. Parece justo que seas tú el que decida su castigo. Puedo llevarlo conmigo a la negrura, y asegurarme de que reciba su merecido. Me divertiría en sumo grado saber que ha sido confinado allí por su propio vástago, sangre de su sangre. Haz esto por mí y te colmaré de riquezas sin límite. La fortuna de tu padre será tuya. Puedo hacerte rico, poderoso, puedo convertirte en el mejor hechicero del mundo. Las propiedades de Horatio, sus coches, no serán más que el principio. Holiday, Elza, cualquier chica que desees... Serán todas tuyas si envías a tu padre a la negrura. Yo mismo me aseguraré de que así sea.

—Yo...

—O podría liberarlo. Lo haré, si así lo deseas. Será libre de acceder a cualquier mundo ultraterrenal que lo acoja, o vagar por el mundo de los vivos durante toda la eternidad. Eso ya no dependerá de mí. Pero ten claro esto: si lo libero, habrá un precio. Perderás todos los bienes terrenales de Horatio. No te daré nada. Liberar a este hombre, que es mío por derecho..., sería una transacción. Yo te doy algo y tú me da algo a cambio.

—Y si le dejo marchar... ¿cuál sería el precio?

—En tus manos queda decidir cuánto vale tu padre.

—No sabría qué decir —digo—. No sé qué me pedirías a cambio.

—Cuando llegue el momento, lo sabrás.

No sé qué decir. Tengo ganas de salir corriendo entre la niebla y no volver nunca. No quiero volver a verlos a ninguno de los dos. Estoy tan furioso que no puedo pensar con claridad. Mi propio hermano... Tuve un hermano. ¿Si te pones en una balanza para compararte con

otro, a qué conclusión puedes llegar? ¿Cuánto vale mi padre? ¿Cuánto valgo yo? ¿A quién le importa mi vida salvo a mí? ¿Qué puedo ofrecerle al Diablo? Tuve un hermano. Pienso en la hueste, en el rostro ceroso del Pastor, gélido y resentido. Pienso en unos dedos muertos agarrando con fuerza una rama pelada. Pienso en el amanecer sobre Dunbarrow, un amanecer sonrosado, como una quemadura. Pienso en la niebla y en el brezo y en la oscura puerta verde entre la roca. En lo que podría haber al otro lado. «¿No sabes quién soy?». Ahora lo sé. Intento pensar en Elza y sólo puedo evocar una imagen borrosa de ella, una masa de pelo y unos ojos empañados, ¿y qué será lo que el Diablo...? No puedes pedirme que tome una decisión como esta. ¿Quién se merece algo así? Es demasiado grande. Papá debería acabar en la negrura. Pienso en su dinero, los sueños poblados de coches y mansiones regresan con tanta intensidad que son como un puñetazo en el pecho. Él tomó su decisión. Yo no tengo por qué pagar por sus errores. Pero ¿quién soy yo para juzgar? Debería ir al Infierno, o adondequiera que se lo lleve el Diablo.

Pero...

Pero es mi padre.

Tengo que dejarle marchar.

—Es libre —le digo al Diablo.

El Diablo enarca las cejas.

—Y yo que creía conocerte mejor, Luke. ¿Qué te impulsa a querer salvar a tu padre? ¿Qué ha hecho él para merecerlo?

—Porque... es mi padre. No puedo enviarlo contigo. —Me quito el sello del dedo y lo tiro hacia la niebla. Me saco el *Libro de los ocho* del bolsillo del abrigo y lo tiro también, el libro verde desaparece entre el manto gris. Miro al Diablo a los ojos—. Nunca quise nada de esto. No quiero vengarme de mi padre, si eso es lo que piensas. Da igual lo que hiciera. El Pastor buscó venganza y mira cómo ha acabado. Tengo que dejarle marchar. No quiero dinero, no quiero poder. No quiero ser un nigromante. Quiero que los dos os marchéis.

Papá está llorando, sin hacer ruido.

—«Tengo que dejarle marchar»... —repite el Diablo lentamente, como si estuviera paladeando las palabras—. ¿Qué hiciste para merecerlo, Horatio? No tengo ni idea.

—Hijo... —Papá se impulsa hacia adelante, la barrera que nos separaba ya no está, y me abraza. Está frío y huele a tierra. Me quedo quito un instante y después le aparto.

—Te he liberado —le digo—. Pero no te he perdonado. Puede que no lo haga nunca. Me da igual adónde vayas ahora, pero no vuelvas a acercarte a mamá ni a mí.

—Por supuesto —dice, agachando la mirada hacia la arena—. Sé que me he portado mal con vosotros. Espero que con el tiempo llegues

a comprenderlo y que me perdo...

—Ni se te ocurra decirme esa palabra —le advierto.

—¿Estás seguro? —pregunta el Diablo—. Estréchame la mano y cerraremos el trato. No habrá vuelta atrás.

—No puedo entregártelo.

—Muy bien. Ahora estás en deuda conmigo, Luke Manchett. Y me la cobraré —dice el Diablo—. Algún día, dentro de no mucho, me presentaré ante ti para exigir mi compensación. Una retribución que me compense por haber liberado a tu padre. No creas que se me olvidará, porque yo nunca olvido.

—Trato hecho —digo.

—Tienes de margen hasta que llegue ese momento —dice el Diablo.

—Luke, gracias, muchas gracias, hijo...

—No me hables —le digo a papá, y aparto la mirada.

El Diablo extiende su palma sin líneas. Parece como si papá fuera a asfixiarse por segunda vez, como si no pudiera creerse la suerte que ha tenido. Yo tampoco me puedo creer que se vaya a ir de rositas..., pero he tomado una decisión. He llegado a un cruce de caminos y esta es la senda que he elegido. Extiendo el brazo y agarro la mano que me tiende el Diablo.

—Recuerda lo que me debes, Luke —dice el Diablo, mientras me estrecha la mano.

Al principio no ocurre nada, y de repente siento un dolor abrasador que se extiende por mi mano. Aprieto los dientes y pego un pisotón en la arena para no gritar.

«Recuérdalo siempre», susurra, y entonces la silueta del señor Berkley implosiona y la playa desaparece, papá desaparece, y descubro que estoy agarrando algo que parece una pezuña, una extremidad con garras ardientes, y escucho el murmullo de una melodía, un violín que la interpreta a un ritmo cada vez más veloz, y veo reses rociadas con napalm bajo un cielo plagado de cuervos, rostros aplastados bajo botas negras y serpientes que emergen reptando de estanques profundos y esos estanques son en cierta manera ojos, sí, ojos blanquecinos que no tienen párpados y me miran fijamente y veo la silueta de una bestia que se infla como una columna de humo y por primera vez entiendo lo que significa la palabra Infierno.

«Volveré».

Mis ojos se abren.

Algo cálido y pegajoso me cubre el rostro, algo peludo, lo tengo tan cerca que no alcanzo a verlo bien, la criatura gruñe cuando intento agarrarla y apartarla de mí. Farfullo. Ham asoma la cabeza por encima de mí; sus frenéticos ojos anaranjados y su gigantesco hocico ocupan

todo mi campo de visión. Me vuelve a lamer. El cielo que se extiende por detrás de él tiene un colorido increíble, violeta y rosa, con nubes que parecen salpicaduras de oro fundido.

—¿Dónde está Elza? —le pregunto a mi perro—. ¿Dónde está mamá?

Ham restriega el hocico contra mi rostro. Despacio y con cuidado, me incorporo. Me parece que se me ha dormido un brazo, pero por lo demás estoy bien. Me levanto el abrigo y la camisa, intentando encontrar la puñalada, pero allí no hay nada. Al parecer el Diablo ha cumplido su palabra. Hoy no he muerto. Estoy tirado en mitad de las Pisadas, con los pies apuntando hacia la piedra más alta. Tengo las piernas y la espalda cubiertas de barro. Tengo sangre reseca en la camisa y los pantalones. El círculo mágico que dibujó Elza sigue ahí, un garabato trémulo y amarillento entre el musgo, que ya se ha borrado en algunos puntos. Veo telarañas tejidas hace poco en el interior de las hendiduras con forma de pezuña que hay en la piedra alta, el rocío arranca destellos de las hebras.

Mamá está acurrucada junto a la piedra plana, cubierta de barro reseco. Parece dormida, lo cual no supone ninguna mejora con respecto a las últimas dos semanas. Todavía tiene agarrada la navaja. Al principio me da miedo tocarla, me da miedo descubrir que está tan fría como la piedra junto a la que está tendida, pero la mano que sujeta el mango del cuchillo es cálida y suave, y percibo un pulso débil en su muñeca. Me pongo en pie, inspirando y expirando, y después lanzo la navaja con todas mis fuerzas hacia los matorrales.

—En serio, ¿dónde está Elza? —vuelvo a preguntarle a Ham—. ¿Te has pasado todo este tiempo escondido en un agujero? ¿Qué le ha pasado a ella?

Ham gruñe, después se da la vuelta y se aleja corriendo de mamá y de las Pisadas. Me quito el chubasquero y lo utilizo para tapar a mamá, aunque no vaya a servir de mucho, después sigo a Ham. No me gusta la idea de dejar sola a mamá, pero tengo que encontrar a Elza. Intento concentrarme en las nubes doradas: es un color que invita a la esperanza, esa es la impresión que me da. Ham parece estar guiándome hacia alguna parte, trato de apartar de mi mente la idea de que me voy a encontrar el cadáver de Elza debajo de un árbol, inerte y fracturado como un pájaro que se ha caído del nido. Sigo a Ham a través de los helechos de color herrumbroso y por encima de un montículo rocoso, saltamos sobre un abedul podrido hasta llegar al camino empantanado por el que ascendimos anoche, bajo la lluvia. Lo sigo fuera del camino, doblamos la siguiente curva y veo el coche amarillo de mamá aparcado debajo de un árbol. Supongo que el demonio controló el cuerpo de mamá para que llegara conduciendo hasta aquí. Ham se acerca corriendo al coche y empieza a ladrar.

La puerta del copiloto se abre y aparece Elza, sonriendo. Ham se pone a pegar brincos a su alrededor. La abrazo con fuerza.

—Pensé que no lo conseguirías —le digo.

—Eso mismo pensé yo —dice Elza.

Elza está hecha un trapo. Su pelo ha perdido su forma, fuera cual fuese la que tuviera en un principio; la parte de atrás está aplastada, mientras que el resto se despliega en todas direcciones, formando una maraña. Tiene hojas naranjas enredadas en la coronilla. Tiene las piernas y el abrigo cubiertos de barro seco de color chocolateado, y las manos y las mangas manchadas con la pintura amarilla que utilizó para el círculo mágico. Tiene cara de sueño y la mirada un poco pedida, así que comprendo que acaba de despertarse.

—¿Qué te ocurrió? —me pregunta.

—Tú primero. No sabría por dónde empezar a contarte lo que me ha pasado.

—¿Te reuniste con él?

—¿Con quién? ¿Con el Diablo?

—Sí, claro que me refiero al Diablo. ¿Cómo... cómo era?

—Bueno, no era rojo... y tampoco tenía cuernos. Era el abogado de mi padre.

—¿Quién dices?

—El abogado de mi padre. El señor Berkley.

—El abogado de tu padre era el Diablo... —dice Elza, negando con la cabeza—. ¿Me creerías si te dijera que, a estas alturas, tampoco me sorprende demasiado? Vas a tener que contarme más cosas... Pero ¿se ha acabado? ¿Eres libre?

—Sí —respondo. Miro al cielo, que se está iluminando hasta adoptar un suave tono azulado. Le contaré todo lo que ha pasado, estoy seguro de que lo haré, pero no ahora. No quiero hablar de papá, ni del Inocente, ni del trato que he hecho con el señor Berkley, no bajo un cielo tan radiante.

—La hueste ha desaparecido —le digo.

—No me lo puedo creer —dice Elza—. Es increíble. Lo hemos conseguido.

—¿Qué te pasó a ti? La última vez que te vi, el Prisionero...

—Ah, Ham se lo comió —dice Elza.

—¿Que Ham hizo qué? ¿Estamos hablando del mismo perro?

—¡Lo hizo! Ham me salvó. Salí corriendo, Luke. No sabía adónde ir. No tenía forma de ayudarte ni de saber qué estaba pasando. Me caí y se me rompió la linterna a los cinco minutos de emprender la huida, entonces me quedé a mi suerte bajo la lluvia y en la oscuridad. Podía oír a Ham en alguna parte, pero no sabía bien dónde, y creo que empecé a caminar en círculos. Estaba regresando a las Pisadas cuando me apresaron. El Prisionero emergió como una centella de entre los

árboles y me atrapó. Empezó a cortar algo con sus tijeras de podar, algo que salí de mí. La vida, la esperanza o algo así. No sé cómo explicarlo. Empecé a desvanecerme, como si todo pareciera muy lejano y estuviera preparada para dejarme llevar, y lo último que verían mis ojos habría sido esa horrible cara ajada y reseca. Y de repente... ¡Ham se lo comió! Emergió de la oscuridad y se comió al Prisionero.

—Me cuesta imaginarme esa escena.

—A mí también, y eso que la presencié. Ham apareció y le clavó las garras al fantasma, que empezó a gritar y a intentar apuñalar a Ham con las tijeras de podar, pero las tijeras pasaban a través de su cuerpo, y Ham lo mantuvo apresado hasta que el fantasma se fue encogiendo y achicando y empequeñeciendo, como su fuera una nube de humo engullida por una chimenea. Y entonces, el Prisionero desapareció.

—¿Viste al Juez? ¿El *skinhead?*

—Estaba allí, pero no hizo nada. Se limitó a ver cómo me moría, y entonces, cuando Ham vino a salvarme, desapareció. Después de eso, se extendió un banco de niebla sobre las Pisadas y ya no vi a ningún otro fantasma. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Buen chico —le digo a Ham, que se había quedado esperando a nuestro lado—. Siento haberte llamado cobarde. Eres un perro muy listo.

—Supongo que es lo que decía el *Libro de los ocho* —señala Elza—. Los fantasmas pueden ser destruidos en el cuerpo de un animal de poder. Jamás imaginé que Ham sería uno de ellos.

—Entonces, ¿podría haberse comido al Pastor desde el principio? ¿Cómo funciona eso?

—Es posible que cambiara después de que lo poseyeras. No sé nada sobre espíritus de poder, la verdad.

—Quizá hubiera una respuesta en el libro —digo—, pero me he deshecho de él.

—¿En serio? —pregunta Elza.

—Se lo devolví a Berkley. Ya no lo tengo.

—En fin, mejor así —dice Elza, sonriendo—, mucho mejor. No me gustaba ese libro. Sea como sea, el caso es que tu sabueso me salvó.

—Bueno —le digo a Ham—, supongo que ya lo sabemos para la próxima.

—Entonces regresé a las Pisadas —prosigue Elza—, y vi que todos habían desaparecido. Había niebla por todas partes, la niebla más densa que te puedas imaginar, y daba la impresión de que emanaba de las propias Pisadas, de que surgía de su epicentro. Nunca he visto nada igual. Los fantasmas habían desaparecido y tampoco pudo verte a ti, y entonces... me perdí, supongo, entre la niebla. Encontré este coche y me metí dentro, pero empecé a percibir algo raro en el

tiempo. El tiempo avanzaba de una forma extraña, porque, mientras estuve sentada en ese coche, me dio la impresión de que pasó una noche entera. Alcancé a ver las estrellas, incluso a pesar de la niebla, y se desplazaban más deprisa de lo que jamás haya visto. Fue como un sueño. Y luego creo que me quedé dormida hasta que Ham se puso a ladrar ahí fuera y me desperté.

Miro a Elza, su oscuro cabello despeinado y las máculas doradas que el amanecer está pintando sobre su rostro. Lo hemos conseguido. Seguimos vivos. Los fantasmas se han ido y nosotros seguimos aquí, juntos en un bosque bañado por el sol. Elza ha dejado de hablar, me mira fijamente y con intensidad. No habrá otro momento mejor que este.

Me inclino hacia adelante, agachándome ligeramente, y su boca se encuentra con la mía. Tiene unos labios suaves y cálidos, la presiono contra el costado del coche, deslizándole una mano por la nuca. Elza me empuja contra su cuerpo, el roce de sus uñas me provoca un cosquilleo en la nuca, su lengua...

Ham pega un brinco y está a punto de tirarme al suelo. Me aparto dando tumbos de Elza, que se ríe mientras Ham sigue brincando y golpeándome con las patas.

—Me parece que está celoso —dice Elza.

Ham recorre a toda prisa unos cuantos pasos por la carretera, después se da la vuelta y suelta un gemido.

—Quiere que lo sigamos —digo.

—¿Dónde está tu madre? —pregunta Elza.

—El demonio la estaba usando para..., en fin, ahora no tiene importancia. Estaba dormida a mi lado, en el círculo de piedra. Parecía estar bien.

—Aunque nos lo estemos pasando en grande los dos aquí solos —dice Elza—, creo que deberíamos ir a comprobar si se ha despertado.

Elza se quita una hoja del pelo mientras habla, y me sonríe, y vuelvo a contemplar su rostro bajo la luz del amanecer, la delicada hoja parduzca que sostiene en la mano, la perfecta curvatura de sus cejas y el exquisito reguero de pecas que tiene sobre las mejillas, y pienso que a veces vale la pena sumergirse en la oscuridad, vale la pena aferrarse a la vida incluso cuando un río helado intenta arrastrarte, porque en la otra orilla te aguardan momentos como este.

* * *

Regresamos al camino que conduce a las Pisadas del Diablo, los tres estamos sucios y exhaustos. Cuando volvamos a casa me voy a comer dos cenas seguidas y a dormir una semana entera. Ham encabeza la comitiva, alzando su desgreñada cola como si fuera un estandarte. Los colores del amanecer, semejantes a los de un pavo real, empiezan a

disiparse. Ahora el sol asoma sobre las colinas cubiertas de brezo que se yerguen más allá del bosque. Las ramas más altas de los robles están iluminadas por una abrasadora luz dorada. Las palomas salen chillando en desbandada de entre los helechos cuando Ham pasa corriendo a su lado, sobresaltándonos a Elza y a mí.

—¿Se puede saber qué estaban haciendo ahí abajo? —pregunta Elza—. ¿Es que no pueden dormir en un árbol como los pájaros normales?

—Estarían comiendo gusanos o algo así.

—Pues me parece una falta de consideración por su parte. Casi me da un infarto. Todavía tengo los nervios de punta.

—La hueste ha desaparecido, Elza. No van a volver.

—Lo sé. Lo que pasa es que tengo la adrenalina por las nubes. Tengo ganas de aporrear un saco de boxeo.

—¿Seguiré viéndote ahora que todo esto ha pasado? —pregunto.

—¿Qué quieres decir?

—¿Seguiremos...?

—Ya he oído lo que has dicho. —Elza me mira con sus ojos verdes, con un gesto divertido—. Lo que pasa es que no podía creerme que, después de todo lo que ha ocurrido, pensaras que volveríamos a esa época en la que te dedicabas a tirarme pelotas de fútbol desde el otro extremo del patio. Claro que seguiremos viéndonos.

—Bien. La verdad es que no sé si me quedarán más amigos.

—Vaya, eso es muy halagador. Saber que soy tu única opción.

—No quería decir eso...

—Lo sé —replica Elza, con una de sus irritantes sonrisas—. Es facilísimo tocarte las narices. En fin... Es ella, ¿verdad? La que está sobre la piedra.

—Sí —respondo—, es ella.

Mientras nos dirigimos hacia el claro, Elza me agarra de la mano.

Mamá está sentada sobre la piedra más plana de las Pisadas, la misma sobre la que me apuñaló. Con el rostro pálido, la melena rubia oscura, el cuerpo envuelto en mi chubasquero. Ham ya está junto a ella, restregando la cabeza contra su pecho para que la acaricie. Mi madre está observando con gesto ausente las ramas de los árboles teñidas de dorado, y sólo baja la mirada cuando entramos en el círculo de piedras.

—Luke —dice.

—Mamá.

Me arrodillo y la estrecho entre mis brazos, mientras Ham se dedica a mordisquearnos y a pegarnos cabezazos. Cuando me aparto, veo que mamá está llorando un poco.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos?

—Estamos en las Pisadas del Diablo. Cerca del instituto de

Dunbarrow. Has estado enferma.

Mamá asiente y mira hacia los árboles. La verdad es que no sé qué más decirle. ¿Cómo voy a explicarle todo esto? ¿Cómo puedo decirle que la he echado de menos? ¿Que durante días pensé que ella también se iba a morir? ¿Que me mató? ¿Que he conocido la historia de su segundo hijo? No sé cómo contarle nada de eso. No sé si se lo contaré alguna vez. Me preparo para las presentaciones.

—Esta es Elza Moss, mamá. Es una amiga.

—Señora Manchett —dice Elza, tendiéndole la mano.

Mamá se la estrecha, mientras observa la pintura seca en los brazos y las manos de Elza con evidente curiosidad. Ham está al otro lado de la hondonada, escarbando en un arbusto. El viento dibuja ondas sobre la brillante superficie de un charco. Elza se acerca a mí, y siento cómo apoya una pierna sobre la mía.

—¿Por qué estamos todos aquí? —pregunta mamá. Se lo está tomando mucho mejor de lo que yo haría en su lugar. Tiene la expresión de desconcierto propia de quien piensa que aún no se ha despertado del todo—. Estaba teniendo un sueño horrible. Soñé que estaba... enterrada. Estaba bajo tierra, y creí que jamás conseguiría salir... Y entonces oí tu voz, y la de tu padre...

—Tenemos que hablar de eso —le digo con suavidad—. Cuando recibiste la noticia, tuviste una mala reacción. No te encontrabas bien. Y la última noche, intentaste escaparte de casa...

—¿Qué pasó, cielo? —pregunta mamá—. ¿Qué noticia? ¿Qué fue lo que hice?

Inspiro hondo. No me gusta mentirle de esta manera, pero no veo otra salida. Al menos puedo contarle parte de la verdad, contarle algo que debería haberle dicho hace días.

—Mamá, papá ha muerto. Se ha ido.

—Ay, Luke.

Se echa a llorar, y yo también lloro, y mientras la estrecho entre mis brazos me sorprendo al sentir que Elza también nos está abrazando, y nos quedamos así sentados durante mucho tiempo, tres cuerpos calientes junto a tres piedras silenciosas.

13

Lo último que sucede no es ese momento en el círculo de piedra, no es la vuelta a casa en coche ni la tremenda cena que me como, tras lo cual me echo a dormir durante un día entero. Lo último que sucede no son las visitas de mamá al hospital, ni la declaración que tengo que hacer ante la policía relativa al «grotesco vandalismo» que hemos sufrido en nuestro jardín, un suceso que me las ingenio para relacionar con la declaración anterior que hice cuando el Siervo y el Juez aparecieron por primera vez en nuestra cocina. Lo último que sucede no es mi expulsión del equipo de rugby por perderme dos semanas de entrenamiento (merecida, aunque en ella se vea la mano de Mark a la legua). Tampoco es lo último que sucede la revisión de urgencia de Ham con rayos X y la consecuente cirugía por problemas estomacales, durante la cual el veterinario le extrae del estómago unas tijeras de podar herrumbrosas y una piedra maciza que, mirada desde cierto ángulo, recuerda a un rostro marchito que resulta familiar.

Lo último que sucede tiene lugar tres semanas más tarde, cuando salgo de la ducha para desayunar. He estado durmiendo mejor de lo que esperaba: sin pesadillas, al menos en el sentido estricto, Mis sueños son fríos cielos nocturnos repletos de sellos y estrellas.

El caso es que cuando bajo a desayunar veo que mamá ya está despierta, sentada a la mesa de la cocina con su poncho mañanero. Lleva el pelo recogido y está contemplando una pequeña urna oscura, que está plantada en mitad de la mesa. Me siento frente a ella. No pregunto lo que hay dentro. No me hace falta. Unos remolinos de vapor emergen de su taza de té verde.

—Lo han traído esta mañana —dice mamá.

—Entonces papá...

—Dijeron que no quería un funeral. Dejó dicho que la cremación tuviera lugar en privado, y que nos entregaran las cenizas. No logro entenderlo... —Mamá niega con la cabeza—. Pero así lo quiso. Ahora es cosa nuestra guardarlo en nuestro recuerdo.

—Vale —digo. Pienso en el cuerpo de papá, quemado y compactado hasta encajar dentro de un objeto del tamaño de un termo, mientras su espíritu se expande, cruzando hacia un lugar que aún hoy apenas puedo imaginarme.

—Lo siento —dice mamá—.Tenía la esperanza de que hubieras podido volver a verlo, cuando los dos estuvierais preparados. Pero esto es lo único que nos queda.

Me doy cuenta de que espera que me eche a llorar.

—No pasa nada —digo.

—Lo siento —repite mamá—. Supongo que las cosas no han salido como esperaba. Crees que estás yendo en una dirección, y de repente te das cuenta de que has llegado a un sitio inesperado.

—Mamá —insisto—. Nos irá bien.

—Lo sé —dice. Se sorbe la nariz—. Le echo mucho de menos. No he sido... la misma de siempre desde hace años. Me he quedado bloqueada, esperando su regreso. Y ahora..., en fin...

Ondea una mano hacia la urna.

—Lo tomaré como una señal —prosigue mamá—. Las cosas tienen que cambiar. Llevo mucho tiempo compadeciéndome.

—No pasa nada por estar triste —digo.

—No, cielo, claro que no pasa nada. Y tú puedes sentirte como quieras. Pero lo que quería decir es que... te quiero, y sé que las cosas no han ido bien. Me han dicho que tu padre legó todo su dinero a la beneficencia. Es muy considerado por su parte, pero nos deja a ti y a mí en una situación delicada. Voy a tener que volver a buscar trabajo. Voy a cambiar.

—Eso suena genial.

—En fin. —Se queda contemplando la urna—. Es extraño, cielo. Casi me siento... liberada. Como si me hubiera quitado un peso de encima. Tu padre ya no puede volver con nosotros, así que ahora puedo seguir adelante.

Ham se estira bajo la luz temprana que se filtra a través de la ventana. Parece que le están cicatrizando bien los puntos.

—¿Dónde quieres echar las cenizas? —le pregunto.

—Estaba pensando en el océano —responde—. En las playas próximas a ese viejo castillo. Tu padre nunca estuvo allí, pero creo que le habría gustado.

Asiento. Estoy a punto de levantarme para ponerme el uniforme del instituto cuando mamá dice algo más.

—El abogado de papá también me dio algo para ti.

—¿El abogado de papá? —El estómago me pega un vuelco.

—Sí. Trajo la urna él mismo. Se fue poco antes de que llegaras. Era muy atractivo. —Mamá se ríe—. Quería transmitirme sus condolencias en persona. Y también tenía algo para ti, Luke. Algo de papá. Lo he dejado en tu habitación.

—Bueno... —digo—. Será mejor que vaya a ver qué es.

Subo despacio por las escaleras, me siento mareado, recordando lo que vi cuando le estreché la mano a Berkley. Él... esa cosa... ha estado en mi casa hace apenas diez minutos. En cierto modo había empezado a desear que el Diablo fuera una fantasía, un producto de la imaginación. Ahora tengo un recordatorio claro de que mi deuda es muy real.

El paquete está tirado encima de mi cama, tiene mi nombre inscrito

con una caligrafía pequeña y pulcra. Lo abro. Dentro, como ya me esperaba, encuentro un librito verde con cierres metálicos y un anillo antiguo con una piedra negra octogonal. Dejo el *Libro de los ocho* y el sello de papá sobre el edredón. También hay una nota, escrita con tinta china en una tarjeta cuadrada.

Querido muchacho:

He incluido unas cuentas cosillas de tu padre.

Son bastante valiosas, así que sería una lástima que las perdieras. Tenlas a mano.

Disfruté mucho de nuestro encuentro el mes pasado. Estoy deseando que nuestros caminos se crucen una vez más.

Tu amigo,
el señor Berkley

Mientras leo la última línea, el papel comienza a marchitarse y a ponerse marrón. Al cabo de un instante, lo único que queda de él es un puñado de copos de algo semejante a la ceniza, que flotan en mi dormitorio a pesar de que no corre ninguna brisa.

* * *

Por la tarde entro en la caseta del jardín, vacío una caja de herramientas y meto dentro el libro y un estuche con los anillos de papá. La impermeabilizo con una bolsa de basura y cinta adhesiva, cojo una pala y me dirijo a los campos que se extienden al otro lado de nuestro jardín. Si Berkley insiste en que los guarde, lo haré. Pero no quiero tenerlos en mi habitación.

Elijo el extremo septentrional, el más alejado de nuestra casa, y empiezo a cavar. La tierra está fría y dura, y aunque sólo se trata de un agujero pequeño, el sol empieza ponerse cuando termino. Introduzco la caja de herramientas, revestida de plástico, en el suelo.

No estoy enterrando el cuerpo de mi padre, y su fantasma hace mucho que se fue, pero lo que estoy cubriendo con tierra —el libro y el sello— es lo que era papá en realidad. Esto es lo que amaba por encima de todo, más que a mí o a mi madre o a mi hermano nonato. Con cada paletada de tierra oscura, estoy levantando un muro entre los dos. Quiero dejar atrás todo esto. Cuando termino de enterrar la caja, aliso el terreno y señalo el lugar con una piedra plana del muro de nuestro jardín.

A veces no sé por qué dejé libre a papá. No puedo decir que lo mereciera. Lo que nos hizo a mi madre y a mí sólo es la punta del iceberg. Ahlgren y su familia, las demás personas a las que debió de matar... Quizá debería haber ido al Infierno. Puede que el Diablo

tuviera razón. En el fondo, creo que salvé a papá para demostrarle que se había equivocado. Que se había equivocado al dejarme, al no afrontar quién era, al abandonar a la única persona que aún no le había dado la espalda, ni siquiera cuando conocí la verdad. Dondequiera que esté mi padre, espero que tenga tiempo para pensar en ello.

El cielo está adoptando una tonalidad escarlata, y los árboles del extremo más alejado del campo empiezan a desplegar sus sombras hacia mí. Hay un pájaro, dos, una bandada de cuervos: ocho ejemplares que llegan graznando desde las alturas, de camino a los páramos que se extienden más allá de nuestro valle. El sonido de la brisa es como el de la sangre al fluir por el organismo. Me quedo observando a los pájaros hasta que se pierden de vista, después me doy la vuelta y emprendo el camino de vuelta a casa.

AGRADECIMIENTOS

No es tarea fácil desarrollar una novela entera a partir de la semilla de la idea inicial, y jamás habría llegado hasta aquí sin ayuda. Antes de nada me gustaría dar las gracias a mi agente, Jenny Savill, que creyó en la historia, ya que sin ella, Luke y compañía habrían acabado siendo los únicos habitantes de un documento de Word olvidado. También me gustaría dar las gracias a mis editoras: Jessica Clarke, Kate Fletcher y Kristina Knoechel, que trabajaron sin descanso para moldear la historia hasta darle la mejor forma posible.

Me gustaría dar las gracias a todos los que leyeron y comentaron los primeros borradores de esta novela, incluyendo a Emily Burt, Tristan Dobson, Victoria Dovey, Sammi Gale, Lewis Garvey, Alex McAdam, Danny Michaux, Oliver Pearson, Jenn Perry, Eleanor Reynard y Daniel Winlow.

Por último, me gustaría dar las gracias a mi familia por su inquebrantable apoyo y cariño durante los últimos cinco años.

ENTREVISTA A LEO HUNT

¿Ham está basado en un perro de verdad? (por favor, di que sí)

Pues sí, así es. El verdadero Ham es una hembra de galgo llamada Ruby. Le cambié el sexo para que no se diera cuenta de que el personaje del perro estaba basado en ella.

¿Cuál es el libro que más te ha inspirado?

En cuestión de literatura juvenil, sin duda *Luces del norte,* de Phillip Pullman.

¿Has tenido alguna experiencia con fantasmas en la vida real?

Nunca he tenido ninguna, aunque se cuenta que mi abuelo fue testigo de un *poltergeist* durante su estancia en la RAF. Decía que el espíritu parecía estar vinculado a uno de los otros reclutas, y que tiraba utensilios de cocina por ahí y cerraba puertas de golpe. No sabría decir si la historia es real o no, pero él se la creía.

Nombra dos escritores cuyas obras te entusiasmen.

Estrechar tanto el círculo es muy difícil, pero mis novelistas modernos favoritos son David Foster Wallace y Donna Tartt.

¿Cuál es el mejor consejo que te han dado nunca?

Según me contó alguien, cuando te ataca un tiburón tienes que pegarle un golpe en las branquias. «Qué gran consejo», pensé para mis adentros. «Sin duda, si me veo ante el depredador acuático definitivo en su territorio, podré pegarle un puñetazo en las branquias si intenta morderme. Este es el mejor consejo de la historia».

Si fueras un pastel, ¿de qué tipo serías?

Un pastel de boda repleto de escorpiones.

¿La mejor película de terror de todos los tiempos?

Para mí es *El proyecto de la bruja de Blair.* Cualquier película que consiga que un montoncito de piedras te dé miedo, es una obra maestra del terror.

¿Qué fantasma te gustó más describir?

El Juez es el fantasma que más me sorprendió durante el proceso, y su voz siempre me resultó muy fácil de evocar.

¿A qué famosos invitarías a una cena y por qué?

Invitaría a Kanye West y a Richard Dawkins.

Supongo que no hace falta que explique por qué.

Si hicieran una película de este libro, ¿quién interpretaría al Diablo, a Luke y a Elza?

Creo que George Clooney sería un Diablo estupendo.

Y dado que Luke y Elza son personajes adolescentes, me encantaría que unos jóvenes actores desconocidos dieran el salto al cine interpretando esos papeles.

Si pudieras elegir una criatura mitológica/fantástica para que fuera real, ¿cuál sería y por qué?

Cuando vamos en autobús, creo que todos soñamos en secreto con cabalgar a un majestuoso Pegaso.

Si pudieras tener un superpoder, ¿cuál sería?

La invisibilidad. Aunque ese poder también debería aplicarse a mi ropa, o de lo contrario sólo se le podría sacar partido en verano.

¿Qué estás leyendo ahora?

Acabo de empezar *Me llamo Rojo,* de Orhan Pamuk.